Rich Amooi

Novio de Repuesta



Novio de Repuesto

NOVIO DE REPUESTO

Derechos de Autor 2025 © Rich Amooi
http://www.richamooi.com

Muchos estudios han demostrado que una persona que se queja de que las comedias románticas no son realistas carece totalmente de imaginación, y probablemente padezca aerofagia. Este libro es una obra de ficción, ¿recuerdas? En serio. Las referencias a personas reales, rábanos, el Capitán Kirk, empresas, difuntos, restaurantes, bizcocho de marihuana, eventos, productos, calzoncillos de unicornio, servicios, yoga en pelotas, negocios, *«Superman»*, corporaciones, chupitos de tequila, tenis en bolas, organizaciones o ubicaciones tienen como único objetivo proporcionar una sensación de autenticidad y se utilizan de manera ficticia. Los personajes, nombres, historia, lugares, incidentes y diálogos provienen de la imaginación exagerada del autor y no deben interpretarse como reales. Advertencia: Este libro contiene frutos secos.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada, grabada, comida o distribuida en forma impresa o electrónica sin el permiso del autor.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Agradecimientos
Acerca del autor

A los mejores suegros del
mundo, Loli Martín Maldonado
y Paco López Molina. Gracias por
acoger a este guiri americano
en vuestra familia andaluza.

Capítulo Uno

Amber

—Si estás viendo este vídeo, significa que mi plan de vivir eternamente ha fracasado estrepitosamente —dijo Tío Pío con su voz ronca en el vídeo pregrabado de la lectura de su testamento.

Técnicamente, él era mi tío abuelo, el hermano de mi abuela. Era un hombre excéntrico, un genio certificado y el miembro más franco de la familia, con diferencia. Lo admiraba por su sinceridad sin rodeos, incluso cuando la verdad dolía, porque sabía que lo hacía con las mejores intenciones, sin importar quién fuese la persona.

Tío Pío inclinó la cabeza hacia la mujer a su izquierda en el vídeo y dijo:

—Esta es la notaria Nadia. Está transcribiendo cada palabra que sale de mi boca. Y cuando digo cada palabra, quiero decir cada palabra. Zozobrar. Cataplasma. Achicopalada.

Nadia seguía tecleando sin expresión alguna en su rostro, lo cual era muy impresionante.

Tío Pío sonrió y continuó:

—Albóndiga. Limpiaparabrisas. Caleidoscopio.

Solo Tío Pío podría hacerme sonreír durante la lectura de un testamento. Su sentido del humor se echará de menos, pero nada me reconforta más que saber que vivió una vida larga, plena de pasión, propósito y significado, sin seguir las normas de nadie. Lo mejor de todo es que murió por causas naturales, pacíficamente, mientras dormía.

«*Así es como quiero irme yo*».

Un hombre muy serio que estaba sentado al otro lado de Tío Pío en el vídeo se aclaró la garganta y dijo:

—Realmente deberíamos proceder con el testamento.

Tío Pío le hizo un gesto y dijo:

—Y este es el testador Jimmy Banderas, sin relación con Antonio. Jimmy está aquí para asegurarse de que todo esté correcto, y supongo que también para mantenerme a raya. —Le lanzó una sonrisa burlona y despiadada al hombre—. Buena suerte.

Jimmy carraspeó de nuevo y dijo:

—Necesitas decir tu nombre completo, junto con la ciudad y el municipio donde resides para que esta lectura sea legal y vinculante.

—Entendido, pero ¿no debería tener alguna cancioncilla de despedida para amenizar el ambiente? —A Tío Pío obviamente no le apetecía mucho entrar en la parte legal del testamento —. Creo que “La Vida es un Carnaval” pega que ni pintada. Adoraba a Celia Cruz, que en paz descanse. ¡Y que mi alma también descanse en paz, ya que estamos! —Señaló hacia arriba con ese tono tan suyo, entre exigente y comedido.

Burt Bicker, el abogado que masticaba pistachos sentado frente a nosotros en el bufete Biggs,

Babble y Bicker, alargó la mano para pausar el vídeo.

—No se lo tomó bien cuando Jimmy le dijo que no podía poner música durante la lectura de su testamento.

Fue Burt el que me avisó de que Tío Pío había grabado su testamento para los chicos. Aunque mis dos primas, Kathleen y Mercedes, y yo rondábamos los treinta, éramos los chicos en este caso, lo cual me hacía gracia. Al parecer, los mayores de la familia quedaron excluidos del testamento por su desahogada situación económica.

Eché un vistazo a Kathleen y Mercedes. Kathleen parecía aburrida, como de costumbre cuando venía con su marido Ron. Ese hombre era un muermo y la persona más arisca que he conocido. Nunca terminó de caerme bien porque cuando abría la boca no sonaba sincero. Ron parecía estar contando con los dedos, probablemente calculando su parte, aunque le llegaría a través de Kathleen. En cuanto a Mercedes, estaba siendo una completa maleducada limándose las uñas como si nada.

—Esto ya se está alargando demasiado —dijo Mercedes—. ¿Podemos agilizarlo?

El vídeo de Tío Pío se proyectaba en el gran monitor de la pared tras el escritorio de Burt, aunque el abogado parecía más interesado en sus pistachos.

—¿Por qué no podías añadir la música? —pregunté por curiosidad.

—Leyes de derechos de autor —respondió Burt—. No nos conviene que nos denuncien, ya me entiendes. Los abogados podemos ser un verdadero grano en el culo. —Abrió otro pistacho y se lo metió en la boca—. Por cierto, tardaron seis horas en grabar el vídeo de diez minutos de tu tío.

—Hablando del vídeo... ¿podemos continuar? —pidió Mercedes señalando con la lima hacia el monitor—. No tengo todo el día y me gustaría saber qué me toca de una vez.

Todas las cabezas de la oficina se volvieron hacia ella, incluida la de Burt.

—¿Qué? —dijo Mercedes sin darse cuenta de lo insensible e inapropiado de su comentario —. No me vengas con que ninguno de vosotros está aquí por el dinero. —Y siguió limándose las uñas.

Increíble. Me quedé mudo.

No tenía ni idea de cuál sería mi herencia, pero desde luego no estaba allí por el dinero. Me emocionaba que Tío Pío se hubiese acordado de dejarme algo, lo que fuera.

En cuanto a Mercedes, era familia, así que se suponía que debía quererla. El problema es que lo ponía muy difícil porque no tenía ni una sola cualidad redentora. De verdad, no sé cómo podemos ser de la misma familia. Su apodo de Mercedes la Miserable le viene como anillo al dedo.

—Bueno... —Burt cogió el mando y reanudó el vídeo.

Tío Pío resopló y dijo:

—¿Así que “La copa de la vida” tampoco vale?

Jimmy suspiró y dijo:

—De verdad necesitamos avanzar o tendremos que cobrarte un extra por mi tiempo hoy, más tasas adicionales por editar esta parte fuera del vídeo.

—Todo se queda en el vídeo, aunque dure una hora —insistió Tío Pío—. Tengo pasta de sobra en el banco para que valga la pena. No sólo unos cuantos pavos.

“Pavo” era la palabra que prefería Tío Pío en lugar de “dólares”.

Como dije, siempre había vivido la vida a su manera.

Si soy sincero, estaba un poco celoso de eso. Mi vida era rutinaria. Predecible. Hasta estancada. Bueno, quizá *aburrida* era la palabra más apropiada. El momento cumbre del día era

mi café mañanero antes de empezar ese trabajo mío que me chupaba hasta el alma en Pacific Beach Media. Poder jugar al tenis después del curro era mi otra pequeña felicidad diaria, a no ser que contemos los episodios de *Ted Lasso* o *The Office,* que, ¿por qué no incluirlos?

Mi vida laboral era insatisfactoria.

Mi vida amorosa, inexistente.

Lo reconozco, estaba estancado.

Tío Pío se acercó el papel a los ojos y carraspeó:

—Yo, Pío Cucurucho Castaño Cervantes, residente de la ciudad de San Diego, condado de San Diego, estado de California, estando en pleno uso de mis facultades mentales, sin actuar bajo coacción ni influencia indebida... —Se inclinó hacia la cámara y susurró—: Aunque antes me he tomado un estupendo Cabernet de Francis Ford Coppola. —Guiñó un ojo.

No pude evitar reírme.

Jimmy se masajeó las sienes en el vídeo y dijo:

—Esto es extremadamente poco ortodoxo para una lectura testamentaria y, si sigues divagando y desviándote de los procedimientos estándar, no estoy seguro de que vaya a ser válido ante un tribunal si alguien impugna el testamento.

—Quizá debería haberte reservado un trago de ese vino. —Tío Pío guiñó un ojo, luego ojeó el documento y prosiguió—: ...entendiendo totalmente la naturaleza y alcance de todos mis bienes y de esta disposición de los mismos, bla, bla, bla, por la presente declaro que este vídeo y su transcripción constituyen mi Última Voluntad y Testamento, revocando así cualquier otro testamento o codicilos previamente hechos por mí, bla, bla, bla. Vaya palabrería.

Jimmy suspiró y dijo:

—Créeme, todo esto es muy necesario. Por favor, procede con los beneficiarios de tu patrimonio y activos.

—Claro... —Tío Pío se frotó las manos—. Ahora llega la parte divertida. Puede que esté un poco lejos de ser inmortal, pero aún tengo el poder de mejorar vuestras vidas, de ayudaros a corregir vuestros errores y de encauzaros en una nueva trayectoria. Porque, vamos a ver, habéis cometido errores, y algunos han sido de órdago.

No pude rebatirle nada.

Nos miramos unos a otros

—Mercedes está divorciada —continuó Tío Pío—. Amber también. ¡Dios mío, todo el mundo en nuestra familia está divorciado, excepto Kathleen y Ron!

Ron levantó el puño en señal de triunfo y dijo:

—¡Sí, nena! ¡Somos los campeones! —Bajó la mano al ver que era el único en la oficina que sonreía.

—Amber, Amber, Amber... —dijo Tío Pío y me dedicó una sonrisa compasiva—. Aunque has cometido tus errores, incluido ese desafortunado matrimonio con ese... ¿cómo se llamaba?, siempre hemos tenido un vínculo especial, así que empezaré contigo.

Tragué saliva, sin saber qué esperar.

Tío Pío nunca se casó ni tuvo hijos, y vivió una vida modesta en una casa de tres dormitorios cerca de la Universidad de San Diego, donde era profesor en la Facultad de Ingeniería. También dedicaba su tiempo a crear inventos en el garaje cuando no daba charlas o conferencias por todo el país. Llevaba conduciendo el mismo coche más de dos décadas y prácticamente se ponía los mismos pantalones Dockers cada día.

—Y no te preocupes lo más mínimo, Amber —dijo Tío Pío—. Tengo la solución a todos tus problemas en el plano amoroso. ¡Tus días de soltera se acabarán pronto!

¿A qué se refería con eso?

Cogí mi café para terminármelo de un solo trago, preguntándome por qué tenía esa mirada maliciosa y pícara.

Tío Pío se inclinó hacia adelante hasta que su cara ocupó prácticamente toda la pantalla y dijo:

—¡A Amber le dejo cinco millones de pavos!

El café me salió disparado por la nariz y la boca como una explosión.

Prácticamente puse perdido todo el escritorio de Burt, incluidas sus partes. Otras víctimas del chorro fueron un reloj de arena, un bloc amarillo, su portátil, algunos papeles y libros, una pila de carpetas y su móvil.

Levanté la mano, aún intentando recuperarme de sus palabras que me golpearon como un autobús de dos plantas.

—¡Para el vídeo! —grité, con el pulso latiéndome en el cuello y cinco millones de pavos revoloteando dentro de mi cabeza. Me puse en pie tan deprisa que la silla salió despedida y se estampó contra la estantería detrás de mí.

Se oyó un fuerte golpe y un estrépito, como si algo se hubiera estrellado contra el suelo de baldosas.

Me quedé paralizada, con miedo de girarme para ver los daños.

—¡No! —exclamó Burt, pausando el vídeo y rodeando su escritorio para venir junto a mí.

Me giré para inspeccionar la catástrofe, esperando no haber roto ninguna reliquia familiar o, peor aún, una urna con las cenizas de alguien.

—¡Mira lo que le has hecho a Tony Gwynn! —Burt recogió del suelo la figurita decapitada de un jugador de béisbol de los Padres de San Diego—. ¡Has decapitado a una leyenda!

—Pues no lo conocía —dije tímidamente.

—¡Por el amor de Dios, si hasta hay una autopista con su nombre!

Me tapé la cara con las manos para ocultar mi vergüenza y dije:

—¡Lo siento muchísimo!

—Ayúdame a encontrar su cabeza antes de vomitar de la irritación —pidió Burt.

La que iba a vomitar era yo sí había oído bien a mi Tío Pío.

¿Había dicho lo que creía haber oído?

¿Amber recibe cinco millones de pavos?

Convencida de haber oído mal, intenté pensar en qué otra cosa podía sonar como cinco millones de pavos.

¿Los mejillones de Gustavo?

¿Celebraciones con tacos?

¿Cinco calzoncillos de Enrique Octavo?

Burt sacó unas servilletas del cajón y se secó sus partes y el escritorio.

Estaba a punto de disculparme de nuevo cuando se agachó y gritó:

—¡La tengo!

Encajó la cabeza sobre el cuerpo, la besó y colocó la figurita de nuevo en la estantería, junto a una botella de Coca-Cola conmemorativa de la boda del príncipe Carlos y la princesa Diana.

—Menos mal que está bien —dijo Burt, frotándose la cabeza con el dedo índice.

No mencionaré que al muñeco le faltaba un zapato.

Los pensamientos seguían arremolinándose en mi mente como un tornado y dije:

—Estoy bastante segura de que necesito revisar el audio porque casi me pareció que mi tío decía que me dejaba cinco millones de dólares.

Burt asintió y dijo:

—Eso es exactamente lo que ha dicho.

Era increíble.

Iba a ser millonaria. Yo.

Sentí una explosión de alegría en el pecho.

Mi mente se llenó de preguntas: ¿Cuándo recibiría el dinero? ¿Necesitaría contratar a un asesor financiero? ¿Debería dejar mi trabajo hoy mismo?

Me encantaba trabajar en publicidad, pero odiaba mi puesto actual. ¿Por qué no montar mi propia agencia y volver al lado creativo? Había tantas posibilidades, tantas cosas en las que pensar...

De repente tenía la boca seca.

—¿Podría tomar un poco de agua, por favor? —pregunté.

Burt miró su bloc amarillo manchado de café y luego me miró a mí.

—Claro —dijo—. Pero sigamos porque las cosas están a punto de ponerse muy interesantes. —Sacó una botella de agua de su pequeña nevera y me la entregó.

—Gracias. —Desenrosqué el tapón y le di un trago mientras Burt reanudaba el vídeo.

No me gustaba la sonrisa de suficiencia en la cara de Burt. Sabía lo que se avecinaba y obviamente le hacía gracia algo que Tío Pío había hecho o dicho.

—Espero que te hayas levantado ya del suelo, cariño. —A Tío Pío claramente le divertía la situación.

Jimmy le interrumpió:

—Para que conste, debes especificar que le dejas dólares a Amber, no pavos literales.

—Está bien. Amber recibe cinco millones de dólares, ¿contento? —dijo Tío Pío—. ¡Oye, esto es divertido! Tendré que hacerlo de nuevo cuando me reencarne. En fin, nada me llena más el corazón que saber que eres feliz, pero como dice la canción, el dinero no puede comprar el amor. Lo que más necesitas ahora es un buen hombre en tu vida. Uno que merezca a alguien tan especial como tú y que te aprecie por la persona increíble que eres. Por eso, los cinco millones de dólares vienen con condiciones.

Definitivamente no me gustó cómo sonaba eso.

Burt señaló a la pantalla detrás suyo y se frotó las manos cuando dijo:

—Me encanta esta parte. ¡Es pura genialidad! No lo vi venir para nada.

Tomé otro sorbo de agua, preguntándome qué le hacía tanta gracia a Burt.

Tío Pío sonrió y dijo:

—Solo recibirás el dinero si te casas con Ryan Scott.

De nuevo, mi boca se convirtió en una fuente, ésta vez de agua que salió proyectada en varias direcciones. Una repetición del numerito.

Burt pausó el vídeo y se puso de pie mirando su traje empapado.

—¡Por dios! ¿Qué te pasa? —dijo y se puso a secarlo todo con otra servilleta por segunda vez.

Alcé las manos al aire y dije:

—¡Tú sabías lo que venía, por qué no me avisaste!

—¡Dije que las cosas se iban a poner muy interesantes! —exclamó.

—¡Eso no es interesante, es ridículo! —protesté.

Burt resopló y dijo:

—Lo ridículo es lo rápido que te conviertes en una manguera a presión.

Ryan Scott fue mi novio de la secundaria y, sí, hubo una época en la que pensé que

estaríamos juntos para siempre. Eso fue hace siglos, cuando tenía un póster de los Backstreet Boys en la pared de mi cuarto y creía que ellos cantaban todas sus canciones para mí. Pero cuando mi familia se mudó a Carlsbad durante mi último año de secundaria, conocí a mi futuro ex-marido y el resto es historia y miseria.

Como a la mayoría de mi familia, a Tío Pío siempre le había caído bien Ryan y me había preguntado más de una vez a lo largo de los años si lo había visto o si había hablado con él.

A pesar de eso, estaba atónita por lo que me pedía. Así no se hacían las cosas en el mundo moderno. ¿De repente vivíamos en 1800?

Burt alargó la mano y reanudó el vídeo.

—Muy bien, vamos a continuar con las condiciones porque hay más... —dijo Tío Pío sonriendo—. Tienes que casarte con Ryan dentro de seis semanas. Sé que no te va a hacer gracia, pero es hora de que salgas de tu entorno familiar. Necesitas ir en busca de tu destino.

—Pero seguro que está casado y con hijos —murmuré para mí—. No hay manera de que siga soltero.

—Y para que lo sepas, lo busqué en Facebook con ayuda de un amigo y vi su perfil —dijo Tío Pío—. ¡Está soltero! Tu vida es demasiado predecible y las cosas tienen que cambiar. No te importa que te dé un pequeño empujón, ¿verdad? Es por tu bien.

—Eso no ha sido un empujón —dije—. Me has tirado por un precipicio.

De ninguna manera me casaría con alguien por dinero, suyo o mío.

—¡Ja! —soltó Ron—. Es descojonante. Las mujeres no se mueven por dinero.

Mercedes la Miserable lo fulminó con la mirada y dijo:

—¿Crees que estoy aquí por tu estimulante compañía? No me hagas reír.

—Y nada de trampas —advirtió Tío Pío—. Burt tiene que asistir a la boda para asegurarse de que todo es legítimo. No os olvidéis de enviarle una invitación.

—Estaré encantado —dijo Burt—. ¿Habrá opción vegetariana en el menú?

Tío Pío se frotó las manos y continuó:

—¿A que ha sido divertido? —Se rió entre dientes como si acabara de cometer el atraco del siglo—. ¿Quién es el siguiente de la lista? ¿Por qué no pasamos a Kathleen y Ron? —Negó con la cabeza decepcionado—. Sois los únicos de la familia que aún seguís casados, lo cual es sorprendente porque vuestro matrimonio ha sido una bomba de relojería desde que pasasteis por el altar. —Se inclinó hacia la cámara—. Bueno, permitidme encender la mecha.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Ron.

—Kathleen, sin que tú lo supieras, tu engreído y fanfarrón marido tuvo el descaro de pedirme que pagara vuestra boda —continuó Tío Pío.

—¿Qué? —Kathleen giró bruscamente hacia Ron.—Cuando me negué, ese gilipollas te convenció para que os fuerais a Las Vegas a casaros a escondidas y planeó la boda en una fecha en la que sabía que yo estaría fuera de la ciudad en una conferencia.

Ron se rebulló incómodo en su asiento y dijo:

—Eso es absurdo. —Intentó mantener la compostura, pero sus fosas nasales dilatadas y el gesto avinagrado lo delataban.

—Aunque estoy seguro de que el bufé en el Bellagio estaba apetitoso, el hombre con el que te casaste siempre me ha dejado un sabor desagradable de la boca —dijo Tío Pío—. No te valora. No te respeta. Te obligó a dejar tu prestigiosa escuela de cocina, algo por lo que sentías verdadera pasión, para que fueras su esposa trofeo y lo acompañaras a eventos sociales. Ahora estás muerta de aburrimiento, viviendo una vida insatisfactoria, mientras tu marido rastrero se revuelca con su recepcionista dos veces por semana.

Vaya. No me lo esperaba.

—Qué sorpresa —dijo Mercedes la Miserable, volviendo a limarse las uñas.

Ron se apresuró a coger la mano de Kathleen diciendo:

—Tío Pío está loco y…

—¡Basta! —Kathleen retiró la mano de un tirón.

—Kathleen, ahora mismo te estoy ofreciendo una salida —continuó Tío Pío—. Si firmas hoy una petición de divorcio, ahora mismo, en este preciso instante, recibirás un millón de dólares en efectivo, con la condición de que regreses a la escuela de cocina, que también te pagaré.

Kathleen se enderezó en la silla y abrió tanto la boca que se le iba a desencajar la mandíbula.

—Vamos —dijo Ron—. A ella no le interesa la escuela de cocina.

—Y recibirás otro millón de dólares para abrir tu propia pastelería o cafetería después de graduarte —añadió Tío Pío—. Sé que te graduarás con las mejores notas porque tu tarta de manzana y tu tiramisú son un manjar digno de los dioses. Burt Bicker ya ha empezado los trámites de disolución para presentarlos en el juzgado. Si aceptas mis condiciones, por favor, ponte en pie y di "sí, quiero". Si las rechazas, solo te dejaré mi coche, un Ford Taurus de 1999. Nada más.

Kathleen se puso de pie de un brinco y gritó:

—¡Sí, quiero!

Ron se levantó de un salto de su silla y dijo:

—¡Oh, no, no lo harás!

Burt pausó el vídeo y deslizó un documento hacia ella.

—Pon tu nombre aquí y firma aquí —dijo, indicando los espacios con el dedo.

Kathleen se inclinó y siguió las instrucciones, soltando el bolígrafo tras terminar y sonriendo.

—Estás soñando si crees que voy a permitir que esto suceda —espetó Ron—. Me llevaré la mitad de todo lo que Tío Pío te dé. Me corresponde.

—En realidad, eso no es cierto —intervino Burt, tomando el documento firmado de manos de Kathleen y guardándolo en una carpeta—. No recibirás ni un centavo. Y realmente no veo razón para que sigas aquí.

Ron fingió quitarle importancia y dijo:

—Da igual. Recibirás noticias de mi abogado muy pronto. Me largo de aquí. —Volcó su silla al levantarse y se marchó.

Me giré hacia Kathleen y le apreté la mano.

—Te quiero, prima —dije.

Ella me sonrió y dijo:

—Y yo a ti.

Lo que acababa de ocurrir era demasiado surrealista. Era como elegir a los ganadores de la lotería en un reality show.

—Bien —dijo Burt, levantando la silla del suelo—. Continuemos. —Reanudó el vídeo.

—Pasemos a Mercedes, ¿os parece? —dijo Tío Pío.

—¡Por fin! —dijo, guardando la lima en el bolso e incorporándose—. ¡Venga, dame el dinero! —Se frotó las manos con los ojos brillantes de codicia.

Tío Pío meneó la cabeza con disgusto y después dijo:

—Mercedes, eres, sin lugar a dudas, la persona más vaga que he conocido en toda mi vida.

Mercedes la Miserable se quedó mirando la pantalla, muda, con el temor reflejado en su rostro.

—Incluso más vaga que yo, lo cual ya es decir, teniendo en cuenta que estoy muerto —

continuó Tío Pío—. Creo que fue Theodore Roosevelt quien dijo algo así como... el único hombre que no comete errores es el que nunca hace nada. Bueno, esa eres tú, en versión femenina, Mercedes. Pero no te preocupes, te lo voy a poner fácil. Como eres tan vaga, no tendrás que hacer absolutamente nada para recibir tu herencia.

Mercedes la Miserable se iluminó y señaló al monitor.

—¡Ahora sí que estás hablando mi idioma! —dijo.

Tío Pío sonrió y continuó:

—Aquí es donde se pone realmente divertida la cosa. Así es como va a suceder. Mercedes, tú recibirás los cinco millones de dólares de Amber si ella no se casa con Ryan Scott.

—¿Qué? —exclamamos Mercedes la Miserable y yo al unísono.

No sabía qué me disgustaba más, si que me forzaran a un matrimonio por dinero o la idea de que Mercedes se quedara con mi dinero.

Tío Pío alzó un dedo índice y dijo:

—De lo contrario, obtendrás mi Ford Taurus de 1999, que estoy bastante seguro que Kathleen ya ha rechazado.

—Esto es una soberana tontería —Mercedes se puso en pie de un salto—. ¡Para el vídeo!

Burt lo pausó y resopló frustrado.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Amber, escúchame —dijo Mercedes con voz desesperada—. Obviamente no vas a casarte con Ryan Scott y yo no tengo ningún interés en un Ford Taurus de 1999.

Ese coche era como el regalo que nadie quería en un intercambio navideño.

—Hagamos un trato aquí y ahora —propuso Mercedes—. Olvídate de casarte con Ryan, así yo me quedo con los cinco millones. Luego los comparto contigo. Dos millones quinientos para ti. Dos millones quinientos para mí. Es algo rápido, limpio y beneficioso para ambas. ¿Trato hecho?

No podía creer lo que estaba oyendo.

Tío Pío había muerto y lo único que le importaba era cómo quitarme de en medio para quedarse con su dinero. ¿Acaso no le importaba que ya no estuviera vivo? ¿Y realmente creía que era lo suficientemente tonta para hacer un trato con ella? Sí, era familia, pero no me fiaba ni un pelo.

Kathleen negó sutilmente con la cabeza, dejándome ver su opinión al respecto.

Suspiré y dije:

—Por respeto a Tío Pío y a sus deseos, no deberíamos hacer esto.

—¡Estos no son deseos! —exclamó Mercedes la Miserable—. Somos peones en su pequeño juego. Te está manipulando, Amber, ¿no lo ves? Y eres una estúpida si caes en su trampa y te casas con Ryan. ¡De hecho, te prohíbo que lo hagas!

Debería haber una ley que impida que la gente estúpida o malvada tenga dinero. Sé que la ley del karma los alcanzará eventualmente, pero eso puede llevar tiempo y, francamente, soy impaciente por naturaleza.

—¿Tú me lo prohíbes? —Adopté una postura desafiante, harta ya de sus tonterías—. Si me caso o no con Ryan es decisión mía. Tú no tienes voz ni voto en este asunto.

Mercedes soltó una carcajada malévola echando la cabeza hacia atrás.

—¡Eso crees tú! —dijo—. Te vas a arrepentir de no haber aceptado el trato. Prepárate para ver cómo se desmorona tu plan.

Burt Bicker salió de detrás de su escritorio y dijo:

—Ya está. Necesita irse. Ahora mismo. —Agitó la mano delante de su nariz—. Y a

propósito, necesita un pañuelo para quitar los murciélagos de la cueva.

Mercedes parpadeó dos veces y preguntó:

—¿De qué habla?

Él se tocó su propia nariz para explicárselo en términos más simples.

—Mocos —dijo Burt.

—¡Lo que tú digas! —Cogió su bolso y me golpeó adrede con el hombro al pasar, saliendo y dando un portazo.

Capítulo Dos

Amber

—¿Cinco millones de dólares? —exclamó Stella después de contarle la noticia cuando llegué al trabajo en Pacific Beach Media.

—¡Calla! —Le di un golpecito en el hombro con la carpeta de cartón que contenía la transcripción del testamento del Tío Pío. Me puse de puntillas y eché un vistazo por encima de su cubículo para ver si alguien en la oficina había oído su estallido.

Claro que lo oyeron.

Lo único que me faltaba era un mazo con un palo largo para poder jugar a la versión humana de la atracción de feria donde hay que golpear las cabezas que asoman; aunque en este caso sería con las cabezas de mis compañeros subiendo y bajando en sus cubículos, mirándonos.

Incluso mi jefe nos fulminaba con la mirada a través de la mampara de cristal de su despacho.

—Cinco millones de dólares en publicidad son una gota de agua en el océano comparado con lo que gasta Nike cada año —dije, guiñándole un ojo a Stella e intentando parecer que hablábamos de otra cosa—. Imagínate un presupuesto de marketing de tres mil millones. Eso sí que es una locura.

—A la sala de reuniones, ¡ya! —susurró, arrastrándome por el pasillo. Después de cerrar la puerta de la sala de reuniones, Stella me estrujó con un abrazo—. ¡Esta es la mejor noticia del mundo! No puedo creer que seas millonaria. ¿Fuiste sonriendo todo el tiempo de camino al banco? Siempre he querido hacer eso.

—Espera un momento —suspiré—. No es tan sencillo como parece.

Stella ignoró mi comentario y con una mano en cada uno de mis hombros dijo:

—El mundo es tuyo.

—Pues bien, estoy lista para beber como un cosaco porque la herencia viene con condiciones —dije.

—Puedes manejar cualquier cosa —dijo ella—. Estás...

—Jodida —dije—. En serio. Esto no es nada bueno.

Stella me dedicó una sonrisa compasiva, luego hizo un gesto hacia las sillas para que nos sentáramos.

—Bueno, ¿de qué condiciones estamos hablando? —preguntó—. ¿Recibes el dinero a plazos, para no gastártelo todo en un día? ¿O tienes que prometer que vas a fundar una organización benéfica?

Dejé mi móvil sobre la mesa, sobre el testamento impreso del Tío Pío, y me senté a su lado, suspirando.

—Tengo que casarme con Ryan Scott —dije.

Stella dio un grito de alegría y dijo:

—¿Qué? ¡Tío Pío es un genio!

—Para nada, de hecho me pregunto si estaba en sus cabales cuando me pidió eso.

Mi mejor amiga parecía estar divirtiéndose más de la cuenta, con lágrimas de la risa.

—¡Esto no tiene ninguna gracia! —dije.

—Vamos, ¿qué puede ser mejor que esto? —preguntó Stella—. Consigues el dinero, ¡y además al que se te escapó una vez!

Crucé los brazos a la defensiva y dije:

—Ryan no se me escapó. Nos dejamos los dos.

—Es lo mismo —Stella me apretó la mano—. Tu tío obviamente sabía lo que era mejor para ti. ¿Cuántas veces te has preguntado cómo sería tu vida si hubieras acabado con Ryan?

—Una... quizás dos —mentí, evitando el contacto visual.

—¡Ja! No me lo creo —dijo Stella—. Ese fue el mayor enamoramiento que nadie ha tenido en toda la historia de la humanidad. Admítelo. Te casaste con el hombre equivocado y lo sabes.

Quizás tenía razón.

—Esta es la oportunidad perfecta para salir de ese pozo en el que estás metida —dijo Stella.

—Es un bache, no un pozo —corregí.

Ella esbozó una sonrisa burlona y dijo:

—Es lo mismo, cielo.

Stella siempre ha sido mi pilar, una roca sólida, mi mayor apoyo, y la única razón por la que creo que aún conservo la cordura. En muchos aspectos, es como mi Tío Pío, especialmente por su honestidad brutal.

—No puedo creer que por fin vas a poder echar un polvo —dijo Stella—. Apenas recuerdo cómo se hace. ¿Se requieren dos personas, no?

—Deja de bromear —le espeté—. Tengo un problema gordo entre manos.

—No veo el problema. Cásate con Ryan. Recoge la pasta. Y vivís felices, comiendo perdices para siempre.

—Bueno, en primer lugar, todo esto se basa en la suposición de que Ryan realmente quisiera casarse conmigo —dije—. No hemos hablado en años. Y si eso no fuera suficiente, ¡querría decir que me casaría por dinero! ¿Te das cuenta? Me sentiría como una completa manipuladora u otra cosa.

—No estás vendiendo tu cuerpo ni manipulando a nadie. Estás comprando un futuro. Hay una gran diferencia —De repente, Stella perdió la sonrisa y se le tensó la espalda—. Atención. Viene alguien. Es Ernesto el Molesto —Tenía apodos para casi todo el mundo, incluido nuestro jefe. Le llamaba Molesto a secas, pero nunca a la cara.

La puerta de la sala de reuniones se abrió de golpe, haciéndome dar un respingo.

—¿Qué pasa aquí? —dijo Ernesto.

Abrí la boca, luego la cerré, sin esperarme esa pregunta.

—Estamos ultimando algunos detalles sobre unos asuntos —dijo Stella, lo cual no era en absoluto una mentira.

—¿Ah, sí? —La mirada de Ernesto osciló entre Stella y yo—. ¿En qué cuenta estáis trabajando? —Obviamente sabía que no estábamos trabajando y quería darnos una charla para hacernos sentir mal.

—Estamos trabajando en la Feria del Café —respondió Stella sin pestañear ni dudar.

¿He mencionado cuánto adoro a mi mejor amiga?

Su respuesta fue perfecta. Además de publicidad, Pacific Beach Media también se dedica a la

organización de eventos y tenía contratada la gestión y producción de la Feria local del Café. Claro, no estábamos realmente trabajando juntas en el evento, pero era lo más cerca de la verdad podíamos inventar.

Ernesto nos miró con desdén y dijo:

—¿Y por qué está Amber trabajando en la Feria del Café?

Stella imitó su lenguaje corporal y respondió:

—Nos animaste a trabajar de forma más inteligente, no más difícil, trabajar en equipo es la manera. Y como Amber es, con diferencia, la persona más creativa del edificio, obviamente es la elección más lógica para que me aconseje y me dé feedback.

—¿Consejo sobre qué? —preguntó él, estudiando a Stella por un momento.

—No quiero aburrirte.

Ernesto siguió presionando y dijo:

—Hazme el favor.

—Estaré encantada de escribirte una lista —dijo Stella sonriendo.

Desgraciadamente, él la retó y dijo:

—De acuerdo, entonces. Espero un informe completo sobre la Feria del Café para el final del día, incluyendo todo lo que Amber te ha sugerido.

—No hay problema —dijo Stella—. Cancelaré mi cita con el Zoológico de San Diego para tener tiempo para tu informe.

Era tan rápida de reflejos que no dejaba de sorprenderme. Estoy agradecida por las muchas veces que Stella me ha salvado de la ira de nuestro jefe imbécil. No es que quiera fomentar su falta de honestidad, pero yo soy la peor mentirosa del mundo. La culpa me delata siempre, haciendo que me tiemble la voz y se me ponga la cara roja como un tomate.

Ernesto estaba a punto de salir, pero se detuvo en seco y se dio la vuelta para decir:

—No harás tal cosa. Olvida el informe —me señaló—. No quiero que trabajes en la Feria del Café. Tienes cosas más importantes que hacer. ¿Entendido?

Apenas pude articular las palabras.

—Vale —dije.

Se volvió hacia Stella y dijo:

—Y cuando necesites ayuda en el futuro, espero que vayas directamente a Frannie. Como nueva directora creativa, ella puede ayudarte más que cualquier otra persona en el edificio —me fulminó con la mirada, aunque no fui yo quien lo había dicho.

—Frannie estaba fuera dándose un masaje —dijo Stella—. Otra vez.

Ernesto rechinó los dientes y dijo:

—Eso no te incumbe. Trabajó hasta tarde anoche, así que lo aprobé.

—Por supuesto que sí —se burló ella.

Se miraron fijamente, pero Ernesto finalmente se rindió y se fue.

Por suerte, Stella era indispensable para la empresa, o la habrían despedido cuando Ernesto asumió el cargo de director general de la compañía.

En cuanto a Frannie, no era otra que la novia de Ernesto, también apodada "Frannie la Fútil" gracias a Stella. Era además la que me había reemplazado cuando me degradaron en el trabajo, un descarado caso de nepotismo contra el que ninguno de nosotros podía hacer nada, teniendo en cuenta que el padre de Ernesto era el dueño de la agencia.

Desde entonces, vivo en mi propio infierno personal.

Después de que Ernesto desapareciera por el pasillo, dije:

—¿No se te ocurre un apodo más fuerte para él? Molesto se queda corto.

—Pensé en gilipollas, pero no rima con Ernesto —Stella soltó una risita—. No te preocupes por él. Es sólo ladrido y mal aliento. Con más razón para que te cases con Ryan. ¡Imagina lo que puedes hacer con cinco millones de dólares! Puedes dejar este sitio, montar tu propia agencia de publicidad y llevarme contigo. Seremos un dúo dinámico. Yo puedo gestionar fácilmente el negocio mientras tú vuelves a tu pasión: hacer magia en el lado creativo.

Suspiré y dije:

—No es que no haya pensado en eso, pero en serio, ¿cómo puedo casarme con alguien de quien no estoy enamorada?

Y menos con alguien a quien no he visto en años.

—¡Hazlo como si fuera un asunto de negocios! —dijo Stella—. Ofrécele a Ryan una parte si acepta. Os casáis como amigos. Estrictamente platónico. Camas separadas. Cuerpos separados. Como compañeros de piso, nada más. Si reaviváis esos viejos sentimientos, genial, pero si no, ambos tendréis el dinero y podréis seguir con vuestras vidas.

—¿De verdad crees que sería tan fácil? —pregunté.

Stella levantó los dos pulgares y dijo:

—Por supuesto. También creo que sería un gran error decir que no a una oportunidad tan magnífica. Cinco millones de dólares es dinero que te cambia la vida.

Tenía razón, pero ¿sería yo lo suficientemente valiente como para llevarlo a cabo?

No podía creer que estuviera considerándolo.

—Ah, se me olvidó decirte —dije—. Si no me caso con Ryan, Mercedes la Miserable se lleva el dinero.

Stella parpadeó y dijo.

—Dime que estás de coña.

—Ojalá lo estuviera —dije.

—Tengo la curiosa sensación de que el Tío Pío incluyó «diabólico» como uno de sus atributos en su currículum —dijo Stella.

—Ni que lo digas —dije, negando con la cabeza.

—En serio, si había alguna duda de que fuera un genio, se ha esfumado por completo.

—Explícame, ¿por qué el Tío Pío habrá puesto eso en su testamento? Es absolutamente y totalmente absurdo.

—Es simple —dijo Stella—. Quería darte un empujón y asegurarse de que tomaras algún tipo de acción. Sabía que la mejor manera de hacerlo era metiendo a Mercedes la Miserable en el ajo, ya que las dos no os lleváis nada bien. Seguro que él está de tu parte.

—Eso es quedarse corto —dije—. Y fíjate, me dijo que no me casara con Ryan, para poder quedarse ella con los cinco millones y después repartirlos conmigo.

Stella se quedó sin aliento y dijo:

—No se puede confiar en esa bruja. Obviamente le dijiste que no.

—Lo hice, pero me amenazó antes de irse —dije.

Ella lo desestimó con un gesto y dijo:

—Ni te preocupes por eso. Es demasiado vaga para coger una pistola o un cuchillo. En fin, olvídate de ella. Tenemos que ponernos manos a la obra —Tecleó en su móvil y empezó a desplazarse por la pantalla.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

Stella sonrió y dijo:

—Buscando el perfil de Don Ryan Scott en Facebook para ver si ha envejecido bien. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Casi veinte años —dije, sin pensar.

—En veinte años puede pasar de todo. Podría llevar un peluquín pareciendo que lleva un nido de golondrinas en la cabeza. O... —Abrió los ojos como platos—. Un momento, ¿tiene una pata de palo y un parche en un ojo? —Ladeó la cabeza para analizar la foto.

—No me lo creo —dije—. Venga, enséñamelo.

Giró su móvil hacia mí y dijo:

—¿Te gusta?

—Vaya —Asentí durante mucho tiempo y muy despacio—. Como un buen vino...

Stella fue directa al grano y dijo:

—Llámale.

Eché la cabeza hacia atrás y respondí:

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí. Ahora.

Dudé, incapaz de encontrar una razón para no hacerlo.

Stella estaba más que encantada de inyectarme un poco de motivación.

—Vale —dijo ella—. Espero que disfrutes trabajando aquí el resto de tu vida. Atrapada con Ernesto el Molesto. Imagínate el horror.

Con una sincronización perfecta, Ernesto pasó por delante de la sala de reuniones, mirándome con mala leche.

Solté un suspiro.

—Vale —Cogí mi móvil de la mesa y luego miré a Stella—. Oh, espera. Ya no tengo a Ryan en mis contactos.

—Me he adelantado. —Stella me enseñó su móvil con una foto de Ryan muy guapo, vestido con una bata blanca de médico en la página web de Patitas y Colitas de Ryan.

—Lo consiguió —dije, sintiendo una calidez por todo el cuerpo, ya que Ryan siempre había querido trabajar con animales—. Eso es maravilloso. Me alegro por él.

Al menos uno de nosotros tenía un trabajo satisfactorio.

Ryan estaba aún más guapo que la última vez que lo había visto; claro, tenía algunas arrugas y canas, lo cual era de esperar. Le hacían parecer más distinguido e interesante. El brillo en sus ojos parecía decir que todo iba bien en su mundo.

Y, ¿por qué no iba a ser así? Lo nuestro ocurrió hace años.

La gente sigue adelante con sus vidas.

Stella se desplazó hasta la página de contacto en la web y me mostró su número de teléfono del trabajo. Luego dijo:

—Llámale.

—Supongo que tengo que hacerlo —dije.

—Pues claro. Y te mereces todas las cosas buenas que te vengan a partir de ahora.

Le hice caso, y marqué el número de su clínica veterinaria.

Como si alguien hubiera pulsado un interruptor, mi corazón se aceleró.

—Patitas y Colitas de Ryan —respondió una voz femenina alegre—. Soy Abigail. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola —dije—. ¿Podría hablar con Ryan Scott, por favor?

—¿Puedo preguntar quién llama?

—Amber Norris... Soy una vieja amiga.

—Déjeme ver si está disponible. Un momento, por favor.

—Claro —Me volví hacia Stella y negué con la cabeza, incrédula—. No me puedo creer que

haya dicho que soy una vieja amiga. Espero que no se lo repita.

Stella se encogió de hombros y dijo:

—Mejor que decir que eres una antigua admiradora secreta o una ex-novia.

—Cierto —Solté una risita nerviosa—. Probablemente esté ocupado con un cliente.

—Amber —dijo Ryan—. Vaya, qué sorpresa.

Ahora mi corazón tocaba un solo de batería en mi pecho.

—Hola, Ryan —dije—. Ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo estás?

—Así es —dijo—. Yo estoy bien. ¿Qué tal tú?

—Bien, bien... también. Me alegro mucho de que estés bien.

¿Me alegro de oírlo? ¿En serio había dicho eso?

Sonaba como mi médico después de decirle que estaba bebiendo más agua.

—¿A qué se debe tu llamada? ¿Tienes mascotas?

—Enhorabuena por haberte hecho veterinario —dije, intentando fingir que no estaba tan nerviosa—. Es realmente increíble. No, no tengo mascotas, todavía.

—Gracias. Mira, estoy a punto de castrar a un gato —dijo Ryan—. ¿En qué puedo ayudarte entonces?

Esto sonaba como una llamada de negocios, lo cual tenía sentido ya que le estaba llamando a su trabajo.

—¿En qué puedes ayudarme? —dije, pensando en eso un momentito—. Bueno... yo... eh... —balbuceé, incapaz de encontrar la manera adecuada de decirle que quería casarme con él para poder tener mucho dinero y dejar mi trabajo.

No importaba cómo lo dijera, iba a pensar que estaba loca.

Esto era una mala idea.

Podría ofrecerle a Ryan todo el dinero del mundo, y no se casaría conmigo.

—¿Amber? ¿Estás ahí? —preguntó Ryan.

—Sí...

Era una idiota. Había pasado tanto tiempo que había olvidado cómo tener una conversación con un hombre.

—Pídele quedar para tomar un café y charlar —susurró Stella, obviamente viendo que me estaba muriendo lentamente al teléfono—. Hazlo.

—¿Tienes algo de tiempo hoy o mañana para quedar a tomar un café? —pregunté—. Me gustaría comentarte algo. Prometo no quitarte mucho tiempo.

Ryan soltó un suspiro de agobio y dijo:

—Mira, Amber. Agradezco la llamada, pero creo que es mejor que dejemos el pasado en el pasado. Las cosas me van bien ahora. El negocio prospera. Ah, y me he casado con una mujer maravillosa.

—¿Estás casado? —solté de golpe.

Se me cayó el alma al suelo.

Era lo último que esperaba que dijera.

La mirada de decepción en la cara de Stella lo decía todo.

Era hora de despedirme de esos cinco millones de dólares.

—No suenes tan sorprendida —dijo Ryan.

—No, no —respondí, sin querer herir sus sentimientos—. No es eso. Vi tu perfil de Facebook y decía que estabas soltero. Me ha pillado por sorpresa, eso es todo. Me alegro por ti, Ryan, de verdad. Enhorabuena. Es una tía con suerte.

—Gracias, lo agradezco —dijo—. Y sí, se me olvidó por completo que tengo que cambiar mi

estado en Facebook a casado. Gracias por el aviso, pero tengo que dejarte, Amber. Cuídate.

—Tú también, Ryan —Colgué y me desplomé en la silla, sin energía ninguna—. Está casado. Vaya por Dios.

—Esto no puede estar pasando. ¡Ya estaba pensando en nombres para nuestra nueva agencia! —Stella iba de un lado a otro, cavilando—. No tiene ningún sentido. Tío Pío habría investigado para asegurarse de que Ryan estaba soltero antes de poner esa condición en el testamento.

—Ryan dijo que se ha casado hace poco, y Tío Pío grabó su testamento hace al menos un par de meses, según el abogado —Me encogí de hombros—. En fin, lo que hay es lo que hay. A volver al curro, supongo.

—¡No quiero volver al curro! —Stella señaló la carpeta sobre la mesa con la versión impresa del testamento—. ¿No había ninguna cláusula en el testamento para el caso de que Ryan ya estuviera casado, o de que encontraran su cadáver en el fondo del pantano? Tiene que haber algo ahí dentro.

Negué con la cabeza y dije:

—No. Nada. Que yo sepa. Me acordaría, ya que ese documento es una transcripción del vídeo que vi. Tío Pío dejó muy claro lo que teníamos que hacer para conseguir el dinero. Todo era bastante directo —Señalé la carpeta—. Míralo tú misma, pero creo que mis posibilidades de hacerme millonaria y largarme de aquí se han esfumado.

Stella se sentó y abrió el archivo, pasando las páginas, analizando cada palabra, cada frase, moviendo la cabeza o suspirando de vez en cuando. Cuando llegó al final del testamento, volvió al principio y empezó de nuevo.

—No me puedo creer que, siendo un hombre tan listo, no haya nada aquí, ni contingencias, ni nada —Soltó un suspiro frustrado—. Espera un momento —Tocó la pantalla de su móvil.

—¿A quién llamas? —pregunté.

—A Rowan —dijo Stella—. Necesito que me eche una mano.

Rowan era su amigo de la infancia, ahora uno de los mejores abogados del sur de California.

—Oye, Rowan, ¿tienes un minuto? —preguntó Stella—. Tengo una situación aquí y necesito desesperadamente tu brillante ayuda legal.

Rowan era bueno, pero no veía cómo podía ayudarnos.

Stella iba de un lado a otro.

—Vale, aquí está la situación. Mi amiga, Amber Norris, ha sido nombrada beneficiaria en el testamento de su tío. Pero hay una condición que dice que tiene que casarse con Ryan Scott si quiere el dinero. Es un tío que conocía hace años, pero eso no viene al caso. El caso es que hemos descubierto que Ryan ya está casado, así que por lo que parece, se va a quedar sin la pasta. A menos que puedas encontrarnos alguna laguna legal en el testamento —Asintió—. Vale, lo hago ahora mismo.

Colgó y me dijo:

—No te importa que le mande fotos del testamento a Rowan, ¿verdad? Necesita las páginas que te mencionan específicamente.

Negué con la cabeza.

—No me importa, pero creo que es una pérdida de tiempo —dije.

—Oye, no tenemos nada que perder —dijo Stella, haciendo fotos a las páginas con su móvil —. Es uno de los abogados más brillantes del estado. Ha dicho que lo mirará inmediatamente y me mandará un mensaje con sus conclusiones. Cruza los dedos.

Stella volvió a ir de un lado a otro mientras esperábamos noticias de Rowan.

Después de lo que pareció una eternidad, el teléfono vibró.

—¿Qué ha dicho? —pregunté—. Seguro que no hay nada que pueda hacer.

—Al contrario, mi dulce y maravillosa amiga —Stella miró su teléfono—. Rowan dice que el testamento no especifica con qué Ryan Scott tienes que casarte. Lo único que tienes que hacer es encontrar a otro hombre llamado Ryan Scott para casarte y los cinco millones son tuyos. También ha dicho que se sostendría en los tribunales si alguien lo impugnara.

—De ninguna manera. ¿Otro Ryan Scott? —resoplé.

Demasiado tarde. Stella ya estaba buscando a todos los Ryan Scotts en Google con su móvil.

«Dios mío, ayúdame».

Señalé su teléfono y dije:

—Para ya. Van a pensar que estoy como una cabra si llamo a un desconocido y le pido que se case conmigo.

Stella dio un golpecito con el pie en el suelo y dijo:

—Más loca estarías si dejaras que Mercedes se quedara con tus cinco millones de dólares. Deja de darle tantas vueltas —Cogió la carpeta de la mesa y se dirigió a la puerta de la sala de reuniones—. Venga, vámonos.

—¿A dónde? —pregunté, levantando las manos.

—A la cafetería de al lado a tomar un café —Se giró hacia mí—. Vamos a buscarte un novio de repuesto.

Capítulo Tres

Scotty

—¡Tengo un Capu-Chewbacca para Beverly! —anuncié, dejando la bebida en el mostrador de recogida a mi derecha en mi cafetería, Astro Aroma, en la calle principal de Pacific Beach.

Como su nombre sugiere, la temática es de ciencia ficción y fantasía, un homenaje a muchos de mis clásicos favoritos, incluyendo *Star Trek, Star Wars, Regreso al Futuro, La Mujer Explosiva, Avatar, La Loca Historia de las Galaxias y Los Cazafantasmas*, por nombrar algunos. Esta es mi pasión y llevo diez años sirviendo el mejor café de San Diego.

Beverly se acercó, contoneando las caderas, con brillo y picardía en los ojos.

—Gracias, Scotty —dijo, cogiendo su bebida sin apartar la mirada de mí, la misma mirada que me echaba todos los días cuando venía—. ¿Tienes planes este fin de semana?

Me encogí de hombros y dije:

—Trabajar. Las facturas no se pagan solas.

Beverly frunció el ceño y dijo:

—Bueno, ya sabes dónde encontrarme mañana si decides aventurarte un poco.

—A la izquierda de la estación de socorristas de Pacific Beach. Toalla amarilla. Bikini rojo —No estaba interesado, pero sonreí ya que era una clienta habitual.

—Te has acordado —dijo, llevándose una mano al pecho, como si no hubiéramos tenido la misma conversación todos los viernes del último año.

Dean, mi mejor amigo y socio, se acercó después de ver a Beverly salir por la puerta diciendo adiós con la mano.

—Tiene que ser la mujer más persistente que he conocido —dijo—. Sabe lo que quiere.

—Ni de coña —Vertí la leche de almendras en la jarra para hacer espuma—. Esa chica no es para mí.

Dean negó con la cabeza y soltó:

—Para ti no es nadie, chaval.

—Anda ya —Levanté la vista cuando Amber entró por la puerta con su amiga del alma, Stella.

Amber está preciosa, como siempre. Iba muy veraniega. Llevaba un vestido azul clarito por encima de la rodilla, con florecillas blancas a juego con sus sandalias. Su melena color rubio arena flanqueaba un colgante de plata con forma de sol. Muy apropiado, porque Amber es como un rayito de sol en un día de lluvia.

Terminé de preparar la siguiente bebida y la dejé en la barra, diciendo en voz alta:

—¡Roger! Aquí tienes tu Abismo de Almendras tamaño catedral.

Roger estaba enganchado al móvil, pero me hizo un gesto con su mano libre antes de coger su bebida y pirarse.

Le di un codazo a Dean y le dije:

—Venga, cambiemos otra vez.

—Como si fueras a hacer algo con tu enamoramiento —refunfuñó, ocupando mi puesto para que yo volviera a la caja a tomar pedidos.

La verdad es que al decir enamoramiento se quedaba corto.

Mi flechazo era más grande que la Torre Eiffel.

Dean tenía razón en una cosa, al menos. No iba a hacer nada con lo que sentía por Amber, pero eso no quería decir que no pudiera disfrutar de su presencia cuando viniera a por un café.

Ella sí que es mi tipo, fijo. Dulce, adorable, graciosa, con una nariz la mar de mona, y de esas personas que siempre dejan colarse a alguien en la fila si parece que va corto de tiempo o estresado. Eso dice mucho de una persona.

Cuando Amber aparece, se me olvidan hasta las cosas importantes, como respirar, o echarle nata montada al Moca Mad Max.

—Otra vez por aquí —le dije sonriendo, pero no demasiado, cuando se acercó al mostrador con Stella.

Por suerte, el jaleo del almuerzo había terminado y no había nadie más en la cola. Tenía más tiempo del normal para charlar con ella.

Amber sonrió y soltó:

—Esta cafetería es un imán. No te puedes librar de mí tan fácilmente..

—¿Y por qué querría yo librarme de una clienta tan asidua? —le devolví la sonrisa, aunque era una pregunta en serio.

Mi mundo se volvería más gris que un día de tormenta si dejara de venir.

Amber y Stella son dos de mis clientas más fieles de la agencia de publicidad de al lado. Como un reloj, vienen todas las mañanas, Amber por su Café Cuántico, Stella por su Kenobi Cortado. Esta era su segunda visita hoy, algo excepcional. De hecho, la última vez que vinieron dos veces el mismo día fue en Nochebuena del año pasado.

No es que estuviera llevando la cuenta ni nada.

—¿Otro Café Cuántico? —le pregunté.

—No no, gracias. Uno al día es mi tope —dijo—. No quiero estar como una moto el resto del día.

—Bueno, estar como una moto está permitido. No me importa limpiar las huellas y las marcas si eso significa que estás disfrutando —sonreí, esperando no sonar demasiado empalagoso.

—Eres un sol —Sus ojos brillaron con alegría mientras hablaba—. En realidad vamos a quedarnos aquí y tener un almuerzo tardío de trabajo —Echó un vistazo a la selección de magdalenas, sándwiches, pasteles, y galletas dentro de la vitrina de cristal—. Uf, demasiadas opciones... —Se mordió la esquina inferior del labio y me miró—. ¿Qué me recomiendas?

—Todo aquí es estelar —dije, sonriendo quizás demasiado.

—Qué graciosillo —dijo, pillando mi juego de palabras—. Pero, ¿qué devorarías tú si estuvieras muerto de hambre ahora mismo?

—Ahhh... Eso está chupado —Señalé lo primero en el estante de abajo—. El Terminator está recién llegado de la panadería, no hace ni diez minutos. Lleva atún, tomate, aguacate y mi salsa chipotle súper secreta. Mi nuevo favorito, sin duda. Incluso puedo ponerle queso mozzarella y calentarlo para que sea un bocadillo de atún caliente para morirse de gusto.

—Uy, sí. Eso suena de vicio —Amber me regaló una sonrisa que me llegó directa al alma, dándome energía para una semana entera, suficiente para mandar un cohete a la luna.

—Dos, anda —dijo Stella—. Mi sesera no tira con la tripa vacía y tenemos que ponernos las pilas con una investigación.

—¿Currando en la Feria del Café? —pregunté.

La Feria del Café es un sarao local, un invento para que los cafeteros exploren las cafeterías de la zona y prueben todos los inventos que se les ocurren a los baristas con el café.

Amber me había invitado a participar en el tinglado, aunque nunca le di una respuesta. Igual no debería haberlo sacado a relucir.

Negó con la cabeza y soltó:

—Es un proyectillo personal.

—Suena interesante —dije.

—Y tanto —dijo Stella—. Nosotras...

—Venga, a pagar —la cortó Amber, apretando el brazo de Stella—. Y nos llevaremos dos zumos de mango y guayaba.

—Marchando —dije.

Amber pasó su tarjeta por el datáfono para pagar y luego miró hacia los servicios, como si algo le hubiera llamado la atención.

Frunció el ceño, sin quitar ojo.

—¿Todo bien? —pregunté.

Hizo un gesto con la mano y respondió:

—Ah, sí, es que nunca me había fijado en esa foto de *«Superman»* que tienes en la pared, la de Christopher Reeve.

—Es nueva, como el bocata de atún —Sonreí—. ¿Has visto la peli original?

—Unas cuantas veces —dijo Amber—. Me choca que la tengas en la pared, ya que no pega mucho con el tema de tu local.

Me quedé a cuadros y pregunté:

—¿Y eso por qué? Es ciencia ficción, ¿no?

Amber negó con la cabeza y soltó:

—Siento reventarte el globo, chaval. *«Superman»* es un romance.

Entrecerré los ojos y le dije:

—El tío vuela. Más ciencia ficción que eso no puede ser.

—Vuela durante el dos por ciento de la peli —dijo Amber—. El otro noventa y ocho por ciento del tiempo, está colado por Lois Lane. Vamos, un pedazo de romance.

—Ciencia ficción.

—Es un romance —insistió Amber.

Miré a Stella y le pregunté:

—¿No será que Amber tiene el azúcar por los suelos?

—Puede ser —dijo—. Pero hazme caso, va en serio.

Negué con la cabeza, flipando, y le solté:

—Vale, mira... si me demuestras que *«Superman»* es un romance, te doy café gratis durante una semana.

La mano de Amber salió disparada hacia mí como un rayo.

—Trato hecho, maestro Jedi —dijo.

Le cogí la mano, estrechándola delicadamente, notando la suavidad de su piel.

—Prepárate para perder —le dije.

—¡Ja! —Siguió estrechando mi mano, con un tonillo juguetón—. Tú sigue soñando, guapo.

Y eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Soñando que no quería soltarme la mano.

Soñando que estaba disfrutando de mi contacto tanto como yo del suyo.

Soñando que...

—Ya te traeré las pruebas —dijo la rompe-sueños, soltándome la mano de golpe. Cogió su zumo de mango y guayaba que le pasó Dean y señaló a la esquina—. Stella, vamos para allá.

—Os llevaré los bocatas cuando estén listos —dijo Dean—. Tenemos que ponerles el queso y meterlos en la plancha de bocadillos.

—Gracias, majo —dijo Stella.

—Un gusto, como siempre —dijo él todo contento—. Ha sido estupendo verte otra vez hoy, Stella.

—Lo mismo digo, Dean —Siguió a Amber hasta la esquina. Sin perder un instante, abrió su portátil mientras Amber se acercaba para ver la pantalla del dispositivo.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté.

—¿El qué? —Dean se hizo el longui.

—«Un gusto. Como siempre» —dije, intentando imitarle—. Te traes algo entre manos..

—Ni idea de lo que quieres decir —dijo Dean.

—Búscalo en Google —Desenvolví los dos Terminators ya hechos y les puse queso a ambos. Después de meterlos en la plancha de bocadillos, bajé la palanca para cerrarla y le di al temporizador.

—¿En qué andarán metidas esas dos? —preguntó Dean, mirando fijamente hacia la esquina —. Huele a chamusquina.

—Eso es cosa suya, no nuestra —dije, sin poder evitar echar un vistazo a las dos mientras Stella señalaba algo en su portátil.

Dean seguía fisgoneando y soltó:

—Están ocultando algo. Lo sé. Stella iba a decir algo y Amber la cortó.

—Tranquilo, Sherlock Holmes —dije—. Están currando y no quieren aburrirnos con el rollo.

—No me lo trago... —Dean movió las cejas y cogió el cepillo de barrer—. Mira tú qué casualidad. Tengo que recoger algo justo detrás de su mesa.

Antes de poder decir ni mu, ya se había largado.

A los dos segundos, Dean estaba barriendo el suelo justo detrás de Amber y Stella, estirando el cuello para ver la pantalla del portátil.

¿Podía ser más descarado?

Cerré los ojos y negué con la cabeza, rezando para que no lo pillaran.

Lástima que mis plegarias no sirvieron de nada.

Dean se movió para echar un vistazo más de cerca, pero en el proceso, se dio de morros con la figura de cera del Capitán Kirk. Al intentar sujetar el muñeco que se tambaleaba, le arreó con la escoba a un vaso de plástico duro de la mesa de atrás. El vaso armó un escándalo de mil demonios. Amber y Stella dieron un salto en sus asientos, del susto, mientras el vaso acabó junto al pie de Amber.

—Perdón —decía Dean a todo el que lo miraba. Recogió el vaso del suelo, le limpió el píe y la sandalia de Amber con una servilleta y luego se incorporó—. A lo mejor me he pasado un pelín con la limpieza hoy. Esto me pasa por ser un maniático del orden.

Dean volvió junto a mí en un santiamén.

—Qué arte —le dije, estirando la mano—. Venga, suelta tu carnet de espía, James Bond. Estás acabado en esta ciudad.

Ignoró mi sentido del humor.

—Tío, igual tenemos que llamar a la policía —dijo.

Puse los ojos en blanco y solté:

—Sí, hombre.

—Te lo digo en serio, están tramando algo muy raro. Casi te podría asegurar que el homicidio es parte del plan.

—Tienes una imaginación salvaje —le dije—. ¿Esto tiene algo que ver con el novelón que estás escribiendo?

Dean era un aspirante a escritor de misterio que soñaba con que algún día le publicaran algo. Seguro que estaba probando su rollo conmigo para ver si me lo tragaba.

Ni de coña.

—No te dejes engañar por esas caritas de ángel —dijo Dean—. Sé lo que he escuchado.

—¿Y qué has escuchado exactamente? —pregunté, picando el anzuelo.

—Un plan de la leche que empieza con Amber casándose a marchas forzadas.

Mirando de reojo a su mesa, rezaba para que Dean estuviera equivocado.

Más le valía.

Nunca había visto a Amber con un tío, ni un anillo de compromiso en su dedo. Prefería que siguiera así, a menos que el otro tío que viera con ella fuera a mí en el espejo.

—Hablaron de cinco millones de dólares —siguió Dean—. Justo cuando tiré el vaso de la mesa y asusté a todo el mundo, incluido yo. En fin, mis dotes de detective me dicen que Amber va a casarse con un tío, para después cargárselo y llevarse cinco millones de dólares del seguro de vida. Un thriller de misterio cualquiera, pero necesito más información para atar cabos.

—Lo que necesitas es dormir más para que te funcionen las neuronas —le vacilé.

La plancha de bocadillos pitó.

—Justo a tiempo —dijo Dean—. Les llevaré los bocatas y veré qué más puedo sacar.

Le agarré del brazo un momento y le solté:

—Ni se te ocurra. Ya me encargo yo.

—Vale, pero échale un vistazo al portátil de Stella. Vi el perfil de un tío, a lo mejor al que quieren cargarse. Tenemos que avisarle de que tiene los días contados, o nos podrían salpicar los sesos, colega.

—En serio, tienes que dejar de ver tantas pelis policiacas —Puse los bocadillos en cestas, con dos bolsas de patatas fritas, y salí de detrás del mostrador.

Mientras me acercaba a su mesa por detrás, Amber señaló algo en el portátil de Stella.

—Este tío parece de la mafia —dijo—. No quiero que me saquen con los pies por delante.

—Esto no es una peli de Tarantino —dijo Stella—. Consigue que salga contigo. Una cita es todo lo que hace falta para poner el plan en marcha. Dentro de un año, estaremos tomando cócteles en una playa de Bora Bora, mientras tú piensas en qué vas a gastar todo ese dinero. Y él será historia.

Me quedé cuajado, y las dos bolsas de patatas se me cayeron al suelo.

Amber y Stella giraron la cabeza de golpe hacia mí, y luego Amber cerró el portátil de un manotazo.

—Justo a tiempo, estoy que me como las piedras —dijo.

Recogí las bolsas del suelo y puse la comida en la mesa delante de ellas.

—Dos Terminators —dije.

—Gracias —dijeron a la vez.

Amber le pegó un bocado grande a su bocadillo sin esperar y dijo con la boca llena:

—Esto está para chuparse los dedos. Mataría por tener la receta de tu salsa de chipotle.

El nombre del bocata no podría haber sido más apropiado en este caso. Dean no estaba loco después de todo, pero yo no podía dar crédito a lo que había presenciado.

Capítulo Cuatro

Amber

Un fin de semana cualquiera, podrías encontrarme haciendo la compra en Costco o en algún mercado del barrio, probando y comprando fruta fresca, verduras y especias.

Hoy, estaba buscando marido.

—Esto es una locura —dije, negando con la cabeza sin creérmelo.

—No pierdas de vista el premio gordo —dijo Stella, girando a la derecha en la Avenida de la Constitución hacia la playa—. Piensa en tu futuro, maja. Piensa en todas las razones por las que esto te va a cambiar la vida para mejor. Te lo mereces.

Stella siempre sabía cómo calmarme los nervios. Menos mal que la convencí para que me acompañara o seguro que habría acabado rajándome. A lo mejor por eso dijo que conducía ella, para que no pudiera poner excusas como que me había quedado sin gasolina o que el coche la había palmado.

Íbamos para un chalé en venta a dos manzanas de la playa, una casa de tres dormitorios por la que pedían tres millones. No estaba buscando formas de fundir una herencia que aún no tenía. En realidad, iba a conocer al primero de los cuatro Ryan Scott que habíamos encontrado en Internet durante el almuerzo en la cafetería de al lado.

Este Ryan en particular era un agente inmobiliario de postín según su web, que también presumía del mogollón de casas que había vendido en los últimos diez años. Stella había tenido la genial idea de ponerle motes a todos mis posibles maridos, y así podríamos tener controlado de qué Ryan estábamos hablando durante cualquier conversación.

Residencias Ryan era el primero de la lista.

—No le des tantas vueltas al coco —dijo Stella, pasando por delante del bar de tapas El Manteca, y aparcando detrás de un BMW X5 frente al chalé color salmón con el cartel de «Se vende» clavado en el césped—. El tío está para comérselo y le va la pasta, según las fotos que tiene en Internet con botellas de champán caras. Lo único que tienes que hacer es embobarlo con ese arte que tienes, y, bueno, quizás esto ayude —Se inclinó y me tiró de la blusa hacia abajo para enseñar más escote—. Así. Eso le llamará la atención seguro.

Me subí la blusa hasta el punto en el que una mujer decente la llevaría sin sentirse incómoda.

—No te pases, porfa —le dije.

—No te prometo nada —canturreó Stella—. La Operación Pasta Gansa ha empezado. El único objetivo ahora es conseguir que te tire los tejos. Aunque tiene que ser idea suya, para que se crea que es el más listo. Venga, tenemos que ponernos las pilas. Cierran la casa en veinte minutos.

Estaba a punto de tocar el timbre cuando la puerta principal se abrió de golpe.

—Bienvenidas —Residencias Ryan nos hizo un gesto para que entráramos—. Pasad. Soy

Ryan, el agente encargado de esta preciosa casa.

—Yo soy Stella y esta es Amber —dijo ella, señalándome mientras entrábamos.

Nos paramos en el salón y dimos una vuelta mirándolo todo, flipando con la casa estilo playero, con sofás blancos, modernos y mullidos, cojines azul coral, muebles hechos de madera de cedro y bambú, y caracolas por todas partes.

Miré hacia arriba a las dos tablas de surf colgadas en la pared principal, preguntándome cómo iba a conseguir que ese tío me tirara los tejos.

—¿Estáis buscando una PDI o posiblemente una HPEP? —preguntó Residencias Ryan.

—Perdona, —dije, intentando sonar lo más fina posible—. Creo que estamos algo perdidas.

—La culpa es mía, porque me va bastante el pito —dijo Residencias Ryan.

Stella y yo nos miramos con los ojos como platos sin saber qué pensar.

Estaba segura de que había oído mal.

¿Qué demonios estaba pasando?

¿Estábamos en la casa correcta?

—Supongo que debería explicarlo mejor porque es cierto parecéis muy perdidas —dijo él—. P-I-T-O, significa Plataforma Interactiva de Términos Originales. Es una app en mi móvil que me ayuda a aprender más acrónimos e incluso crear nuevos —Levantó su teléfono—. Mi pito es una parte esencial de mi vida. Uso mi pito en todos mis asuntos profesionales y personales. Mi productividad ha subido un cuatrocientos por ciento. Uso menos palabras y empleo frases más cortas para decir lo que pienso con acrónimos. Cuando curras dieciocho horas al día, el tiempo es oro. Siento una pasión fuerte por mi pito.

Stella tosió, claramente intentando aguantarse la risa.

—Pero, ¿no pierdes tiempo repitiendo cuando la gente no pilla tus acrónimos? —pregunté.

Residencias Ryan lo desestimó con un gesto y soltó:

—Eso casi nunca pasa.

Asentí.

—Ya, claro —dije—. ¿Y qué significan PDI y HPEP?

—PDI es propiedad de inversión. HPEP significa habitado por el propietario —dijo con una sonrisa, aunque su teoría se había ido al garete—. ¿Lleváis mucho tiempo buscando casa?

—Ah... —señalé a Stella—. No somos pareja.

—Ni de coña —dijo Stella, intentando no partirse de risa—. Tengo un vicio muy malo por los hombres —Se llevó la mano al pecho y soltó una risilla—. Uy. ¿He dicho eso en voz alta? Estoy tan M-M-D-L-V-D-T.

Ahora, ¿mi mejor amiga estaba inventando acrónimos?

Residencias Ryan la miró de arriba a abajo, pero era difícil decir si sonreía por su cuerpo de infarto o porque estaba flipando con el acrónimo recién inventado que había soltado.

¿Qué narices estaba haciendo Stella?

¿Estaba tonteando con mi futuro ex-marido?

¿Qué pasó con nuestro plan?

La miré con mala leche para que se centrara, pero ni siquiera miraba hacia mi lado, la muy caradura. Estaba embobada con Residencias Ryan, lo cual entendía un poco, ya que el tío estaba más bueno en persona que en la foto de su web. Aun así, ese rollo de los acrónimos era simplemente raro y empezaba a tocarme las narices.

—Pero ahora mi corazón le pertenece a alguien en exclusiva —mintió Stella—. En cuanto a Amber, su vida no tiene arreglo. Es lista y está cañón, pero los tíos la evitan, casi como si les diera miedo. ¿Te lo puedes creer?

—No —dijo Residencias Ryan—. Quiero decir, sí.

Me miró de arriba a abajo también.

Como por arte de magia, la atención pasó de Stella a mí.

Vale, eso fue una buena actuación por su parte.

Está claro que la había subestimado.

—En fin, deberíamos volver al tema —dijo Stella.

—Por supuesto —Residencias Ryan nos dio unos papeles con información sobre la casa—. El precio de la casa es de tres millones.

—¿Cuánto sería la letra al mes de una casa de tres millones con, digamos… un veinticinco por ciento de entrada? —preguntó Stella.

—Buena pregunta —Sacó su móvil y tecleó—. Un momentito, tengo que minimizar mi pito. Ya está. Quince mil dólares.

—Quince mil dólares al mes, es razonable —dijo Stella, como si fuera calderilla.

Me atraganté con mi propia saliva.

—Stella, ¿podemos hablar un momento a solas?

Residencias Ryan señaló hacia la parte de atrás de la casa y dijo:

—Salid al patio con sombra para tener un momento privado cerca de la fuentecita. Hay galletas en la cocina. Están para chuparse los dedos.

Salimos y me senté en el banco junto a la fuente y le di un mordisco a la galleta que había cogido.

—¿Puedo cambiarle el nombre y llamarle Ryan Ridículo? —susurré.

Stella me compartió una sonrisa comprensiva y dijo:

—Concedido.

—Gracias. Ahora, por favor, inventa una excusa para que podamos largarnos de aquí. Es hora de pasar al siguiente Ryan, porque este es un no rotundo.

—¿Qué? —dijo Stella, pareciendo flipada de verdad—. ¡Si es perfecto para ti!

Ahora me estaba atragantando con la galleta.

—Estás bromeando, ¿no? —pregunté—. Lo conozco desde hace menos de diez minutos y ya estoy pensando cuál es la mejor forma de mandarlo al otro barrio.

Ella extendió la mano y me dio una palmadita en la pierna.

—No te enteras, nunca lo verás —dijo—. El tío está tan obsesionado con su trabajo que estará FDLC todo el día.

Le señalé con el dedo y le solté:

—Deja ya los puñeteros acrónimos, por favor. Me van a volver loca.

—Escúchame, ¡el tío curra dieciocho horas al día y tiene casas abiertas los fines de semana! Apenas tiene tiempo ni para dormir, que es lo que tú ya estarías haciendo cuando él llegase a casa por la noche. Te lo digo en serio. Es una situación ideal para compartir piso, alguien que nunca está. Y recuerda, necesitas encontrar un marido. Deja de ser tan exigente, leche. Es temporal, hasta el divorcio, no hasta que la muerte os separe.

Tenía razón en que probablemente no estaría mucho en casa.

Stella se puso de pie y dijo:

—Todo va a salir bien. Venga, sígueme el rollo. Cuando te diga que no puedo tomar un café contigo, pon cara de pena y dime que lo necesitas de verdad. ¿vale?

—¿Y qué tiene que ver el café con todo esto? —pregunté.

Stella sonrió con complicidad y respondió:

—Ya lo verás. Confía en mí.

Residencias Ryan miró su reloj cuando entramos en el salón.

—Estoy a punto de cerrar, pero esta es una OPO increíble para pillar una PROP cerca de la taquería —dijo—. No tardéis mucho en decidir porque el SMPP es real.

—Me lo pensaré —dijo Stella—. Cogí una de tus tarjetas, así que te lo haré saber —Se volvió hacia mí—. Y he recibido un mensaje de la oficina y tengo que volver inmediatamente, lo que significa que voy a tener que dejar el café contigo para otro día.

Esa era mi señal.

Puse morritos.

—Pero me muero por otro Café Cuántico —dije.

—¿Qué es eso? —preguntó Residencias Ryan.

—Es mi bebida favorita en mi sitio favorito, Astro Aroma.

—Ah... conozco ese lugar, pero nunca he estado allí —Residencias Ryan se aclaró la garganta—. Oye, mira, la verdad es que no me vendría mal un chute de energía esta tarde, así que estaría encantado de ir allí contigo a tomar un café, si te apetece la compañía. Puedo conducir.

—¡A Amber le encantaría! —Stella se agarró al antebrazo de Ryan—. Eres tan dulce. Ahora me siento mucho menos culpable por dejarla tirada. De hecho, mientras tomáis café, puedes pedirle a Amber su opinión sobre publicidad para tus servicios inmobiliarios y cómo darte a conocer. Es una genio creativa, para que lo sepas.

Residencias Ryan se volvió hacia mí y dijo:

—OMDS, eso sería increíble. Necesito actualizar mi material de marketing LCAP, y PSST, podría usar una opinión profesional sobre cómo darle más chispa y hacerlo más atractivo.

Sonreí y dije:

—Estaré encantada de darte algunas ideas.

—¡Genial! —dijo Stella—. Bueno, realmente tengo que irme corriendo —Se volvió para abrazarme—. Hablamos pronto.

Diez minutos más tarde, Residencias Ryan y yo éramos los cuartos en la fila de Astro Aroma.

—Hola, Amber —dijo Scotty cuando llegamos al mostrador para pedir—. Qué alegría verte aquí durante el fin de semana.

—A mí también me alegra verte —dije, feliz de estar en presencia de una persona normal. Bueno, dos personas normales, en realidad—. Hola, Dean.

Me saludó con la mano mientras hacía espuma con la leche y dijo:

—¡Hola, Amber! ¡Feliz sábado!

—Feliz sábado —respondí.

En serio, eran dos de los tipos más agradables en mi entorno actual.

—No he olvidado la apuesta —le dije a Scotty.

—¿Qué apuesta? —preguntó Residencias Ryan.

Señalé la imagen en la pared y dije:

—Yo digo que la película *«Superman»* es un romance. Scotty dice que es ciencia ficción. Voy a demostrar que se equivoca.

—¿Y qué obtienes si lo haces? —preguntó Residencias Ryan.

—Una semana de café gratis —dije.

—¿Y qué obtiene él si gana?

—La satisfacción de saber que siempre tengo razón —dijo Scotty.

Negué con la cabeza, divertida.

—Los hombres y sus egos —dije.

Señaló la entrada y dijo:

—Mi ego es tan grande que necesito abrir ambas puertas para entrar cada día.

Sonreí y dije:

—Buen intento, pero me cuesta creerlo.

Scotty era uno de los tipos más sencillos que conocía.

No es que le conociera bien, pero rara vez me equivocaba al juzgar a las personas.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Scotty a Residencias Ryan—. ¿«*Superman*» es un romance o ciencia ficción? Ayuda a un colega.

Residencias Ryan se encogió de hombros y dijo:

—Nunca he visto la película.

—¿Qué? —dijimos Scotty y yo al unísono—. ¡Chispita!

Nos señalamos el uno al otro como adolescentes.

Residencias Ryan suspiró, miró su reloj, y dijo:

—Sólo tengo veintisiete minutos disponibles. Tomaremos dos Cafés Cuánticos.

Menudo aguafiestas.

Scotty marcó el pedido en su monitor, su mirada oscilando entre Residencias Ryan y yo.

—Vale —respondió Scotty con una mirada de confusión.

O tal vez intentaba averiguar por qué estaba yo con este payaso.

Residencias Ryan sacó el portafolio inmobiliario que llevaba bajo el brazo. Iba a mostrarme algunos materiales de marketing durante el café y escuchar mi opinión. Sacó una tarjeta de visita del portafolio y la empujó hacia Scotty.

—Toma mi tarjeta, por si alguna vez buscas casa nueva —dijo—. Con mi experiencia brillante, tendrás casa al instante.

¿Eso era su eslogan? No me cabía duda de que necesitaba ayuda con su publicidad si pensaba que esa frase le iba a conseguir nuevos clientes.

—Gracias —Scotty tomó la tarjeta y la miró. Le echó un doble vistazo antes de mirar a Residencias Ryan y luego a mí. Le pasó la tarjeta a Dean, quien la miró y luego le dio a Residencias Ryan un repaso con la vista.

¿De qué iba todo eso?

Scotty señaló la vitrina a su izquierda y dijo:

—¿Queréis algo de comer?

—No, gracias —dijimos Residencias Ryan y yo simultáneamente.

—¡Chispita! —solté.

Él me miró fijamente, todo lo contrario a la reacción divertida y juguetona de Scotty.

En serio, Residencias Ryan era un aguafiestas.

«Es temporal, no hasta que la muerte os separe».

Stella tenía razón, pero al menos había otras opciones, otros tres Ryans en la lista, por si acaso. Me negaba a creer que cualquiera de ellos pudiera ser peor que éste.

—Gracias —le dije a Scotty.

Residencias Ryan ya estaba de nuevo mirando su teléfono cuando Scotty me hizo una ligera reverencia con la cabeza.

—Es un placer, Amber —dijo.

¿Ves? Eso sí era genuino. El brillo en sus ojos coincidía con la luminosidad de su amable sonrisa. Scotty mantenía el contacto visual conmigo mientras hablábamos, nunca apresurando una conversación porque necesitara terminarla lo antes posible. Lo decía en serio cuando decía que era un placer. No me cabía duda. Sabía cómo tratar a sus clientes, y tenía la sensación de que

era igual con cualquiera que se cruzara en su camino, incluso con desconocidos.

Unos minutos después, Dean nos dio nuestros Cafés Cuánticos y nos sentamos en una mesa junto a la ventana que daba a la calle. Me terminaría el café tan rápido como pudiera, le daría las gracias a Residencias Ryan y luego le diría adiós. Para siempre.

Residencias Ryan tomó un sorbo de su café, luego abrió su portafolio, sacó un folleto y lo puso delante de mí en la mesa.

—Quiero mejorar esto. Dime si tienes alguna idea de cómo puedo hacerlo —dijo.

Era exactamente igual a todos los otros folletos brillantes que los agentes inmobiliarios locales dejaban en mi puerta o buzón promocionando sus servicios, destacando nuevas propiedades, mostrando las últimas casas vendidas en la zona y el precio. También había consejos sobre por qué ahora era el mejor momento para comprar o vender una casa. El nombre y la foto de Residencias Ryan estaban en la parte superior de los folletos, justo debajo de su ridículo eslogan.

—Vale... —Eché un vistazo al folleto, pensando que haría mi buena acción del día y le daría algunos consejos, sin hacerle sentir mal por sus elecciones hasta ahora.

Desafortunadamente, nunca tuve la oportunidad.

Una mujer pasó por la acera junto a la ventana, casi haciendo que espurreara el primer sorbo de mi café. Era la última persona en el mundo que quería ver.

Mercedes la Miserable.

Me eché hacia atrás en mi silla, sorprendida de verla. Solté un suspiro de alivio cuando siguió por la acera y desapareció de mi vista.

Uf. Casi.

Tal vez había un reflejo en la ventana desde fuera que le impidió reconocerme. Me parecía perfecto. Cada vez que veía a Mercedes, una ola de ansiedad se apoderaba de mi cuerpo, como una corriente de resaca en el océano tratando de arrastrarme.

Por suerte, no tendría que lidiar con su negatividad hoy.

O eso pensé tontamente.

Unos segundos después, Mercedes me estaba mirando fijamente a través de la ventana. Echó un vistazo a Residencias Ryan, y luego volvió a fijar sus ojos en mí.

«Por favor, déjame en paz».

«No entres».

«Vete».

Lástima que mis deseos no se cumplieran.

Se dio la vuelta hacia la entrada de Astro Aroma y entró como si fuera la dueña del lugar.

«Esto no puede estar pasando».

Antes de darme cuenta, Mercedes la Miserable estaba de pie directamente frente a nosotros, con los brazos cruzados, como si estuviera a punto de cantarme las cuarenta.

—Te dije que aceptaras el trato, pero ¿me escuchaste? Nooo —dijo ella—. Tenías que volverte codiciosa, ¿verdad? —Tenía una expresión de satisfacción irritante en la cara—. Y ahora que Ryan Scott está casado, no vas a recibir ni un céntimo.

Me quedé allí sentada en shock, preguntándome cómo se había enterado.

—¿Quién te ha dicho que estoy casado? —preguntó Residencias Ryan.

Cerré los ojos con fuerza, sin gustarme la dirección por la que iba esta conversación. Todo mi plan se iba a desmoronar más rápido que un castillo de arena con marea alta.

Mercedes la Miserable había estado ignorando a Residencias Ryan, pero ahora lo miraba de arriba a abajo con el ceño fruncido.

—¿De qué estás hablando? —dijo ella.

Él extendió la mano sobre la mesa para mostrar su dedo anular y dijo:

—Dijiste que estaba casado. No lo estoy.

Mercedes negó con la cabeza.

—No, dije que Ryan Scott estaba... —Algo brilló en sus ojos. Su mirada rebotaba entre Residencias Ryan y yo. Estaba tratando de unir las piezas del puzle en su cabeza, mientras yo intentaba deslizar mi mano sobre la mesa para cubrir su nombre impreso en la parte superior del folleto.

Los ojos de Mercedes la Miserable se abrieron de par en par mientras me arrebataba el folleto y dijo:

—¿Qué demonios es esto? —Señaló a Residencias Ryan—. ¿Pensaste que podías encontrar a algún tipo al azar con el mismo nombre y luego conseguir que se casara contigo por dinero? Eso no va a colar en los tribunales, te lo aseguro. ¿Y realmente crees que este hombre está lo suficientemente desesperado como para casarse contigo por dinero?

Residencias Ryan se encogió de hombros y dijo:

—¿Desesperado? No. ¿Oportunista? Absolutamente. ¿De cuánto dinero estamos hablando aquí? Dame una cifra aproximada —dijo, frotándose las manos.

Mercedes graznó maniáticamente y dijo:

—Créeme, ninguna cantidad valdría la pena. Amber está bajo investigación por blanqueo de dinero y fraude y acabará en prisión, llevándote con ella como cómplice.

—Hasta aquí he llegado —dijo Residencias Ryan, poniéndose de pie de un salto. Agarró su portafolio y su café, y salió pitando por la puerta.

Algunos de los otros clientes nos estaban mirando, y yo me estaba sintiendo incómoda. Incluso Scotty y Dean miraron en nuestra dirección.

«Qué vergüenza».

—Esta conversación ha terminado —dije, mirando a Mercedes la Miserable, harta, tratando de mantener la compostura por fuera, ya que me hervía la sangre por dentro—. No tengo nada más que decirte. Por favor, vete.

Ella dio un paso más cerca, mirándome amenazante desde arriba y dijo:

—Te estaré vigilando, así que ni se te ocurra intentar otra cosa. Se acabó, ¿lo has entendido? ¡Se acabó!

Mercedes la Miserable estaba completamente equivocada en eso.

Yo apenas estaba empezando.

Capítulo Cinco

Scotty

—Madre mía, tenemos drama del bueno —Dean me dio un codazo en el hombro—. El tipo de la inmobiliaria que hablaba en clave se ha largado de repente, y esa mujer que entró está encarándose con Amber.

Tiré un cartón de leche vacío en el contenedor de reciclaje y miré disimuladamente mientras la mujer se daba la vuelta y salía hecha una furia.

—Parece cabreada —dije con curiosidad—. Me pregunto qué habrá pasado.

—¡Un Frappé de Frankenstein para Victor! —dijo Dean dejando la bebida en el mostrador, y sonriendo al hombre que se acercó a por ella—. Tu nombre no es realmente Victor, ¿verdad?

—En realidad es Ricardo —respondió, guiñando un ojo, y se alejó con su bebida.

—Eso pensaba —murmuró Dean con una risita.

Victor era el nombre del protagonista de la novela y película original de *Frankenstein*. A muchos clientes que venían por un café les gustaba divertirse dando nombres falsos con sus pedidos, lo cual nos parecía genial. He preparado bebidas para Darth, Flash, Fiona, Nemo, Han, Luke, Buffy, Conan, Scully, Yoda, y muchos más.

—No se me escapa nada —dijo Dean—. Soy como un sabueso —Se dio un toquecito con el dedo en la punta de la nariz.

—Siempre me han gustado tus orejas caídas —bromeé.

—Muchas gracias. Y te diré algo más, sé exactamente lo qué pasó con Amber en la mesa.

—Cuéntame.

«Esto va a ser bueno».

Dean volvió a mirar hacia ella y dijo:

—La codicia, amigo mío. Apuesto a que Amber dejó fuera del trato a esa otra mujer porque quería todo el dinero para ella. La codicia es una bestia malvada que puede destrozar vidas. Al principio, el plan siempre va viento en popa, pero luego las cosas se tuercen rápidamente cuando alguien quiere un trozo mayor del pastel. Cuando quieres acordar, se están matando entre ellos en lugar de quitar de en medio a quien se suponía que tenían que liquidar.

—Parece que lo tienes todo resuelto. Gracias por compartirlo —Resoplé, negando con la cabeza.

—Todo sea por el bien mayor de la humanidad —dijo Dean—. Además, como estás colado por Amber, necesitas saber en qué te estás metiendo antes de dar un paso adelante.

No iba a dar ningún paso, así que eso era algo discutible.

Tenía las manos atadas.

Hasta que mis circunstancias cambiaran, Amber estaba fuera de mi alcance.

—Hablando de eso, ¿has tenido noticias de Iggy? —preguntó Dean.

Iggy era el apodo de Ignacio. Era un viejo amigo de mis padres, que también resultaba ser mi abogado de divorcio. Aunque era un tema delicado, era uno de los tipos más agradables y fiables que conocía.

—Aún no —dije, secándome las manos con la toalla—. Debería llamarle otra vez.

—Buena idea —dijo Dean—. Piensa en positivo. Todo va a salir bien. Hay que tener paciencia.

—Gracias, pero perdí la paciencia hace dos años —Me dirigí hacia mi oficina en la parte de atrás y me desplomé en la silla, tomando un par de respiraciones profundas hasta que pasó el momento de inquietud. Cogí el teléfono y pulsé número uno, de llamada directa.

El solo pensamiento de mi ex y mi divorcio me drenaba la energía del cuerpo. Lo que Tiffany me hizo era inexcusable, y solo quería —necesitaba— que terminara de una vez por todas. Divorciarse hoy en día era algo muy común entre parejas, pero abandonar completamente a alguien y dejarlo colgado de esa manera no lo era.

—Iggy Sampino —contestó al primer timbrazo.

—Hola, Iggy, soy Scotty —dije—. ¿Cómo estás?

—¡Scotty! Estoy estupendamente, hasta las cejas de casos, lo cual es genial. ¿Llamas para pedir una actualización, o solo querías decirme lo maravilloso que soy y lo mucho que me aprecias?

Me reí, lo cual era sorprendente, considerando el motivo de mi llamada.

—Ambas cosas —dije.

—Lo siento, amigo mío —dijo Iggy—. Aún no hay noticias, pero ya sabes que es solo cuestión de tiempo. Confía en el proceso, todo saldrá bien al final. Hay que tener paciencia con estas cosas.

—Eso es lo que dijo Dean.

—¡Y tienes que creerlo! Estoy seguro de que es solo cuestión de días hasta que puedas decir que estás oficialmente divorciado. Sé que has estado esperando mucho tiempo, demasiado probablemente, pero ya casi estás.

Inicialmente había pensado que el proceso sería pan comido. Nos habíamos separado legalmente después de que Tiffany se mudara, y ambos acordamos tener un divorcio amistoso, ya que sabíamos que no había absolutamente ninguna posibilidad de reconciliación. Éramos jóvenes e ingenuos cuando nos casamos, y luego nos fuimos distanciando y dejando pasar los años sin una conexión fuerte. Fin de la historia. Todo lo que teníamos que hacer era firmar los papeles y presentarlos.

Entonces, de la nada, Tiffany tuvo un momento de esos como en el libro y la película *Comer, Rezar, Amar*, y decidió que necesitaba ir a encontrarse a sí misma en Bali. Me llamó desde el aeropuerto para hacerme saber que estaría fuera durante tres semanas, y que firmaría los papeles del divorcio en cuanto regresara.

Eso fue hace dos años.

Tiffany había desaparecido completamente del mapa.

Nadie la había visto ni sabido de ella desde entonces.

Después de presentar la demanda de divorcio, un amigo en común mencionó que había oído que Tiffany estaba viviendo con un hombre en Bali y que ya tenían un hijo juntos. Me alegraba por ella, de verdad, pero mientras ella estaba alcanzando su zen, mi vida seguía parada en Estados Unidos.

Había sido más que paciente para darle el espacio que necesitaba, pero cuanto más tiempo pasaba, más desesperanzado me sentía. Tan impotente que incluso pasé una semana entera

llamando a más de trescientos hoteles y resorts en Bali, tratando de localizarla.

Todo había sido en vano.

Por suerte, Iggy había mencionado que había una manera de solicitar el divorcio si no se podía encontrar al cónyuge. Todo lo que tenía que hacer era demostrar al tribunal que había hecho un esfuerzo de buena fe para probar que había intentado buscarla y luego publicar la citación de divorcio en el periódico local donde era probable que estuviera. Había hecho ambas cosas. Ahora, solo estaba esperando que fuera firmado por el juez y procesado por el tribunal.

Más bien esperando eternamente.

Solté un suspiro frustrado.

—Solo quiero seguir adelante con mi vida —dije.

—¡Y deberías! —dijo Iggy—. Tu relación terminó hace mucho tiempo, y no hay ninguna posibilidad de reconciliación. Solo estamos esperando a que se procese el papeleo. Oye, Tiffany siguió adelante, ¡y tú también deberías hacerlo!

Sí, estaba en ello.

—Mira, tengo que irme —continuó Iggy—. Te avisaré en cuanto me entere de algo. Cuídate, amigo mío.

—Gracias. Tú también —Colgué la llamada y volví al trabajo, tratando de mantener mis pensamientos positivos y confiando en las palabras de Iggy.

Cuando Dean me vio, levantó las manos y dijo:

—¿Y bien?

—Aún nada —dije.

—¡Está al caer, seguro! —Dean me dio una palmada en la espalda—. Vale, es hora de distraerse un poco. Continuemos nuestra conversación sobre Amber como la criminal más buscada de América.

Tenía razón, sería una buena distracción. La idea de Dean sobre lo que estaba pasando con Amber era inverosímil, pero muy divertida, tenía que admitirlo. Me divertía escucharle divagar sobre cosas que solo sucederían en una novela de ficción o película.

Repuse el expositor con unos cuantos pasteles y me di la vuelta para seguir con el tema.

—Vale, Sherlock —dije—. Si estás tan seguro de que sabes lo que está pasando, por favor explica por qué era necesaria la otra mujer en primer lugar. Porque solo se necesita a una persona para cometer un asesinato, así que ¿qué se suponía que iba a hacer la mujer misteriosa en este escenario tuyo?

—¿En serio me estás haciendo esta pregunta de escuela primaria? —Dean parecía ofendido.

—En efecto, lo estoy haciendo. Por favor, ilumíname con tu mente elocuente.

—Será un placer —Dean sonrió y terminó la bebida que estaba preparando, dejándola en el mostrador y gritando—: ¡Un Ciber Cortado para Cindy!

La mujer se acercó y cogió la taza, dándole un sorbo antes de retirarse a la mesa.

—Mmm. Qué bueno. Gracias.

Dean inclinó su gorra de béisbol de Astro Aroma y dijo:

—De nada. Gracias por venir hoy —Se giró hacia mí y se apoyó en el mostrador—. ¿Recuerdas al personaje de Harvey Keitel en la peli «Pulp Fiction»?

—¿El Lobo? —respondí con las cejas levantadas.

—Sí —dijo Dean—. También conocido como El Limpiador. Resuelve problemas. Nadie es mejor que él limpiando desastres. En fin, el trabajo de esa mujer cabreada era venir y deshacerse del cuerpo después de que Amber hiciera el trabajo. Obviamente, Amber pensó que ya no necesitaba sus servicios, así que le dijo que se fuera a freír espárragos.

Estallé en carcajadas y dije:

—En serio, necesitas terminar ese libro. Vas a vender un millón de ejemplares, y yo seré la primera persona en comprar una versión autografiada por el autor.

—Te voy a tomar la palabra —Dean hizo un gesto hacia Amber—. Ahora, ve a ver cómo está tu amor platónico. Parece un poco perdida en el espacio. Está que echa chispas.

Miré hacia Amber.

Dean tenía razón.

Era evidente por la expresión del rostro de Amber que algo gordo había pasado. Sin embargo, a diferencia de Dean, estaba convencido de que no tenía nada que ver con un plan para asesinar a alguien. Aproveché que no había clientes en la fila y me acerqué a la mesa de Amber. Ella estaba mirando por la ventana, con aspecto un poco agitado.

—¿Qué tal tu Café Cuántico? —pregunté, señalando su taza—. No parece gustarte mucho hoy. ¿Quieres otra cosa?

—No, gracias —Amber se giró un poco para mirarme—. Está perfecto, como siempre —Le dio un sorbo—. ¿Ves? Delicioso.

—Vale —dije—. No siento mucha convicción en esas palabras. Sin embargo, aceptaré tu respuesta porque mi ego lo necesita. ¿Está todo bien? El tipo de bienes raíces y esa mujer se fueron con mucha prisa. Sé que no es asunto mío, sólo quiero asegurarme de que estás bien.

—No es... nada. Algo relacionado con el trabajo —dijo ella, con la voz quebrada.

De repente evitó el contacto visual y empezó a moverse inquieta en la silla.

Incluso su cara se estaba poniendo roja.

Quizás estaba avergonzada y no quería hablar de ello.

—Lo siento, te acabo de mentir —soltó de repente, y luego me miró a los ojos—. No sé por qué lo he hecho. No está relacionado con el trabajo, pero ciertamente es algo muy vergonzoso. Y complicado.

Levanté las palmas y dije:

—Oye, no hace falta que me lo expliques ni te sientas mal. Aunque si alguna vez necesitas hablar, siempre estoy disponible —Me encogí de hombros—. Respeto tu intimidad. Sólo me preocupo porque te aprecio. Puede que te resulte raro confiar en el tipo que prepara tu café.

—No es más raro que cuando la gente se desahoga con el camarero en la barra de un bar— dijo, con una risita suave—. Sé muy bien que haces el mejor café del mundo —Amber dio otro sorbo—. Pero también sé que no tienes ni idea de qué género es «Superman», aunque está clarísimo que es un romance.

Me puse las manos en las caderas, fingiendo estar ofendido.

—Ciencia ficción.

— «Romance» —dijo ella con énfasis antes de empezar a reír.

Me reí con ella.

—Sabes, sigues diciendo que es un romance, pero aún no ofreces ninguna prueba —dije—. Esa es una defensa bastante floja.

Amber señaló la silla y me preguntó:

—¿Puedes sentarte un momento? Si tienes tiempo, claro.

Miré hacia atrás a Dean, que estaba limpiando el mostrador. No había nadie esperando, y no iba a desaprovechar la oportunidad de pasar un rato con Amber.

—Claro... creo que puedo dedicarte unos minutos —Me senté frente a ella, apoyando las manos sobre la mesa—. Dime.

Amber no perdió el tiempo y dijo:

—Primera prueba. Superman atrapó una bala por Lois Lane. ¿Qué hay más romántico que eso?

—Ajá... Bueno, sí, claro, porque atrapar balas no es ciencia ficción para nada. De hecho, yo atrapo balas todos los días —Alcé la mano y fingí atrapar una del aire—. Acabo de atrapar una bala ahora mismo. Oh, ahí viene otra —Volví a alzar la mano—. La tengo. Qué suerte tienes. Todavía estás viva. De nada.

—¿Te estás haciendo el gracioso ahora? —Amber estaba haciendo todo lo posible por no estallar en risas, lo cual era condenadamente adorable.

—Soy un romántico, según tú, porque creo que acabo de salvarte la vida. ¿Ni siquiera me merezco un gracias por eso?

—Ni de coña —dijo Amber—. Prueba con esta... Superman hizo retroceder el tiempo para no tener que vivir en un mundo sin Lois Lane. No hay nada más romántico que eso.

—De nuevo... ¿Es realista viajar en el tiempo o hacerlo retroceder? Ciertamente suena a ciencia ficción a menos que conozcas a alguien que haga retroceder el tiempo en la vida real. ¿Alguna vez has viajado atrás en el tiempo tú misma para almorzar con alguien que te volvía loca? Como el Sr. Darcy o Pedro Picapiedra.

—En primer lugar, esos son personajes de ficción y aunque viajara atrás en el tiempo, solo los encontraría en una película o en la televisión, no en la vida real. Y ya que estamos con el tema, el Sr. Darcy está sobrevalorado.

—Vaya... ¿Has oído eso? —Me puse la mano detrás de la oreja—. Ese fue el sonido de quinientos millones de mujeres protestando colectivamente ante lo absurdo de tu comentario.

—Protestad todo lo que queráis, señoras —dijo Amber—. Me quedo con Robert Downey Jr en «Solo tú» antes que con el Sr. Darcy cualquier día de la semana.

Me rasqué la barbilla y dije:

—Muy interesante. ¿Y qué pasa con el pobre Pedro Picapiedra?

—Ni lo menciones —dijo Amber—. Me recuerda a mi ex marido. No querría volver a pasar por eso. Además, Pedro tiene un gusto pésimo para la ropa . ¿Te pondrías una toga naranja con manchas negras con el dobladillo descosido?

—Depende —Lo pensé—. ¿Cuál sería la ocasión?

Nuestra risa compartida fue maravillosa.

Charlar con Amber era muy fácil.

Llámame loco, pero sentía casi como si estuviéramos en una cita.

«Quiero una cita así con ella».

—¿Cómo hemos pasado de «Superman» a «Los Picapiedra»? —pregunté.

Amber se encogió de hombros y dijo:

—No tengo ni idea, pero lo más fácil para mí es echarte la culpa a ti.

—Acepto toda la responsabilidad. De hecho, hice un maratón de los ciento sesenta y seis episodios de «Los Picapiedra» como si fuera pequeño, mientras me recuperaba de una lesión de tenis.

—Qué coincidencia —dijo Amber con una cara de sorpresa—. Yo también juego al tenis.

Parpadeé dos veces y dije:

—¿De veras?

—Bueno, hace tiempo, pero sí —Asintió con la cabeza—. ¿Qué tipo de lesión tuviste?

—Codo de tenista. Tardé casi un año en recuperarme. No fue divertido —Hice un gesto hacia el mostrador—. Supongo que debería volver al trabajo. Hazme saber cuál es mi premio ya que obviamente gané nuestra apuesta. Un entrecot y una langosta estarían bien. ¿O qué tal un coche

nuevo? —Esbocé una sonrisa algo exagerada.

—No he terminado de presentar mis argumentos —replicó Amber—. Esto no ha acabado.

—Te daré una oportunidad más para convencerme —dije—. Y eso es todo.

—Trato hecho —dijo, pensándolo—. Vale, tengo uno bueno. Si no crees que esto es romántico, no tienes corazón.

—De acuerdo, adelante —Hice un gesto, como si estuviera presentando a un concursante de televisión—. Pongamos sesenta segundos en el reloj. Buena suerte —Hice clic en un cronómetro imaginario—. Y... ¡ya!

—No necesitaré tanto tiempo —Amber se inclinó hacia adelante provocativamente, acercándose un poco y bajando la voz—. Imagina la angustia y la tortura de estar enamorado de alguien, pero no poder expresar tus sentimientos.

Vale, esa no la vi venir.

Me sentí como una estatua. Me quedé pasmado, paralizado. ¿De dónde demonios había sacado Amber eso?

Y ciertamente no tenía que imaginar la angustia y la tortura.

La estaba viviendo yo.

Cada. Maldito. Día.

—Todo el mundo sabe que Clark Kent tiene sentimientos por Lois Lane —añadió ella—. Las mujeres podemos percibir estas cosas a kilómetros de distancia, ¿sabes?

¿Estaba Amber diciendo que sabía que yo estaba enamorado de ella?

¿O era una simple coincidencia?

¿Qué estaba pasando aquí?

¿Y por qué empezaron a sudarme las palmas de las manos de repente?

No sabía cómo responderle o si debía hacerlo.

Amber continuó:

—Clark intenta reunir el valor para decirle la verdad a Lois. Todos queremos que lo confiese, más que nada, pero al mismo tiempo sentimos su dolor y sufrimos con él. Porque sabemos que si revela lo que hay en su corazón, puede cambiar instantáneamente la dinámica que comparte con Lois, o peor aún, asustarla si ella no siente lo mismo. Imagínate eso.

Una vez más, esta era mi vida.

No era necesario imaginar nada.

Amber suspiró y dijo:

—El pobre hombre va dando tumbos, esperando que algún día ella se dé cuenta de lo mucho que significa para él. Está apostando por su paciencia y porque las cosas sucedan en el momento adecuado, sabiendo, anticipando, que algún día ella cambiará de opinión y verá a la persona real que está justo delante de ella. Como un romance de combustión lenta, que lleva su tiempo para florecer y tener su final feliz.

Mis sentimientos por Amber han estado ardiendo a fuego lento durante más de un año. No hay nada de combustión más lenta que eso.

El paralelismo entre la situación de Clark Kent y la mía era casi real, y realmente me llegó al alma, cuanto más lo pensaba más convencido estaba. Lo único que faltaba por mi parte era una capa y la capacidad de volar. Amber tenía razón. Esa película tenía mucho de romance con elementos de ciencia ficción.

También me di cuenta de otra cosa.

Parpadeé dos veces cuando me golpeó la idea.

«Yo soy Superman».

—Y además —continuó Amber—, hay un momento en la película cuando...

Levanté la mano para detenerla.

—¿Qué? —dijo ella, confundida.

—Tú ganas —solté.

—¿Perdona? —La boca de Amber quedó abierta—. ¿Qué has dicho?

Me encogí de hombros y dije:

—He dicho que tú ganas. *«Superman»* es un romance. Punto. Enhorabuena. Te has ganado el café gratis.

Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras alzaba el puño en el aire.

—¡Sí! —casi gritó—. ¡Sabía que entrarías en razón! Después de todo, tienes corazón.

—Gracias por notarlo —Miré hacia la puerta al entrar dos personas—. Debería volver al trabajo —Me levanté y acerqué la silla a la mesa—. Ha sido un placer charlar contigo, Lois — Me pregunté cómo respondería a eso o si pensaría que estaba admitiendo que estaba enamorado de ella.

—Lo mismo digo, Clark.

Su sonrisa había tomado mi corazón como rehén, al igual que sus palabras.

¿Estaba admitiendo que se sentía atraída por mí?

¿Era un tonto por esperarlo y desearlo con todo mi corazón?

Me di la vuelta para irme y...

—Gracias —añadió.

Me detuve y me volví.

—¿Por qué? —pregunté.

Amber se encogió de hombros y dijo:

—Por cambiar mi estado de ánimo. Por ser... divertido y amable.

—Ay —Hice una mueca—. La palabra amable es el beso de la muerte para los hombres. Retírala o quedaré traumatizado de por vida.

—Es demasiado tarde para eso —Ella dijo con una sonrisa—. Asúmelo.

Me reí y me di la vuelta para volver al trabajo.

—Qué suavón, señor Don Juan —dijo Dean en voz baja, mientras me dirigía hacia la máquina de café espresso—. Amber y tú parecíais estar pasándolo muy bien.

—Sólo estábamos charlando —dije—. Fue completamente inocente.

—Eso lo dice el hombre con cara de embobado —dijo Dean, sin parecer nada convencido.

Miré la pantalla de pedidos y dije:

—Vale, ¿qué tenemos aquí?

—Dos cafés de filtro —dijo —.

Llené dos tazas de café. Les puse las tapaderas y las coloqué en el mostrador.

—Dos cafés para Kennedy —anuncié.

—Gracias, Scotty —dijo ella.

—Un placer. Gracias por venir —Observé a otro cliente hacerse un selfie con un póster de Keanu Reeves en «Matrix», luego me volví hacia Dean—. Tengo una sensación muy rara en el cuerpo ahora mismo, como si tuviera mil mariposas revoloteando en el abdomen.

—¿Una sensación inquieta, de cosquilleo y nervios en la tripa? —preguntó Dean.

—Sí —dije—. Exactamente.

Hizo una mueca y dijo:

—Eso son gases. ¿Puedes alejarte de mí? Por favor.

—Hablo en serio. Es ese aleteo del que habla la gente. Nunca lo había sentido.

—Los hombres no tienen mariposas en ninguna parte del cuerpo —dijo Dean.

«Díselo a las mariposas en mi estómago».

—Y esa es toda la prueba que necesitas para dejar de darle vueltas y pedirle una cita de una vez —añadió—. Haríais una pareja muy mona y necesitas pasar todo el tiempo posible con Amber antes de que vaya a la cárcel por asesinato.

Le di un codazo cuando la vi acercarse.

Esperaba que no hubiera oído eso.

Se puso de puntillas y se asomó por encima de la máquina de café espresso.

—Oye, Scotty —dijo Amber—. Nunca me dijiste si quieres participar en la Feria del Café. Se te está acabando el plazo para apuntarte.

Arrugué la nariz, sintiéndome mal, y dije:

—Lo siento, tenía intención de responderte, pero he estado hasta arriba de trabajo.

—Bueno, creo que deberías hacerlo. Será bueno para tu cafetería, además sería divertido tenerte allí —Amber sonrió—. Pero también quería decirte que mi jefe me ha quitado del proyecto, así que tendrás que hablar con Stella si quieres participar.

—Inconcebible —bromeé, preguntándome si pillaría la referencia.

Sus ojos se iluminaron y dijo:

—Mira tú, citando frases de «La princesa prometida». Es impresionante, teniendo en cuenta que es un romance.

Negué con la cabeza y dije:

—Lo siento, pero eso es fantasía.

Compartimos una risa.

Me encantaba que tuviera sentido del humor y un lado juguetón.

Odiaba tener las manos atadas.

—¿Estarás por aquí mañana? —preguntó Amber—. Sé que es domingo, pero quizás pueda pasarme con Stella para responder a tus preguntas entonces.

—Por supuesto, pasaos —exclamé, con demasiado entusiasmo.

Dean se inclinó hacia mí y dijo:

—Creía que ibas a tomarte el día libre mañana.

—No, eso es el domingo que viene —mentí—. Estaré aquí mañana después de la una y media.

—Genial. Es una cita —dijo Amber, girando sobre sus talones y saliendo.

—¡Tío! —dijo Dean, dándome un manotazo en el brazo—. Tienes una cita.

—No es ese tipo de cita —dije, negando con la cabeza—. Es una cita de negocios. Esas fueron las palabras que ella eligió para confirmar nuestra reunión de trabajo. Nada más, colega.

—Lo que tú digas —Dean sonrió con aire de suficiencia—. Le gustas.

Miré por la ventana y la vi cruzar la calle antes de que desapareciera doblando la esquina. Hoy tenía un brío extra en su paso y no pude evitar preguntarme si era por nuestra apuesta o específicamente por haber pasado tiempo conmigo. Era imposible ignorar la carga magnética que existía entre nosotros como una tormenta eléctrica.

Era mágico.

Era pura química.

Y me estaba volviendo loco ya que no podía hacer nada al respecto.

Capítulo Seis

Amber

Mi última clase de yoga fue un completo desastre, y aunque han pasado más de tres años, lo recuerdo como si fuera ayer. Después de terminar la postura de la cobra, intenté ajustarme el sujetador sudado, perdí el equilibrio y acabé dándome un puñetazo a mí misma en la cara.

Stella estaba conmigo ese día y convirtió ese momento vergonzoso en una oportunidad para llamarme Amber la Tuerta durante toda una semana, inspirada por el parche que tuve que llevar debido a mi córnea arañada. También intentó convencerme para hacer una audición para un papel en la producción teatral de «Piratas del caribe» pero me negué.

Desde aquel fiasco en yoga, prefería hacer ejercicio dando paseos matutinos por la playa, montando en bici y algún que otro partido de tenis. Poco sabía yo que volvería a hacer yoga exactamente tres años después, con Stella de nuevo a mi lado.

Afortunadamente, pude terminar toda la clase de yoga ilesa y con ambos ojos intactos. Aunque la clase fue mejor de lo esperado, no tenía pensado volver pronto, ya que estábamos allí por motivos ocultos.

—Namaste —dijo el instructor, juntando las palmas delante del pecho. Hizo una leve reverencia y luego estableció contacto visual con todos en la clase.

—Namaste —repitió toda la clase al unísono.

El instructor era Rábano Ryan, obviamente no era su nombre real, sino un apodo creado por la reina de los apodos, Stella.

Según la biografía en su página web de yoga, Rábano Ryan era un espíritu libre y una especie de nómada, habiendo vivido en diez países diferentes del mundo durante los últimos quince años. También mencionaba que amaba la naturaleza, los zumos, el minimalismo y los perros, así como hábitos de alimentación y vida poco convencionales, a saber a lo que se estaba refiriendo con eso. También estaba obsesionado con los rábanos, de ahí el apodo.

Stella fue rápida en señalar que era otra situación ideal de compañero de piso o marido, ya que podría darle la vena repentina de irse a encontrarse a sí mismo por enésima vez en otra parte del mundo, dejándome la casa toda para mí.

—Vamos —susurró Stella después de enrollar su esterilla de yoga—. Sígueme la corriente.

Caminamos hacia la parte delantera de la clase y esperamos mientras otras dos mujeres se despedían de él, mirando embobadas su torso delgado y esbelto. Había enseñado toda la clase sin camiseta, y no parecía tener prisa por ponérsela de nuevo.

Rábano Ryan desprendía un aire bohemio, despreocupado y relajado, con pelo largo y ondulado a la altura de los hombros y mechas ombré que me recordaban mucho a Jason Momoa pero más fino.

Finalmente, llegó nuestro turno y nos acercamos.

—Ha sido una clase increíble —dijo Stella, sosteniendo su esterilla bajo el brazo—. Muchas gracias.

Rábano Ryan juntó ambas palmas frente a su pecho de nuevo e hizo una ligera inclinación de cabeza.

—De nada —dijo con total paz—. La conexión mente-cuerpo es algo maravilloso de explorar, permitiéndonos vivir plenamente en el presente. Siempre es mejor estar donde estás que donde crees que deberías estar.

—A menos que estés en el dentista con un taladro en la boca cuando preferirías estar en Hawái —bromeó Stella.

Rábano Ryan sonrió e inclinó la cabeza sabiamente.

—Excelente observación —dijo.

—Soy Amber —dije—. Y esta es mi buena amiga, Stella.

—Un placer conoceros a ambas.

—¿La mayoría de tus clases son del mismo estilo? —pregunté.

Asintió y dijo:

—Sí, aunque doy una clase de yoga nudista en la playa los sábados por la mañana muy temprano, si os interesa.

Estaba a punto de hacer una broma al respecto, pero me detuve cuando me di cuenta de que hablaba en serio.

—¿De verdad hay clases así? —No pude evitar preguntar.

Rábano Ryan afirmó:

—Totalmente. No hay nada como dejarlo todo al aire, para comulgar con la naturaleza sin restricciones.

Intenté parecer indiferente, pero admito que me sentía un poco fascinada, aunque horrorizada más que nada, al imaginar a un hombre directamente detrás de mí durante la clase mientras me tocaba los dedos de los pies, o peor aún, a un hombre delante de mí mientras intentaba tocarse los suyos.

—¿Qué te llevó a hacer eso? —pregunté, tratando de sacarme esa imagen de la cabeza.

—No me gusta la ropa —dijo.

—Oh... vale —dije—. ¿Algún tipo de ropa en particular?

—Todas —dijo Rábano Ryan—. La desnudez es nuestra forma más pura de ser nosotros mismos. Y el yoga nudista es una oportunidad para conectar con la Madre Tierra a un nivel espiritual y descubrir una utopía inmaculada que no está mancillada por el algodón, el poliéster y el spandex. Es tu oportunidad de huir de la tiranía de la tela y abrazar tu cuerpo celestial. Es la experiencia más enraizada y liberadora del mundo. Deberíais uniros a mí.

Eso sería un *no* por mi parte.

De todas mis partes, en realidad.

Probablemente a Rábano Ryan no le suponía un problema imitar un pretzel en cueros porque tenía el bronceado más bonito que he visto jamás y una complexión delgada que debía estar en torno al cinco por ciento de grasa corporal. Yo dejé de pesarme hace años después de convencerme de que mi báscula me odiaba.

Me preguntaba qué tipo de régimen alimenticio estricto seguía, porque me negaba a salir con un hombre que comiera más ensaladas que yo. Obviamente, esa regla no se aplicaría a mis circunstancias actuales, ya que mi único objetivo era encontrar un marido rápidamente.

—El cuerpo es un templo, para ser adorado y disfrutado —Rábano Ryan se pasó las uñas por la piel, desde los pectorales hasta los abdominales, y luego de vuelta arriba para empezar de

nuevo.

¿Qué estaba haciendo? No podía decir si se estaba acariciando o intentando imitar a un gato tapando caca en una caja de arena. Fuera lo que fuese, me estaba poniendo los pelos de punta.

—Tendremos en cuenta esa otra clase para el futuro —mintió Stella, y luego se volvió hacia mí—. ¿Lista para tomar el zumo orgánico? —Me lanzó un guiño seguido de una sonrisa cómplice.

Nunca concretamos el plan para engatusar a este Ryan en particular para que saliera conmigo, pero obviamente esa era mi señal para seguirle la corriente.

Asentí y dije:

—Por supuesto. He estado esperando ese zumo toda la mañana.

—Me encantan los zumos —dijo Rábano Ryan—. ¿Cuál es vuestro zumo favorito?

Stella recitó impresionantemente un montón de ingredientes que sonaban poco apetecibles al mezclarlos:

—Espinacas, pepino, apio, piña, limón, jengibre y cúrcuma. Mmm.

En serio, yo nunca bebería algo así.

Aunque Stella estaba mintiendo muy bien, obviamente había planeado y hecho sus deberes porque yo nunca había oído hablar de semejante zumo.

—Suena delicioso —dijo Rábano Ryan.

—Bueno, eres más que bienvenido a unirte a nosotras —dijo Stella justo a tiempo—. De hecho, me encantaría invitarte a un zumo como forma de agradecerte una clase tan maravillosa.

No dudó y dijo:

—Esta era mi última clase del día. Sería tonto si rechazara tu generosa oferta.

—¡Lo serías! —Stella le apretó el brazo—. Danos tiempo para ir a casa a ducharnos y nos vemos en Astro Aroma en una hora.

—Perfecto —dijo Rábano Ryan—. Tardaré más o menos eso en ir andando si incluyo una parada en McDonald’s por el camino.

Parpadeé y miré fijamente su cuerpo perfecto.

Me negaba a creerlo.

Nunca había oído hablar de un bohemio que comiera comida rápida. Lo que también tenía poco sentido era por qué prefería andar.

—Hace bastante calor fuera ahora —dije—. Quizás deberías ir en coche.

Lo descartó con un gesto y dijo:

—No te preocupes por mí, estoy acostumbrado a andar. No me gustan los coches.

Era fascinante que a Rábano Ryan no le gustaran ni la ropa ni los coches, pero le encantaba la desnudez y McDonald’s. Por suerte para los clientes, los restaurantes tienen códigos de vestimenta y no había posibilidad de que estuviera McNudo mientras comía.

Honestamente, era un poco raro para mi gusto, pero era amable. No debería juzgarle por su estilo de vida. Era su vida, no la mía, y mientras no estuviera rompiendo ninguna ley, allá él.

Parecía bastante despreocupado, así que quizás casarse por dinero no fuera gran cosa. A menos que no le gustaran las relaciones. Supongo que lo descubriría pronto.

El momento era perfecto, tenía una hora con Rábano Ryan antes de reunirme con Scotty a la una y media para hablar de la Feria del Café.

Fui directa a casa, me duché, me vestí y llegué a Astro Aroma exactamente sesenta minutos después. Rábano Ryan me estaba esperando en la acera, fuera, cerca de la puerta principal.

—Hola —dijo—. ¿Stella no viene?

—Llegará un poco tarde, yo te invito —dije.

Sonrió y dijo:

—Ningún problema con eso.

Tenía la sensación de que Stella me había dicho que llegaría tarde para darme algo de tiempo a solas con Rábano Ryan. De todos modos, sabía que se reuniría conmigo más tarde.

Entramos y nos dirigimos hacia la máquina de café expreso, donde Dean estaba preparando uno.

—Es raro verte ahí detrás sin Scotty —dije—. Normalmente sois inseparables.

Miré hacia la caja donde un adolescente con ortodoncia esperaba ansiosamente que me moviera en esa dirección para pedir algo. Probablemente era un chico del instituto local que estaba allí los fines de semana para ganar algo de dinero extra.

—Igual que tú y Stella sois inseparables —dijo Dean—. ¿Ella no vendrá hoy?

—Vendrá pronto.

—Esperaba verla —Guiñó un ojo—. En cuanto a Scotty, tienes razón, hay un vacío en mi corazón cuando no está cerca —Agitó la mano en el aire y chasqueó los dedos como si estuviera haciendo un truco de magia—. ¡Voila!

—O un vacío en tu cabeza —dijo Scotty, apareciendo de repente desde debajo del mostrador.

Solté un grito como un cachorro al que le han pisado la cola por accidente, y me llevé la mano al pecho.

—¡Me has dado un susto de muerte! —dije.

—Lo siento —dijo Scotty con una risa—. Estaba cogiendo unos filtros de aquí abajo —Los levantó como prueba y me dedicó una sonrisa tonta.

—Vengo a cobrarme el primero de los quinientos cafés gratis, Clark —bromeé.

Scotty levantó las palmas y dijo:

—¿Solo quinientos cafés en una semana, Lois? —Resopló y fingió estar ofendido por mi comportamiento—. Aficionada.

Hicimos esa cosa en la que miras a la otra persona y de alguna manera ambos pensamos que es gracioso al mismo tiempo. Nuestra conexión era innegable.

Rábano Ryan interrumpió nuestra diversión:

—Stella y Amber alaban vuestros zumos.

—Son soberbios, si me permites decirlo —dijo Scotty, señalando el menú en la pared detrás de él—. Las bebidas con el pájaro de colores al lado de los nombres me las traen frescas del bar de zumos de la esquina. Los batidos orgánicos se hacen frescos aquí. Y si te apetece café, tostamos los granos nosotros mismos. Dime si tienes alguna pregunta.

—Un zumo me vendría de perlas después de cuatro horas de yoga —dijo.

—Vaya, eso es duro —dijo Scotty.

—No realmente —dijo Rábano Ryan, negando con la cabeza—. Lo hago tres días a la semana, así que estoy acostumbrado. Soy instructor de yoga.

—Aun así, es impresionante —dijo Scotty—. Tengo que admitir que nunca he probado a hacer yoga.

—Deberías venir. Es muy liberador, especialmente mi clase de yoga nudista.

A Scotty le pareció divertido y dijo:

—Sí, claro. He picado.

Rábano Ryan no sonrió y dijo:

—Hablo en serio.

—Oh... —Scotty se aclaró la garganta—. Perdona, yoga nudista, vaya, nunca me hubiera imaginado que existiera algo así —Me miró, probablemente preguntándose si yo lo había hecho

ya que estaba con el instructor.

—No lo he probado tampoco —aclaré rápidamente.

—Bueno, os estáis perdiendo algo increíble —dijo Rábano Ryan—. En fin, tengo una página web si queréis echarle un vistazo. Ryan Scott Yoga punto com.

Dean miró hacia nosotros y preguntó:

—No me digas, ¿tu nombre es Ryan Scott?

Esto no pintaba nada bien. Debía haber conectado los puntos y darse cuenta de que había traído a dos Ryan Scotts a la cafetería en dos días.

Rábano Ryan juntó las palmas frente a su corazón e hizo una ligera reverencia cuando dijo:

—Soy yo, en carne y hueso. Bueno, no tanta carne como veis —Guiñó un ojo.

Esa era mi señal para hacer algo antes de que Scotty y Dean hicieran más preguntas.

—Vale, vamos a pedir —dije, agarrándole del brazo y llevándolo a la fila y dejando pasar delante a dos hombres que acababan de entrar.

Unos minutos después, estábamos disfrutando de nuestros zumos. Yo pedí mi favorito de mango y guayaba mientras Rábano Ryan optó por el Galactic Jengibre Explosivo, que llevaba zanahoria, limón y jengibre. Ahora, tendría que encontrar el momento adecuado para abordar el tema del matrimonio de conveniencia.

—Vi en tu web que has vivido en muchos países —Le di otro sorbo a mi zumo de mango y guayaba—. ¿Has estado en París o Roma? Ambos están en mi lista de deseos. Ah, y Londres. Me muero por visitarlos.

—No me gustan las grandes ciudades ni los sitios turísticos —dijo Rábano Ryan—. Prefiero la belleza natural del mundo, la naturaleza salvaje, la Madre Naturaleza, el Everest, el Serengueti, la Gran Barrera de Coral. Una vez viví en las selvas de Costa Rica durante seis meses, solo los monos y yo —Pasó la mano por la mesa—. La textura de esta mesa es exquisita. Casi me excita, si te soy sincero.

Mi mente seguía en lo de vivir con los monos.

—¿Qué hacías para comer en Costa Rica? —pregunté, con curiosidad—. ¿Vivías de la tierra? Supongo que no habría un McDonald’s por allí.

—En realidad, creo que hay veinte restaurantes McDonald’s allí, al menos la última vez que estuve. También muchos Taco Bell —Tiró de su camiseta de tirantes e hizo una mueca como si algo le irritara—. Oye, ¿qué te parece si vamos a mi casa, nos quitamos esta ropa y tomamos un postre? ¿Quizás un helado de rábano?

La situación había avanzado rápidamente.

¿Cómo pasamos de un zumo inocente a tomar helado en pelotas?

Abrí la boca y la cerré, sin esperar la invitación. Tampoco esperaba que Mercedes la Miserable hiciera una aparición extra, abriéndose paso entre dos clientes en la puerta y marchando en mi dirección, pero allí estaba.

—Otra vez no —murmuré.

—Oh... ¿ya has tomado hoy postre desnuda? —preguntó Rábano Ryan.

Mercedes se detuvo frente a mí y dijo:

—Eres tan ridícula. Ni siquiera tiene gracia —Negó con la cabeza y miró furiosa a Rábano Ryan—. No me digas que te llamas Ryan Scott.

—El mismo. ¿Has tomado mi clase de yoga?

—No, pero supongo que Amber sí —dijo, señalándome.

Rábano Ryan arqueó una ceja y dijo:

—Vaya, pues sí. ¿Os conocéis?

Mercedes respondió:

—¡Claro! Y qué alegría conocerte, porque ella está embarazada y creo que debes saberlo.

—¿Qué? —Me eché hacia atrás en mi asiento—. No lo estoy. No escuches a...

—Felicidades por caer en su trampa, Ryan —dijo Mercedes la Miserable—. Que sepas que Amber está buscando un padre para su bebé. ¿Estás listo para echar raíces? ¿Criar una familia y un hijo que no es tuyo? ¿Has cambiado pañales antes?

Negué con la cabeza, asqueada, y dije:

—Es increíble hasta qué punto eres capaz de rebajarte para...

—¿Sabes qué? —Rábano Ryan se puso de pie de un salto y señaló la puerta—. Estoy casi seguro de que dejé la puerta del estudio abierta. Tengo que irme corriendo —Se bebió el resto de su zumo de un trago—. Gracias por el zumo —Una vez fuera, echó a correr y desapareció calle abajo.

Yo estaba que echaba chispas, pero no quería montar una escena en un lugar público, delante de Dean y Scotty.

Con ambas manos sobre la mesa, Mercedes se inclinó hacia mí y susurró:

—Te dije que te estaba vigilando. No seas tonta. Nunca te saldrás con la tuya. Acepta el trato y podemos acabar con esto ahora mismo. Cada una seguirá su camino y no tendremos que volver a vernos.

Una parte de mí quería aceptar el trato.

La idea de librarme de ella y eliminar la ansiedad y el estrés que me estaba causando era muy tentadora. Mercedes era como una enorme punzada en el costado, la persona que nadie querría como pariente. Nada sonaba mejor que sacarla de mi vida para siempre. También estaba la ventaja de no tener que casarme con nadie por dinero.

Aunque por otro lado, había una parte de mí que creía que no debía permitir que los matones se salgan con la suya. Que hay que luchar por lo que uno cree, luchar por lo que es justo. ¿Qué derecho tenía Mercedes la Miserable a mangonearme e intentar reclamar algo que no le pertenecía legítimamente? Tío Pío estableció las reglas de su testamento, no yo. Sería un error cambiarlas. Así que, aunque lo más fácil del mundo sería aceptar su trato y seguir con mi vida, simplemente y éticamente no podía hacerlo.

Hice un gesto con mi pulgar apuntando hacia abajo y dije:

—No hay trato.

—¿Hablas en serio? —Mercedes se acercó aún más y rechinó los dientes—. Estás loca.

—Deben de ser las hormonas del embarazo —dije, poniendo los ojos en blanco con sarcasmo.

Hubo un fuerte golpe detrás de mí que me hizo dar un respingo en mi asiento.

Me di la vuelta y me quedé helada.

Dean estaba cerca, con la boca abierta y su escoba en el suelo.

—Ups. Lo siento —Recogió la escoba y se apresuró a volver al mostrador.

No había duda de que había oído al menos parte de la conversación.

Lo que significaba que Scotty lo sabría pronto.

Lo que significaba que iba a morirme de vergüenza en cualquier momento.

Capítulo Siete

Scotty

Dean regresó corriendo de su última escapada de espionaje no autorizada por la dirección y prácticamente me cortó la circulación en el brazo izquierdo del apretón que me dio.

—Amber está buscando un padre para su bebé —dijo.

—¿Te has golpeado la cabeza con la escoba? —pregunté.

—Hablo en serio.

—Espera un segundo —Le puse la tapadera al vaso que sostenía y dejé la bebida en el mostrador—. ¡Tengo un Café con Leche Lunar para Uhura!

La chica vino a por su bebida y dijo:

—Gracias.

—Un placer. Gracias por venir —Me volví hacia Dean, listo para discutir su última ronda de disparates—. Vale, genio, déjame ver si entiendo todo lo que está pasando, porque hay mucho. En primer lugar, Amber está buscando un marido.

—Correcto.

—Después de casarse con él, va a asesinarlo.

—Lo has pillado —dijo Dean.

—Luego cobrará cinco millones de dólares de la póliza de seguro de vida.

—Tú lo has dicho.

—¿Y ahora me estás diciendo que además está buscando un padre para su bebé?

—¡Sí! —exclamó Dean.

—¿De dónde ha salido el bebé? —pregunté.

No podía creer que aún le estuviera siguiendo el juego.

No había forma de que Amber estuviera embarazada.

—Vaya, chico —Dean se acercó más, con una mirada compasiva—. ¿Nadie te ha explicado nunca cómo se hacen los bebés? Esto es algo incómodo para mí, considerando tu edad.

Vimos a la mujer que había estado hablando con Amber salir por la puerta, y parecía bastante cabreada. Era la misma de ayer a quien Dean comparó con el personaje de Harvey Keitel en «Pulp Fiction».

—Sigamos... —dije, suspirando—. ¿Por qué necesita un padre para el bebé entonces? ¿Por qué no una niñera?

—Demasiado inmadura —dijo—. Una niñera estará pegada a su teléfono todo el tiempo. No será capaz de mantener la boca cerrada. Amber necesita a alguien emocionalmente y físicamente comprometido, si sabes a lo que me refiero. Aquí es donde entra en juego el padre del bebé, del que también se deshará en algún momento. Tío, los cadáveres se van a amontonar en su casa.

—Esto tiene muy poco sentido —dije—. ¿El padre del bebé es un tipo diferente al que va a

matar por el dinero del seguro?

Dean levantó un dedo y dijo:

—Quédate con esa idea. Pero lo que no entiendo es por qué esa mujer ha vuelto si Amber la excluyó del trato —dijo Dean, haciendo un gesto hacia ella que acababa de salir por la puerta—. No tiene sentido a menos que esté intentando hacerle cambiar de opinión a Amber, o la esté chantajeando con algo más. ¿Tú qué crees?

—¿Me lo preguntas a mí? —dije—. No tengo ni idea. No tengo una imaginación como la tuya —Me volví hacia nuestro empleado más joven—. ¿Cuál es tu opinión sobre el tema, Brayden? Sé que has estado escuchando nuestra conversación. Puedes ser sincero.

Brayden era uno de mis empleados a tiempo parcial que trabajaba entre diez y veinte horas a la semana. Estaba en el último año del instituto Mission Bay y también jugaba en el equipo de fútbol, así que trabajaba principalmente los sábados y domingos.

Brayden se encogió de hombros y respondió:

—Creo que Dean está diciendo tonterías.

—Me encanta —Choqué los cinco con él.

Dean negó con la cabeza, pareciendo derrotado cuando dijo:

—Vale, nadie lo entiende. Ve a vaciar las papeleras.

—Gracias, cualquier cosa antes que seguir esta conversación —Brayden nos dio una amplia sonrisa y le dio la vuelta al mostrador dirigiéndose hacia el contenedor de reciclaje junto a la puerta principal.

Me sentí totalmente reivindicado y dije:

—Este chico tiene un futuro brillante por delante.

—Es demasiado listo para su edad —concedió Dean con una risita—. Vale, ahora que se ha ido, por fin tenemos un minuto para hablar en serio. Sé que he estado bromeando más de la cuenta, pero no puede ser una coincidencia que Amber haya salido con dos Ryan Scotts, uno tras otro.

Yo estaba pensando lo mismo.

—Quizás estén emparentados —especulé—. Quiero decir, mi padre y yo tenemos el mismo nombre, así que nunca se sabe. ¿Y quién era ese famoso que tenía cinco hijos y les puso a todos el mismo nombre?

—George Foreman, el boxeador —dijo Dean—. Claro, es posible, pero muy improbable ya que ambos Ryan Scotts parecían tener la misma edad. Definitivamente no son gemelos porque ese tipo de yoga parece un Jason Momoa desnutrido. Lo interesante, sin embargo, es que Amber de repente parece estar mucho más abierta contigo. Tal vez seas el siguiente en su lista de víctimas potenciales.

Lo descarté con un gesto y dije:

—En todo caso, yo soy el que se ha abierto más con ella. Además, ni siquiera creo que sepa mi verdadero nombre. No hay ninguna conexión ahí en absoluto. Pura coincidencia.

Nací como Ryan Scott III, pero para evitar confusiones con mi padre y mi abuelo, que tenían los mismos nombres de Ryan, mi familia, familiares y amigos empezaron a llamarme Scotty cuando era un bebé. El nombre se me quedó para siempre, probablemente porque tenemos sangre escocesa y el nombre Scotty era muy popular en nuestra cultura. Los escoceses somos gente orgullosa.

Honestamente, siempre me ha encantado el nombre y me he considerado Scotty desde que tengo memoria. No es que haya ocultado mi nombre verdadero a la gente. Soy Scotty, pero legalmente soy Ryan Scott. Si alguien pide mi tarjeta de visita, dice Ryan “Scotty” Scott. Sé que

puede sonar raro, pero quiero que haya dudas sobre mi nombre real.

Dean me señaló y dijo:

—¿Crees que Amber no sabe tu nombre real? No lo sabes con seguridad. Ha podido investigarte. Las mujeres son listas, son malvadas y son astutas. Fingen que no prestan atención, pero entre bastidores están tomando notas mentales frenéticamente, memorizando detalles, analizando datos y almacenando hechos en el fondo de sus cerebros para usarlos en el futuro. Luego, cuando menos lo esperamos, ¡ZAS! Se lanzan con todas sus fuerzas, dejando a la población masculina anulada, sin fuerza y sin palabras. ¡No sabemos lo que nos ha golpeado!

—Es una pena que no hayas tenido tiempo suficiente de analizar a las mujeres —dije.

—Búrlate, pero por esto en las discusiones unas veces ganan las mujeres y el resto perdemos nosotros. También es por lo que los hombres a veces beben demasiado. Las mujeres se fijan en todo. Contemplan, anotan, se infiltran, manipulan y...

Le ofrecí algo de ayuda al verlo atascarse y dije:

—¿Procrean?

—¡Exacto! Y luego terminan —Sonrió orgulloso por la última, después señaló con la cabeza hacia Amber, que ahora estaba sentada sola—. Obviamente es una viuda negra. Seguro que eso se te ha pasado por la cabeza. Es una mantis religiosa.

Negué con la cabeza y dije:

—Para nada.

—No estás pensando con claridad, ten cuidado. Nunca se sabe, Amber podría intentar acostarse contigo y luego devorarte vivo.

—Hay peores formas de morir —bromeé mientras añadía más granos de café en el molinillo —. Pero en serio, algo le está pasando. Ojalá hubiera una forma de que se abriera, para poder ayudarla.

—Te diré lo que tienes que hacer —Dean me apretó la parte superior del hombro—. Ve ahora mismo y dile que te llamas Ryan Scott. Luego siéntate y observa cómo reacciona. Eso es todo lo que tienes que hacer.

—No sé —dije, pensando si eso era una buena idea.

—¡Hablo en serio! Eso pondrá la pelota en su campo y la obligará a hacer un movimiento. Y créeme, lo hará. Te lo garantizo.

Incliné la cabeza hacia un lado, dándome un momento de contemplación.

—Pero primero hazme un favor, si no te importa —añadió Dean.

—¿Qué? —pregunté.

—Ponme como beneficiario de tu póliza de seguro de vida —dijo con una sonrisa.

Me reí y dije:

—Realmente eres ridículo.

—Lo que sea —dijo Dean—. Pero ten cuidado. Dijo que tenía hormonas por su embarazo.

—Sí, claro que las tiene —Me limpié las manos y me dirigí a la mesa de Amber, sin estar seguro de lo que iba a decir.

Quizás Dean tenía razón.

No sobre el embarazo, pero sí sobre decirle que me llamo Ryan Scott. Tal vez entonces descubriría qué demonios estaba pasando con ella porque era desconcertante más allá de lo creíble. Reuní valor y me dirigí a su mesa.

—Hola —dije, poniendo las manos en el respaldo de la silla frente a ella, balanceándola—. ¿Cómo estás?

Amber dejó de escribir un mensaje en su teléfono, lo dejó sobre la mesa y respondió:

—Estoy bien. ¿Cómo estás tú?

Su sonrisa no era genuina esta vez.

Eso lo sabía.

Antes de poder responderle, echó una visual a la cafetería y dijo:

—Este lugar siempre parece estar concurrido. Me agrada ver que tienes breves descansos de vez en cuando.

—Nunca me oirás quejarme —Señalé la silla—. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto —Dio un sorbo a su zumo cuando su teléfono sonó.

Se inclinó para mirar el mensaje.

Su teléfono estaba ligeramente de lado, así que pude ver el mensaje.

Me sentí culpable por mirarlo, pero fue un reflejo.

El mensaje de texto era de Stella, diciendo que tenía una sorpresa para Amber.

¿Qué tipo de sorpresa?

Amber me miró.

«Uy. Me ha pillado».

Dirigí la mirada hacia el techo y dije:

—¿Eso es una araña?

—Scotty... —dijo lentamente.

—Sí... realmente creo que lo es.

—¿Has leído el mensaje en mi teléfono? —preguntó Amber.

«Mierda, mierda, mierda».

Las palabras de Dean me golpearon como una bofetada con una tortilla en la cara.

«Las mujeres se fijan en todo».

No le mentiría, pero podía retrasar mi confesión.

—Tal vez sea una polilla —Miré de nuevo al techo, entrecerrando los ojos.

—Scotty...

Solté un suspiro avergonzado y dije:

—Lo siento. Sí, vi tu mensaje. Stella tiene una sorpresa para ti. No estaba siendo cotilla, de verdad. ¡Tu teléfono se iluminó y sonó y llamó mi atención! Fue un acto reflejo. Es como uno de esos anuncios en la radio, te atrapa sin que te des cuenta, y pronto estás cantando la canción de una compañía de detergente sin ni siquiera saberlo. Luego ves a la persona en el coche de al lado que te está mirando, pensando probablemente que estás loco.

—Comprendo, pero no tengo ni idea de qué tiene que ver esto con tu invasión de mi privacidad —dijo Amber—. ¿Has usado esta analogía para distraerme de tu comportamiento?

—Absolutamente. ¿Funcionó?

—Ni lo más mínimo.

Le ofrecí una amplia sonrisa y dije:

—¿Un aprobado por el esfuerzo?

Amber arrugó la nariz, aparentando no estar enfadada conmigo y luego dijo:

—Te daré un suficiente, pero tienes que quedarte después de clase por mal comportamiento.

Me encogí de hombros y respondí:

—No es realmente un castigo, me gusta la profesora.

Eso se me escapó antes de poder evitarlo.

Sentí que mis mejillas se encendían en el momento en el que ella se reclinó en su silla y me estudió. Casi sonó como si estuviera coqueteando.

Afortunadamente, no pareció importarle.

—Estás perdonado —dijo Amber, esta vez con una sonrisa genuina—. Y gracias. Siempre tienes esta manera de distraerme y hacerme sentir mejor cuando estoy demasiado ensimismada en mis pensamientos.

Si me llamaba amable, no podría soportarlo.

Amber cogió su teléfono e hizo una mueca ante el mensaje.

—Para que conste, odio las sorpresas —dijo.

«No es un buen día para decirle tu verdadero nombre».

—¿Nunca has tenido una sorpresa agradable? —pregunté.

Amber pareció meditarlo y dijo:

—Bueno, claro, de vez en cuando, pero esta semana ha estado llena de demasiadas sorpresas, así que estaría perfectamente bien tomarme un descanso.

—Lo entiendo —dije, tratando de hacerla sentir mejor—. Pero si es de tu mejor amiga, ¿tan mala puede ser?

La campana sonó sobre la puerta anunciando un nuevo cliente.

Un hombre bajito y calvo con Crocs amarillos a juego con sus pantalones cortos y una camiseta negra que decía «Posible Marido» se detuvo frente a nosotros.

Se dirigió a Amber y dijo:

—Disculpe... ¿Es usted Amber Norris?

Ella levantó la mirada y dudó, como si casi tuviera miedo de responder.

—Eh, sí, soy yo —dijo ella.

—Maldita sea, Stella no mentía. Ciertamente eres una preciosidad —El hombre sonrió como si hubiera ganado la lotería—. Perdonen mis modales. Soy Ryan Scott. Soy mayorista de roscones. Stella me contactó y me dijo que tenía que venir aquí de inmediato para una oportunidad única en la vida. Adelante. Alégreme el día.

Amber se quedó sin palabras.

Yo también, a decir verdad.

¿Qué tipo de oportunidad exactamente?

Por mucho que quisiera saberlo, me sentía incómodo estando allí en medio de una potencial transacción comercial con un tercer Ryan Scott.

Amber se estaba poniendo roja de lo que parecía ser vergüenza.

Esa era mi señal para quitarme de en medio.

—Debería volver al trabajo —Me levanté de un salto y me dirigí de vuelta al mostrador.

—Vaya, parece que hubieras visto un fantasma —dijo Dean cuando me acerqué.

—Mucho peor —respondí, negando con la cabeza—. He conocido a otro Ryan Scott.

Capítulo Ocho

Amber

Ernesto el Molesto se pasó por mi cubículo al final de la jornada laboral justo cuando me estaba colgando el bolso para salir. Tenía planes de reunirme con Stella para una mini sesión de lluvia de ideas, y después de eso, me esperaba una cita con Radio Ryan.

El momento lo es todo, de eso no cabe duda.

Quince segundos más y me habría librado de él.

«Por favor, no me pidas que haga nada».

A Ernesto el Molesto le gustaba asignarme tareas «urgentes» justo cuando estaba saliendo por la puerta. Me lo había hecho tres veces la semana pasada y dos veces la semana anterior. Era como si añadiera más cosas a mi lista a propósito para que dimitiera, cosas que ni siquiera formaban parte de la descripción de mi puesto.

Quizás pensaba que era gracioso, o quizás estaba sacando su parte cruel, como de costumbre, pero yo me reiría la última, después de encontrar al Ryan Scott adecuado para casarme. Ya veríamos si realmente podía hacer que eso sucediera, porque tenía serias dudas.

Especialmente después del fiasco de ayer con Roscón Ryan. El tío lo tenía todo en su contra como marido potencial mucho antes de sentarse a la mesa conmigo. La mayor era el hecho de que ya estaba casado. Incluso pasando por alto ese hecho, que jamás haría, el tío olía a levadura de la mala. Habría tenido aún más aspectos negativos en su contra si hubiera incluido su pésimo sentido de la moda y esas uñas sucias que doblaban la largura de las mías. Una cosa estaba clara, los bollos de levadura de mi madre nunca volverían a evocar la misma imagen. Creo que la aborreceré de por vida.

Stella se disculpó profusamente y dijo que no lo volvería a hacer sin hablar conmigo primero.

Roscón Ryan era un pesado, pero no tanto como el hombre parado frente a mí.

Ernesto el Molesto se aclaró la garganta y dijo:

—Deja estas cosas en el Centro Recreativo de Pacific Beach hoy. Habrá alguien allí hasta las ocho.

«Flipante».

No era mi trabajo hacer de recadera para él.

Siempre exigía, nunca pedía.

Jamás un «por favor» y desde luego nunca un «gracias».

Eché un vistazo a la caja grande que llevaba, junto con un tubo de cartón que la agencia usaba para transportar los carteles promocionales que diseñamos.

—¿Por qué yo? —pregunté.

Ernesto el Molesto los dejó caer en la silla junto a mi escritorio y dijo:

—¿Y por qué no? —Me lanzó su mirada fulminante, marca de la casa, retándome a protestar.

—Estaba a punto de irme —dije.

—Perfecto —respondió—. Pásate por el centro recreativo de camino a casa.

Sabía perfectamente que yo vivía en la dirección opuesta.

Para estas situaciones, Stella me aconsejaba visualizarme estampándole la cabeza contra mi escritorio unos cuantos cientos de veces hasta que se le cayera, para luego agarrar su cabeza engominada y tirarla por la ventana. Después de eso, pediría cava y una tarta para que los empleados celebraran su marcha.

Era la primera vez que lo probaba, y tenía que admitir que la técnica de visualización de Stella era una terapia cojonuda.

—¿Me estás escuchando? —dijo el Molesto, sacándome de golpe de mi fantasía.

—Será un placer llevarlos —dije sin pizca de entusiasmo.

En realidad no tenía elección, o me habría preguntado si valoraba mi trabajo y si de verdad quería currar allí.

Si alguna vez le respondiera, mis respuestas serían «no» y «no». Por mucho que quisiera mandarlo a freír espárragos, necesitaba aguantar un pelín más para asegurarme que recibo la herencia. Si no fuera porque perdería el seguro médico, probablemente ya habría dimitido a estas alturas.

—Bien —dijo, con una expresión triunfal en su cara, aunque el sarcasmo le pasó completamente desapercibido.

Se dio media vuelta y se largó sin decir ni mu.

Ni siquiera las gracias.

No es que esperara algo así.

Gilipollas una vez, gilipollas siempre.

Me pasé por el escritorio de Stella con el tubo de carteles y la caja.

—¿Estás ocupada? —pregunté.

—Para ti, nunca. —Ella giró su silla para mirarme y perdió la sonrisa—. Ay, Dios, ¿qué te ha pedido hacer el Molesto ahora?

Dejé la caja y el tubo de carteles en el borde de su escritorio, suspiré, y dije:

—No merece la pena entrar en detalles, pero puedo añadir Chica de los Recados a mi currículum.

Stella sacudió la cabeza con disgusto y dijo:

—Te echo de menos como Directora Creativa.

Fruncí el ceño y dije:

—Ese era mi trabajo soñado.

—Y te dejaste el culo para conseguirlo.

Como becaria, me había abierto camino escalando puestos. Dirigía un equipo de diseñadores, estrategas y redactores para crear conceptos únicos que hicieran destacar a nuestros clientes entre la multitud. Constantemente usaba el lado derecho de mi cerebro, el lado creativo, y rara vez tenía un día que no fuera divertido.

Mi trabajo actual como gestora de campañas publicitarias era todo lo contrario, lado izquierdo del cerebro, números, dinero, contratos, un coñazo para mí porque no suponía ningún reto. Mi objetivo era encontrar la plataforma de medios más adecuada para promocionar un producto o servicio para nuestros clientes, ya fuera radio, televisión, o redes sociales.

«Vaya».

Casi me quedo dormida describiendo mi nuevo puesto.

—Vale, olvídate de él —dijo Stella—. No dejaremos que Ernesto el Molesto te arruine el día.

Centrémonos y pasemos al siguiente Ryan Scott.

Arrugué la nariz y dije:

—¿Radio Ryan?

—¡Ese hombre debería ser divertido! —dijo Stella, intentando motivarme—. Tenéis mucho en común ya que él ha puesto voz a anuncios de radio fantásticos, y tú has escrito tantos que ya ni los recuerdas. Va a ser el elegido. Ya lo verás.

—Lo que más me preocupa es Mercedes la Miserable —dije—. Dos veces me ha dicho que me está vigilando. ¿Crees que realmente me sigue a todas partes? No hay duda de que sabe lo que me traigo entre manos.

—Ya sabes que Mercedes es demasiado vaga para eso —dijo Stella—. Estoy segura de que ha contratado a un detective privado para que te siga. Esa persona le pasa la información, junto con tus coordenadas, y luego ella aparece para espantar al Ryan-del-día. No te preocupes, sé cómo mantenerla alejada de tu fantástica melena.

Me incliné y dije:

—Gracias. Cuéntame tu idea.

Stella acercó su silla hacia mí y dijo:

—Oh, es mucho más que una idea. El plan ya está en marcha para tu cita con Radio Ryan. No tuve oportunidad de ponerte al día ya que hoy estabas hasta arriba. —Hizo una pausa, con una expresión nerviosa en la cara—. Vale, primero, por favor no te enfades conmigo.

—Me estás asustando —dije—. ¿Qué has hecho esta vez?

—No es tan malo como te imaginas —dijo.

—Déjame que yo juzgue eso.

Stella hizo una mueca y dijo:

—Vas a tener una cita falsa con Danny antes de tu cita real con Radio Ryan.

—¡¿Qué?! ¡No! ¿Por qué querría hacer eso? No. Ni de coña. De ninguna manera.

—Baja la voz —susurró—. Sala de reuniones, ya. —Me arrastró por el pasillo.

Danny es nuestro compañero del departamento de redacción. Trabajaba directamente bajo mi mando cuando yo era Directora Creativa.

Ese era el problema.

A Danny no le gustaría nada más que volver a trabajar directamente bajo mi mando, encima de mí, y desde cualquier otro ángulo que pudiera imaginar. Lleva dos años colado por mí, y es algo de dominio público. Toda la empresa lo sabía mucho antes que yo. Supongo que mi rádar para pillar estas cosas estaba estropeado porque pensaba que solo estaba siendo amable conmigo, como lo era con todo el mundo.

La verdad es que es súper majo, listo, atractivo y gracioso. La única razón por la que nunca, nunca, nunca consideraría salir con él es porque se parece a mi padre. Toda la empresa lo sabe también.

De hecho, el día antes de que mi padre se mudara a Alaska, vino a verme al trabajo y los empleados estaban como locos. Todavía bromean sobre aquel día en que hicieron posar juntos a Danny y a mi padre para un montón de fotos. Parecían padre e hijo. Dos gotitas de agua.

La era que Stella no paraba de preguntarme continuamente:

—¿Quién es tu papi?

Admito que fue gracioso en su momento, pero dejó de serlo a una velocidad de vértigo.

Danny, siendo el tío adorable que es, le dio su propio toque, y de vez en cuando me decía:

—¿Quién es tu Danny?

Mono, pero aun así nunca saldría con él. Ni siquiera podía imaginarme besándole en los

labios, porque siempre pensaría en mi padre. Además no sentía la química.

Cerré la puerta de la sala de reuniones y me giré de golpe hacia Stella y dije:

—¿Por qué me has concertado una cita con Danny?

—Cita fingida —aclaró.

—Eso no lo hace más atractivo —dije—. ¿Sabe él acaso que es fingida? Porque no quiero darle falsas esperanzas y darle a pensar que estoy interesada en él, porque no lo estoy y nunca lo estaré. ¿Por qué exactamente estoy haciendo esto?

—Quiero explicártelo, pero tu boca se mueve tan rápido que ha adelantado a Forrest Gump en la autopista.

Hice el gesto de cerrarme la boca como una cremallera.

—Gracias —dijo Stella—. Confía en mí, es sencillo. Danny sabe que es falso. No te preocupes por eso. Y solo debería quitarte un minuto de tu tiempo, lo prometo. Lo primero que vas a hacer es quedar con Danny frente al Astro Aroma. Charláis un minuto fuera, como si estuvieras contenta de verle, no mucho rato.

Abrí la boca para decir algo.

Stella me señaló con el dedo. —Déjame terminar. Si mis sospechas son correctas, si hay un detective privado siguiendo todos tus movimientos, eso le dará suficiente información para llamar a Mercedes la Miserable y hacerle saber que estás allí con un hombre, que ella asumirá que es otro Ryan Scott. Luego, entráis y os ponéis en la cola con Danny, cómprale un café, y dile que busque una mesa en el rincón, fuera de la vista desde la calle. Ahí es cuando te escabulles por la parte de atrás hacia el callejón y vas andando al Starbucks para encontrarte con Radio Ryan. Danny se queda en el Astro Aroma treinta minutos para disfrutar de su café, y luego es libre de irse.

—¿Danny va a ser mi señuelo? —pregunté.

Stella asintió y dijo:

—Soy un genio, ¿no?

—Depende —dije, pensando en el plan—. ¿Cuánto nos va a costar esto?

—Esa es la mejor parte —Stella dijo sonriendo—.. Todo lo que te costará es una taza de café. Danny dijo que sabe que nunca podría estar contigo, pero eso no significa que no quiera que seas feliz.

Hice una mueca y dije:

—En serio, ojalá no se pareciera tanto a mi padre.

—Bueno, su nombre no es Ryan Scott, así que realmente no importa, de todos modos. Aún estoy esperando que me digas que soy un genio.

—Vale, eres un genio —respondí divertida.

—Dime algo que no sepa. Por cierto, saluda a Dean de mi parte cuando lo veas.

Estudié a Stella y dije:

—Hablando de atracción...

—Más bien fascinación —dijo—. Digamos que, si me pidiera salir, le diría que sí sin dudarlo.

—Espero que ocurra porque haríais una pareja muy mona —dije.

Stella sonrió y dijo:

—En un mundo perfecto, si las estrellas estuvieran perfectamente alineadas, yo saldría con Dean, y tú saldrías con Scotty. Imagina citas dobles tan divertidas que podríamos tener todos juntos.

—¿Scotty y yo? —pregunté—. ¿Por qué dices eso?

—Hablando de atracción… —dijo, tratando de imitarme.

Negué con la cabeza y dije:

—Buen intento, pero no tengo nada con Scotty. O sea, me cae muy bien como persona, por supuesto. Es un partidazo, lo admito. Y sí, es muy atractivo, pero ¿atracción? Es mucho decir. Solo lo admiro.

—¿Así que no es una admiradora secreta? —se cachondeó Stella—. ¡Es lo mismo! De todos modos, no estaba hablando de que tú quisieras tener un rollo con él, aunque ahora empiezo a preguntármelo.

—Un momentito… ¿Crees que Scotty siente atracción por mí? —pregunté—. Ni de coña.

—Amber, Amber, Amber —dijo Stella—. Tienes que estar atenta a las señales. A Scotty le gusta estar cerca de ti y siempre anda por aquí para ver cómo estás. No le da a otros clientes patatas ni galletas gratis, solo a ti. Hizo esa apuesta tonta contigo porque sabía que iba a perder, una excusa para darte café gratis. Se ve en sus ojos.

Era una apuesta tonta, pero dudo que se dejara perder a propósito.

¿Era este otro caso de mi rádar estropeado?

—Tu Café Cuántico siempre tiene un corazón dibujado en la espuma, a menos que lo prepare Dean —continuó Stella—. El mío siempre tiene un platillo volante. Y Scotty se pone nervioso y actúa algo torpe cuando está contigo. Seguro que te has dado cuenta de eso.

Negué con la cabeza, discrepando de lo que decía.

—La verdad es que no —dije.

—Bueno, en cualquier caso, no es coincidencia. Y realmente no importa, ya que te vas a casar después de encontrar a alguien. Será mejor que te vayas o llegarás tarde a tu cita falsa.

Tomé el ascensor hasta el aparcamiento para meter la caja y los carteles en el maletero de mi coche, luego me dirigí a Astro Aroma. Haría el recado en el centro recreativo después de mi cita, pero tendría que volver andando para coger mi coche. Valía la pena, para evitar a Mercedes la Miserable.

Danny estaba de pie fuera de Astro Aroma esperando con una sonrisa en la cara. —Hola, jefa. ¿Necesitamos alguna muestra pública de afecto para que esto sea realista? ¿Quizás un beso o dos? —Me guiñó un ojo. Estoy dispuesto a sacrificarme si hace falta. Quiero representar un papel estelar.

—Pórtate bien —le tomé el pelo, dándole un abrazo no muy apretado—. Y gracias por hacer esto por mí.

—Estaba de broma, pero haré lo que sea por ti —dijo—. Stella me comentó que tenemos que hablar un minuto antes de entrar. Tengo una idea de la que quería hablarte.

—Claro —dije.

—Sé que es una posibilidad remota, pero ¿y si cambiara legalmente mi nombre a Ryan Scott? Podría operarme para mejorar mi cara, para parecerme más a Henry Cavill o a Chris Hemsworth, en lugar de a tu padre. ¿Te casarías conmigo entonces?

—Gracias por esa propuesta tan interesante. —Me reí por lo bajo—. Tengo la sensación de que el proceso de cambio de nombre llevaría demasiado tiempo, y tu cara es perfecta tal y como es. Simplemente no es para mí. No cambies tu verdadero yo ni tu destino. Vas a conocer a alguien maravilloso cuando llegue el momento. Te amará completamente por quien eres. No tendrás que cambiar ni una sola cosa, como debe ser.

—Tenía la sensación de que dirías algo dulce como eso, pero no perdía nada por preguntar. —Danny miró por encima de mi hombro—. Y Stella tenía razón, definitivamente hay alguien observándonos. —Movió las cejas y señaló con la cabeza hacia la carretera.

Dejé caer mis llaves a propósito, ya al recogerlas eché un vistazo disimuladamente hacia la acera de enfrente. Efectivamente, había un hombre apoyado en una camioneta Toyota Tundra roja, observándonos. Rápidamente se subió a la camioneta, arrancó y se marchó.

No podía creer que hubiera un detective privado espiándome.

Era como en las películas.

Hice un gesto hacia el edificio y dije:

—Creo que ya podemos entrar.

—Después de ti —dijo Danny, abriendo la puerta y haciendo un gesto para que entrara.

—Gracias —dije, pasando junto a él y dirigiéndome hacia la cola. Saludé con la mano a Scotty y a Dean cuando miraron hacia nosotros. Ambos devolvieron el saludo.

—¿Dónde está Stella? —preguntó Dean.

—No ha podido venir, pero me dijo que te saludara —dije.

—Dile lo mismo de mi parte —respondió.

No podía dejar de pensar en lo que había dicho Stella.

«Scotty está colado por ti».

¿De verdad?

Sigo pensando que solo estaba siendo él mismo, el tío majo que es.

Le eché un vistazo y vi que me miraba de reojo.

¿Por qué me metería Stella esa idea en la cabeza cuando iba a casarme?

—Estás abusando un poco de lo del café gratis, viniendo dos veces al día ahora —bromeó Scotty.

Le di una sonrisa traviesa y dije:

—Para serte sincera, en realidad estaba pensando en venir una vez cada hora. Espero que no tengas problema con eso.

—Te reto a que lo hagas —dijo—. ¿Y Danny? ¿Un Café de la Fuerza?

Danny levantó el pulgar y dijo:

—Suena genial, gracias.

—¿Y tú, Lois? ¿Lo mismo?

Le hice un gesto con la mano. —Aunque parezca mentira, ya he tomado suficiente café por hoy. Estoy invitando a Danny a una bebida y luego tengo que irme por un asunto de trabajo.

Scotty pareció un poco decepcionado y dijo:

—Ah, vale. —Sacó mi galleta snickerdoodle favorita del expositor, la metió en una bolsa y me la dio—. Enhorabuena, eres mi cliente número quinientos hoy.

—Gracias —dije, mirando la galleta, sorprendida de que tuviera quinientas personas viniendo cada día.

La voz de Stella volvió a resonar en mi cabeza.

«No le da a otros clientes patatas ni galletas gratis».

Danny sacó su tarjeta de crédito para pagar.

—No es necesario —dijo Scotty—. Es gratis hoy.

Negué con la cabeza y dije:

—Su bebida no tiene nada que ver con nuestra apuesta. Pensaba pagarla yo.

—Demasiado tarde —dijo Scotty encogiéndose de hombros.

—No, no lo es. —Señalé la caja registradora—. Mueve tus deditos sobre esa pantalla y cobra, luego pasaré mi tarjeta.

Scotty miró su mano y dije:

—¿Conque deditos, eh? —Sonrió y señaló a la gente detrás de mí—. Señora, está usted

reteniendo la cola.

Le señalé directamente y dije:

—Te vas a enterar.

—Estoy esperando —dijo sonriendo.

Eso me sonó totalmente a flirteo.

Pero lo más sorprendente fue lo mucho que lo disfruté.

Nos apartamos y esperamos la bebida junto al mostrador de recogida.

—¡Café de la fuerza para Danny! —gritó Dean un par de minutos después.

Antes de que Danny pudiera ponerle la tapadera al vaso, me incliné y eché un vistazo dentro. Había un diseño de un platillo volante en la espuma.

Nada de corazón para él.

Stella tenía razón otra vez. ¿Por qué me habría dicho eso? Ahora iba a estar obsesionada buscando señales de que pudiera gustarle a Scotty cada vez que viniera a por café.

Después de despedirme de Danny en voz baja, me escabullí hacia el baño sin hacer contacto visual con Scotty o Dean, y luego seguí directamente hasta la puerta trasera.

Diez minutos más tarde, estaba sentada con Radio Ryan en Starbucks.

Se parecía a Matthew McConaughey, excepto por ese lunar tan llamativo en el cuello que parecía un armadillo de tres patas o una araña peluda. Me costó toda mi fuerza de voluntad no quedarme mirándolo fijamente. Sin embargo, su voz, muy parecida a la de Morgan Freeman, me pilló por sorpresa. Una combinación extraña. Parecía un tío majo, excepto por su obsesión por hablar de su propio trabajo doblando anuncios de radio.

Llevábamos charlando más de treinta minutos y aún no me había preguntado ni una sola cosa sobre mí. Iba a sufrir una contractura en el cuello de tanto asentir de lado.

—Mi anuncio más popular, con diferencia, fue el del estreñimiento —dijo Radio Ryan—. ¿Lo has oído?

«Demasiadas veces».

—Pues creo que sí —dije.

—¿Estás harto de la irregularidad? —dijo con su voz de radio estilo Morgan Freeman—. ¿Esos conductos atascados te causan dolor en el trasero? ¡Pues no te preocupes! ¡Tenemos la solución con Explosalax!

Le ofrecí una sonrisa de cortesía, pero me quedé helada cuando Scotty pasó por la acera y redujo el paso. Me saludó sin entusiasmo, pero fue la expresión de confusión en su cara lo que me hizo sentir culpable. Finalmente, miró el café en mi mano y se alejó.

La culpa me estaba agobiando.

Sentía como si estuviera engañando a Scotty.

Me consideraba una de sus clientas más leales, pero estaba tomando café en un sitio que no era el suyo después de haberle dicho que ya había tomado suficiente café por hoy. No tenía planeado beber más, pero Radio Ryan insistió en que probara uno de sus cafés fríos, ya que mencioné que nunca los había probado.

Me sentía fatal, pero no había nada que pudiera hacer en ese momento. Con suerte, Scotty no se lo tomaría como algo personal porque lo último que quería era que se enfadara conmigo o se sintiera decepcionado. Ya bastante tuvo cuando por fin íbamos a hablar de la Feria del Café y se presentó el señor Levadura y nos cortó la cita.

Me aclaré la garganta. Necesitaba sacarme eso de la cabeza y centrarme en el asunto que tenía delante. Este era el momento. Mercedes la Miserable no irrumpiría para asustar a este Ryan como había hecho con los otros. El plan de Stella para mantenerla alejada había funcionado, y

era la primera vez que iba a pedirle a alguien que se casara conmigo por dinero.

«Suena fatal, pero allá vamos».

Inhalé profundamente por la nariz y solté el aire lentamente antes de decir:

—Quiero preguntarte algo. Es una propuesta de negocios poco ortodoxa. Incluso podría percibirse como extraña, dependiendo de a quién se le pregunte.

—Stella dijo que trabajas para una agencia de publicidad —dijo Radio Ryan—. ¿Tenéis algún trabajo de locución para un producto tabú? Si es así, adulto, puedo manejarlo sin problema. Una vez hice un anuncio de condones que brillan en la oscuridad. Y otro para una colonia nudista en el desierto.

«Genial».

Una imagen de Rábano Ryan apareció en mi cabeza.

—¿Qué opinas sobre el matrimonio? —solté de golpe.

—Totalmente a favor —respondió Radio Ryan rápidamente, sonriendo, lo cual era bueno—. Espero casarme algún día, claro. Si aparece la chica adecuada. Espera, ¿me estás proponiendo matrimonio? Vaya, eso ha sido rápido. Me siento alagado.

Se rió y se dio una palmada en la rodilla, pero poco sabía él...

Estaba buscando las palabras adecuadas, intentando ser delicada con el tema.

—Qué gracioso que digas eso —dije—. Porque no está lejos de la verdad. Estoy en una situación particular en la que puedo obtener mucho dinero de una herencia si me caso. Cinco millones de dólares, para ser exactos.

Radio Ryan perdió la sonrisa y dijo:

—¿Me estás tomando el pelo?

Negué con la cabeza, lista para soltarlo. No había necesidad de andarse con rodeos cuando solo necesitaba hacerlo. Necesitaba casarme.

—No es broma —dije—. He estado buscando a alguien que quisiera tener parte del dinero a cambio de casarse conmigo. Un millón de dólares. Todo tuyo si te casas conmigo, platónicamente, por supuesto. Lo tendrás todo por escrito. Dormiríamos en habitaciones separadas y llevaríamos vidas completamente separadas. Y me aseguraría de que tú...

—Ni lo sueñes —dijo Radio Ryan, dejándome de piedra.

Se levantó y puso ambas manos sobre la mesa, inclinándose hacia adelante y alzándose sobre mí.

—¿Eres carnicera? —preguntó.

—No estoy segura de entender la pregunta —dije.

—No soy un trozo de carne que se pueda comprar y vender —dijo Radio Ryan—. El matrimonio es una institución sagrada. Podrías ofrecerme todo el dinero del mundo y seguiría diciendo que no. La única vez que me case será por amor y ante Dios. Fin de la historia. Tengo principios, ¿sabes? Ahora, si me disculpas, me siento un poco sucio y necesito ir a casa a darme una ducha. —Me lanzó una mirada fulminante y se marchó.

Me quedé allí sentada, atónita.

No me esperaba para nada ese tipo de respuesta de él.

Ni siquiera se me había ocurrido que alguien pudiera decir que no.

Y fue entonces cuando me di cuenta de que tenía un problema aún mayor entre manos, y este no tenía nada que ver con Mercedes la Miserable.

Me estaba quedando sin Ryan Scotts.

Capítulo Nueve

Amber

Mientras conducía hacia el Centro Recreativo de Pacific Beach para dejar el material promocional para el Molesto, no podía evitar pensar que si tuviera rabo, probablemente lo llevaría entre las piernas, como un perro abatido.

¿Por qué la respuesta de Radio Ryan me había hecho sentir tan desanimada?

Sin mencionar avergonzada, rechazada y humillada.

No creía que estuviera haciendo daño a nadie al intentar encontrar a alguien con quien casarme para poder recibir mi herencia. No estaba engañando a nadie, ya que todo quedaría especificado por escrito para quien aceptara casarse conmigo. No era ilegal. Quizás mi ego recibió un golpe directo y estaba sufriendo por el rechazo inesperado de Radio Ryan. Incluso sin el dinero, creo que tengo mucho que ofrecer. No podía dejar que mi mente jugara conmigo de esa manera.

Así que una cosa estaba clara, no me rendiría. Y si teníamos que ampliar nuestra área de búsqueda hasta Los Ángeles para encontrar más Ryan Scotts, lo haríamos.

Pasara lo que pasara, encontraría un marido. No permitiría que Mercedes la Miserable pusiera sus codiciosas manos sobre mi herencia.

Aparqué en el primer sitio libre del centro recreativo y abrí el maletero para sacar las cosas. Mientras caminaba hacia el edificio principal con las manos llenas, salió una mujer con un polo azul marino con el logo del centro recreativo que parecía estar cerrando la puerta principal.

—Vaya. Me dijeron que estarían abiertos hasta las ocho —dije.

Se giró para mirarme y dijo:

—Normalmente sí, pero está cerrado por un evento privado. —Miró la caja y el tubo de carteles en mis brazos—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, vengo a dejar esto de Pacific Beach Media —dije—. Son los folletos y carteles para vuestro campamento de verano.

—¡Estupendo! Los estábamos esperando. —Miró hacia el banco de hormigón cerca de la puerta principal—. Déjalos ahí y yo los meteré dentro.

—Perfecto. —Coloqué la caja con los folletos y el tubo con los carteles en el banco, y luego miré hacia las pistas de tenis al oír el chirrido de los zapatos sobre el asfalto.

—¿Juegas? —preguntó la mujer, siguiendo mi mirada.

—No tanto como me gustaría, pero sí, juego. Este lugar me trae muchos recuerdos felices. Aprendí a jugar aquí de pequeña. —Volví a mirar hacia las pistas, inundada de recuerdos, las clases los martes y jueves después del colegio.

—Eso es maravilloso —dijo ella—. Hemos tenido más de unos cuantos jugadores que han llegado a nivel nacional, ¿sabes? —Señaló hacia las pistas—. Echa un vistazo si te sientes

nostálgica. Añadimos nueve pistas nuevas el año pasado con iluminación para jugar de noche. —Sonrió con orgullo—. Ahora tenemos el mayor número de pistas en el condado de San Diego.

—Es increíble —dije—. Sí, me encantaría echar un vistazo, gracias.

—De nada. Gracias por traer esto.

Sentí que mi sonrisa se hacía más grande a medida que me acercaba a las pistas, viendo a las niñas y niños pequeños en medio de sus clases. No podían tener más de ocho o nueve años, la misma edad que yo cuando aprendí a jugar.

Me acerqué a la pista uno y observé a una entrenadora con dos niñas pequeñas, mostrándoles el movimiento fluido del revés varias veces. Ellas imitaban su movimiento.

—¡Muy buen saque! Asegúrate de completar el movimiento en ese saque —gritó un hombre en la pista detrás de mí—. Eso te da más potencia y también mejora tu puntería.

Su voz me sonaba familiar.

Con curiosidad, me di la vuelta para ver si conocía al hombre.

Y vaya si lo conocía.

Era Scotty.

Iba vestido con una camiseta blanca, pantalones cortos y zapatillas negras a juego, todo de Adidas. Parecía sentirse como pez en el agua en la pista: seguro, amable, con el cien por cien de su atención en el niño al que entrenaba.

—Vale, ahora vamos a hacer un saque más antes de terminar por hoy —le dijo Scotty al chico.

Me acerqué silenciosamente, agarrándome a los eslabones de la valla.

El chico sacó de nuevo, logrando pasar la pelota por encima de la red.

—¡Bien! —exclamó Scotty, devolviéndole la pelota. Intercambiaron unos cuantos golpes antes de que Scotty lanzara la pelota a la red. No pude evitar preguntarme si lo había hecho a propósito para dar más confianza al chico.

Scotty le dio una palmadita en la espalda y dijo:

—¿Ves la diferencia cuando completas el movimiento en el saque?

El chico asintió con entusiasmo y respondió:

—Sí.

—Bueno, buen trabajo hoy, Ethan —dijo Scotty—. Nos vemos la semana que viene, ¿vale?

—Gracias, entrenador —dijo el chico.

—Ha sido un placer —replicó Scotty.

El chico se dirigió hacia el otro lado de la pista, donde había una mujer que debía ser su madre. Ella le alborotó el pelo cariñosamente a su hijo antes de rodearlo en un abrazo.

—¡Mamá! —se quejó el chico.

Scotty recogió las pelotas de tenis esparcidas por la pista y las metió en un cubo.

Me sentía un poco como una acechadora observándolo sin ser vista, pero honestamente no sabía qué decirle. ¿Por qué seguía sintiendo como si le hubiera traicionado?

—¿Cuánto tiempo vas a estar ahí espiándome? —preguntó Scotty, de espaldas mientras seguía recogiendo pelotas sin mirar en mi dirección.

¿Cómo sabía que estaba allí?

No le había visto mirar ni una sola vez.

La pregunta me hizo soltar una risita de sorpresa.

—No estoy espiando, estoy observando —dije—. Y mi primera observación es que debes tener ojos en la nuca porque no creía que me hubieras visto.

Scotty se rió y lanzó la última pelota al cesto.

Su risa era una señal de que no estaba enfadado conmigo. Un gran alivio.

—Solo me ha sorprendido verte aquí —continué—. ¿Cómo tienes tiempo para un segundo trabajo con todas las horas que le dedicas a tu negocio?

Scotty caminó hacia mí con el cesto en la mano, deteniéndose al otro lado de la valla y soltándolo en el suelo.

—Esto no es un trabajo —dijo—. Soy voluntario. Un par de personas y yo damos clases gratis dos días a la semana a niños de familias que no pueden permitirse pagar a un entrenador.

Scotty me derritió el corazón allí mismo. No había nada más encantador y entrañable que una persona haciendo algo por otra sin esperar nada a cambio.

—Vaya, Clark, realmente eres un superhéroe —dije.

—Qué va —dijo él—. Estoy devolviendo algo a la comunidad. Seguro que tú haces lo mismo cuando tienes la oportunidad.

—No me importaría en absoluto hacerlo, pero la verdad es que no lo estoy haciendo, esa es la diferencia.

Scotty se encogió de hombros y dijo:

—Bueno... nunca es tarde.

—Cierto... —Por alguna razón, me sentí culpable por no estar haciendo algo por los demás. Eso, sumado a la culpa que sentí cuando Scotty me pilló tomando café en Starbucks, hacía que mi estado emocional no fuera el ideal..

Tenía que decir algo sobre eso.

Cuanto más lo pensaba más me molestaba.

—Siento haberte sido infiel —solté sin contexto.

—No pasa nada —dijo Scotty, como si supiera exactamente por qué me estaba disculpando —. Para que conste, yo tomé café en Starbucks la semana pasada. Y disfruté de un moka de Peet’s el mes pasado.

Lo miré con sospecha y dije:

—¿En serio?

—Totalmente. Claro, me gusta frecuentar las cafeterías locales e independientes cuando tengo tiempo para apoyarlas. Pero sigo tomando café en otros sitios cuando quedo con amigos que no están cerca de mi cafetería. —Metió la raqueta en su bolsa, luego cogió el cesto y se reunió conmigo al otro lado de la valla, cerrando la puerta tras él—. Además, no estaría donde estoy sin ellos.

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

Scotty se encogió de hombros y dijo:

—Antes de abrir mi local, trabajé para Starbucks durante tres años y en Peet's durante cinco, llegando a ser gerente allí. Aprendí los entresijos del negocio del café en ambos lugares antes de lanzarme por mi cuenta. Les estaré eternamente agradecido por eso. En cuanto a ti, puedes tomar café donde quieras. Nunca te juzgaría por eso.

Le estudié por un momento y dije:

—Pero cuando me viste en Starbucks, parecías un poco decepcionado. Lo vi en tus ojos.

—Honestamente, estaba decepcionado, pero por una razón completamente diferente —dijo Scotty—. No hace falta que hablemos de eso.

—¿Por qué no? —pregunté.

Scotty soltó una risa nerviosa y respondió:

—Prefiero no hacerlo.

Estaba bastante segura de saber qué era.

—Me viste tomando café después de decirte que no iba a tomar más café —admití vacilante —. ¿Era eso? ¿Pensaste que mentí para no decirte que iba a Starbucks?

Negó con la cabeza y dijo:

—Tienes derecho a cambiar de opinión. No hay nada malo en eso.

—¿Entonces? —insistí.

—De verdad, es una tontería. Olvídalo.

Eso iba a ser un problema.

Ahora realmente quería saberlo.

—¿Qué tal otra apuesta? —dije, sorprendiéndome a mí misma.

—Puede que necesites ver a alguien por tu adicción a la cafeína. Hazlo pronto o me voy a quedar sin café —bromeó Scotty.

—No quiero café si gano. Cuando gane.

—Admiro tu confianza —dijo Scotty sonriendo—. Vale, ¿cuál es el premio?

Le lancé una mirada desafiante y dije:

—Después de ganar la apuesta, tienes que decirme por qué pusiste esa cara cuando me viste en Starbucks.

—No me digas, ¿vamos a debatir si otra película es de ciencia ficción o de romance? —preguntó.

Negué con la cabeza y dije:

—No. Esto es mucho mejor. Tú y yo vamos a jugar al tenis.

Scotty soltó una carcajada y dijo:

—No creo que quieras hacer eso.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Sin ánimo de presumir, pero yo era algo así como la bomba en mis tiempos.

—¿Y crees que eso me asusta? Noticia de última hora, no lo hace.

Scotty me miró fijamente, con una expresión de sorpresa y dijo:

—Vale, adelante. Hagámoslo.

—¿Ahora? —pregunté, mirando señalando mi ropa de trabajo.

—Bueno, no en este preciso momento —dijo—. No hay pistas disponibles aquí esta noche. Tenemos que encontrar otro lugar para jugar, además te daré la cortesía de cambiarte a algo más apropiado para el tenis.

—Qué noble por tu parte.

Nos miramos y nos echamos a reír.

—Vale, ¿quedamos en el parque de Pacific Beach dentro de una hora? —sugerí—. Los lunes por la noche suele estar muerto, pero si no, esperaremos a que haya una pista libre y prepárate para una paliza.

—Acepto el reto. —Scotty miró su reloj—. Vale, nos vemos allí en noventa minutos.

—¡Genial! —dije, ocultando mi emoción.

Iba a darle una paliza.

Al menos, eso esperaba que fuera el resultado.

—¡Es una cita! —añadí.

Me lanzó una mirada extraña.

—¿Qué? —dije.

—¿Qué gano yo si te venzo? —preguntó.

—Supuse que sería lo mismo que en la última apuesta. Tu ego obtendría la satisfacción de saber que me has ganado.

Negó con la cabeza y dijo:

—Eso no es suficiente esta vez.

—Vale —dije—. Dime tu precio.

—Si gano, quiero saber qué pasa con todos los Ryan Scotts en tu vida y por qué parece que tienes una cita programada cada día de la semana.

Tragué fuerte.

Fue lo último que esperaba oír salir de su boca. No debería haber sido una sorpresa, ya que todas mis citas excepto la de Radio Ryan habían sido en su cafetería.

¿Qué iba a hacer ahora?

Sospechaba que solo había una cosa que podía hacer, considerando que mi necesidad de saber su secreto era más fuerte que la necesidad de ocultar el mío.

Extendí mi mano y dije:

—Trato hecho.

—Prepárate para perder —dijo Scotty, estrechándome la mano y sonriendo.

—Prepárate para tragarte esas palabras —dije.

Capítulo Diez

Scotty

Mientras esperaba la llamada de Dean, me comí una barrita de proteína en la cocina. Le había mandado varios mensajes en los últimos quince minutos, pero por alguna razón, se estaba tomando su tiempo para responderme. No sé por qué sentía la necesidad de hablar con él antes de jugar al tenis con Amber, pero así era. Probablemente porque estaba nervioso, si he de ser sincero.

Por fin sonó el teléfono.

Me abalancé sobre la encimera de la cocina y contesté:

—¿Dónde te habías metido?

—En el baño —dijo Dean—. Que ahora es zona libre de móviles desde que me caí del excusado mientras veía una reposición de mi serie policiaca favorita.

—Ahórrate los detalles, por favor. ¿Al menos has leído mis mensajes?

—Todos, los mil —dijo Dean—. ¿Por qué te comportas como un preadolescente? Me estás asustando con esos mensajes.

—Estamos hablando de Amber.

—Ya lo pillo, pero vas a tener una cita sudorosa con la chica de tus sueños. Es lo que querías. No es tan complicado, pero actúas como si esto fuera la misión Apolo 13.

—No sé qué me está pasando, tío —dije.

—Amber te pasó. Apareció en tu vida y ella...

—Ha puesto el listón muy alta para las demás mujeres —dije—. Es un veinte en una escala del uno al diez.

—Está claro que no entiendes cómo funcionan las escalas. El amor está nublando tu inteligencia.

—Hablo en serio —dije—. El reloj está corriendo mientras espero a que llegue esa sentencia por correo. Temo que algún tío venga y se lleve a Amber mientras yo me quedo aquí tocándome las narices.

Si tuviera esa carta de sentencia del juzgado, Dean y yo ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación porque yo sería un hombre libre, soltero, invitando a Amber a una cita de verdad.

—Entonces, ¿ninguna novedad de Iggy hoy? —preguntó.

—Nada —respondí.

—Lo siento, colega —dijo—. Apostaría una pasta gansa a que ya estás divorciado, pero ha habido un lío y no te lo han hecho saber aún.

Ese pensamiento también se me había pasado por la cabeza.

Pero la página web del condado advertía a la gente que no diera por hecho que estaban divorciados hasta que hubiera una sentencia presentada y firmada por un juez.

—Sin esa sentencia oficial, tengo las manos atadas —dije, echando un vistazo a la hora en el microondas—. En fin, tengo que irme ya. Necesito relajarme y disfrutar de mi tiempo con ella. Como amigos. No hay mucho más que pueda hacer en este momento.

—Tienes que actuar como un tío normal y esconder tus emociones como el resto de nosotros. No quieras espantarla. Funciona de maravilla y te ayuda a evitar conversaciones incómodas. Pero si no puedes con eso, solo pregúntate... ¿qué haría Superman?

—No es tan sencillo. —Cogí mis llaves y el resto de la barrita de proteína antes de salir—. Sobre todo porque nunca me había sentido así antes.

—¿Ni siquiera con Bellatrix? —preguntó Dean, refiriéndose a mi casi ex-mujer.

Le gustaba comparar a Tiffany con la despiadada mortífaga Bellatrix Lestrange de Harry Potter, con su pelo encrespado. No es que Tiffany fuera tan despiadada (aunque tenía sus momentos) sino más bien porque ambas tenían risitas bastante agudas en lugar de risas normales.

—Debería haber visto la bandera roja al no sentir mariposas en el estómago con Tiffany —dije, sin ser capaz de llamarla Bellatrix, por muy poco fiable que fuera como pareja—. ¿Estoy loco por pensar que tengo una oportunidad con Amber?

—Simplemente estás loco, lo que abarca muchas áreas de las que no estoy cualificado para hablar sin un título de psicología y una caja de seis Coronas —dijo Dean.

Me reí, sintiéndome más relajado.

—Gracias. Creo que ya estoy mejor. Hablamos luego. —Colgué y conduje hasta el parque de Pacific Beach, intentando visualizar mi próximo movimiento.

—Respira hondo —me susurré a mí mismo—. Relájate.

Eso no iba a ser fácil. Sobre todo después de bajar del coche y ver a Amber calentando en la primera pista. Llevaba una falda blanca de tenis que le llegaba a la mitad del muslo y una camiseta sin mangas color turquesa que se ajustaba a sus curvas.

Amber me saludó con una sonrisa radiante que me llegó al corazón.

La concentración iba a ser clave para que yo ganara y pudiera averiguar qué pasaba con ella y todos esos tíos. Eso requeriría que me mantuviera fuera de mi cabeza.

Le devolví el saludo, como si nada, caminando en su dirección.

«No pasa nada».

«Solo somos Amber y yo jugando al tenis».

«Nada más».

«Como un paseo por el parque».

En ese preciso momento, tropecé con un aspersor al cruzar el césped. Por suerte, evité caerme de morros, pero como Amber había visto mi momento de torpeza, añadí un paso de baile tonto para salvar el tipo.

Con suerte, se lo tragó.

¿Cuándo me había convertido en un imbécil balbuceante?

El labio inferior de Amber tembló y dijo:

—Hola —Señaló la zona de césped donde tropecé—. ¿Qué te ha pasado ahí?

—¿Eso? Estaba probando un nuevo paso de baile que vi en un vídeo de TikTok —mentí—. Necesito practicar un poco más pero ahora vamos a lo que vamos.

La mirada escéptica en su cara me dijo que no me creía, pero por suerte para mí, no siguió con el tema.

—¿Listo para perder? —preguntó Amber.

Me encogí de hombros y dije:

—No puedo hacer nada si tienes suerte.

Me ofreció una sonrisa cómplice y dijo:

—Suerte o no, voy a enterarme de todos tus trapos sucios.

—Buena suerte con eso —le respondí—. Y nada de hacer trampas.

—¿Yo? —dijo, con una expresión de pura inocencia—. Jamás. —Se acercó y me quitó algo de la camiseta, dejándolo caer al suelo—. Hueles a chocolate.

«Y tú hueles divina».

—Me gusta mucho esta camiseta —dijo, tirando de mi manga.

Sus dedos rozando mi piel enviaron hormigueos a mi...

—Te queda muy bien —añadió, sonriendo—. Y realmente resalta tus hombros y brazos musculosos.

¿Estaba flirteando conmigo?

—Gracias —dije, tragando saliva.

«Devuélvele el cumplido».

«¡Di algo, idiota!»

—Y esa falda realmente resalta tus... —Miré el par de piernas más sexy que había visto en mi vida. Me puse nervioso, quedándome totalmente en blanco—. Rodillas.

«¿Rodillas?»

«¿En serio?»

«¡Eso no tiene sentido!»

«¡Nada resalta las rodillas!»

«¡Idiota!»

—Bueno, es bueno saber que mi rutina diaria de rótulas está dando sus frutos. —Los ojos de Amber se desviaron a mi pecho y bíceps, antes de darse la vuelta y dirigirse al otro lado de la pista.

¿A qué vino esa mirada que me había echado?

Si eso no era coqueteo, no sabía qué lo era.

Mi imaginación se apoderó de mí, llevándome a un lugar en el que yo le gustaba a ella tanto como ella a mí. Mi cerebro me devolvió a la realidad para informarme de que sólo estaba jugando conmigo. Amber conocía el poder que tenía sobre mí y no tenía la más mínima intención de mostrarme piedad. Lo estaba usando a su favor, sin duda.

Sacando la raqueta de mi bolsa, golpeé las cuerdas dos veces con la palma de la mano, y luego empecé a tocarlas como si fuera una guitarra. En ese momento, me di cuenta de lo despistado que estaba y que no tenía ninguna posibilidad contra Amber.

Después de unos estiramientos, me dirigí hacia mi lado de la pista, listo para pelotear un poco con ella. Los golpes se volvieron un poco más fuertes cada vez mientras nos soltábamos y nos acostumbrábamos al estilo y nivel de juego del otro. Amber era buena.

Realmente buena.

Se aproximó a la red y me hizo un gesto para que me acercara.

—¿Listo para jugar? —preguntó, haciendo una mueca como si fuera a hacerme trizas.

Aprecié su cara de reto.

—Venga —dije.

—Oye, ¿has oído hablar alguna vez del tenis picante? —preguntó Amber con una sonrisa pícara.

Me quedé perplejo y respondí:

—Ni idea. ¿De qué va eso?

—Es como el juego de las prendas, pero mezclado con el tenis. Cada vez que pierdes un

punto, te toca quitarte algo de ropa. Vamos, que si no juegas bien, acabarás en pelota en un periquete.

Me quedé de piedra, sin saber qué decir. ¿Aquello era una indirecta? Mi cara debía ser todo un poema mientras procesaba semejante propuesta.

—¡Oh no, no estaba sugiriendo que lo jugáramos de verdad! —dijo—. Le comenté a Stella que iba a jugar al tenis contigo, y sugirió que subiéramos la apuesta y jugáramos al tenis picante. Quiero decir, ¿cómo podríamos jugar en público sin que nos detuvieran? ¿Te lo imaginas?

¿Realmente quería que me imaginara jugando al tenis picante con ella? ¿Amber desnuda? ¿Por qué me quería meter esa imagen en la cabeza?

Amber era una mujer cruel, muy cruel, que sabía cómo poner a un hombre de rodillas. De repente, me costaba respirar. Toda mi saliva se evaporó cuando intenté tragar. Estaba tan seco que ni siquiera podía parpadear.

—No, no me lo puedo imaginar en absoluto —mentí, usando toda mi fuerza de voluntad para no imaginarla en bolas—. Ni siquiera sabía que existía el yoga nudista hasta que viniste con tu cita el otro día. De la cual querré todos los detalles después de ganarte.

—¡Ja! —dijo Amber—. No va a pasar.

—Puedes sacar primero —dije.

—Vale, pero no te contengas conmigo.

—No te preocupes, no lo haré —dije.

Amber botó la pelota unas cuantas veces, y luego lanzó el saque pasándome de largo y ganando el primer punto. Ni siquiera tuve la oportunidad de darle a la pelota.

—Vale, ya veo cómo va a ir esto —dije.

—Juego para ganar —dijo Amber—. Deberías saberlo.

—Yo también juego para ganar. Voy a muerte.

Al menos mis pensamientos ya no estaban en el tenis picante sino en borrarle esa sonrisa de superioridad de la cara a Amber.

Botó la pelota unas cuantas veces para sacar de nuevo, pero primero dijo:

—¿Qué le dice una pelota de tenis a otra? —Antes de que pudiera adivinar, me dio la respuesta—. Nos vemos en la red.

Amber se partió de risa con su propio chiste.

Negué con la cabeza y dije:

—Es un chiste malísimo.

—¿Entonces por qué te estás riendo? —preguntó.

—Me divierto con facilidad. —dije.

—Hablando de diversión, ¿sabías que la mayoría de los tenistas profesionales cuando juegan gruñen más fuerte que un oso con dolor de muelas? —preguntó.

—¿Eres de esas personas que siempre hablan durante una película? —pregunté, mirándola fijamente.

—¡Por supuesto! ¡Siempre tengo un montón de preguntas y comentarios! —dijo Amber—. Como por qué la mujer se pone a buscar el origen de un ruido extraño por toda la casa, en lugar de salir corriendo mientras todavía tiene la oportunidad de sobrevivir. Soy la que grita a la pantalla: ¡Sal de ahí, idiota! ¡Te van a matar, corre! Es lo más gracioso.

—Para partirse —dije con cara de póker—. Lo que es aún más gracioso es lo obvio que resulta que estés intentando distraerme para que no juegue bien. Intenta sacar la pelota otra vez. Es esa cosa amarilla y peluda que tienes en la mano.

—Estaba siendo sociable, señor Gruñón. Vale, no diré ni una palabra más. —Botó la pelota

unas cuantas veces, pero justo antes de lanzarla para sacar, se pasó la lengua por los labios.

Dos veces.

¿Por qué tenía que hacer eso?

Ahora estaba pensando en los besos de Amber.

Apuesto a que sus labios sabían a fresas en una tarde de verano.

Por Dios, ¿de dónde había sacado ese pensamiento?

Era mucho peor de lo que pensaba. Justo entonces, la pelota salió disparada sobre la red hacia mí y me dio de lleno en la entrepierna.

—¡Me cago en la leche! —dije, haciendo una mueca y retorciéndome de dolor.

«Respira hondo».

Amber hizo una mueca como si doliese a ella y me preguntó:

—¿Estás bien?

Parecía genuinamente preocupada.

Levanté la mano con el pulgar hacia arriba, forzando una sonrisa como si el que me dispararan a las partes nobles fuera uno de mis pasatiempos favoritos.

—¡De maravilla! —dije, sorprendido de que aún tuviera sentido del humor considerando que mis preciadas joyas se habían reubicado en algún lugar cerca de mi intestino delgado.

Andé un poco para que se me pasara el dolor, con la cabeza gacha, haciendo pequeños círculos para recuperar el aliento, probablemente pareciendo un perro buscando el sitio perfecto para mear.

Ella estaba prácticamente doblada de la risa y dijo:

—Esto es muy divertido.

El dulce sonido de su risa tuvo el efecto adverso de hacer que volvieran las mariposas. Sin embargo, parecía disfrutar de mis tonterías, lo cual era una buena señal. Quería que dejara de tontear para poder concentrarme en el tenis, pero también quería que continuara porque me encantaba su lado divertido y juguetón.

Como había hecho anteriormente, Amber botó la pelota unas cuantas veces, luego la sirvió una vez más sobre la red con velocidad y precisión, cayendo dentro de la línea en mi lado de la pista. Me lancé a la derecha, apenas capaz de llegar con mi raqueta, pero pude devolverla sobre la red. Con confianza, ella dio un sólido revés que me obligó a correr con todas mis fuerzas. Por suerte, pude pasarla para ganar el punto, consiguiendo mi primer tanto del partido. Me sentí con algo más de confianza después de esa respuesta. Si tan solo mantuviera esa preciosa boca suya cerrada el resto del juego.

—Vaya, el hombre tiene velocidad —Amber repasó mis piernas con la mirada—. Y por cierto, deberías llevar pantalones cortos más a menudo, para lucir esas piernas musculosas. —Movió las cejas arriba y abajo en señal de aprobación—. Tengo que admitir que me están distrayendo un poco, eso sí.

—¿Yo te estoy distrayendo a ti? —dije.

—Oh, totalmente. —El lento examen que Amber de mi cuerpo hizo que se me erizara el pelo de la nuca. Si no controlaba mis pensamientos rápidamente, otras partes del cuerpo seguirían ese ejemplo.

Levantó la raqueta sobre su cabeza con ambas manos para hacer un breve estiramiento, su top turquesa subiéndose en el proceso para exponer su abdomen.

«Madre mía».

Si eso no era coqueteo, no sé qué lo era.

En serio, me estaba matando y no podía pensar con claridad.

—Para ya —dije, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? —Amber se encogió de hombros—. Estoy jugando al tenis.

—Más bien jugando con mi cabeza —murmuré.

—¿Qué has dicho? —preguntó haciéndose la inocente.

Sacudí la cabeza como si me hubieran dado un golpe.

—Nada —dije.

No podía estar haciéndome eso inocentemente.

Estaba metido en líos.

Después de darme una paliza en el primer set, cambiamos de lado y me preparé para sacar. Di unos pasos, intentando recuperar la compostura y la atención en lo que debía.

Cogí una pelota y la metí en el bolsillo.

«Concéntrate. Ten la cabeza en el juego».

Boté la pelota tres veces, listo para sacar, pero me detuve cuando Amber soltó una risita nasal.

—¿Y ahora qué? —dije, mirándola.

—Nada. Nada en absoluto —dijo, soltando otro resoplido.

—¿En serio? —dije—. ¿Te estás riendo porque perdí el primer set?

Necesitaba mantenerme firme, así que intenté no alentarla.

Finalmente, se secó los ojos y señaló mis pantalones cortos y dijo:

—Vale, tengo que preguntar. ¿Llevas contrabando de manzanas o algo?

Miré hacia abajo, y luego levanté la cabeza de golpe, sorprendido.

—¿Cómo ha pasado esto? —dije sinceramente.

Amber se rió aún más fuerte.

Sin darme cuenta, había metido cinco pelotas de tenis en mis bolsillos delanteros. Debía estar tan nervioso que ni siquiera me había dado cuenta de que lo había hecho. Cualquiera diría que me había metido un montón de limones en los pantalones. Rápidamente saqué las pelotas de mis bolsillos y las dejé caer en el suelo detrás de mí.

Amber estaba doblada, rodeándose el estómago con los brazos, y de repente me uní a la risa. Me encantaba que no se lo tomara tan en serio y que quisiera divertirse.

Bromeaba. Hablaba. Coqueteaba. Y me daba una paliza. Amber era implacable, y yo no tenía ninguna posibilidad contra ella. El partido fue una masacre épica, digna de una película de terror.

Después de encontrarnos en el centro de la pista, extendí la mano sobre la red y se la estreché, diciendo:

—Buen partido. Enhorabuena.

Amber no se regodeó de mi gran fracaso y dijo:

—Tú también. Buen partido.

Estaba siendo muy amable, aunque yo jugaba como un pato mareado.

Caminamos en silencio, uno al lado del otro, hacia los bancos, dejamos las raquetas y cada uno bebió de su botella.

Amber se volvió hacia mí y dijo:

—Bueno...

—Bueno... ¿Qué demonios ha sido eso? —dije.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —dijo Amber, fingiendo ignorancia.

Me limité a mirarla fijamente.

—Vale, puede que tenga una pequeña idea. —Empezó a reírse—. Venga, solo nos estábamos divirtiendo, ¿no?

Intenté reprimir mi alegría y dije:

—Sí. Nunca me había divertido tanto perdiendo.

—Qué coincidencia. Nunca me había divertido tanto viendo a alguien perder.

Ahora ambos llorábamos de la risa, porque era gracioso, pero también porque ambos estábamos evitando algo que no queríamos nombrar.

Amber se balanceó sobre sus talones y dijo:

—Bueno.

Yo hice algo parecido y dije:

—Bueno.

Sus ojos se abrieron de par en par, señal de que estaba esperando algo.

Cierto. La apuesta. Había perdido.

Era hora de pagar.

Suspiré y dije:

—Supongo que estás esperando que te diga lo que pasaba por mi mente cuando te vi en Starbucks.

—Una apuesta es una apuesta —dijo Amber.

«Allá vamos».

«Hazlo».

«Dile cómo te sientes».

—Estaba decepcionado porque... —Solté el aire—. No quieres saberlo, ¿verdad?

Amber dio un paso hacia mí y me tiró de la manga diciendo:

—Sí. Quiero saberlo. Suéltalo, anda.

—Vale... Estaba celoso. Ya está. Lo he dicho.

A Amber se le desencajó la mandíbula.

—¿Celoso? —dijo—. ¿De qué?

Abrí la boca y la cerré, tan cerca de decirle la verdad.

Pero me acobardé.

El miedo le hace eso a la gente. Se te mete en la cabeza, te llena de dudas, te manipula y luego te impide hacer algo valeroso, algo que podría convertirse en lo mejor que has hecho jamás por ti mismo.

Sabía que Amber mejoraría mi vida, sin duda.

Pero ¿y si ella no sentía lo mismo?

¿Y si me rechazaba?

—¿Scotty? —dijo ella—. ¿Por qué estabas celoso?

—Sin comentarios —dije.

—Ni hablar. Buen intento. —Amber extendió la mano y me agarró del brazo—. Así no funciona esto, amigo. Gané nuestra apuesta justamente. Ahora es el momento de pagar. Necesito más información. Toda la información. La verdad al desnudo.

Le quité la mano de mi brazo sin soltársela y dije:

—Lo siento, deberías haber especificado eso cuando hiciste la apuesta. Si quieres oír el resto, tendrás que hacer otra apuesta conmigo. —Le atrapé la otra mano cuando la extendió hacia mí como si fuera a pellizcarme o a darme un codazo.

Ojalá hubiera una forma de congelar ese bendito momento en el tiempo.

Estaba sosteniendo ambas manos de Amber y no quería soltarlas.

Ella tampoco parecía tener prisa por apartarlas, su mirada estudiándome, con una sonrisa curiosa en su cara, probablemente intentando averiguar qué estaba pasando entre nosotros.

«¡Yo también, Amber!»

De repente, perdió la sonrisa y sus ojos se abrieron más.

—Esto no puede estar pasando. Está mal por infinidad de razones. —Amber parecía preocupada.

Solté sus manos, preguntándome si tal vez me había pasado de alguna manera. Mi corazón se hundió en el abismo cuando el miedo se instaló en él de nuevo. ¿Se habría dado cuenta de cuánto me gustaba y ahora no quería saber nada de mí para no hacerme daño?

Ese era mi pensamiento exacto hasta que vi que sus ojos estaban clavados en la calle.

Con curiosidad, seguí su mirada.

Era la mujer que había venido a mi cafetería un par de veces. Se había bajado de su coche, que estaba aparcado detrás del mío. Claramente pasaba algo entre las dos.

Amber se acercó más y me agarró la mano.

—¿Confías en mí? —pregunté.

—Claro que sí —dije.

—Por favor, no preguntes nada y haz exactamente lo que te diga. Coge tus cosas y vete hacia aquellos árboles de allí, completamente fuera de la vista. Cuando tengas la oportunidad, escabúllete hasta tu coche, y no hables con esa mujer si todavía está por aquí o te sigue. —Amber levantó la barbilla hacia la mujer que se acercaba como una furia.

—¿Estás segura de que estarás bien? —pregunté, mirando de nuevo hacia la calle.

La mujer venía hacia nosotros a paso ligero.

—Cien por cien —dijo Amber—. Puedo manejarla, es mi prima. Te prometo que te lo explicaré todo más tarde, incluida mi saga de Ryan Scott, pero tienes que irte. ¡Vete, Scotty, ya! —Me dio una palmada en el trasero con su raqueta de tenis, no lo suficientemente fuerte como para doler, pero sí para excitarme.

Arqueé una ceja y dije:

—Solo si lo haces otra vez.

—¡Scotty! —dijo, con urgencia y diversión en su voz mientras me daba otra palmada en el trasero, esta vez doble—. ¡Vete! Por favor.

—¡Vale! —Cogí mi bolsa y mi botella de agua, y me dirigí hacia la puerta al otro lado de la pista de tenis.

Perdí el partido, pero al menos iba a averiguar qué pasaba con todos los Ryan Scott. No discutiría con Amber.

—¡Espera! —gritó la prima de Amber—. ¡Tienes que saber algo! ¡Es sobre Amber!

Aceleré el paso y alcancé la puerta para abrirla.

—Oh, no —murmuré, empujándola de nuevo.

La puerta estaba cerrada con una cadena.

Agarré la alambrada y sacudí la puerta con toda la fuerza que pude varias veces. Parecía que había suficiente holgura para poder colarme por la abertura. Metí mi bolsa con la raqueta por el espacio, luego agaché la cabeza bajo la cadena, agarrándome a ella mientras deslizaba mi cuerpo.

—Pan comido —dije, ya a medio pasar.

Desafortunadamente, hablé demasiado pronto.

Mis pantalones cortos de tenis se engancharon en la alambrada, arrancando la parte delantera izquierda y dejando al descubierto mis calzoncillos de «Superman». Por suerte, ninguna parte viril resultó dañada en el proceso.

Después de colar el resto de mi cuerpo, cogí mi bolsa y corrí hacia los árboles, manteniendo una mano en la parte delantera de mis pantalones para evitar que se abrieran, sobre todo por si

me encontraba con alguien en el camino. Me pregunté brevemente si era la idea más brillante, ya que debía parecer un niño pequeño con ganas de hacer pis.

Cuando me alejé lo suficiente, me apoyé contra el primer árbol grande, intentando recuperar el aliento. Unos minutos después, me asomé para ver si Amber seguía hablando con su prima. Fue entonces cuando me cegó una luz brillante en los ojos.

—¡Para ahí, pervertido! —dijo el poli, con una voz extrañamente chillona.

—No soy un...

—Sal y mantén las manos donde pueda verlas. Nada de trucos.

Mientras levantaba las manos, la brisa comenzó a agitar la tela de mis pantalones cortos.

El poli apagó su linterna y me miró de arriba abajo, deteniéndose en la parte delantera de mis pantalones.

—¿Superman? ¿En serio? —preguntó.

Me relajé cuando vi que este tipo no era de la policía en absoluto, sino sólo un voluntario comunitario demasiado entusiasta. Era un tío corpulento que llevaba una camiseta negra ajustada con la palabra «Voluntario» escrita en el pecho. Un hombre así normalmente habría tenido una presencia imponente, si no fuera por su voz aguda de Mickey Mouse.

—El protocolo sería preguntarte qué estabas haciendo ahí detrás en el bosque, pero veo claro como el día que estabas espiando a esas dos señoras y haciendo cosas indecibles con tus partes —dijo Mickey.

Suspiré y dije: —Oye, colega, yo no estaba…

Levantó la mano y dijo:

—Cierra el pico, libertino. No quiero oír un montón de justificaciones de tus elucubraciones.

Algo me dijo que el hombre no conocía el significado de la mayoría de sus propias palabras.

—Ahora, no te pillé en el acto, así que voy a dejarte ir por esta vez. —Inclinó la cabeza hacia mi bolsa de tenis en el suelo—. Ahora, coge tus cosas y lárgate. —Miró de nuevo la parte delantera de mis pantalones y se estremeció—. Y que no te vuelva a encontrar por aquí.

No dije ni una palabra más mientras cogía mi bolsa de tenis y tomaba el camino largo de vuelta a mi coche para asegurarme de que Amber y su prima se habían ido.

De camino a casa, me sentía como un adolescente entusiasmado, recordando lo mucho que me había divertido jugando al tenis con ella, aunque estuviera hecho un manojo de nervios. No me acordaba de la última vez que me lo había pasado tan bien con una mujer. Probablemente nunca.

Amber era aún más encantadora de lo que podría haber imaginado.

Y a menos que la estuviera malinterpretando, parecía interesada en mí.

Eso lo cambiaría todo.

Capítulo Once

Amber

Yo estaba sentada en una mesa del rincón, devorando nachos con salsa con una margarita mientras disfrutaba del ambiente del nuevo restaurante mexicano de Pacific Beach. Una banda de mariachis deambulaba por el colorido comedor decorado con cactus tocando "La bamba", mientras varios clientes observaban a una mujer que trabajaba hábilmente su magia en el puesto de tortillas de harina hechas a mano junto al bar de tequila. Me senté de cara a la puerta para poder ver llegar a mi próximo marido en potencia.

Recto Ryan.

Era un apodo ridículo, pero Stella insistía en que le iba que ni pintado, ya que era proctólogo. Yo había propuesto otros apodos más agradables al oído.

Trasero Ryan.

Pompis Ryan.

Culo Chulo.

Stella, terca como una mula, los rechazó todos.

Desgraciadamente, Recto Ryan me mandó un mensaje para decirme que llegaba tarde. Había empezado el Happy Hour sin él, ya que me moría de hambre. Le di el último sorbo a mi primera margarita y luego rebañé la salsa del cuenco con un nacho.

El camarero volvió a por el cuenco vacío y preguntó:

—¿Más salsa?

—¿Cómo lo sabes? —dije sonriendo abiertamente y echando un vistazo a su placa—. Gracias, Pablo.

—De nada. —Señaló la pared de tequila detrás de él—. ¿Te apetece algún mezcal o tequila mientras esperas a tu amigo? Tenemos más de doscientas variedades. Las mejores del mundo.

—No, gracias, pero otra margarita estaría bien.

—Por supuesto —dijo Pablo, cogiendo mi copa de margarita vacía.

Observé el enorme y colorido mural en la pared que mostraba a una mujer delante de una granja.

—Es preciosa —dije—. ¿Quién es?

—Esa es Mayahuel —dijo con una sonrisa de orgullo—. Es la diosa del agave y la fertilidad, también conocida como la mujer de los cuatrocientos pechos.

De repente, Scotty apareció detrás de Pablo y bromeó:

—Debe de tener dificultades para encontrar sujetador.

—¡Anda, Scotty! Me alegro de verte —dije.

—Igualmente —dijo sonriendo.

Últimamente no era muy fan de las sorpresas, pero verlo siempre parecía ponerme de buen

humor. Especialmente después de lo bien que me lo había pasado con él en la pista de tenis anoche. Preferiría estar cenando con Scotty que con Recto Ryan, pero eso no era una opción.

—Me alegro de que hayas venido, amigo. —Pablo sonrió y le acercó la silla a Scotty—. ¿Qué te pongo de beber? ¿Una margarita? ¿Qué tal un chupito de tequila?

—Oh... yo... eh... —Scotty me miró—. Perdona, ¿estás esperando a alguien?

Arrugué la nariz y dije:

—Pues sí, la verdad.

Su sonrisa se desvaneció y sus hombros cayeron.

—No pasa nada. Siempre es un placer verte. —Scotty estaba a punto de darse la vuelta para irse, pero no quería que se fuera.

Me sorprendí a mí misma cuando le cogí la mano y dije:

—No te vayas.

Scotty miró su mano en la mía, con los ojos abiertos de sorpresa y curiosidad. Me recordó a cómo me sentí cuando él me cogió ambas manos y las sostuvo anoche en la pista de tenis. Estaría mintiendo si dijera que no lo había disfrutado, que no había sentido algo, fuera lo que fuese. Quizás era algo de lo que me di cuenta sinceramente que quería más, aunque sabía que no era posible.

Aun así, la aprensión que tenía mientras esperaba a que llegara mi cita fue sustituida de repente por una sensación general de calma, a pesar de los nervios en el estómago. Me sentía relajada, incluso feliz. En realidad, deseaba que llamaran a Recto Ryan del hospital para un implante de urgencia de un cachete o algo así.

—¿Por qué no te quedas conmigo hasta que llegue? —Miré la silla frente a mí—. Viene con retraso. Podría tardar un rato.

La invitación pareció alegrar el humor de Scotty, sus ojos se iluminaron.

—Me encantaría. —Se volvió hacia Pablo—. Una margarita suena genial. Ah, y algo de guacamole, por favor.

—Por supuesto —dijo Pablo.

Scotty se sentó y se acercó a la mesa, con la mirada fija en mí.

—Otra cosa que tenemos en común, Lois. Las margaritas.

—Y la comida mexicana, Clark —dije.

—Estaba pensando en buscar una bandera con un taco para colgarla frente a mi casa —dijo Scotty.

—Eso seguro que dará que hablar a tus vecinos —dije—. O quizás empiecen a hacer cola frente a tu puerta.

Me encantaba lo mucho más relajado que estaba Scotty hoy, aunque tengo que decir que su nerviosismo en la pista de tenis fue absolutamente adorable y halagador.

Tengo una debilidad especial por los hombres humildes y vulnerables. Admito que podría enamorarme fácilmente de un hombre como Scotty. No es que fuera a pasar algo romántico entre el dulce bombón sentado en mi mesa y yo, pero al menos podía disfrutar de su compañía. Quizás acabaríamos haciéndonos buenos amigos. Me gustaría mucho. Pero incluso con los amigos, la autenticidad era muy importante para mí. Claro, todos tenemos nuestros pequeños secretos, pero Scotty parecía ser uno de esos tipos que lo que ves es lo que hay, por lo que podía observar.

Pablo volvió unos minutos después con más nachos calentitos, la salsa, el guacamole y las margaritas. Luego nos sorprendió poniendo dos chupitos de tequila en la mesa, uno delante de mí y otro delante de Scotty.

—Cortesía del encargado. —Inclinó la cabeza en dirección al hombre cerca del puesto de

tortillas—. Que lo disfrutéis.

El encargado nos saludó.

Le devolvimos el saludo para darle las gracias y luego miramos nuestros tequilas.

—Esto ha sido inesperado —dijo Scotty, con una mirada dubitativa.

—Supongo que nos los ha enviado porque mi agencia de publicidad hizo el marketing para su fiesta de inauguración —dije.

—Confesión: soy un peso pluma total con el alcohol. —Scotty levantó el chupito de tequila —. Estaré bailando sobre la mesa antes de que te des cuenta.

Levanté mi chupito y dije:

—Qué suerte, tengo asiento en primera fila. Prepararé mis billetes para el espectáculo.

Scotty se rio y brindamos con los chupitos.

—Salud —dijimos al unísono.

Como si fuéramos un equipo sincronizado de bebedores de tequila, nos tragamos los chupitos de golpe, hicimos una mueca, y mordimos los gajos de lima. Luego le dimos un buen trago a nuestras margaritas para bajar el tequila antes de que nos quemara la garganta.

—Guau. —Sacudí la cabeza e intenté imitar la boca de un pez—. Eso ha sido fuerte.

—Mucho. —Sonrió—. Ha merecido la pena solo por ver tu cara de pez tan mona.

—Vaya, gracias —dije, sintiendo que mi rostro se encendía de repente.

¿Me estaba sonrojando o simplemente estaba sintiendo los efectos del tequila?

—Puede que sea yo quien baile sobre la mesa antes que tú —dije.

Scotty sacó su móvil del bolsillo y lo puso sobre la mesa.

—Lo grabaré en vídeo. —Cogió algo de guacamole con un nacho y se lo comió—. No tuvimos tiempo de charlar cuando viniste a por tu café esta mañana. Quería saber cómo fue todo anoche con tu prima. ¿Resolvisteis vuestros problemas?

—No del todo —dije—. Mi vida es un poco complicada ahora mismo.

Scotty miró a los mariachis mientras pasaban a una versión interesante de "Livin' La Vida Loca" en medio del comedor.

—Esa canción debería ser tu himno —dijo.

Puse los ojos en blanco con una sonrisa. —Desde luego da en el clavo. Por cierto, gracias por lo que hiciste anoche. Me sentí mal pidiéndote que básicamente te escondieras en los arbustos, pero te agradezco que no hicieras muchas preguntas. —Brindamos con las copas de margarita y le di otro sorbo para tragarme la vergüenza que sentía.

Tenía que tener cuidado porque me estaba emborrachando más con cada trago. Menos mal que el restaurante estaba a un paseo de mi casa.

—De nada. —Scotty también le dio otro sorbo a su margarita. Parecía pensativo, como si quisiera decir algo más—. Pero me prometiste que me contarías qué te estaba pasando. — Levantó las cejas y cruzó los brazos, acentuando sus bíceps.

—¿Ahora? —dije.

—¿Prefieres hablar de mi horrible actuación de anoche? preguntó.

—No fue tan mala —dije.

Tenía una expresión divertida en la cara cuando dijo:

—Ajá. Tu plan perverso para distraerme funcionó como por arte de magia. Admítelo. Hiciste trampas.

Negué con la cabeza y dije:

—Escucha, señor Mal Perdedor.

—¿Cómo me has llamado? —Soltó una carcajada.

Le hice un gesto con la mano, diciendo:

—Olvídalo. Sonaba mucho mejor en mi cabeza. En fin, la mejor manera de vencer a un oponente es encontrar sus debilidades y aprovecharlas al máximo. ¡Eso es todo lo que hice! Simplemente aproveché tu debilidad. Eso no es hacer trampas.

Scotty cogió su margarita para darle otro sorbo, pero se detuvo.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Y cuál es exactamente mi debilidad, listilla?

La respuesta salió volando de mi boca antes de que pudiera detenerla.

—Al parecer, yo lo soy. —Me tapé la boca con las manos, pero era demasiado tarde. No podía retirarlo.

Scotty se atragantó con su bebida.

Ese maldito tequila.

Era como un suero de la verdad.

Scotty me estudió y por fin dijo:

—No voy a mentir, eres mi kriptonita, Lois. Pensé que lo había ocultado mejor, pero estaba muy equivocado.

Sentí una cálida sensación de aleteo en el estómago por su honestidad, pero me preguntaba por qué demonios estábamos teniendo esta conversación.

¡Recto Ryan iba a llegar en cualquier momento!

Scotty se inclinó hacia adelante y continuó:

—Y ya que estamos con el tema, querías saber por qué estaba celoso cuando te vi en Starbucks. Vamos a aclarar eso también. No era porque estuvieras tomando el café de otro lugar.

—¿No? Sigue. ¿Qué era? —Hice un gesto con la mano para que continuara.

No dudó con la respuesta.

—Quería ser ese tío que estaba contigo —dijo Scotty.

«Ay, madre mía».

¿Quién ha apagado el aire acondicionado?

Me acabé el resto de mi margarita de un trago, el ruido que hice al tragármela fue lo suficientemente fuerte como para llamar la atención de la mesa de seis frente a nosotros.

Sorprendentemente, Scotty aún no había terminado y dijo:

—Y hay algo más que deberías saber...

Levanté la mano, frenando esta confesión improvisada con guacamole y dije:

—Un momentito.

Era como si se hubieran abierto las compuertas, y Scotty me estuviera contando todos sus secretos oscuros. No es que no tuviera ganas de saber lo que pasaba por su mente, pero quería un momento para recuperar el aliento y asimilarlo, y luego decidir cómo debía proceder con mi propia confesión.

De repente sentí que necesitaba algo más.

Llamé a Pablo con la mano y dije:

—¿Puedo tomar otro de esos chupitos de tequila, por favor?

—Por supuesto —dijo.

—Que sean dos —dijo Scotty, sin apartar sus ojos de los míos.

Debía sentirse igual que yo, traicionado por su propia boca, sorprendido por la forma en que las cosas salían volando sin su consentimiento. Luego estaba nuestra química, que chisporroteaba como el plato de cerámica con fajitas que pasó por nuestra mesa en la bandeja de un camarero. ¿Por qué me encantaba tanto que Scotty admitiera que yo era su debilidad? ¿Y por qué me encantaba que no hubiera apartado sus ojos de mí desde el momento en que se sentó a la mesa?

Tenía cosas más importantes en las que pensar, así que no debería haber estado notando esas cosas. Sin embargo, lo hacía. Era como si de repente me diera cuenta de lo mucho que me gustaba Scotty.

Pablo volvió con los dos chupitos y los puso en la mesa delante de nosotros.

—A disfrutar —dijo.

—Gracias. —Choqué mi chupito contra el de Scotty.

—Salud —dijimos a la vez, sumergiéndonos inmediatamente en una actuación bis de nuestra rutina sincronizada anterior al beber el tequila.

Las cosas estaban a punto de ponerse muy interesantes.

Sobre todo porque iba a contárselo todo a Scotty.

Capítulo Doce

Scotty

Mientras mordía el gajo de lima, me di cuenta de que no había apreciado del todo la canción "La vida es una carretera". Nunca sabes realmente a dónde te va a llevar la vida, con sus desvíos, sorpresas y baches en el camino. Lo mejor que puedes hacer es mantener la mente abierta, abrocharte fuerte el cinturón y disfrutar del viaje. Porque en un minuto podrías tener planes de pasar por un nuevo restaurante mexicano para probar sus tacos de carnitas, y al siguiente estar saltándote la comida para tomar chupitos de tequila con la mujer de tus sueños.

«Si esto es realmente un sueño, me voy a cabrear cuando me despierte».

Necesitaba disfrutar del momento mientras durara porque estaba seguro de que otro Ryan Scott iba a entrar por esa puerta y chuparme la energía del cuerpo como un vampiro.

—Tenemos que discutir cómo «Superman» no es un romance después de todo —dije de repente—. He cambiado de opinión sobre el tema.

Se le desencajó la mandíbula y después dijo:

—¿Qué? ¡No puedes cambiar de opinión! Ese tema está cerrado, y yo gané.

—Lo siento —dije sonriendo—. La volví a ver anoche, y me di cuenta por primera vez que en realidad nunca se besan en la película. Ni una sola vez.

—Un beso no lo convierte en un romance —insistió Amber.

—Sí que lo hace —dije.

—¿Qué sabrás tú de romance, señor Ciencia Ficción? —preguntó juguetonamente—. Seguramente tienes un póster del Capitán Kirk en la pared de tu dormitorio en casa.

—Ahora está en el garaje —Le guiñé un ojo—. En fin, a lo que voy es que puedes tener química con alguien, puedes sentirte atraído por esa persona, puede que te guste mucho, pero la verdad se revela con el beso. Eso es lo que lo hace real. Cuando ves los fuegos artificiales, cuando se te doblan las rodillas, cuando quieres más, cuando te quedas sin aliento, cuando no te puedes quitar la sonrisa de la cara después del beso. Ahí es cuando sabes que tienes algo significativo. —Planté ambas palmas en la mesa y me incliné más cerca—. El beso lo es todo.

Miró mis labios durante una fracción de segundo, lo suficiente para hacer que mi corazón galopara como un pura sangre en mi pecho. ¿Estaba reflexionando sobre mi punto de vista, o se preguntaba cómo sería besarme?

Esperaba que fuera lo segundo.

Y si no me equivocaba, ahora se estaba sonrojando.

Parecía que mi argumento la había dejado sin palabras.

—Ya veremos —dijo finalmente.

—Supongo que sí —dije, un poco confundido.

¿De qué estábamos hablando exactamente?

¿Era eso una insinuación de un posible beso, o me lo estaba imaginando? Me tocaba mover ficha. Tenía que decidir cómo iba a jugar esto.

Amber ya sabía que era mi debilidad. También sabía que estaba celoso cuando la vi con ese hombre en Starbucks. ¿Qué más podía decir para convencerla de que dejara de salir con estos tíos y esperase a que tuviera esa sentencia de divorcio del juzgado? Había que decir algo épico, no se podía retrasar más.

—Eres como el azúcar en mi café —dije, las ridículas palabras se deslizaron fuera de mí como la savia de un árbol moribundo.

«Madre mía, eso ha sido tan cursi que me han debido salir caries».

Me arrepentí de decirlo inmediatamente.

¿Eso era épico?

Épico fracaso, quizás.

¿Qué me está pasando?

¡Soy el tío de la ciencia ficción, no un romántico empedernido!

¡Soy Superman! ¡Soy el Capitán Kirk! Soy tranquilo, sereno y comedido, no el galán de una telenovela. ¿Qué vendría después? ¿Otro Ryan Scott se volvería loco de celos y prendería fuego al restaurante después de verme con Amber? ¿Salvaría el día llevándola valientemente en mis brazos a través de las amenazantes llamas? ¿Nos besaríamos apasionadamente en el aparcamiento mientras el restaurante explotaba detrás de nosotros, con tortillas y tamales volando por todas partes mientras aparecían los créditos?

Joder, ¿qué le pasaba a mi cabeza hoy?

Sonaba como Dean.

Nota mental: No volver a beber tequila nunca más.

Nota mental #2: Pasar menos tiempo con Dean.

Amber me regaló una sonrisa compasiva, lo cual era mala señal.

—Scotty... —Buscó las palabras—. Creo que eres un hombre maravilloso, de verdad.

Forcé una sonrisa, preparándome para el «pero» que sabía que venía.

—Pero el momento no es el adecuado —continuó Amber—. Como dije antes, mi vida es complicada.

Parpadeé varias veces, saliendo de mi ensueño romántico.

—¿Pero qué pasa con todos estos otros tíos con los que estás saliendo? —pregunté.

—Sí, sobre eso... —Amber suspiró—. Mi Tío Pío falleció recientemente.

—Lo siento mucho —dije, preguntándome qué tenía que ver eso con su vida amorosa.

—Vivió una vida larga, plena y feliz y murió pacíficamente mientras dormía, así que estoy agradecida por eso.

—Claro. Definitivamente esa es la mejor forma de irse —dije.

—El caso es que me dejó bastante dinero en su testamento, pero con condiciones muy específicas. Tengo que casarme en seis semanas.

Cogió un poco de guacamole con un nacho y se lo metió en la boca. Parecía que no le daba ninguna importancia al hecho de haberse propuesto casarse por dinero. Al menos eso explicaba el repentino aluvión de citas para tomar café en mi negocio.

—¿Por qué quería tanto que te casaras? —No pude evitar preguntar—. Especialmente si ya habías estado casada antes.

Amber puso una cara interesante, obviamente preguntándose cómo podía saber yo que había estado casada.

—Era difícil ignorar el pedrusco enorme en el dedo de una de mis clientas favoritas —añadí

—. También me di cuenta el primer día que viniste sin llevarlo.

Amber arrugó la nariz y dijo:

—Nunca me gustó ese anillo.

—Qué casualidad, a mí tampoco —le di una pequeña sonrisa.

Me devolvió la mirada y dijo:

—Tío Pío siempre creyó que me casé con el hombre equivocado, algo con lo que no podría estar más de acuerdo. Básicamente me está pagando para que me case con el correcto, para enmendar mis errores. Es raro, lo sé, pero era un hombre excéntrico y vivía según sus propias reglas.

Incliné la cabeza hacia un lado, confundido.

—¿Y qué tiene que ver esto con tu prima? —pregunté.

—Qué curioso que lo preguntes —dijo—. Mercedes la Miserable, mi prima, se queda con el dinero si no me caso antes de la fecha límite.

—No me digas... ¿la primera que se case se lleva la herencia?

—Qué va —dijo Amber, negando con la cabeza—. Ella no tiene por qué casarse. En realidad, solo tiene que esperar a que yo la cague. Por eso ha pagado para que me sigan y luego aparece en el peor momento para meter las narices. Y si la fastidia, se lleva cinco millones de dólares.

—¿Cinco millones? —grité, haciendo que la gente mirara hacia nosotros.

No era de extrañar que estuviera en una misión para encontrar un hombre. ¿Podía culparla realmente? Cinco millones de dólares te cambian la vida.

—Una locura, lo sé —dijo Amber.

—¿Qué se lleva el tío? —pregunté—. Quiero decir, además del placer de casarse contigo.

Respondió con una ligera vergüenza:

—Se lleva un millón de dólares, pero lo más importante para mí es que ese dinero me facilita dejar mi trabajo y montar mi propia agencia. Cada día de trabajo me chupa un poco más de vida. Intento mantenerme positiva porque tengo muchas cosas por las que estar agradecida, pero algunos días no es fácil.

—Siempre tienes una sonrisa en la cara cuando vienes a por café —dije.

—Eso es porque aún no he empezado a trabajar —dijo—. Tu café es lo mejor de mi día.

—Seguro que ayuda que tu barista sea absolutamente encantador y devastadoramente guapo —bromeé, aunque no me importaría nada que admitiera que le gustaba un poco.

—Totalmente. Dean es increíble y guapísimo —respondió, tomándome el pelo.

Puse cara de póker y crucé los brazos.

—Recuérdame que le despida por la mañana —dije.

—Nunca lo harías. Eres demasiado...

Levanté la mano y dije:

—¡No lo digas!

Amber hizo una pausa, sabiendo que me estaba provocando antes de anunciar: —Amable..

Hice una mueca, haciéndola reír de nuevo.

—En fin, no te aburriré con el drama de la agencia —dijo Amber—. El caso es que mi jefe me robó el trabajo de mis sueños para dárselo a su novia.

—¿En serio? —Hice una mueca—. Me suena a capullo.

—Exactamente. No tuve otra opción que aceptar el descenso porque la mayoría de los trabajos en publicidad se han esfumado con tantas empresas recurriendo a las nuevas tecnologías online y tanta competitividad. En fin, ahora ya conoces el culebrón que es mi vida actual.

—Bueno, no lo sé todo —dije—. ¿Cuál es la conexión con Ryan Scott?

—Ah, sí, sobre eso...

Era la pieza que faltaba del puzle y algo que había querido saber desde el día que vino a tomar café con ese tipo de la agencia inmobiliaria. Obviamente, no era lo que Dean había especulado, pero no tenía ninguna duda de que pasaba algo raro.

Finalmente, iba a conocer la verdad.

Amber suspiró y me contó toda la historia sobre su amor del instituto, que ya estaba casado, y el plan de encontrar un Ryan Scott de repuesto rápidamente, pagarle para que se casara con ella y evitar que su prima se llevara lo que su tío le había dejado a ella.

Casi me caigo de la silla al oír la historia.

—¿De veras? ¿De eso se trata entonces? —pregunté.

—Ya lo sé —dijo Amber, masticando otro nacho con desgana—. Mi vida es un reality show. Y el reloj no se detiene y tengo que encontrar a un hombre llamado Ryan Scott que acepte casarse conmigo.

—Entonces este es tu día de suerte —dije.

No tenía ni idea de por qué dije eso ya que técnicamente seguía casado yo, pero el divorcio iba a ser definitivo cualquier día.

—Tengo la solución perfecta —añadí.

Amber dio un sorbo a su agua y dijo:.

—Te escucho.

Mi corazón parecía que iba a saltar de mi pecho por la emoción.

En ese momento, mi móvil se iluminó sobre la mesa.

Eché un vistazo a la pantalla.

Apareció la cara de Dean.

«Ignórale».

No era el momento.

Amber señaló mi móvil y dijo:

—No me importa si necesitas contestar.

—Puedo devolverle la llamada cuando terminemos aquí. —dije mientras la cara de Dean desapareció de la pantalla—. ¿Ves? No era tan importante. Ahora, ¿por dónde iba?

Amber sonrió y dijo:

—Estabas a punto de alegrarme el día.

—Cierto. No te vas a creer esto, pero...

Mi móvil se iluminó otra vez.

Esta vez era un mensaje de Dean.

—Eres un pesado —murmuré, inclinándome para leer su mensaje.

Dean: Me he quedado encerrado en la nevera. Ven a sacarme. Tengo frío.

Otra vez no.

El momento era increíble.

—Desgraciadamente, tengo que irme. —Me puse en pie de un salto y me metí el móvil en el bolsillo.

Por suerte, estaba a un paso de mi negocio y podía llegar en dos minutos si atravesaba el callejón de atrás.

—Oh, qué pena... —Amber frunció el ceño, lo que hizo que marcharme fuera aún más difícil —. ¿Todo bien?

—Nada que no pueda arreglar —dije, dejando dinero en la mesa—. He disfrutado mucho de

tu compañía, Amber. No quiero irme, pero tengo que hacerlo.

—Lo entiendo perfectamente. —Amber me regaló una mirada feliz—. Ha sido muy divertido. Tenemos que repetirlo.

Sus palabras me produjeron algo mucho más fuerte que el tequila.

Un chute de pura adrenalina.

«Tenemos que repetirlo».

Las mariposas volvieron con fuerza.

Sorprendentemente, también mi confianza.

—¿Qué tal mañana por la noche? —pregunté atrevidamente.

«Por favor di que sí. Por favor».

—¿Mañana por la noche? —preguntó Amber.

Intenté mantener la compostura mientras el pulso me latía en el cuello.

—¿Por qué no?

Lo pensó, formándose lentamente una sonrisa en su cara y dijo:

—Me parece bien.

—Genial —dije, intentando contener mi emoción—. Podemos hablar por la mañana para concretar los detalles cuando vengas a por café.

—Es una cita —dijo Amber.

¡Cuánto me gustaba oír eso!

Más de lo que ella nunca podía imaginar.

—No lo olvides —dije. Tenía que irme porque Dean me estaba esperando.

Al borde del júbilo ante la idea de una cita con Amber, me di la vuelta para irme y me estampé contra lo que debía ser una pared de ladrillo recién construida en medio del restaurante. Hice una mueca y me estabilicé, esperando a que se calmaran las estrellas girando alrededor de la cabeza.

—Lo siento —dijo la retumbante voz masculina.

Obviamente estaba soñando.

La pared de ladrillo podía hablar.

Levanté la vista hacia un hombre que se cernía sobre mí. De hecho, tuve que dar un paso atrás para ver por encima de su cuello, que posiblemente era del tamaño de mi cintura. Estaba construido como un tren de carga, sus músculos marcados parecían capaces de reventar fácilmente las costuras de su polo Lacoste como una goma vieja si decidía flexionarlos.

Mister Universo, obviamente.

O quizás era el guardaespaldas de algún famoso o un defensa de fútbol Americano.

Realmente no importaba.

El tío era obviamente un cachas, un bombón para las mujeres, y a juzgar por la cara de Amber, ella tenía debilidad por los dulces. Incluso las mujeres de otras mesas estaban mirando, boquiabiertas, como si nunca hubieran visto a un hombre así antes. Vale, admito que incluso yo estaba teniendo dificultades para apartar la vista de él, pero eso no venía al caso.

Tenía una situación de código rojo aquí.

Si este hombre era Ryan Scott, mi vida se había acabado.

¿Cómo demonios se suponía que iba a competir con algo así?

Las cosas pintaban mal, pero aún no me iba a rendir.

—¿Ryan Scott? —pregunté, cruzando los dedos para que no lo fuera.

—¡Sí! —dijo—. ¿Eres uno de mis pacientes? —Se inclinó hacia un lado para examinar mi trasero—. Lo siento, no te reconozco. —Me dio un toque en el hombro con su dedo índice y casi

me tira—. ¡Ja! Broma del oficio. Soy proctólogo.

—Supongo que eso me convierte en el culo de tu broma —dije sin entusiasmo.

Se dio una palmada en el muslo alegremente y dijo:

—¡Muy bueno!

¿Guapo, cuadrado, con sentido del humor y médico?

Mis probabilidades empeoraban por segundos.

Curiosamente, lo único que me daba una pizca de esperanza era la expresión de dolor en la cara de Amber. No quería que me fuera. A menos que esa mirada fuera porque se preguntaba por qué seguía allí.

No podía culparla, pero había un asunto más urgente que requería mi atención. Mi mejor amigo estaba atrapado en una nevera.

—Tengo que irme, así que pasadlo bien —dije para parecer tranquilo, fingiendo que su presencia no me afectaba en absoluto—. Aseguraos de probar los tacos de carnitas. Todo el mundo habla de ellos.

Me abrí paso entre las mesas hacia la puerta principal, con mis pensamientos en Amber y el proctólogo buenorro. No era su tipo, de eso no había duda.

O al menos eso era lo que yo quería creerme.

Ella era el tipo de mujer que quería más que una cara bonita y un cuerpo perfecto con músculos enormes. Amber quería una conexión, una gran conversación y un marido que también pudiera ser su mejor amigo. Porque al final, sus músculos se encogerían o colgarían, su atractivo se desvanecería y todo lo que quedaría sería un viejo contando chistes de culos.

Cuanto más lo pensaba, más seguro me sentía de que no iba a pasar nada entre ellos. Había otras dos cosas de las que estaba seguro.

Amber y yo teníamos una conexión innegable.

Y ella merecía saber la verdad sobre mi verdadero nombre y mi estado civil.

Mañana por la noche en nuestra cita, iba a decírselo todo, sobre todo, lo de mi inminente divorcio. Luego le dejaría abundantemente claro lo loco que estaba por ella, y que no quería nada más que ser el Ryan Scott con el que se casara.

Capítulo Trece

Amber

Debería haberme tirado al suelo y abrazado a una de las piernas de Scotty como un monito, suplicándole que no me dejara sola con ese hombre tan grande y fornido. Incluso si Scotty me hubiera arrastrado por el comedor del restaurante para que le soltase la pierna, habría valido la pena la vergüenza si hubiera existido la más mínima posibilidad de que se quedara más tiempo conmigo.

No tuve tanta suerte.

Scotty se había ido hacía ya rato, y yo fingía disfrutar mientras Recto Ryan se lanzaba a lo que debía ser su décimo chiste de proctólogos.

—Durante mi residencia quirúrgica, tuve que empezar desde abajo —dijo con una sonrisa brillante y los dientes más perfectos que había visto jamás.

Evité poner los ojos en blanco, lo cual fue impresionante, pero no pude evitar pensar que este tío gastaba más dinero en su abono del gimnasio y suplementos que yo en mi alquiler mensual. Estuve tentada de mandarle un mensaje a Stella para decirle que íbamos a cambiarle el nombre a Ryan el Cachas, pero no quería ser maleducada y usar el móvil durante la comida.

Sí, era guapísimo, pero era una belleza fría, sin alma. Yo prefería a alguien menos obsesionado con su aspecto físico y con chistes de culos. Tenía la clara sensación de que si nos casáramos, pasaría más tiempo mirándose al espejo que mirándome a mí. No era desde luego mi pareja ideal, pero no podía permitirme el lujo de ser exigente en este aspecto. Además, era sólo temporal.

Al menos tenía la cita de mañana por la noche con Scotty para ilusionarme. Por el momento, necesitaba sobrevivir a esta velada eterna.

Para ser clara, Recto Ryan tenía algunas cualidades positivas. Varias, de hecho. Era un médico que salvaba vidas, después de todo. Honestamente, aunque su tamaño era intimidante, se podía decir que era un hombre decente, ignorando su aluvión de chistes tontos y esa miga de nacho con forma de California que le colgaba de la barbilla.

Una cosa estaba clara, era como el día y la noche cuando lo comparaba con Scotty.

No es que yo fuera a compararlos.

De hecho, sería mejor para mí dejar de pensar tanto en Scotty. Le conocía desde hacía años, ¿por qué de repente me había dado cuenta de lo maravilloso que era? ¿Cómo había pasado por alto lo obvio? No podía haber un momento más inoportuno para que me gustara alguien, así que necesitaba sofocar esa llama antes de que mis ovarios montaran un incendio de proporciones bíblicas.

Aún podía ver a Scotty mañana por la noche, pero estrictamente como amigos, claro. Sería contraproducente tener sentimientos por alguien con quien no me podía casar. Aun así, pensar en

él hacía que mi corazón se acelerara. Sentía curiosidad por lo que dijo antes de que le llamara Dean. ¿Cómo podría él tener la solución a mi problema? Pero ahora tenía que dejar a Scotty a un lado e intentar darle toda mi atención al armario que tenía delante.

—Ciertamente conoces muchos chistes de proctólogos —dije, sintiéndome algo culpable por no escuchar lo que había dicho e intentando mostrar algo de interés por él.

Recto Ryan me dio una sonrisa traviesa.

—Muchísimos. —Se metió otro nacho en la boca.

Pablo volvió con nuestra comida y dijo:

—Dos platos de tacos de carnitas. Que aproveche.

—Gracias —dije, mirando el vapor que salía del plato, el color naranja del arroz mexicano, el queso fundido sobre los frijoles y el aroma celestial de la carne.

Scotty era el equivalente a esta comida: fragante, tentador y francamente delicioso.

Recto Ryan era un burrito demasiado relleno que nunca podría acabarme.

Me di una patada mental por romper mi promesa de no compararlos.

—Mmm mmm, qué rico. Me alegro de que tu amigo recomendara estos tacos —dijo Recto Ryan, dándole otro bocado enorme al suyo—. Soy un fanático de las carnitas. Burritos, tacos, quesadillas, puedes ponerlas en casi cualquier cosa.

—Estoy de acuerdo, son increíbles. —Le di otro bocado a mi taco.

Mis pensamientos volvieron a Scotty y lo que había dicho después de que tomáramos nuestro segundo chupito de tequila.

«Eres como el azúcar de mi café».

Sí, era cursi, pero a mí me gustaba lo cursi, siempre que fuera sincero.

—¿Sabías que las carnitas están hechas de trasero de cerdo? —preguntó Recto Ryan.

Paré de masticar en el acto.

Había algo inherentemente raro en que un proctólogo comiera trasero de cerdo. De repente, yo ya no tenía tantas ganas de comer.

—Tranquila —dijo Recto Ryan después de ver lo que imagino era una expresión horrorizada en mi cara—. Se llama trasero de cerdo, pero la carne en realidad viene del hombro del cerdo. Las carnitas son la versión mexicana del cerdo desmenuzado.

Relajé los hombros y solté un suspiro de alivio.

—Me has asustado —dije.

—Lo siento. —Recto Ryan se rio—. Me sorprendió cuando recibí tu email de la nada pidiéndome una cita. Rara vez tengo citas a ciegas, pero cuando mencionaste que tenías una propuesta de negocio cojonuda que podría hacerme ganar un millón de dólares fácilmente, ciertamente captaste mi atención. Dime, ¿quién es Stella? ¿Tu agente o tu abogada?

Cuando Ernesto el Molesto me hizo asistir a otra reunión innecesaria, le pedí a Stella que contactara con Recto Ryan para cambiar la hora de nuestra cita.

—Ella es mi mejor amiga —respondí—. Stella me cubre las espaldas cuando es necesario y me apoya siempre.

—Los buenos amigos son difíciles de encontrar —respondió con aprobación.

—Muy cierto —dije, contenta de oír que tenía un lado tierno.

Quizás estaba siendo demasiado crítica. Recto Ryan no era tan mal tipo. Solo el tiempo diría si acabaríamos congeniando, pero ahora tenía que ser lo suficientemente lista como para saber que no tenía muchas otras opciones.

Por suerte, no había habido señales de Mercedes la Miserable, lo cual era la mejor noticia de todas. Pero para estar segura, necesitaba ir al grano.

Primero, tenía que ordenar mis pensamientos. Recto Ryan me había descolocado, y Scotty también. No podía perder de vista mi objetivo. Por mucho que quisiera pasar más tiempo con él, tenía que volver al presente si quería tener alguna posibilidad de conseguir mi herencia.

«Respira».

«Respira más profundo».

«Sigue respirando».

Miré a Recto Ryan enfrente de mí, buscando las palabras adecuadas para empezar.

—¿Listo para oír de qué va todo esto? —pregunté.

—Adelante —dijo—. Estoy abierto a cualquier cosa por esa cantidad de dinero.

—Vale, aquí está el trato —dije—. Estoy buscando...

—¡Lo haré! —dijo Recto Ryan con tanto entusiasmo que la miga de nacho que tenía enganchada en la barbilla cayó sobre su pecho, aterrizando justo debajo de la boca del cocodrilo de su logo de Lacoste.

Parpadeé dos veces y dije:

—Pero si aún no te he contado nada.

—No importa, a menos que sea ilegal —dijo.

—No lo es.

—Cuenta conmigo. Trato hecho. ¡Soy tu hombre! —Recto Ryan dio otro bocado a su taco, hablando con la boca llena—. ¿Dónde firmo?

—En ningún sitio todavía —dije—. Tengo que explicarte los detalles porque son muy poco ortodoxos. Puede que cambies de opinión después de oírlos.

—Lo dudo —dijo Recto Ryan, lamiéndose la salsa de los dedos.

—¿Ah, sí? —Aparté mi plato—. Bueno, tendrías que casarte conmigo y...

—¡Acepto! —bramó—. Eh, pidamos un flan para celebrar nuestra inminente boda.

Este tío era increíble. Su energía estaba por las nubes y no pude evitar pensar que quizás se había metido dos latas de Red Bull antes de venir.

¡Qué diferencia había entre los dos hombres!

Radio Ryan estaba tan asqueado con mi oferta que prácticamente salió corriendo del Starbucks para alejarse de mí cuanto antes. Recto Ryan era completamente lo opuesto. Estaba listo para cualquier cosa que le lanzara, sin hacer preguntas. Eso me daba esperanzas de que finalmente iba a tener un marido, pero aún necesitaba conocer el cien por cien de las condiciones. El amigo abogado de Stella había elaborado un contrato simple que nos protegería a ambos.

Solté un suspiro frustrado y dije:

—Esto es importante. Necesitas tomártelo en serio.

—Lo hago. —Recto Ryan levantó las palmas—. Oye, ¿una chica guapa quiere pagarme un millón de dólares por casarme con ella? Estaría loco si dijera que no. Eres la primera mujer que no me mira como si fuera un trozo de carne, y además tienes una pasta. Tampoco pareces tener problema con lo alto que soy. La altura media de una mujer es de un metro sesenta y dos. Eso significa que soy medio metro más alto que la mayoría, a veces mucho más. El noventa y nueve coma nueve, nueve, nueve por ciento de las mujeres no pueden aceptar la diferencia de altura. Especialmente cuando me abrazan por primera vez y se dan cuenta de que su cara está presionada contra mi ombligo.

Siendo una persona visual, hice todo lo posible por no imaginar eso.

Continué con las condiciones, decidida a mencionarlas todas:

—Podríamos vivir vidas separadas. No necesitamos hacer cosas juntos ni comer juntos todo

el tiempo.

—Hecho —dijo Recto Ryan.

—Para que no haya malentendidos, este sería un matrimonio platónico. Dormiríamos en habitaciones separadas. Nada de sexo.

Se encogió de hombros y dijo:

—No hay problema. Mi entrenador me recomendó que renunciara al sexo mientras me preparo para el triatlón Ironman. Lo más parecido a la intimidad que tengo es cuando le doy un abrazo a mi almohada por las noches.

Eso casi me hizo reír hasta que me di cuenta de lo triste que era en realidad.

Especialmente porque yo estaba más o menos en la misma situación.

—¿Algo más? —preguntó Recto Ryan.

—Sí —continué—, el abogado encargado de la herencia tiene que ser invitado a la boda, para verificar que realmente nos casamos. Si no es legítimo, no obtendré mi herencia, lo que significa que tú no obtendrás el millón de dólares. Necesitamos tener una boda real con traje formal, anillos, votos, un certificado de matrimonio del ayuntamiento, todo el paquete.

—Tengo muchas ganas de casarme contigo —dijo Recto Ryan con una sonrisa.

Su actitud despreocupada aún me desconcertaba.

—No entiendo cómo puedes estar tan relajado con esto —dije—. Es un gran compromiso con una completa desconocida.

—Cuando una persona está motivada, hará casi cualquier cosa para lograr sus objetivos —dijo—. Quiero abrir una clínica privada con otros tres médicos y los costes iniciales para el equipo, contratar empleados, el seguro y la compra del edificio son una locura. Un millón de dólares sería una ayuda tremenda y quitaría esa presión, así podríamos empezar antes. En serio, nada de lo que pudieras decir me haría cambiar de opinión. Podrías pedirme que me pusiera un tutú rosa y corriera por la calle gritando '¡Soy una bailarina!' y la única pregunta que tendría sería, ¿qué zapatos debería llevar?

—No te preocupes, no te pediré que hagas eso —dije—. Vale, supongo que deberíamos hacer esto oficial.

No podía creer que finalmente fuera a suceder.

Abriendo mi bolso, saqué el testamento, así como la copia doble del acuerdo.

—Primero, lee el testamento —explique—. Esta es la copia notariada oficial, para que no pienses que es algún tipo de estafa rara.

—Confío en ti —dijo.

Negué con la cabeza y dije:

—Lo agradezco, pero aun así necesitas leerlo antes de que pasemos al acuerdo.

Recto Ryan lo leyó en un santiamén.

—Listo —dijo—. Leo muy rápido. El Tío Pío era un poco raro, ¿verdad?

—Excéntrico es el término que preferimos; era único en su especie —dije—. El Tío Pío era un buen hombre y lo echo mucho de menos. —Deslicé las dos copias del acuerdo pasando el cuenco de salsa vacío hacia otro lado de la mesa—. Esto básicamente establece que te daré un millón de dólares si te casas conmigo. Si no nos casamos, no obtienes nada. Esto es más un acuerdo que un contrato, en caso de que uno de nosotros se arrepienta y quiera echarse atrás. No puedo demandarte si cambias de opinión y viceversa. En resumen, no quiero obligarte a hacer algo que no quieras hacer. Considerando el dinero involucrado, prefiero no tener sorpresas, así que espero que hagamos que esto suceda.

—No me echaré atrás —dijo, escribiendo su nombre en el espacio y firmando al final de

ambas copias. Me pasó una de ellas—. ¿Por qué no vamos a la joyería de al lado y compramos un anillo?

—¿En serio? ¿Ahora? —pregunté, metiendo los documentos de vuelta en mi bolso.

Decir que estaba motivado era quedarme corta.

Sonrió con picardía y dijo:

—Cuanto antes nos casemos, antes tendremos el dinero.

—Suena bien, pero deberíamos pedirle a Pablo que nos haga una foto juntos —dije—. Puede que esté paranoica, pero al menos mostrará que hemos tenido una cita, por si necesitamos probarlo. —Le hice una seña a Pablo para que se acercara.

—¿Qué tal todo por aquí? —dijo—. ¿Listos para el postre?

Hice una mueca y dije:

—Pensaba tomar flan, pero no me cabe nada más. Solo la cuenta, por favor. Y si no te importa, ¿podrías hacernos una foto?

—Por supuesto. —Pablo cogió mi móvil y sacó unas cuantas fotos.

Recto Ryan insistió en pagar la cena, así que mientras lo hacía, le mandé una foto a Stella por mensaje. También le dije que el trato estaba cerrado y que íbamos a comprar los anillos. Ella respondió inmediatamente con un mensaje.

Stella: ¡Te ha tocado la lotería! ¡Menudo bombón!

Siguió con el emoji de los corazones en los ojos.

Fuimos a la joyería de al lado, pero antes de llegar a la puerta, una camioneta Toyota Tundra roja redujo la velocidad al otro lado de la calle. Ya estaba oscureciendo, así que no pude distinguir si era el detective privado que Mercedes había contratado, pero no podía arriesgarme. Arrastré a Recto Ryan dentro de la tienda antes de que nos vieran.

—Tengo que decirte algo importante —dije—. Es posible que mi prima, Mercedes la Miserable, aparezca e intente convencerte de que no te cases conmigo porque si no me caso, ella se queda con toda la herencia. Mentirá y dirá cosas horribles sobre mí para que me dejes. Para decirlo en términos que puedas entender, esa mujer es un grano en el culo.

—No te preocupes por nada, sé exactamente cómo tratar con gente así —dijo Recto Ryan.

—Gracias —dije, sintiéndome un poco más relajada.

Una empleada se nos acercó, posiblemente anticipando una gran venta.

—Hola. Soy Roxanne. ¿Qué os trae por aquí esta noche?

—Nos vamos a casar —dijo Recto Ryan—. Nos gustaría ver anillos.

—Qué maravilla. Enhorabuena. Seguidme y os enseñaré lo que tenemos. —Nos llevó a una esquina de la tienda con una gran exposición de anillos de diamantes—. Esta es nuestra selección de alianzas y anillos de compromiso. También tenemos un catálogo, si os interesa. Estoy terminando con un cliente al teléfono, pero echadle un vistazo, y volveré con la llave para sacar algunos.

—Gracias —dijimos Recto Ryan y yo al unísono.

Miré a través del cristal, encontrando extraño que fuera a elegir mi propio anillo de compromiso.

—No necesito nada ostentoso —dije.

—Ese es bonito —Recto Ryan señaló un anillo sencillo pero elegante en el segundo estante.

—Me gusta —dije, juntando las manos—. Me lo voy a probar cuando vuelva.

—¡Amber! —dijo Mercedes la Miserable.

Casi se me para el corazón.

Era increíble lo rápido que mi prima podía cambiarme el humor.

Nos giramos para enfrentarnos a ella.

Mercedes no perdió el tiempo y se lanzó directamente a su rutina, mirando a Recto Ryan de arriba abajo.

—Tú debes de ser Ryan Scott —dijo—. Soy Mercedes, la prima de Amber. Tenemos que hablar.

—¡Vaya, es increíble! —dijo él con tono animado.

Ella parpadeó y dijo:

—¿Perdón?

—No puedo creer que ya estoy conociendo a la familia de Amber. Todo está pasando tan rápido. —Recto Ryan extendió sus brazos hacia ella—. Ven aquí. Vengo de una familia a la que le gusta abrazar.

A Mercedes la Miserable se le iban a salir los ojos de las órbitas. Antes de que pudiera reaccionar, Recto Ryan la atrajo hacia sí para darle un abrazo, aplastando su cara contra su ombligo.

—Te digo que no hay nada como la familia. Nada, nada, nada. —Con cada «nada» que decía, se balanceaba de un lado a otro, izquierda, derecha, izquierda, como si estuviera meciendo a un bebé.

Este hombre era un genio.

Ella parecía completamente indefensa y horrorizada.

Mientras la apretaba como una boa constrictora, me sonrió y me guiñó un ojo.

Podría haberle besado en ese momento. Definitivamente no estaba nada mal.

—¡Suéltame, pedazo de bruto! —Mercedes le empujó en el estómago para liberarse finalmente, luego se alisó las arrugas de la blusa y de la cara—. ¿Qué te crees que estás haciendo?

Recto Ryan sonrió felizmente y dijo:

—Repartiendo amor por donde voy. Es lo que el mundo necesita ahora. Pero tengo que decir que Amber nunca me dijo que tenía una prima tan despampanante. —La miró de arriba abajo—. ¡Vaya, vaya! ¡Quizás me estoy casando con la mujer equivocada! —Se volvió hacia mí—. Es broma, calabacita.

Seguí el juego y dije:

—Lo sé, bomboncito.

—Venga ya —dijo Mercedes, con la vena de la frente más prominente que nunca—. Acabáis de conoceros, no me creo toda esta charla empalagosa. —Miró fijamente a Recto Ryan—. Y puede que te parezca gracioso, pero debes tener cuidado. Otros dos Ryan Scott desaparecieron misteriosamente. ¿Qué te parece eso?

Él pareció imperturbable y dijo:

—No es una sorpresa, realmente. Desaparecieron porque los hombres no piden direcciones. Tristemente, siempre acaban con el culo en pompa. —Sonrió—. Un poco de humor de proctólogo para ti.

Mercedes la Miserable lo estudió y preguntó:

—¿Eres médico?

Recto Ryan hizo una pequeña reverencia y dijo:

—Sí, señora. Estoy pensando en abrir una clínica con un psiquiatra y llamarla "De Cabo a Rabo". —Se rió de su propio chiste—. Nunca me canso de eso.

—Escúchame —dijo Mercedes, haciéndose más insistente—. Estás en grave peligro. ¿Me oyes? En serio, ¿quieres morir?

—No le temo a la muerte —respondió—. Y al menos con Amber, sé que moriría con una sonrisa en la cara. —Alargó la mano y apretó la mía—. Te quiero, osita Pooh.

—¡No la quieres, idiota! —Las fosas nasales de Mercedes se dilataron.

La dependienta, Roxanne, volvió y preguntó:

—¿Hay algún problema aquí?

—En absoluto —dijo Recto Ryan—. Esta mujer ya se va.

Mercedes la Miserable resopló de rabia y luego gritó:

—¡Esto no ha terminado!

Se giró hacia la puerta, pero solo dio unos pasos antes de que uno de sus tacones resbalara en el suelo de mármol. El esfuerzo necesario para evitar caerse activó ciertas funciones corporales, una en particular, escapando de su trasero con la fuerza del espiráculo de una ballena, haciendo eco por toda la joyería como un trombón.

—Vaya ruido más desafortunado —dije, haciendo una mueca mientras veía a Mercedes salir cojeando—. Ojalá hubiera una manera de desoír eso.

—Sabes, hay cien chistes diferentes que podría hacer en esta situación, pero voy a dejarlo pasar —dijo Recto Ryan.

—Bueno, tengo que decir que has hecho una actuación digna de un Óscar. Has estado increíble —dije.

—Supongo que ese año de teatro en el instituto realmente ha dado sus frutos. —Se rió para sí mismo, luego se volvió hacia Roxanne—. ¿Podemos ver ese de ahí? —Señaló el anillo en el segundo estante que habíamos visto antes de que llegara mi prima.

—Por supuesto. —La mujer sacó el anillo y me lo entregó—. Es uno de los más populares. Buen precio, gran calidad.

Me lo puse en el dedo y lo levanté, viendo cómo la luz se reflejaba en el diamante, haciéndolo brillar. —Vaya. No puedo creer que me quede perfectamente. ¿Qué te parece, futuro maridito?

—Es perfecto —dijo Recto Ryan.

Saqué una tarjeta de crédito y se la entregué a Roxanne. Por suerte, a Recto Ryan no le importó que yo pagara el anillo, aunque una de las empleadas me miró de forma extraña. No importaba. Este acuerdo matrimonial era una idea mía, y no me sentiría bien si él tuviera que desembolsar dinero para que sucediera, aunque se le pagaría generosamente cuando todo estuviera dicho y hecho. Además si le hiciera pagar el anillo podría sonar a estafa.

—Enhorabuena —Roxanne me entregó el recibo.

—Gracias —dije.

Fue entonces cuando Recto Ryan sonrió y me llevó de la mano al centro de la sala de exposición.

—Dijiste que necesitábamos hacerlo oficial. ¿Por qué esperar? —Se arrodilló allí mismo en la tienda—. Amber Norris, ¿quieres casarte conmigo?

Este era el momento.

Ya no había vuelta atrás.

Realmente no tenía otra opción. Si quería mi herencia, y si quería dejar mi trabajo y comenzar mi agencia, necesitaba decir que sí.

—¿Amber? —dijo.

—Perdona... —Sonreí—. Sí. Me casaré contigo.

Recto Ryan deslizó el precioso anillo en mi dedo y dijo:

—Que comience la aventura.

Los empleados y otros clientes nos aplaudieron y vitorearon.

Tenía razón; iba a ser una aventura.

Esto se había vuelto real.

Iba a casarme de nuevo y mi regalo de luna de miel iban a ser cinco millones de dólares. Debería haber estado eufórica, saltando de alegría ante la idea de que mi vida cambiaría para mejor.

Pero, ¿por qué me sentía como que algo no estaba bien?

Había una opresión en mi pecho y una sensación de malestar en mi estómago. Tardé un minuto en darme cuenta de lo que era.

Culpa.

Porque incluso mientras le decía que sí a Recto Ryan, en lo único que podía pensar era en Scotty y en haber perdido la oportunidad de tener una relación muy especial. Pero había algo aún más inquietante, una pregunta que estaba formando mil nudos en mi estómago.

¿Cómo iba a darle la noticia a Scotty por la mañana?

Capítulo Catorce

Scotty

—¡Tengo un Ristretto Radioactivo descafeinado para Buffy! —grité, dejando la bebida en el mostrador a mi derecha y limpiando una pequeña mancha de café de un cliente anterior.

—Gracias, Scotty —dijo ella.

—Un placer, «Buffy» —le guiñé un ojo, sabiendo que su verdadero nombre era Catherine—. Gracias por venir.

Eché un vistazo a la pantalla para ver el siguiente pedido, saqué la leche de almendras de abajo y me puse a silbar mientras preparaba un Matrix Mocha.

—¿Qué haces? —me preguntó Dean, mirándome de reojo.

Vertí la leche en la jarra para hacer la espuma y respondí:

—¿A ti qué te parece?

—Silbando.

—¿Y?

—Es raro. Tú nunca silbas —señaló Dean.

—Claro que sí —me defendí.

Dean insistió:

—¿Ah, sí? ¿Cuándo fue la última vez?

Me lo pensé mejor y decidí desviar el tema:

—¿Y cuándo fue la última vez que te quedaste encerrado en la nevera? —le solté con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ni me lo recuerdes —respondió Dean, estremeciéndose—. Casi me muero congelado.

—No estabas allí tanto tiempo —le recordé.

—Tengo la piel muy fina —se justificó Dean.

La campanilla sobre la puerta principal sonó.

Giré la cabeza tan rápido en esa dirección que casi me da un tirón.

Entró una pareja mayor y mis hombros se desplomaron.

Dean miró hacia la puerta y comentó:

—Tranquilo, vaquero. Amber y Stella no llegarán hasta dentro de tres minutos.

Miré el reloj.

Tenía razón. Siempre venían a la misma hora todos los días, quince minutos antes de en punto, ya que iban directamente al trabajo con sus bebidas. Eso no significaba que no estuviera ansioso e ilusionado.

Me moría por ver a Amber, hoy más que nunca. Y esta noche sería la que cambiaría mi vida para siempre. Nuestras vidas.

Terminé de preparar la bebida, le puse la tapa y la coloqué en el mostrador:

—Tengo un Matrix Mocha para Abigail.

Estaba ocupada hablando por teléfono, pero articuló un «gracias» sin sonido.

Dean empezó a silbar mientras reponía croissants en el expositor.

Al igual que yo, él nunca silbaba.

—No tiene gracia —dije.

—Este es mi silbido alegre —explicó Dean sonriendo.

Estaba haciendo su habitual baile de barista, lanzando el vaso vacío al aire para que diera una vuelta, para luego atraparlo y llenarlo de café.

Pasó por mi lado y dejó la bebida en el mostrador:

—¡Doomsday Drip grande para Jenna! —Se volvió hacia mí y añadió—: Hoy voy a pedirle una cita a Stella.

Levanté el puño en señal de aprobación:

—Ya era hora. Puedo ver cosas buenas para ti en un futuro muy próximo.

—Eres un adivino increíble —dijo Dean, incorporándose cuando la puerta principal volvió a sonar—. Atento. Llegan antes de tiempo.

Me giré hacia la puerta, con la anticipación creciendo en el corazón.

Amber estaba tan guapa como siempre, con el vestido blanco de tirantes con flores rosas que había llevado diez días antes. Mientras se acercaban a Dean en la caja, noté que algo no iba bien. Parecía evitar el contacto visual conmigo. Siempre sonreía al entrar, pero hoy no.

—¡Buenos días, señoritas! —las saludó Dean.

—Buenos días —dije yo, preparando sus bebidas habituales.

—Stella, me gustaría invitarte a salir —soltó Dean sin perder un segundo, sin importarle que más de unos cuantos clientes le oyeran pedírselo.

Stella fingió sorpresa:

—Una cita requiere que me lo pidas como es debido, gentil caballero.

—Ya veo —Dean se ajustó el cuello y se aclaró la garganta—. ¿Quieres...?

—Pues claro, tontorrón —le interrumpió Stella—. Ya era hora de que me lo pidieras.

Levanté las palmas a ambos lados de mi cuerpo:

—Eso mismo le he dicho yo.

—No puedo evitar que la belleza de Stella me deje sin seso —replicó Dean.

Stella le guiñó un ojo de manera coqueta:

—Buena respuesta.

Él no pudo disimular su satisfacción:

—Hago lo que puedo —Sus ojos se abrieron como platos y se quedó mirando a Amber—. Ostras. ¿Es lo que creo que es?

Amber levantó la mano, sin sonreír, sin chispa y sin contacto visual.

—Sí, lo es —dijo.

Mis ojos se desorbitaron hasta el punto de que no estaba seguro de poder volver a parpadear con normalidad. Por si fuera poco, se me heló la sangre. Mi corazón se detuvo a mitad de un latido.

Llevaba un anillo de diamantes en el dedo.

No podía respirar. La habitación entera se había quedado sin oxígeno.

Los ojos de Amber se encontraron con los míos y frunció el ceño, diciendo:

—Scotty...

Asentí demasiadas veces, incapaz de mantener el contacto visual:

—Si, estoy preparando vuestras bebidas ahora mismo —Tragué saliva con dificultad y me di

la vuelta para que no pudiera ver mi desconsuelo. No podía llorar.

«Me cago en la leche».

«Tuve mi oportunidad y ahora se ha esfumado».

«Es evidente que le gusta mucho ese tío».

Había muchas posibilidades de que me pusiera malo ahí mismo. Me ardían los ojos mientras intentaba recomponerme, pero era inútil. Me agaché detrás del mostrador, fingiendo buscar algo mientras se me llenaban los ojos de lágrimas. No pude evitarlo.

«Aguanta, tío. Tienes un negocio que atender».

Me sequé los ojos, me puse de pie, respiré hondo y solté el aire despacio. Por suerte, mantuve la cabeza baja para terminar sus bebidas y conservar al menos algo de dignidad.

Las coloqué en el mostrador y anuncié:

—Un Café Cuántico y un Kenobi Cortado.

Amber y Stella se acercaron a recoger sus bebidas.

—Gracias —Amber echó un vistazo al interior de su taza y parpadeó dos veces antes de mirarme. Era evidente que había notado que su bebida era diferente esta vez. Los clientes que pedían un Café Cuántico normalmente recibían un platillo volante, pero yo siempre había puesto un corazón en la bebida de Amber desde que tenía memoria.

Hasta hoy.

Me reprendí a mí mismo por bajar la mirada hacia el anillo, luego intenté tragarme el nudo que tenía en la garganta, que debía ser del tamaño de una pelota de tenis.

Amber parecía querer decir algo, pero no tuvo oportunidad.

—¿Quién es el afortunado? —preguntó Dean, acercándose.

Yo podría haber respondido a eso.

Mister Universo con sus músculos, por supuesto.

El tío lo tenía todo.

Buena planta.

Era médico.

Podía levantar a una persona con el meñique.

Y ahora tenía a Amber.

Stella le enseñó la pantalla de su teléfono a Dean:

—Este es él.

Me pregunté por qué tenía una foto del tipo, pero realmente no importaba. Al menos fui lo bastante listo como para no mirar, porque eso solo me habría hecho sentir peor.

Dean se inclinó hacia el teléfono y luego echó la cabeza hacia atrás y dijo:

—Ni de coña. Lo he visto esta mañana con tu prima la loca, Amber. Un tío enorme.

Amber giró la cabeza bruscamente hacia él y dijo:

—¿Estaba con Mercedes la Miserable? ¿Cuándo?

—Hace unos quince minutos, cuando llevé el café al banco —dijo—. Los vi entrar en PB Donuts de camino de vuelta.

Amber rechinó los dientes, como si fuera a estallar.

—¿Oíste de qué hablaban? —preguntó.

Dean negó con la cabeza y replicó:

—Intenté usar mis habilidades detectivescas, pero no pude acercarme lo suficiente sin que me vieran. Lo siento.

Tenía que actuar rápido si quería tener alguna posibilidad de que Amber fuera algo más que una amiga en mi vida. A estas alturas no tenía nada que perder. Abrí mi cartera, saqué mi tarjeta

de negocios y la dejé caer en el mostrador frente a ella.

Amber miró la tarjeta de visita y se quedó helada:

—¿Qué es esto?

Pensé que estaba bastante claro, ya que en la tarjeta ponía Ryan "Scotty" Scott.

Soltando un suspiro de frustración, abrí de nuevo mi cartera y saqué mi carnet de conducir, dos tarjetas de crédito, mi tarjeta del gimnasio y mi tarjeta de la biblioteca, desplegándolas sobre el mostrador frente a ella para que pudiera ver claramente mi nombre en todas:

—Este soy yo.

—¿Qué tienes, Scotty? —preguntó Stella. Se inclinó para echar un vistazo y luego gritó—. ¡No me digas! ¡Ay, Dios mío! ¡Esta es la mejor noticia del mundo!

Amber no compartía la emoción de su mejor amiga. Examinó las tarjetas con la mirada, con la mandíbula desencajada. No podía interpretar bien su reacción, pero no me iba a quedar callado.

—Mi nombre de nacimiento es Ryan Scott —dije—. Técnicamente, soy Ryan Scott tercero, pero para evitar confusiones con mi padre y mi abuelo, que tienen los mismos nombres, mi familia y amigos me empezaron a llamar «Scotty» cuando era un bebé. El nombre se quedó así. Nadie me llama Ryan.

Amber me miró fijamente y dijo:

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Iba a decírtelo al menos en dos ocasiones, incluso anoche, pero tuve que irme —dije—. Alguien pensó que se iba a morir congelado en una nevera —Fulminé a Dean con la mirada y luego volví a centrarme en Amber.

Ella seguía mirándome fijamente, como si fuera un bicho raro.

—Di algo, Amber —le pedí.

Solo necesitaba un atisbo de esperanza, una leve sonrisa, un brillo en sus ojos, cualquier cosa que me dijera que Amber estaba contenta con esta nueva revelación.

Su silencio y su cara inexpresiva me estaban matando.

Para mi consternación, dejó su café en el mostrador y dijo tres palabras que me dejaron sin aliento:

—Tengo que irme.

Amber se dio media vuelta para marcharse, y el tintineo de la campanilla sobre la puerta fue como un punto final a mi desdicha mientras salía.

Capítulo Quince

Amber

Mi mente iba más rápido que mis pies mientras corría por la acera hacia PB Donuts para enfrentarme a Mercedes la Miserable. No tenía ni idea de cómo podía albergar tantas emociones a la vez.

Estaba cabreada.

Estaba frustrada.

Estaba triste.

Pero por encima de todo, me sentía culpable por Scotty.

La expresión de su cara cuando vio el anillo de compromiso en mi dedo casi acabó conmigo. Luego mi culpa ascendió a primera clase cuando Scotty me preparó la bebida y dibujó un platillo volante en lugar de un corazón en la espuma de mi café.

Mensaje recibido. Más claro imposible.

Nada de esta situación tan absurda era justo ni correcto. ¿En qué estaría pensando el Tío Pío cuando hizo esa locura de testamento? Lo último que querría hacer jamás sería hacerle daño a Scotty. Pero ¿cómo iba yo a saber que su verdadero nombre era Ryan Scott? Todo el mundo le llamaba Scotty.

Casi se me doblaron las piernas cuando me enseñó su tarjeta de negocios y las otras tarjetas. Y sí, sabía que estaba interesado en mí, pero no sabía que estaba tan interesado en mí. Incluso Stella lo llamaba un simple encaprichamiento. Si en realidad era mucho más que eso, ¿por qué nunca me había pedido una cita antes?

En cuanto a mi actual prometido, aunque le mencioné que podríamos cambiar de opinión sobre casarnos, Recto Ryan dijo que era un hombre de palabra y que nunca lo haría. Eso significaba que tendría que ser yo quien lo dejara, destruyendo así su sueño de usar el dinero para abrir su propia consulta médica privada. A menos que Mercedes la Miserable ya le hubiera disuadido y yo no tuviera que hacer nada en absoluto.

Una cosa estaba clara: si Recto Ryan aún quería seguir adelante con la boda no me quedaría otra que ahogar mis penas en una bolsa de donuts. Simplemente ya no podía casarme con él.

—¡Eh! —me dijo un hombre, después de chocar con él al intentar colarme entre él y una farola—. Mira por dónde vas.

—¡Perdón! —dije sinceramente, juntando las manos en posición de rezo—. Lo siento mucho —Seguí avanzando, casi llegando a PB Donuts.

Necesitaba concentrarme en lo que iba a decir cuando llegara a mi destino. Hasta aquí habíamos llegado. Tenía que encontrar la manera de poner fin al comportamiento más que inapropiado de Mercedes. Y si hacía falta una orden de alejamiento para lograrlo, así se haría. Siempre había sido un incordio, pero se había convertido en la pesadilla de mi existencia.

Necesitaba sacarla de mi vida para siempre. Lo siento por la familia.

Me detuve y esperé en la esquina a que el semáforo se pusiera en verde, pulsando el botón varias veces. Fue entonces cuando recibí una llamada de Stella.

—Hola —dije—. Solo tengo unos segundos. Casi estoy en PB Donuts.

—Ya estoy en el trabajo, así que mantenme al tanto —dijo—. Por cierto, Ernesto el Molesto me ha preguntado dónde estabas. Le he dicho que no soy tu niñera. Me han entrado unas ganas tremendas de mandarlo a freír espárragos.

Solté un suspiro de exasperación y dije:

—Ya me ocuparé de él cuando llegue.

—No tienes por qué, ¿sabes? —dijo Stella—. ¡Es un día estupendo para dejar el curro!

El semáforo se puso en verde y crucé la calle con el resto de la gente.

—Todos los días son estupendos para dejar ese trabajo —dije—. Es tentador, créeme. Pero oye, tengo que colgar. Voy a entrar.

—Suerte —dijo Stella—. Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

Colgué y abrí la puerta de PB Donuts de golpe, completamente sin aliento. Me dirigí hacia el patio donde estaban las mesas. Antes de llegar allí, casi me choqué de frente con Residencias Ryan.

Su mandíbula se desencajó y dijo:

—¡Ostras! Te hacía en la cárcel por blanqueo de dinero y fraude.

Negué con la cabeza y le di una sonrisa sarcástica, seguida de un guiño:

—Soborné al juez.

—¡No me digas! —dijo con cara de sorpresa—. ¿En serio?

Intenté responder con un acrónimo:

—NTLI.

Se me quedó mirando.

—Significa «ni te lo imaginas» —aclaré.

Residencias Ryan ladeó la cabeza como si intentara descifrar algo antes de decir:

—Para que lo sepas, NTLI no existe, en mi humilde opinión.

—Por eso tú eres el experto —Señalé hacia el patio y fruncí el ceño—. Tengo que irme, pero cuídate.

—Igualmente —Me saludó con la mano—. Hasta luego.

Me dirigí al patio trasero, donde estaban todas las mesas.

Recto Ryan estaba sentado en una mesa en medio del patio, bajo la sombrilla verde, de espaldas a mí. Su corpulenta figura era tan enorme que bloqueaba la línea de visión de Mercedes la Miserable, lo que me facilitaría pillarla por sorpresa.

Me acerqué a su mesa y me quedé paralizada.

Recto Ryan estaba solo. Parecía bastante relajado después de haber tenido un encuentro con Mercedes. No estaba segura de si eso era bueno o malo.

—Amber —dijo con lo que parecía ser una sonrisa de disculpa—. Qué casualidad —Señaló la silla frente a él—. ¿Quieres acompañarme?

Saqué la silla, pero antes de siquiera sentarme, le solté de golpe:

—¿Cuánto dinero te ha ofrecido Mercedes?

Recto Ryan se limpió la boca, pero el rubor de sus mejillas denotaba vergüenza aunque su lenguaje corporal era relajado. Dejó su donut de crema pastelera sobre su servilleta.

—Supongo que no es casualidad que estés aquí —dijo.

Negué con la cabeza y respondí:

—Mi amigo te vio aquí con Mercedes. Vine corriendo porque imaginé que no tramaba nada bueno.

—No estuvo mucho tiempo —dijo Recto Ryan, lamiéndose los dedos—. Qué rico.

Intenté no mirar fijamente, pero el donut tenía una pinta estupenda. Era una experta en comer cuando estaba de los nervios, y una vez que empezaba era difícil parar.

«Deja de mirarlo».

Obviamente, no me esforcé lo suficiente.

Recto Ryan extendió unas servilletas en el centro de la mesa y sacó dos churros y unos buñuelos de su bolsa:

—Sírvete. Hay de sobra.

—Gracias —dije sin perder tiempo, partiendo un churro por la mitad y dándole un mordisco —. Debería haber sabido que le sería fácil localizarte. Sabía que eras proctólogo. Sabía tu nombre —Le di otro mordisco, bastante segura de que me lo terminaría en cinco o seis bocados.

—Me ofreció dos millones de dólares —respondió. Antes de que pudiera contestar, añadió —: Y antes de que te lances a atacarme, quiero que sepas que rechacé la oferta.

Casi me atraganto con el churro y le pregunté:

—¿Por qué?

Le habría dado más que suficiente dinero para abrir su consulta médica con los otros doctores, así que no tenía mucho sentido.

Recto Ryan estaba a punto de dar un sorbo a su bebida y se detuvo para decir:

—Para empezar, no me cae nada bien esa mujer. En serio, ¡qué tipa tan horrible! Se cree que es el ombligo del mundo. Pero incluso si dejáramos de lado el hecho de que probablemente su medio de transporte sea una escoba, la razón principal por la que la rechacé es porque soy un hombre de palabra. Te dije que no me echaría atrás en el trato.

No era frecuente encontrarse con alguien que se mantuviera fiel a su integridad moral, pero la integridad de Recto Ryan me estaba cabreando de verdad porque significaba que tendría que ser yo quien rompiera nuestro compromiso. Y nada podría hacerme sentir peor conmigo misma.

—¿Qué dijo ella después de que le dijeras que no? —pregunté finalmente.

—Me llamó idiota y dijo que tenía la cabeza metida en el culo. Le pregunté si podía recomendarme un proctólogo que pudiera realizar el delicado procedimiento para sacármela — Parecía satisfecho con su broma y dio un sorbo a su bebida.

—Siento que te haya bombardeado. Sé que eso no era lo que esperabas.

—No te preocupes —dijo—. Como te dije antes, sé cómo tratar con gente como ella.

—Eres uno de los buenos —dije, cogiendo la otra mitad del buñuelo de manzana del centro de la mesa y dándole un mordisco como una loca.

—Gracias —Recto Ryan sonrió—. Eres la segunda persona que me lo dice hoy.

—Está claro que es la verdad —dije—. ¿Quién fue la otra persona? No fue Mercedes, eso lo sé.

—Fue alguien que conocí aquí, a decir verdad —dijo Recto Ryan—. Estaba sentada en la mesa detrás de ti antes de que llegaras. Se llama Alma y es la directora de la sucursal del banco de la esquina. Me oyó decirle a Mercedes que no me podía comprar con dinero. Después de decirle a Mercedes que se largara y de que ella saliera hecha una furia, Alma se dio la vuelta y dijo que el mundo necesitaba más hombres como yo. Me pareció muy amable por su parte decirle eso a un desconocido.

—Parece que te ha caído muy bien —dije, y le di otro mordisco enorme al segundo churro,

lamiéndome los dedos después.

Recto Ryan sonrió, pareciendo totalmente embelesado:

—Conectamos mucho mientras charlábamos. Había algo en ella, ¿sabes? Y esto puede sonar raro, pero una de las cosas que más me gustó de ella fue que mantuvo el contacto visual mientras hablábamos. Parecía sincera. Realmente escuchaba. Eso significa mucho para mí. Es como si hubiéramos tenido una conexión instantánea sólo con mirarnos, algo que nunca me había pasado antes.

Negué con la cabeza y dije:

—No es nada raro. Me encantan esos rasgos en una persona. A veces conectas con alguien sin ni siquiera intentarlo —Mis pensamientos fueron directamente hacia Scotty.

Él bajó la cabeza mientras arrugaba una servilleta y la hacía rodar de un lado a otro sobre la mesa como si fuera una pelota. En realidad, parecía un poco decepcionado.

—Bueno, en fin, le habría pedido una cita en el acto, pero tú y yo teníamos un trato —dijo.

Solté un gran suspiro y dije:

—Sé exactamente cómo te sientes.

Recto Ryan se enderezó y se inclinó hacia mí, diciendo:

—¿Ah, sí? ¿Te interesa alguien?

Bajé la cabeza con timidez y replique:

—Un hombre maravilloso. Me hace sonreír cada vez que le veo. También me hace sentir especial. Ni siquiera sabía que tenía sentimientos por él hasta hace poco. Es toda una sorpresa, ya que le conozco desde hace años.

—Lo has tenido delante de tus narices todo el tiempo —dijo.

—Pues sí —Hice una mueca y me terminé el resto del churro.

Recto Ryan estaba sumido en sus pensamientos antes de decir:

—Quizás sea una señal para ambos.

Dejé de masticar, esperando que estuviera diciendo lo que yo esperaba que dijera, ya que no quería ser yo quien lo mencionara.

—No tenemos por qué casarnos, ¿sabes? —añadió.

—¿Me estás diciendo que preferirías el amor verdadero a una nueva consulta médica? —pregunté.

Intenté mantener la compostura, aunque estaba lista para literalmente saltar por encima de la mesa y besarle. En su lugar, alargué la mano hacia el centro de la mesa para coger uno de los buñuelos y metérmelo entero en la boca. Mi forma compulsiva de comer nerviosamente se estaba descontrolando un poco.

—Me sentiría mal, ya que te prometí el dinero —dije, esperando que no se diera cuenta de que casi estaba saltando de alegría.

Recto Ryan desestimó mi comentario con un gesto:

—Soy el proctólogo mejor pagado del sur de California. Puedo ganar eso en menos de dos años.

Parpadeé y dije:

—¿Todos los proctólogos ganan tanto?

—No, pero yo estoy por encima de todos —Me dedicó su sonrisa más brillante, y en ese momento aprecié de verdad su sentido del humor.

—Estoy confundida... si no necesitas el dinero, ¿por qué aceptaste casarte conmigo por dinero?

—Buena pregunta —dijo Recto Ryan—. Me entusiasmaba la nueva consulta, pero estaba un

poco impaciente. Vi tu propuesta como una oportunidad para acelerar el proceso de tener mi consulta privada. Pero después de conocer a Alma —Sonrió, y luego continuó con nostalgia— estoy pensando que quizás preferiría esperar para tener lo auténtico. Quiero decir, sé que lo nuestro sería temporal. Aun así, un matrimonio genuino, basado en el amor verdadero, es algo que hay que considerar.

—Sí... —Hice girar el anillo de compromiso en mi dedo, pensando, imaginando cómo sería estar casada con Scotty.

—¿No sería una pena que el Universo nos diera a cada uno la oportunidad de conocer a nuestra alma gemela y no aprovecháramos el momento? —preguntó Recto Ryan—. Parece que ambos tenemos dudas sobre esto, así que seamos lo suficientemente valientes como para cambiar de opinión de mutuo acuerdo.

—Me parece bien —dije—. Pero, ¿podemos fingir que seguimos comprometidos? Así mi prima me dejará en paz por un tiempo.

—Por supuesto —dijo Recto Ryan mientras cubría mi mano con la suya—. Con una condición.

Levanté la mirada, curiosa, y dije:

—¿Cuál?

—Por favor, invítame a la boda —dijo él con una sonrisa—. No puedo evitarlo, soy un romántico empedernido.

—Trato hecho —dije, sonriendo—. Siempre y cuando tú me invites a la tuya. Hablando de eso, necesitarás esto —Me quité el anillo del dedo y se lo entregué.

—Eh... no podría aceptarlo jamás —dijo Recto Ryan.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque fuiste tú quien lo pagó, ¿recuerdas? Es tuyo —Se rió entre dientes.

—Ah. Cierto. Se me había olvidado —Metí el anillo en mi bolso y lo cerré.

—Vale, tú ve a por tu chico y yo iré a por mi chica —dijo Recto Ryan, sonriendo.

—Buen plan —dije, dándole un abrazo y encontrando difícil respirar mientras me aplastaba la cara contra su ombligo. Tuve que hacer un pequeño esfuerzo para separarme.

La buena noticia era que me había quitado un gran peso de encima.

Ahora necesitaba claridad, algo de confianza y un plan brillante. Scotty y yo teníamos que casarnos, por supuesto, pero había algo más. Necesitaba averiguar si teníamos ese algo especial que realmente pudiera llevar nuestra relación a otro nivel. Según Scotty, solo había una manera de averiguarlo.

La prueba estaría en el beso.

«El beso lo es todo».

Necesitaba comprobar si tenía razón.

¿Había algo tan fuerte entre nosotros que no se desvanecería tras el primer año?

¿Sería realmente lo suficientemente valiente como para llevarlo a cabo? A juzgar por cómo mis pies se movían de vuelta a Astro Aroma, no me cabía duda de que había una gran posibilidad. Eso también explicaría mi corazón acelerado, la ligereza en mi pecho y la repentina oleada de adrenalina y azúcar corriendo por mi cuerpo.

Abrí la puerta de la cafetería de golpe y me dirigí directamente al mostrador donde vi a Scotty trabajando junto a Dean, como de costumbre. Por suerte, tenía la cabeza agachada, ya que estaba preparando una bebida. Necesitaba el factor sorpresa de mi lado.

—Allá vamos —murmuré para mí misma, rodeando el mostrador y deteniéndome justo detrás de Scotty mientras seguía trabajando en la bebida.

Dean miró de reojo, abriendo mucho los ojos. Estaba a punto de decir algo cuando puse mi dedo sobre mis labios para que no dijera nada.

Este era el momento de la verdad.

Ya no había vuelta atrás.

«No te acobardes».

Toqué a Scotty en el hombro.

Se dio la vuelta, quedándose paralizado, casi dejando caer la bebida:

—Amber...

El tiempo se detuvo mientras nos mirábamos a los ojos. Sin palabras, y sin poder evitar preguntarme si él estaba intentando leerme el pensamiento, como yo intentaba hacerlo con él.

—¿Qué pasa? —preguntó, ladeando la cabeza.

—He venido a poner a prueba tu teoría —respondí.

Sus palabras se repetían una y otra vez en mi cabeza.

«El beso lo es todo».

Scotty frunció el ceño y dijo:

—¿Qué...?

Me acerqué más, alargué la mano y le agarré de la nuca, luego le acerqué hacia mí hasta que nuestros labios se encontraron.

Creo que vi estrellas.

También fue tal y como Scotty lo había descrito.

Vi fuegos artificiales, se me aflojaron las rodillas y no me cansaba de besarle.

Justo cuando iba a tirar más de él para profundizar el beso, Scotty lo hizo por mí, soltando un suave gemido. Sentir sus emociones con ese gemido suyo hizo que mi corazón dejara de latir por un momento. De hecho, me apretó tan fuerte contra su cuerpo que estaba segura de que iba a desmayarme por falta de oxígeno. Pero no me importaba.

Así era como quería morir.

Desafortunadamente, era demasiado para que mi mente y mi cuerpo lo procesaran. Me aparté, sin aliento, con la boca abierta y una sonrisa formándose en mi cara.

Scotty me sonrió, también sin aliento.

Fue entonces cuando me di cuenta de que necesitaba más aire y algo de tiempo para pensar. Estaba tan conmovida por el beso que no confiaba en mi habilidad de articular palabra, así que en su lugar me di la vuelta para irme.

—¿Otra vez? —gritó mientras yo caminaba lo más rápido que podía hacia la puerta—. ¡Me estás matando!

Simplemente no podía gestionar mis emociones en ese momento.

¿Cómo demonios había estado tan ciega como para no ver a Scotty frente a mí todos estos años? ¿Cómo no había notado nuestra química explosiva? Quizás era negación. ¿O posiblemente miedo?

Con tanto en mente, intenté concentrarme en no chocar con nadie mientras me dirigía al trabajo. Ernesto el Molesto me iba a echar la bronca por llegar tan tarde, pero no me importaba.

Había cosas más importantes en las que pensar.

Antes de poder enfrentarme a Scotty de nuevo, Stella y yo definitivamente necesitábamos hablar. Y una vez que tuviera un plan de acción, solo habría una cosa más en mi lista inmediata de tareas pendientes.

Pedirle matrimonio a Scotty.

Capítulo Dieciséis

Amber

—¿Le besaste? ¿En serio? —exclamó Stella agarrándome por los hombros—. ¿Lo grabaste en vídeo?

No sabía si su reacción me produjo más diversión o vergüenza, dado el volumen de sus palabras. Le tapé la boca con la mano y la empujé hacia el cubículo:

—¡Shh! —dije, poniéndome de puntillas para ver si alguien en la oficina había oído su arrebato.

Por supuesto que lo oyeron.

Siempre lo hacían.

Las cabezas de mis compañeros subían y bajaban, asomándose por encima de sus cubículos, mirando hacia nosotras. Era lo habitual, ya que Stella no entendía el concepto de hablar en voz baja.

—Sala de conferencias, ahora —Me llevó casi a rastras por el pasillo. Después de cerrar la puerta de la sala tras ella, señaló la silla—. Siéntate y escupe.

—¿Ahora eres dentista? —pregunté—. Creo que quieres decir suéltalo.

Stella arrastró una silla y se sentó a mi lado.

—Lo que sea —Agitó la mano como si estuviera espantando una mosca molesta—. Escupe. Suelta. Vomita. Cuéntamelo todo. Ya.

Antes de poder responderle, me bombardeó con preguntas tan rápidas que era imposible responderle:

—¿Estrangulaste a Mercedes la Miserable? ¿Sobornó a Recto Ryan? ¿Me has traído un donut relleno de crema pastelera? ¿Sigues comprometida? —Negó con la cabeza y levantó la mano—. Al cuerno con eso, ¿cómo fue el beso?

Suspiré e intenté recordar todas las preguntas:

—No. Sí. No. Y no —Le mostré mi dedo sin anillo—. En cuanto al beso, literalmente me dejó sin aliento. En serio, casi me desmayo.

—¡No me sorprende! ¡Para nada! —Stella dio saltitos en su asiento aplaudiendo eufórica—. Quiero decir, ¿cómo no iba a besar bien con esos labios tan carnosos y sensuales?

Crucé los brazos, bromeando:

—¿Perdona?

—Vamos, cualquier mujer con mejor vista que un murciélago se fijaría en esa boca letal. En fin, ¡esto significa que puedes casarte con Scotty!

Sintiéndome tanto o más entusiasmada que ella, todavía tenía algunas reservas sobre el matrimonio. Por eso quería hablar con Stella.

Asentí y dije:

—Si él quiere, sí.

—¿Si él quiere? ¿En qué planeta vives? —dijo—. Tendrías que haber visto su cara cuando te fuiste. Le faltaba llorar. Créeme, quiere, y mucho.

Aunque me alegraba oírlo, aún hice una mueca y dije:

—Me siento mal por irme como lo hice, pero mi mente no estaba en buen estado. Estaba tan furiosa con Mercedes la Miserable que no pensaba con claridad.

—Bueno, no te preocupes por ella —replicó Stella—. Scotty estará a tu lado en el altar y no hay forma de que ella pueda hacerle cambiar de opinión. Ese hombre está loco por ti.

Fruncí el ceño y dije:

—Supongo que tengo miedo porque no quiero estropearlo. Lo último que quiero es otro divorcio.

—¿Por qué te pones a pensar en eso? Buscabas a alguien con quien casarte para obtener tu herencia, ¿recuerdas? Eso es lo primordial. ¿Y no es mucho mejor que sea alguien guay como Scotty que te gusta y que te adora?

—Sí...

—Ahora, tengo la sensación de que va a resultar ser mucho más que un acuerdo financiero entre vosotros dos, pero no hay razón para llenarte la cabeza con hipótesis y cosas que no han pasado. Eres más lista y sabia ahora que cuando te casaste. Además, no es lo mismo. Scotty no se parece en nada a Dennis el Cretino. Tú lo sabes. Yo lo sé. A Scotty ciertamente no le importa tu dinero. Le importas tú.

Dennis el Cretino era el apodo que Stella le había puesto a mi ex marido. Tuvo la desfachatez de decirme que estaba tardando demasiado en superar la ruptura de mis abuelos. Remató su estupidez y falta de compasión diciendo que estaba deprimido por mi culpa. Y eso fue exactamente una semana después de que mis abuelos me dieran la noticia.

Admito que la ruptura de mis abuelos me había devastado, incluso más que el divorcio de mis propios padres, porque al menos el de mis padres lo vi venir mucho antes. El divorcio de mis abuelos fue como una bofetada en la cara, y luego dos bofetadas más cuando se mudaron: la abuela a Arizona y el abuelo a Florida.

Lo eran todo para mí. Fueron la roca donde me agarré cuando mis padres se mudaron a Alaska y luego se separaron.

Solicitar el divorcio fue una decisión fácil. Especialmente después de pillarlo esa misma semana en nuestra heladería favorita con una compañera de trabajo cuando se suponía que estaba en la noche de póker con los chicos. Firmé los papeles del divorcio tan rápido que creo que me lesioné un músculo de la mano.

Stella había visto a Dennis el Cretino en un restaurante el día después de mudarse. Le dijo que se fuera a hacer puñetas, aunque sus palabras exactas harían sonrojar a un camionero. También le dijo que debería haber habido una castración pública en el acuerdo de divorcio, y que ella se habría ofrecido encantada a realizarle el procedimiento con unas tijeras de podar oxidadas.

Por esto precisamente quería tanto a Stella.

Era exactamente lo que una mejor amiga debía decir.

—Scotty quiere a todo el mundo. Hay una enorme diferencia entre los dos hombres —dijo Stella—. Esto obviamente estaba destinado a ser, así que déjate llevar y ve a donde te lleve. Espera lo mejor, no lo peor.

—No tengo ni idea de por qué estoy tan nerviosa —dije.

—El amor le hace eso a la gente.

—¿Amor? —dije.

Stella levantó los brazos exasperada y dijo:

—He visto cómo le miras. Y te lo repito, amiga, el sentimiento es cien por cien mutuo. Si no me crees, pregúntale a Dean. Él también lo ha visto.

Quién sabe lo qué era. Pero después de ese beso, estaba segura de que quería más.

—No voy a preguntarle a Dean —dije.

Stella sonrió con condescendencia y después dijo:

—Vale, pero al menos admite que te gusta Scotty muchísimo, elevado a la décima potencia. ¿Qué te parece?

Abracé a mi mejor amiga y le dije:

—Lo admito. Te quiero.

—Yo también te quiero —Stella me dio un golpecito en la pierna—. Ahora, dime, ¿cuál es el plan?

—Es simple —Sonreí—. Quiero pedirle matrimonio a Scotty esta noche.

Stella gritó, llevándose las manos a la cara, lo que llamó la atención de algunos compañeros al otro lado del cristal de la sala de conferencias. Peor aún, la puerta se abrió de golpe y entró Ernesto el Molesto. Sacó pecho como un gallo bantam y nos fulminó con la mirada.

—¿Vosotras dos trabajáis alguna vez por aquí? —Se giró hacia mí—. ¿Y tú te crees que puedes llegar una hora tarde cuando te dé la gana?

Stella se acercó a él para defenderme, como siempre hacía, y dijo:

—Ella llega temprano casi todos los días, y tú nunca lo reconoces, pero llega tarde una vez en todo el año ¿y es en lo que te fijas? —Miró a través del cristal de la sala de conferencias hacia los cubículos, señalando hacia fuera—. No veo a tu novia por aquí todavía. Ella llega tarde cinco días a la semana. ¿Qué toca hoy, su depilación de bigote o de la entrepierna?

Ernesto el Molesto se mordió el interior de la mejilla y dijo:

—¿Te parece gracioso?

Stella levantó las palmas en señal de defensa y respondió:

—Para nada. La higiene personal y arreglarse son importantes, especialmente para ella, que se va pareciendo un poco a Tom Selleck.

—La única razón por la que sigues trabajando aquí es porque mi padre es amigo de tu madre —dijo Ernesto el Molesto—. De lo contrario, habrías acabado en la calle hace mucho tiempo.

Ella se burló con desdén, pareciendo que no había terminado con él.

—Lo entiendo —dijo—. No debe ser fácil ser el títere de papá, sin poder pensar por ti mismo.

Los ojos de Ernesto el Molesto ardían de furia, y debió darse cuenta de que no llegaría a ninguna parte con Stella, porque se volvió hacia mí.

—Y tú vas a trabajar hasta muy tarde esta noche —dijo con firmeza—. Si tienes planes, ya puedes ir cancelándolos.

No había manera de que fuera a permitir que eso ocurriera.

Ya había tenido suficiente.

Era hora de plantarle cara.

—Dimito —solté de golpe, sorprendiéndome a mí misma.

—¡Sí! —exclamó Stella, lanzándose hacia mí y envolviéndome en un abrazo—. ¡Por fin! —Se apartó de mí y se giró hacia Ernesto—. Yo también dimito. Chúpate esa, gilipollas.

Él se tiró de los pocos pelos que tenía en la cabeza con las dos manos y cerrando los puños dijo:

—No podéis dimitir. ¡Estáis despedidas!

Stella sonrió con suficiencia y respondió:

—Mejor para nosotras. Eso significa que recibiremos un finiquito y el paro.

—No volváis llorando luego. No os admitiré. Sois dos inútiles —dijo Ernesto el Molesto.

Me acerqué más, invadiendo su espacio personal, harta de aguantar su comportamiento grosero, y le dije:

—Tu ego colosal puede pensar que está bien hablarle así a la gente, pero los verdaderos líderes no controlan a los demás ni los menosprecian. Los elevan.

—¿Tengo pinta de animadora? —preguntó—. Recoged vuestras cosas y largaos en treinta minutos o llamaré a seguridad para que os echen. Tengo un negocio que dirigir.

Sin perder un segundo, Stella dijo:

—Con nosotras fuera, lo hundirás. Estoy deseando que tu padre se entere de que nos has despedido. No sé por qué, pero tengo la sensación de que tú serás el siguiente. Nos vemos en la cola para cobrar el paro, pringado.

Negué con la cabeza, asqueada:

—Me das pena, porque obviamente tienes algunos problemas que necesitan tratamiento profesional. No puedes brillar ni arreglar tu vida aplastando a otra persona. Así no es cómo funcionan las cosas —Abrí la puerta para salir de allí.

—Realmente no sé cómo ha podido contenerse todo este tiempo contigo, Señor Molesto —dijo Stella, saliendo detrás de mí—. Déjame darte un consejo antes de irme. Pon tu cerebro a la venta. le puedes sacar mucho dinero ya que está sin estrenar.

Después de dirigirnos a nuestros escritorios y coger nuestras pertenencias con toda la dignidad del mundo, literalmente dejamos a todos los espectadores boquiabiertos y nos largamos de ese agujero infernal.

En el aparcamiento, coloqué algunas de mis cosas en el asiento trasero de mi coche, cerré la puerta y me giré hacia Stella, que estaba aparcada a mi lado.

—Ya está hecho —dije.

Ella se acercó y me dio lo que debía ser el décimo abrazo desde que ambas habíamos dejado la agencia.

—Este es un día tan bonito —dijo Stella, inhalando profundamente y exhalando con paz—. ¿Hueles eso? Es el aroma centelleante de la libertad. Es la dulce fragancia de los nuevos comienzos.

Arrugué la nariz como un conejo y dije:

—En realidad huele como si el coche de alguien estuviera perdiendo aceite.

—¡Hablo en serio! —dijo Stella—. Me siento tan viva ahora mismo que no tengo palabras. Este es el comienzo de un nuevo capítulo para nosotras, y vamos a celebrarlo. Después de eso, tenemos que tener una lluvia de ideas para nuestra nueva agencia de publicidad boutique, jefa. Pronto estaré trabajando para ti. Prometo no llegar tarde.

—Ya veremos —dije con una risa—. Esto va a ser increíble, pero primero, necesito casarme o no tendremos dinero. Podría usar tu ayuda con la propuesta.

—Por supuesto. ¿Sabes lo que quieres hacer?

—Algo diferente esta vez, es Scotty, no un desconocido de Internet —dije—. Aunque no lo creas, estaba pensando en una fogata en la playa al atardecer, quizás con algo para picar o asar en el fuego. ¿Qué te parece?

—Me encanta —dijo Stella. Me cogió las manos y las apretó—. Es tan romántico.

—Entonces voy a hacerlo —dije, sacando mi teléfono—. Necesito volver a la joyería para comprar un anillo de hombre. También tengo que enviarle un mensaje rápido a Scotty para

hacerle saber que nuestra cita de esta noche sigue en pie, ya que probablemente no tiene ni idea de lo que me está pasando. Lo he abandonado dos veces hoy sin dar explicaciones. Va a pensar que se me ha ido la olla.

—Tenemos que mantener a nuestros hombres en vilo —dijo Stella.

La verdad es que me sentía un poco culpable por haberle dejado plantado de esa manera. Planeaba compensárselo, pero primero tenía que asegurarme de que realmente estaría allí para la propuesta.

Mirando mis contactos, toqué el nombre de Scotty y le envié un mensaje de texto.

Yo: Deseando tener nuestra cita esta noche.

Scotty: ¿Quién es? ¿La novia fugitiva?

Yo: Vale, me lo merezco. Prometo compensártelo.

Scotty: Estoy seguro de ello.

Yo: Nos vemos en Pacific Beach, en la arena, cerca del puesto principal de socorristas.

Scotty: ¿Cuándo?

Yo: A las siete y media. O a las siete y cuarto si tienes una vena romántica en tu cuerpo.

Scotty: Todas mis venas son románticas.

Scotty: Vale, eso puede sonar algo exagerado. Por favor, bórralo del registro.

Yo: Demasiado tarde. Nos vemos esta noche.

Una hora después de dejar nuestros odiados trabajos, Stella y yo nos sentamos en una mesa de la esquina del Harbor Town Pub, bebiendo cerveza y picoteando patatas fritas con alioli y alitas de pollo.

—Vale, dime qué puedo hacer para ayudar —dijo Stella, dando un sorbo a su cerveza.

—Quizás puedas conseguirme uno de los espacios para hacer fogatas más tarde hoy antes de que los cojan todos. Usa tus habilidades aprendidas de los reality shows y enciende el fuego por mí justo antes del atardecer. Sé que si intentara encenderlo yo, sería un fracaso épico, especialmente como tengo los nervios últimamente. Tal vez sería mejor si estuviera sedada, para no pensar tanto.

—Relájate, yo me encargo —dijo Stella—. Esto es cosa del destino. Y oye, como tus nervios están como están, siempre podemos hacer que sea una cita doble para quitarte esa presión de encima. Dame alguna señal cuando estés lista para proponerle matrimonio y me llevaré a Dean lejos durante unos minutos mientras lo haces. ¡Pan comido! —Me ofreció una sonrisa exagerada y ladeó la cabeza, pareciendo satisfecha con su oferta.

No tan satisfecha como yo.

—¡Acepto! —prácticamente grité, y luego negué con la cabeza incrédula—. Mira qué patética soy. Necesito escolta para salir con un hombre.

Me echó una mirada de satisfacción y dijo:

—El Servicio de Carabina de Stella tiene muy buenas valoraciones por Internet. Más te vale darme cinco estrellas después.

—Trato hecho —Sonreí y le agarré del brazo al pensar en algo muy importante—. Pero no le digas a Dean que voy a pedirle matrimonio a Scotty. Quiero que sea una sorpresa de verdad.

Stella hizo el gesto de cerrarse la boca como si fuera una cremallera pero inmediatamente dijo:

—Tu secreto está a salvo conmigo. ¡Esto va a ser muy divertido!

—¿Qué crees que dirá cuando todo esté dicho y hecho? —pregunté—. Creo que eso es lo que más me inquieta.

—Deja de preocuparte tanto. Lo que vosotros dos tenéis es una tormenta eléctrica, lista para

hacer saltar algunos cables de alta tensión.

Ciertamente eso esperaba, porque en ese momento tenía el estómago hecho un nudo. Y el resto del día no pintaba mucho mejor en cuanto a mis nervios. Me llevó casi una hora elegir qué ponerme para ir a la playa.

Ridículo, lo sé.

Finalmente, opté por algo sensato y abrigado. Vaqueros azules, camiseta de manga corta y una sudadera con cremallera ya que refrescaría más tarde por la noche en la playa.

Treinta minutos antes del atardecer, salí de mi coche y caminé hacia la fogata más cercana al puesto de socorristas. Stella ya tenía el fuego listo y sonrió al verme quitarme las sandalias y caminar descalza por la arena hacia ella.

—Ese fuego es increíble —dije, soltando mi bolsa de playa y mis sandalias en la arena para abrazarla—. Muchas gracias por tu ayuda.

—Es un placer ayudarte —dijo Stella—. Los chicos están de camino. Deberían estar aquí en cualquier...

—¡Señoritas! —gritó Dean, acercándose con Scotty—. Hola, guapa —Se inclinó para besar a Stella en la mejilla. Y juro que nunca la había visto sonrojarse así antes por un simple beso en la cara.

Scotty tenía las manos metidas en los bolsillos, sin apartar sus ojos de los míos:

—Hola, Amber.

—Hola —conseguí decir, algo nerviosa.

Por un segundo, pareció que iba a copiar a Dean y besarme en la mejilla. En cambio, me rodeó con sus brazos y me atrajo para un abrazo que casi me hizo suspirar en voz alta. La boca de Scotty rozó mi cuello y mi mejilla al apartarse, lo que envió escalofríos por todo mi cuerpo. Me miró fijamente los labios durante una fracción de segundo, como si quisiera besarme, lo cual me habría parecido perfecto.

El momento se esfumó cuando Dean dijo:

—¿Dónde están esas nubes de azúcar de las que me habló Stella?

—Supongo que debería sacarlas —Solté a Scotty de mala gana y me agaché para sacar de mi bolsa de playa la bolsa de nubes, junto con los largos pinchos metálicos con mango de madera—. Aquí están. Lo siento, no tuve tiempo de comprar chocolate y galletas.

—No pasa nada —dijo Dean, dejándose caer en una de las sillas de playa. Puso dos malvaviscos en un pincho y lo sostuvo sobre la llama—. Soy un purista. Todo lo que necesito es una nube tostada y soy feliz —Miró a Stella y le guiñó un ojo—. Y la mejor compañía aquí presente, por supuesto. ¿Te he dicho lo guapa que estás esta noche?

Aunque ya estaba anocheciendo, la brillante sonrisa de dientes blancos de Dean me dejó pasmada. Estaba verdaderamente encaprichado con Stella. Era una chica muy afortunada.

Stella sonrió y dijo:

—La adulación te llevará lejos.

—Bueno saberlo —dijo Dean y después besó a Stella.

«Madre mía»

Lo siguiente que observé fue que Stella y Dean se estaban enrollando a base de bien delante de nosotros. ¡No perdieron el tiempo! Asombrosamente, mientras se besaban, Dean seguía con su nube colgando sobre la llama, girándola uniformemente como si fuera el grill de un asador de pollos.

Me alegraba por mi mejor amiga, pero me sentía un poco incómoda ya que estábamos todos sentados muy cerca alrededor del fuego. Prácticamente podía oír sus lenguas dentro de sus bocas.

¿O era el romper de las olas?

No importaba. Me alegraba por ellos, pero mi ansiedad estaba aumentando mientras trataba de encontrar las palabras perfectas para proponerle matrimonio. No se me ocurría nada. Ni una maldita palabra.

Scotty y yo estábamos ahí sentados sin hablar, jugueteando con nuestros pulgares, mientras Dean y Stella aparentemente descubrían uno de los mayores beneficios de tener labios.

Instintivamente, ambos empezamos a tostar malvaviscos para distraernos de nuestros amigos, que se comportaban como adolescentes con las hormonas a cien.

Con suerte, Dean y Stella pararían para tomar aire pronto.

Scotty señaló el fuego y dijo:

—Dean, tus nubes están en llamas.

Dean despegó sus labios que estaban succionados a la boca de Stella y sopló las llamas, antes de darle un mordisco a una nube:

—Vaya. Supongo que me distraje un poco. Es todo culpa tuya —Se lamió los labios y chocó hombros con Stella.

—Acepto toda la responsabilidad —dijo ella—. Hagamos algo divertido. ¿Por qué no jugamos a un juego?

—¿Qué tipo de juego? —pregunté.

—Juguemos a «¿Qué preferirías?» —dijo Stella.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Scotty.

—Stella y yo os mostraremos cómo se hace —dijo Dean—. Mirad y aprended. Stella, cariño, ¿preferirías tener una piel que cambia de color según tus emociones, o tener tatuajes que aparecen por todo tu cuerpo mostrando lo que hiciste ayer?

Stella echó la cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas:

—Déjame ver... ¿Qué hice ayer? —Lo pensó—. Oh, vaya, ni hablar, no quiero un tatuaje de eso. Ni de coña. Definitivamente prefiero que mi piel cambie de color según mis emociones.

—¿De qué color estarías ahora mismo? —preguntó Dean—. No importa, ya lo sé. Roja, porque estás que ardes.

—Oh, buena respuesta —dijo ella, acurrucándose en su regazo para besarle.

Mi color era el verde, de envidia, por la forma en que esos dos parecían tan cómodos juntos, como si hubieran estado saliendo durante años y todavía estuvieran locamente enamorados el uno del otro.

—Mi turno —dijo Stella—. ¿Preferirías pillar a tus padres en la habitación mientras tienen sexo o que ellos te pillen a ti?

¿De dónde demonios salió esto? No habíamos hablado de jugar a un juego, y mucho menos de hacer preguntas tan personales.

—Eso es fácil —respondió Dean—. Preferiría pillar a mis padres. Mi padre era todo un conquistador en sus tiempos, así que probablemente podría aprender un truco o dos de él.

—Al menos proponed algo que sea realista —dije, negando con la cabeza.

Stella levantó las manos suplicante y dijo:

—Ni siquiera estás jugando, así que no tienes derecho a criticar. Si crees que puedes hacerlo mejor, te reto a que le hagas una pregunta a Scotty —Señaló hacia él y levantó las cejas en señal de desafío.

—Uy, sí. Hazlo —dijo Dean sonriendo.

Miré a Scotty, preguntándome por qué tuve que abrir la bocaza.

Él me miró y se encogió de hombros cuando dijo:

—Estoy listo. Dispara.

Genial. Ahora tenía que pensar en una pregunta.

Pensé y pensé y pensé, finalmente se me ocurrió algo.

—Vale... —Me volví hacia él—. ¿Preferirías tener un botón de pausa o un botón de rebobinar en tu vida?

—Eso es fácil —dijo Scotty, alcanzando mi mano y apretándola—. Un botón de pausa. Así podría pausarla aquí y ahora, para que la noche no terminara.

—Me gusta esa respuesta —Le apreté la mano.

Mi corazón se aceleró cuando me di cuenta de algo.

Este era el momento perfecto para proponerle matrimonio.

Me agaché hacia la arena para sacar los dos anillos del bolsillo lateral de mi bolso, escondiéndolos en mi mano para que Scotty no pudiera verlos. Me puse de pie enfrente de Stella, lista para darle la frase secreta que le haría saber que necesitaba algo de privacidad con Scotty.

—Me encanta el olor del aire del mar —dije.

Lástima que Stella y Dean no me estaban prestando atención.

«¡Vamos, Stella!»

Di un paso más cerca, aún de espaldas a Scotty y dije:

—Stella, «me encanta» el olor del aire del mar. ¿A ti no?

Ella levantó la mirada y abrió mucho los ojos.

—¡Sí! ¡Me encanta! —Tiró de la mano de Dean—. Oye, vamos a dar un paseo romántico por la arena.

—Por supuesto. No dejaría pasar esta oportunidad —respondió Dean.

Desaparecieron, los dos entre risas y abrazos como si el otro fuera un chaleco salvavidas y su barco se hubiera hundido.

Algo me dijo que él sabía lo que estaba pasando.

No importaba en este momento.

Ahora sí.

Iba a pedirle matrimonio a Scotty.

Mi corazón latía en mi pecho como si estuviera a punto de pedirle al chico más popular del instituto que bailara conmigo.

«Pídeselo»

Tomé aire profundamente y lo solté lentamente, lista para darme la vuelta y enfrentarme a él.

Ya no había vuelta atrás.

Capítulo Diecisiete

Scotty

Mientras Stella y Dean desaparecían orilla alante, en la noche más espectacular del año, no pude evitar pensar que este habría sido el momento perfecto para pedirle matrimonio a Amber. Con la luna llena iluminando la arena a nuestro alrededor, el romper de las olas y el crepitar del fuego como banda sonora, no podría haber habido un momento más romántico para que yo me arrodillara en la arena y esperara a que ella se diera la vuelta. Entonces le declararía mi amor y le pediría a Amber que me hiciera el hombre más feliz del mundo convirtiéndose en mi esposa.

Eso sería en un mundo perfecto, donde los sueños realmente se hacían realidad.

En cambio, estaba siendo rehén del sistema judicial, con cada tic-tac del reloj que me llevaba un minuto más cerca de perder a la mujer sin la que no quería vivir.

«Mantén la positividad. Todo saldrá bien».

Quizás eso debería ser mi mantra.

Cerré los ojos, inspiré profundamente el aire del mar y me visualicé felizmente casado con Amber, viviendo ese sueño.

«Mantén la positividad. Todo saldrá bien».

Exhalé lentamente, abrí los ojos y parpadeé dos veces, bajando la mirada.

¿Qué narices estaba haciendo Amber ahí abajo?

Estaba de rodillas en la arena, mirándome con una expresión expectante. Tenía un anillo de hombre de plata o platino en la mano.

Un momento...

No podía creer lo que estaba pasando.

¡Amber me estaba pidiendo matrimonio!

Me quedé ahí plantado —patidifuso, convencido de que estaba soñando.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras los pensamientos daban vueltas en mi mente. ¿Había manifestado realmente este momento mágico con mi mantra o simplemente era mi día de suerte?

—Scotty... —Sus ojos estaban llenos de esperanza—. ¿Quieres casarte conmigo?

Este era mi sueño hecho realidad.

Abrí la boca para responder y...

—¡Mirad a esos dos! —gritó un hombre a lo lejos.

—Ella le está pidiendo matrimonio —dijo una mujer—. ¡No me lo puedo creer!

—¡Qué monada! —gritó otra mujer—. ¡Di que sí!

Pronto, se oyeron cánticos de "¡Sí!" de la multitud que se había reunido a nuestro alrededor. Por alguna razón, me sentí eufórico y empecé a reírme, todavía intentando comprender el momento surrealista que se estaba desarrollando ante mis propios ojos.

Amber dijo:

—Ahora tenemos público. No me decepciones.

Eché un vistazo a la multitud que crecía por momentos y dije:

—¿Por qué tengo la sensación de que nos vamos a hacer virales en las redes sociales?

—No me extrañaría nada —Hizo una mueca—. ¿Podrías decir que sí, por favor? Me está empezando a dar un calambre en el dedo meñique del pie.

—¡Contéstale, tonto! —gritó un hombre—. ¡O me casaré yo con ella!

La multitud se rió, pero no tenía ni pizca de gracia.

Yo quería ser el hombre que se casara con Amber. Esto era lo que había visualizado, lo que quería más que nada. De hecho, ¡tenía que decir que sí antes de que cambiara de opinión!

—Nada me haría más feliz —dije, sonriendo de oreja a oreja—. Claro que me casaré contigo.

—¡Sí! —gritó Amber y se abalanzó sobre mí, tirándome a la arena, pegando sus labios a los míos mientras la multitud vitoreaba.

La chica de mis sueños estaba encima de mí, en la arena, besándome.

Si es un sueño, no quiero despertarme.

Acaricié su mejilla:

—He vuelto a cambiar de opinión. Quiero el botón de rebobinar, para que puedas besarme otra vez, justo así.

Amber me dedicó una sonrisa coqueta y dijo:

—No necesitamos ningún botoncito para eso —Entonces me besó de nuevo, incluso más intensamente que la primera vez, como si saliera directamente de su corazón.

Un Jeep se detuvo no muy lejos de nosotros, las luces parpadeantes y la sirena estridente arruinando por completo nuestro momento íntimo.

—¡Dispérsense! —dijo el poli por el megáfono mientras salía del Jeep—. ¡Aquí no hay nada que ver! —Antes de que Amber pudiera quitarse de encima de mí, corrió hacia nosotros, pateando arena por todas partes—. ¡Levantaos y que vea esas manos!

«Maravilloso».

Mickey Mouse estaba de patrulla en la playa.

Era el mismo policía y excesivamente entusiasta que me había pillado forcejeando con mis pantalones cortos rasgados en el parque que estaba junto a las pistas de tenis.

Nos pusimos de pie y nos sacudimos la arena de la ropa.

Con el labio inferior temblando, con expresión de estar conteniendo la risa más que de sentir miedo, Amber preguntó:

—¿Cuál parece ser el problema, señor?

—Esta es una playa pública y llena de familias, ese es el problema —afirmó con ese chirrido agudo tan característico de Mickey. Nos miró de arriba abajo a ambos y luego negó con la cabeza, con un gesto de asco—. Recibí una llamada sobre un altercado, dijeron que había una pareja haciendo cosas inapropiadas delante de menores. ¿Algo que decir en vuestra defensa?

Miré alrededor y levanté la mano diciendo:

—No veo a ningún menor.

—No me sorprende, probablemente quedaron traumatizados de por vida y salieron corriendo. Yo habría hecho lo mismo si no estuviera aquí para proteger y servir a mi comunidad —Dio unos pasos más cerca y luego echó la cabeza hacia atrás—. Tú otra vez —El poli bajó la mirada hacia mis pantalones cortos—. Parece que te cuesta mantener los pantalones en su sitio.

Bajé la mirada hacia mis pantalones cortos y me llevé una sorpresa. Se habían deslizado un par de centímetros por debajo de mi cintura cuando Amber me atacó con su repentino impulso y

con sus besos apasionados., Se me habían bajado lo suficiente como para revelar la parte superior de mis boxers de «Superman».

Amber sonrió con suficiencia y dijo:

—Qué mono.

Me los subí sin prisa y volví a mirar al poli.

—No es mono —dijo el poli elevando la voz en señal de reprimenda—. Es asqueroso.

—¡Lo has hecho! —gritó Stella, acercándose—. ¡Enhorabuena!

—¡Sí, felicidades! —dijo Dean, sonriendo de oreja a oreja—. Lo he grabado todo en vídeo. Bueno, yo y unos cuantos cientos de personas más.

El poli demasiado entusiasta dijo:

—¿Podrían mantener la cháchara al mínimo, por favor? Estoy llevando a cabo asuntos oficiales aquí.

—¿Por qué? —preguntó Dean—. ¿Qué ha pasado?

—Dice que estábamos haciendo cosas inapropiadas —Levanté la mano para mostrar el anillo —. Venga ya, acabamos de prometernos. Solo me ha dado un beso y nos hemos caído al perder el equilibrio.

Amber también levantó su anillo y dijo:

—Es verdad. Solo estábamos celebrándolo.

—¡Es cierto, yo lo he visto todo! —gritó alguien—. ¡Déjales en paz, están enamorados!

Su mirada saltaba de uno a otro entre nosotros dos:

—Bueno, tal vez deberías intentar celebrarlo como la gente normal. Para eso está el Burger King —Entonces me fulminó con la mirada—. Si te pillo otra vez en público con otro fallo de vestuario, te voy a llevar al calabozo una temporadita.

Todos nos quedamos mirándolo fijamente.

—¡No os metáis con la ley! —amenazó, mientras señalaba con el dedo el parche que llevaba en la manga como voluntario en Playas y Parques de San Diego. Se dio la vuelta y regresó a su jeep dando pisadas fuertes sobre la arena, con la boca de nuevo en el megáfono—. ¡Señoras y señores! ¡Les he dicho que se dispersen!

Dean se volvió hacia mí y dijo:

—Tío, no te preocupes por él. No hay manera de que sea legítimo. Venden esos parches para la ropa en la tienda de turistas. Los he visto. A ese se le ha ido la olla.

Por muy ridículo que fuera el tipo, parecía ir en serio con lo de la cárcel. No es que me preocupara, pero lo último que quería era lidiar con otro lío judicial ahora mismo.

Me quedé helado cuando mis pensamientos me golpearon como un aluvión de granizo en la cara. Mi corazón prácticamente se detuvo cuando me di cuenta del error que había cometido.

¿Cómo podía haber sido tan idiota?

Había estado tan metido en el momento que no había pensado con claridad. La euforia me había consumido hasta el punto de olvidar por completo que ¡no podía casarme con Amber sin la firma del juez en ese maldito decreto de divorcio! ¿Cómo demonios se había ido al traste esta noche mágica en un santiamén?

—¿Scotty? —dijo Amber—. ¿Estás bien? Te veo pálido.

¿Cómo no iba a estarlo? En un abrir y cerrar de ojos, estaba viviendo una pesadilla de proporciones épicas.

El «Titanic» de las pesadillas.

Lo único que podía hacer era contárselo todo a Amber.

Era lo correcto.

—Lo siento —dije, tratando de ordenar mis pensamientos—. Hay algo que necesitas saber.

Los ojos de Dean se abrieron como platos, y luego me dijo «no» con los labios.

—¿Qué te pasa? —preguntó Amber—. ¿Está todo bien?

«Díselo ya. Ahora».

Suspiré y dije:

—Bueno... la verdad es que...

—¿Puedo hablar contigo en privado? —Dean me agarró del brazo, prácticamente cortándome la circulación.

—Ahora no es un buen momento —dije, tratando de liberar mi brazo.

—Ahora es el momento perfecto —insistió, arrastrándome lejos.

—Stella y yo también podemos cuchichear y cotillear sobre vosotros a vuestras espaldas —gritó Amber detrás de nosotros.

Dean y yo nos alejamos de ellas unos treinta metros antes de detenerme.

—¿Estás loco? —me preguntó—. Ni se te ocurra contarle a Amber lo que está pasando por esa cabeza tuya. Puedo ver esos engranajes girando y necesitas pisar el freno antes de fastidiarlo todo para siempre.

—¡Ella necesita saber la verdad! —dije—. Y aquí hay algo en lo que acabo de pensar: ¿y si es ilegal estar comprometido mientras aún estás casado? ¡Dios, voy a ir a la cárcel! —No podía quedarme quieto, y me movía alternando el peso de mi cuerpo entre una pierna y la otra de lo nervioso que estaba.

—Deja de ser ridículo —dijo Dean—. Técnicamente, estás legalmente separado, que es diferente. Un momento. —Desplazó el dedo hacia abajo en su móvil y luego me puso la pantalla en la cara—. ¿Ves? Aquí dice claramente que un compromiso no es un acuerdo legalmente vinculante. No hay contrato. No puedes obligar a nadie a casarse contigo. No están incumpliendo ninguna ley.

Suspiré y dije:

—Aun así, Amber nunca habría aceptado casarse conmigo si conociera mi situación.

—La sentencia llegará a tiempo, ten algo de fe —dijo Dean—. Pero si se lo dices ahora, después de haber aceptado casarte con ella, no solo arruinarás el momento, lo arruinarás todo. Te dejará tan rápido que no sabrás ni dónde estás. No podrá perdonártelo y la perderás para siempre. ¿Es eso lo que quieres?

Me volví hacia Dean y respondí:

—Claro que no.

—Entonces confía en mí —dijo Dean y después me apretó el hombro—. No digas ni una palabra. Es mejor pedir perdón que pedir permiso. Amber es una persona compasiva y comprensiva. Lo entenderá y te perdonará. Te lo garantizo. Y, por si no te has dado cuenta, ¡te quiere! —Me dio una palmada en la espalda—. Ahora, vamos. Tu prometida te está esperando allí para regalarte más besos.

—¿Quién soy yo para negarle la oportunidad? —bromeé, sintiéndome un poco mejor sobre la situación.

Dean tenía razón al menos en una cosa, tenía que tener fe en que todo saldría bien y que recibiría ese decreto a tiempo. No pude evitar sonreír al pensar que Amber era mi prometida. Sí, ya había tenido una antes, pero ahora me sentía diferente. Esta vez, no tenía dudas ni me preguntaba si estaba haciendo lo correcto, como con Tiffany. Cada fibra de mi ser creía en Amber y en mí como pareja.

Nuestro beso me convenció aún más.

Dean puso su brazo alrededor de mi hombro mientras volvíamos y dijo:

—Estoy apostando por ti.

—Gracias, colega. Lo aprecio más de lo que crees.

—¿Todo bien? —preguntó Amber cuando regresamos.

—Absolutamente —Sonreí—. Voy a casarme con una mujer increíble.

—Estoy de acuerdo —dijo ella, chocando juguetonamente las caderas conmigo.

—Ahora tenemos que ponernos serios con la planificación de la boda —dijo Stella—. ¿Qué tal si nos juntamos el sábado por la noche para tomar unas copas y tener una lluvia de ideas?

—Desafortunadamente, no puedo el sábado por la noche. Ceno con mis padres —dije, y luego cogí la mano de Amber—. Deberías acompañarme. Quiero que te conozcan.

—Me encantaría —dijo ella.

—Uy, uy, uy —Dean se inclinó hacia delante y se rió—. Esto va a ser bueno.

—¿Por qué? —preguntó Amber.

—Sin comentarios —dijo él—. Tendrás que verlo por ti misma.

—¿Qué me estoy perdiendo aquí? —dijo ella.

—No le hagas caso —dije—. Mis padres son personas absolutamente normales. Bueno, casi...

—Normales. Ya —Dean soltó una risita.

—Vale... ¿debería tener miedo? —dijo Amber.

Lo descarté con un gesto y dije:

—Irá bien. De verdad. Y yo espero poder conocer a tus padres también, pronto.

—Me encantaría que los conocieras, pero eso probablemente sea un poco más complicado —dijo Amber—. Viven en Alaska. Es una larga historia, pero se mudaron allí hace diez años porque mi padre tuvo que trasladarse por su trabajo. Acabaron divorciándose dos años después, pero ambos decidieron quedarse allí, viviendo vidas separadas, claro. En realidad, no los veo muy a menudo. Los quiero muchísimo y los echo de menos, pero cada uno va un poco a su bola, lo cual he aceptado.

—Mientras sean felices, eso es lo que más importa —dije.

—Estoy de acuerdo —dijo Amber, apretándome la mano—. Pero sigo pensando en tus padres. Dean lo ha hecho sonar como si debiera temerles. ¿Debería salir corriendo?

Le besé la mano y dije:

—En serio, te van a adorar. Y tú los vas a adorar a ellos. Te lo garantizo.

Al menos, esa era mi esperanza.

Si mis padres no espantaban a Amber, nada lo haría.

Capítulo Dieciocho

Scotty

Nunca había estado tan entusiasmado o nervioso por una cita en mi vida. Las cosas habían cambiado de la noche a la mañana, literalmente. Estaba a punto de recoger a Amber para presentársela a mis padres.

Ella abrió la puerta de su casa, sosteniendo un ramo de margaritas que hacían juego con su blusa. Sus vaqueros y sandalias completaban un atuendo perfecto para la ocasión, ya que le había advertido que no se arreglara demasiado debido a la naturaleza informal de mis padres. También le había dicho que las margaritas eran las flores favoritas de mi madre.

—Hola —dije, sonriendo de oreja a oreja—. Qué guapa estás.

—Gracias —respondió alegremente y entonces se puso de puntillas y me besó en los labios.

No es que me quejara, pero el beso me sorprendió muchísimo. Y vaya, me encantaban esas chispas invisibles que saltaban entre nosotros con cada contacto físico.

—¿A qué viene esa cara? —preguntó, mientras cerraba con llave la puerta de entrada.

Mientras caminábamos juntos hacia mi coche, me encogí de hombros y dije:

—Había pensado besarte en la mejilla cuando abrieras la puerta. Supongo que me sorprendió gratamente que fueras a por los labios.

—Nos hemos saltado la fase de novios y hemos pasado directamente de amigos a prometidos —dijo Amber—. Estamos muy por encima de la fase del beso en la mejilla. Y si alguna vez me besas ahí, me decepcionará mucho, para que lo sepas. Considérate debidamente advertido.

La saludé como un militar y dije:

—¡Sí, señorita!

—Señorita por poco tiempo —dijo sonriente.

Negué con la cabeza, asombrado, preguntándome cómo había tenido tanta suerte con esta mujer.

Unos minutos después, accedí a la autopista y cambié el canal de música. Me encantaba que Amber se sintiera lo suficientemente cómoda como para cantar una canción de Ed Sheeran. No había tráfico, así que esperaba tardar unos treinta y cinco minutos en llegar a la casa de mis padres en Alpine, una zona rural en las estribaciones de las montañas Cuyamaca.

—Cuéntame más sobre tus padres —dijo Amber.

Me encogí de hombros y dije:

—Son un poco... excéntricos.

Ella sonrió y respondió:

—Como mi tío Pío. Bailan al son de su propia música, ¿verdad?

—Bueno, no te sorprendas si se levantan y se ponen a bailar en medio de la cena —dije—. Son bastante espontáneos. Nunca se sabe lo que van a hacer. Yo crecí con eso, pero no seguí su

ejemplo.

—Me encanta —dijo Amber—. Son espíritus libres.

Esta dulce mujer no sabía lo cerca de la verdad que estaba.

—Lo son, y mucho —dije—. Nada de lo que visten está inspirado en una revista de moda o una tendencia. No les importan las cosas materiales y prefieren usar el dinero para viajar por el mundo. No es que piensen que el dinero sea malo, pero no les atrae o preocupa.

Amber estiró el brazo y puso su mano en mi muslo respondiendo:

—No les vas a decir que me caso contigo para conseguir mi herencia, ¿verdad?

Suspiré, fingiendo estar dolido y dije:

—Y yo que pensaba que te casabas conmigo por mi encanto y mis abdominales de tableta de chocolate.

—¿Tienes abdominales marcados? —Alargó la mano para tocarme la sección media y me hizo dar un brinco—. Estate quieto, necesito comprobarlo.

—¡Cuidado! —dije, moviéndome en mi asiento—. Estoy conduciendo en la autopista, por si se te había olvidado.

Amber soltó una risita y dijo:

—Qué sensible eres. Vale, ya los comprobaré más tarde.

—La revancha es justa... siempre que yo pueda comprobar los tuyos —Coquetear con Amber era divertido, pero ella era una experta.

Aun así, me acaloré un poco al imaginar mis dedos recorriendo su piel sedosa.

«Basta ya de esos pensamientos. Por ahora».

Necesitaba controlar hacia dónde iba mi mente porque mi imaginación era demasiado real. Era una reacción visceral que experimentaba mi cuerpo, como cuando pensaba en la forma en la que se había lanzado y besado en la playa.

Quería más de eso.

A diario.

De hecho, cuanto más tiempo pasaba con ella, más loco me volvía.

Se quedó callada, así que miré, sorprendido por lo que vi.

—¿Te estás sonrojando? —pregunté.

—¡No! —dijo ella—. Bueno... quizás un poco.

—Vaya, eres tan condenadamente bonita —dije sonriendo—. Y no, no les contaré a mis padres nada sobre tu herencia, ni nada de eso. Ni siquiera saben que estamos comprometidos. Es algo importante que necesitan saber, obviamente, pero no hay prisa para eso. Te van a adorar. Te lo aseguro.

—Eso espero —dijo Amber.

Por fin llegamos y subí por el camino de entrada de mis padres.

—Vaya, es precioso —dijo Amber—. Me encantan todos estos árboles y flores.

Supongo que estaba tan acostumbrado a cómo vivían mis padres que lo había dado por sentado. Miré hacia la casa de madera blanca con contraventanas verde oscuro. La hiedra crecía a ambos lados del porche, y el final de las flores en flor realmente se veía hermoso.

Mamá definitivamente tenía mano para las plantas.

Todo lo que tocaba florecía con amor.

—Esto no es nada —dije—. Espera a ver el patio trasero.

Mis padres vivían en una modesta casa de tres dormitorios, pero la propiedad era enorme, llena de casi todas las flores y plantas imaginables. En cuanto llegaba a su casa, siempre me invadía una sensación de paz y tranquilidad. Tenía que hacer por visitarlos con más frecuencia.

Tenía la sensación de que eso seguramente ocurriría al tener a Amber en mi vida.

—¡Toc, toc! —dije después de abrir la puerta principal—. Siempre es bueno anunciar que estamos aquí. Así no les pillamos en medio de nada inapropiado —Me reí entre dientes, pensando en el juego de Stella y Dean en la playa—. Es broma —Arrugué la nariz—. Más o menos.

—¡Ahí están! —dijo mi madre, acercándose con una gran sonrisa.

Iba descalza, con su habitual vestido largo floral, pendientes con el símbolo de la paz, joyas aparatosas en ambos brazos y flores naturales en su largo y abundante pelo rizado.

—Hola, mamá —La besé en la mejilla y me acerqué para recibir uno de los mejores abrazos maternales que un hijo podría pedir—. Te he echado mucho de menos —Inhalé su perfume cítrico que siempre me recordaba al hogar.

—Yo también te he echado de menos, hijo —Me pellizcó la mejilla entre el índice y el pulgar, y la meneó—. ¿Por qué no vienes más a menudo?

—Quizás porque siempre intentas desfigurarme la cara —dije, frotándome la mejilla y riéndome—. Y además vivís en el quinto pino, no a la vuelta de la esquina. Pero dejemos eso ahora; mamá, esta es Amber.

—Encantada de conocerla, señora Scott —Amber le entregó las flores—. Estas son para usted.

—Pero qué detalle. Me encantan las margaritas, muchas gracias —Las dejó en una mesita junto a la puerta—. Llámame Eileen, por favor, y dame un abrazo, preciosa —Mi madre se acercó más a ella y prácticamente ahogó a Amber con un abrazo de los suyos—. Seguidme —Mi madre volvió a coger el ramo, metiendo la nariz en él—. Debería ponerlas en agua. Ryan está cocinando algo especial en la cocina, y huele a que ya casi está listo, si mi olfato no me engaña.

Amber y yo seguimos a mi madre hacía el olor de lo que esperaba fuera salsa para pasta. Cuando entramos en la cocina, mi padre estaba probando una cucharada de algo que se cocía en la cacerola en la hornilla.

—Guau, esto está buenísimo —Sonrió, tapó la olla y dejó la cuchara en el fregadero.

Llevaba sus habituales vaqueros anchos, una camiseta desgastada del grupo Led Zeppelin, un pañuelo granate para mantener su pelo largo controlado y fuera de la comida, y sus sandalias favoritas Birkenstock de dos tiras color café con leche.

—¡Scotty, hijo mío! Estoy cocinando tu pasta favorita. ¡Por los mejores!

—¡Por los mejores, Papi! —dije sonriendo.

Esa expresión era algo muy nuestro que llevábamos usando desde que yo era un crío. Se acercó y me abrazó, luego me dio unas palmadas en la espalda y me apretó los hombros.

—Me alegro de verte, hijo.

—Lo mismo digo —Me giré para presentar a Amber, pero ya era tarde.

—¿Y quién es esta sublime criatura? —dijo mi padre—. Scotty, te ha tocado la lotería.

—Soy Amber —dijo ella, sonriendo. Se acercó para darle un abrazo, lo que encantó a mi padre—. Es un placer conocerte.

—El placer es mío —dijo él—. Espero que te guste la pasta.

—Podría comerla todos los días —dijo ella, sonriendo y aspirando el aroma del tomate que salía de la cacerola—. Huele de maravilla.

Mi padre sonrió y respondió:

—¡Ahora me caes aún mejor! En unos diez o quince minutos estará lista la cena —Señaló la puerta corredera de cristal que daba al patio trasero—. Eileen, enséñale a Amber tu «Jardín de María» mientras yo termino aquí.

Amber me miró con una cara de curiosidad.

—¡Buena idea! —dijo mi madre, poniéndose las gafas de sol tintadas estilo John Lennon y llevándonos fuera al patio trasero.

—¿Jardin de Maria? —me preguntó Amber.

—Ya verás —dije conteniendo la risa.

Todo el mundo tenía la misma reacción cuando mis padres mencionaban su jardín. Amber se iba a llevar una gran sorpresa y no estaba seguro de cómo se lo tomaría.

El patio trasero de mis padres era mi lugar favorito de la propiedad, con diferencia. Respiré hondo el aire fresco y el maravilloso aroma de los eucaliptos y los pinos. Eché un vistazo a las plantas y flores que se extendían por casi media hectárea. Su patio trasero era lo que ellos llamaban su pequeño trozo de cielo.

Había comederos para pájaros y cinco fuentes de agua. Cuando era pequeño, me encantaba sentarme bajo el porche cubierto y escuchar los chorros de agua que caían por los canalones. Para mí era pura magia. Incluso tenían bancos bajo varios árboles grandes, lugares donde a mi madre le encantaba leer, meditar y ver revolotear a los pájaros y las mariposas en su jardín zen.

—Por aquí —dijo mi madre. Nos guió por el sendero de piedra, deteniéndose frente a su famoso jardín de ollas en la ladera de la colina—. Esto es.

Me reí entre dientes al ver la reacción de Amber.

Ella negó con la cabeza divertida y me dio un golpecito con el hombro:

—Vale, me la habéis jugado con esta. No es ese tipo de María.

Mi madre y yo empezamos a reírnos. No era la primera vez que hacíamos picar a alguien.

—El jardín tiene su nombre porque fue diseñado por la antigua dueña de la casa, que se llamaba María, la abuela de Scotty —dijo mi madre.

Amber admiró las innumerables ollas de cocina que bordeaban la ladera de la colina, todas ellas convertidas en maceteros para suculentas y flores. Cada una tenía un diseño único pintado que mi abuela y mi madre habían creado: flores, pájaros, mariposas y paisajes. Cualquier cosa que uno pudiera imaginar, ella ya lo había pensado y creado.

—Mi abuela pintó la mitad de las ollas a mano, y mi madre pintó la otra mitad —dije—. Hay agujeros en el fondo de cada una para el drenaje.

—Vaya —dijo Amber—. Una idea genial. Y preciosa.

—Gracias —dijo mi madre—. Consigo las ollas usadas de mis amigos en Facebook, pidiendo a la gente que no las tire cuando ya no le sirvan. Lo que empezó como un pequeño hobby de mi madre se ha convertido en una obsesión en la familia, se podría decir. Es una manera original de reciclar.

—¿Cuántas hay? —preguntó Amber.

—Setenta y siete por ahora, y las que quedan por venir —dijo mi madre.

—Y eso sin contar todas las ollas que tiene en su taller —dije—. Las venden en la página web de Etsy.

—Nunca habría pensado que esto podría convertirse en un negocio. —Mi madre negó con la cabeza, divertida—. La gente compra las cosas más raras, te lo digo yo.

—Es muy ingenioso —dijo Amber.

Señalé una de las ollas más grandes de la colina:

—Esa es mi favorita.

Amber me dio una sonrisa cómplice:

—Darth Vader. ¿Por qué no me sorprende?

—Esa no —dije, esperando ver cuánto tardaría en encontrarla.

—¿No? —dijo Amber, observando todas las macetas—. ¿La de los colibríes?

—Más abajo.

Amber siguió mi línea de visión y soltó una carcajada que le hacía la competencia a las de mi madre:

—¿En serio le hiciste hacer una maceta de «Superman» y Lois Lane?

Espontáneamente, se lanzó a mis brazos y me besó como una loca, delante de mi madre y todo.

—¡El amor flota en el aire! —dijo mi madre durante nuestro beso y después señaló hacia la casa—. Venga, vamos a dentro. Ryan cocina con tanto amor que quiero asegurarme de que estamos sentados cuando sirva la comida.

Nunca dejaba de sorprenderme el respeto mutuo que se tenían mis padres.

Cuando entramos, la mesa ya estaba puesta, y mi padre cantaba al son de una canción que sonaba en el equipo de música del salón. *Endless Love* de Lionel Richie y Diana Ross. La había escuchado mil veces, ya que era una de las canciones favoritas de mis padres.

En cuanto vio a mi madre, dejó lo que estaba haciendo y la atrajo hacia sus brazos. Bailó con ella por la cocina, meciéndose al suave ritmo y acariciándole el cuello. Cuando la canción terminó, la tomó de la mano y la llevó a la cocina. Movió la salsa de la pasta y se la dio a probar a mamá con la cuchara de madera.

Los ojos de mi madre se iluminaron:

—Divino, como siempre, cariño.

—Gracias —Mi padre sonrió y la besó antes de soltar la cuchara en el fregadero.

Amber vio el plato de bizcocho:

—Mi madre solía hacerme bizcocho todo el tiempo cuando era pequeña. Era una de sus especialidades. Siempre era casero. Huele de maravilla.

Mi madre nos acercó y dijo:

—Este bizcocho es casero.

—¡Corta un trozo! —dijo mi padre mientras escurría la pasta—. Está de muerte.

—¿Antes de la cena? —preguntó Amber.

—En esta casa no hay reglas —dijo mi padre—. Puedes comer lo que quieras, cuando quieras, antes, durante o después de la cena. Si te apetece, puedes desayunar bizcocho.

—Estoy de acuerdo cien por cien —dijo mi madre—. Sírvete, pero debes saber que son bizcochos de María.

Amber sonrió, me miró y dijo:

—Ya estamos otra vez.

—Va en serio —respondí.

Amber se rió más fuerte esta vez:

—Puede que sea ingenua, pero no tan ingenua. Obviamente, es la receta de tu abuela María.

Negué con la cabeza y dije:

—No, realmente es...

Levantó la mano y dijo:

—Lo siento, no voy a caer otra vez —Antes de que pudiera detenerla, cortó un buen trozo y le dio un bocado enorme, relamiéndose de gusto—. Guau. Está delicioso. —Le dio otro bocado.

—Amber —dije.

—Es muy parecido al de mi madre, pero estoy intentando identificar cierto sabor que no reconozco. —Amber le dio otro mordisco, dejando el resto en su servilleta—. Vale, guardaré esto para luego para que no se me quite el hambre. Puedo decir honestamente que nunca he

comido el postre antes de cenar. Me siento totalmente revitalizada.

—Créeme, esa no es la única sensación que vas a tener —dije—. Y no creo que se te quite el hambre.

Amber negó con la cabeza:

—Lo siento. Sigo sin creerte. Buen intento.

Ya no podía hacer nada en ese momento.

Intenté evitar que comiera más, pero no quiso escuchar. No me preocupaba que el bizcocho pudiera hacerle daño a Amber. Era una dosis muy pequeña de marihuana que mi madre le había puesto para aliviar el dolor de su tendinitis, que a veces se agravaba haciendo jardinería. Aun así, lo último que esperaba era que Amber comiera bizcocho con marihuana. Claro que ella no tenía ni idea, así que no fue culpa suya.

Y tenía la sensación de que la velada estaba a punto de ponerse muy interesante.

Capítulo Diecinueve

Scotty

Retiré la silla para Amber cuando nos sentamos a la mesa. Mi padre colocó los platos de pasta frente a cada uno de nosotros, junto con una ración de pan de ajo recién horneado.

Después se sentó, levantó su copa de vino y dijo:

—Por el amor.

—Por el amor —dijimos todos, brindando.

Los ojos de mi madre se abrieron de par en par y su sonrisa creció al tamaño de nuestros platos.

—¿Eso que llevas en el dedo es un anillo de compromiso? —preguntó, alcanzando la mano de Amber.

«Mierda. Mierda. Mierda».

Esperaba haber tomado al menos una copa de vino antes de soltar la noticia.

Amber levantó su mano y dijo:

—Sí, lo es. Scotty y yo nos vamos a casar.

—¡Toma ya! —dijo mi padre, mirándome con cara de confusión—. Pero creía que tú y Tiffany estabais esperando el...

Levanté la mano, con el corazón a punto de estallar por el rumbo que estaba tomando la conversación:

—No hablemos de ella ni de mi pasado, papá. Centrémonos en el maravilloso presente. ¿Recuerdas? Vivir el momento —Me volví hacia Amber—. Tiffany es mi ex, y eso es todo lo que necesitas saber —Mi corazón seguía golpeando contra mis costillas, esperando haber cortado ese tema de raíz.

—Claro, no hace falta hablar de ella. Yo tampoco quiero hablar de mi ex —Amber alargó la mano y la puso sobre la mía—. Además, Scotty está listo para algo mucho mejor.

Papá chocó la palma de la mano con la de Amber:

—¡Me encanta tu espíritu!

Mi madre se llevó una mano al pecho y dijo:

—¡Enhorabuena! —Saltó de su silla y vino a abrazarnos a los dos—. Esto me llena el corazón de alegría. Quiero saberlo todo. ¿Cómo os conocisteis? —Se volvió a sentar, esperando ansiosa a que uno de nosotros respondiera.

—Un día probé su famoso Café Cuántico y el resto es historia —dijo Amber—. Me enganché a la bebida. Y más tarde, al hombre —Se inclinó y me besó, lo que envió corriente por todo mi cuerpo como un cortocircuito eléctrico.

—Scotty me dijo que nunca volvería a echarse la soga al cuello, así que debéis ser muy compatibles —dijo mi padre—. La compatibilidad es importante para un matrimonio con éxito,

especialmente en la cama.

Casi espurreé el vino que acababa de sorber.

Ningún tema tenía límites para ellos, así que no debería haberme sorprendido. Solo me preguntaba cómo iba a manejar Amber su franqueza sobre el sexo. No la había advertido adecuadamente sobre qué esperar de mis padres.

Amber soltó una risita y dio un sorbo a su vino, lo cual era una buena señal. Parecía estar muy relajada, y eso me encantaba.

Mi madre le guiñó un ojo a mi padre:

—Estoy segura de que Amber ya ha probado la mercancía, o no habría dicho que sí.

—¡La cabra tira al monte! —dijo papá orgulloso.

—Las mujeres tenemos estándares, expectativas y necesidades, ¿no es así, Amber? —añadió mamá.

Amber sonrió con picardía y respondió:

—Tienes toda la razón. Por suerte para mí, Scotty cumple con todos mis requisitos. ¿Verdad, bomboncito?

—¿Bomboncito? —repetí.

¿De dónde narices había salido eso?

Amber alargó la mano por debajo de la mesa y me apretó el muslo por dentro, haciendo que diera un respingo en mi asiento y me golpeara la mano con la parte de abajo de la mesa.

—Ay —Abrí y cerré el puño—. ¿Podemos comer ya? —Mi voz sonaba tensa y aguda.

A mi padre pareció hacerle gracia nuestra conversación:

—Buena idea, hijo. Cargar las pilas con carbohidratos te dará energía para más tarde cuando la necesites —Me guiñó un ojo—. No hace falta que volváis a casa esta noche si no os apetece conducir. Tenemos una cama de matrimonio nueva en la habitación de invitados, por si alguien quiere estrenarla —Sonrió, guiñó un ojo y le dio un mordisco a su pan de ajo.

—Ah, es bueno saberlo —dijo Amber, divertida con su sonrisa tonta.

—No dejes que se te enfríe la cena, cariñito —dije, alargando la mano bajo la mesa hacia su pierna.

Amber me pilló desprevenido con su respuesta. Me miró profundamente a los ojos, con las pupilas ligeramente dilatadas, y luego se quedó mirando mi boca.

—Tienes unos labios muy sexys —anunció Amber en voz alta—. Absolutamente besables — Se inclinó y me besó, dejándome pasmado.

Mi madre sonrió y dijo:

—Me encanta cuando la gente expresa libremente lo que siente. El amor es algo hermoso, y Amber encaja perfectamente en nuestra familia —Besó a mi padre.

La velada con mis padres pasó volando, casi tres horas que superaron todas mis expectativas con la estupenda comida y la animada conversación. Nada parecía forzado o fuera de lugar. Y no podría haber estado más contento con la forma en que Amber y mis padres habían conectado desde el principio.

—Gracias por todo, papá —Señalé mi plato vacío—. Estaba delicioso, como siempre.

Mi padre era un excelente cocinero, así que no era una sorpresa que su pasta y pan de ajo hubieran sido increíbles. Amber claramente lo había disfrutado también, ya que se terminó su segundo plato.

—Estoy de acuerdo —dijo Amber—. Sin duda, es la mejor pasta que he probado jamás.

—Eso me hace feliz —dijo mi padre.

Crazy de Van Morrison, empezó a sonar, lo que impulsó a mis padres a ponerse de pie de

nuevo. Mi padre cogió la mano de mi madre y la llevó al salón contiguo para bailar.

—¿Qué te dije? —comenté, sonriendo, encantado de lo espontáneos que eran mis padres.

Realmente vivían como si nada más importara excepto el momento presente.

—Creía que eras de tal palo, tal astilla —dijo Amber, mirándome fijamente—. Ya te he pedido que te cases conmigo. ¿Tengo que hacerlo yo todo en esta relación? —Intentaba parecer molesta, pero la comisura de su labio se curvaba hacia arriba.

Me reí entre dientes, después de captar su sutil indirecta:

—¿Te gustaría bailar, querida? —Me puse de pie, extendí la mano y esperé.

Amber respondió sin aliento:

—Cariño, pensé que nunca me lo pedirías.

Bailamos junto a mis padres, aunque ellos nunca lo habrían notado ya que estaban en medio de una sesión de besuqueo.

Probablemente era algo que podría molestar a muchos hijos, pero yo estaba acostumbrado. Y, ¿por qué iba a quejarme de que estuvieran apasionadamente enamorados después de tantos años juntos? Me motivaba a encontrar ese amor especial para mí. Estaba bastante seguro de que esa persona estaba bailando conmigo en este momento.

Atraje a Amber más hacia mí, besándola suavemente en los labios.

—Podría enamorarme fácilmente de un hombre como tú —susurró contra mi pecho.

Esas palabras casi acabaron conmigo.

«Por favor, hazlo. Porque yo me enamoré de ti hace mucho tiempo».

Amber deslizó una mano hacia mis abdominales, sus dedos viajaron lentamente por ellos. Tragué saliva con dificultad, intentando fingir que su toque no estaba haciendo ciertas cosas a mi cuerpo.

—¿Qué estás tramando? —pregunté.

—Te dije que quería inspeccionar tus abdominales —Los dedos de Amber continuaron explorando mi estómago—. Los apruebo.

—Me estás torturando, ¿lo sabes, verdad? —pregunté.

Me dio una sonrisa coqueta y dijo:

—Lo sé. Es muy divertido para mí.

Cuando la canción terminó, Amber me dio las gracias y señaló la enorme estantería que ocupaba una pared entera del salón:

—Es una colección de libros bastante impresionante.

—Mi madre ha estado leyendo y escribiendo toda su vida —dije—. Es autora, con diecisiete libros publicados y trabajando en el número dieciocho. Así es cómo se conocieron mis padres. Mi padre fue el editor del primer libro de mi madre hace treinta y siete años.

—Treinta y ocho —me corrigió mi madre—. El mejor editor del mundo.

Mi padre sonrió:

—Tienes tanto talento que hiciste que mi trabajo fuera fácil.

Amber sonrió y dijo:

—Me encanta vuestra historia. Es preciosa.

Saqué *Enciende el Fuego de tu Alma* de la estantería y se lo entregué a Amber:

—Este es el primer libro. Sin este libro de aquí, yo no estaría en este mundo, y tú y yo no estaríamos juntos.

—¡Eso es muy cierto! —dijo mi padre.

Amber ojeó los libros, sacando uno de la estantería y leyendo la contraportada:

—Tenéis muchos libros sobre meditación y yoga.

—Es una de mis pasiones —dijo mi madre—. Hablando de eso, sabía que se me olvidaba deciros algo. No os lo vais a creer, pero ¡conocimos a otro Ryan Scott! ¿Cuáles son las probabilidades?

Bastante altas si te llamas Amber Norris.

Amber dejó caer el libro y rápidamente lo recogió, devolviéndolo a su lugar en la estantería.

—¿Ah, sí? —dije, siguiendo a todos de vuelta a la mesa de la cocina y sentándome—. ¿Dónde lo conocisteis?

Con suerte, no habían descubierto algo que no queríamos que supieran.

—Lo conocimos en la clase de yoga nudista —dijo papá.

Amber se atragantó con el vino.

En ese momento, supe que estaba visualizando al mismo personaje que yo. Le di palmadas en la espalda, haciendo contacto visual e intentando mantener una cara seria.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó mi madre.

—Sí. Se me ha ido por el otro lado —dijo Amber con voz entrecortada y los ojos llorosos.

—En fin, alguien nos habló de su clase los sábados por la mañana temprano, en la playa, y supimos que teníamos que ir —dijo mi padre—. Es muy liberador. ¡Deberíais uniros a nosotros alguna vez!

Ahora era yo el que se estaba atragantando con el vino.

Ni de coña iba a hacer yoga nudista con mis padres y con ese tío.

Papá miró a mamá:

—Enséñales las fotos que hicimos, ángel mío.

Ella miró alrededor de la cocina:

—¿Dónde está mi móvil?

—Por favor, no —supliqué—. Quizás sería mejor si pasáramos al postre.

—No te hagas el tímido —dijo papá, riéndose entre dientes—. Nunca tuviste problemas cuando te llevábamos a playas nudistas de pequeño. Estabas en pelotas todo el día, pavoneándote como si la playa fuera tuya. No finjas que no te acuerdas.

—Oh, vaya, esto tengo que oírlo —dijo Amber, animándose.

—¡Tenía cinco años! —dije, esperando acabar el tema antes de que acabara conmigo.

—Y tan seguro de ti mismo a esa edad —dijo mi madre.

—Por favor, tenéis que enseñarme fotos de eso —insistió Amber alegremente.

—Ni lo sueñes —dije, riéndome—. ¿Podemos tomar el postre ahora? No podemos quedarnos hasta tarde porque mañana tenemos un día completo de planificación de la boda.

Do You Love Me? de los Contours empezó a sonar en el equipo de música, y fue entonces cuando supe que el postre tendría que esperar un poco más.

Era otra de las canciones favoritas de mi madre. Olvidándose de las fotos, empezó a bailar. Señaló directamente a Amber, invitándola a unirse.

—¡Baila como si nadie te estuviera mirando! —dijo mamá. Era uno de sus dichos favoritos.

En un segundo, mamá y Amber estaban bailando juntas. Se lo estaban pasando en grande, prácticamente retándose la una a la otra a ver quien se lucía más.

Papá silbó emocionado y dijo:

—Scotty, esta sí que es una joya. Encaja perfectamente.

Me reí entre dientes, grabando el momento con mi móvil, encantado de lo bien que se llevaban y lo mucho que se estaba divirtiendo Amber.

Cuando la canción terminó, me incliné hacia ella y le dije:

—Cariño, ¿cómo te sientes?

Su respuesta fue una agradable sorpresa.

Amber me atrajo hacia su cálido abrazo y dijo:

—Estoy de maravilla, nunca me he sentido mejor en mi vida —Me hizo girar por la habitación, bailando como si no tuviera ni una sola preocupación en el mundo.

Mi madre se rió y sacó una tarta de queso de la nevera, colocándola en el centro de la mesa:

—Ha sido muy divertido.

Nos unimos a ellos en la cocina y nos sentamos de nuevo.

—Ha sido una pasada —dijo Amber—. No recuerdo la última vez que me divertí tanto.

—Cuando quieras lo repetimos —dijo mamá, cortando la tarta de queso y colocando los platos de postre delante de nosotros—. Hablemos de vuestra boda. ¿Ya habéis elegido fecha o lugar? ¿Estáis pensando en una boda de verano, otoño, invierno o primavera? ¿Interior o exterior?

Amber estaba tan relajada que no pensó con claridad cuando respondió:

—Aún no tenemos lugar ni fecha. Aunque podría ser un poco complicado encontrar un sitio con tan poco tiempo, ya que necesitamos casarnos cuanto antes —Se tapó la boca con la mano, dándose cuenta de su error.

«Esto no pinta bien».

Mi madre y mi padre se quedaron helados, ambos estudiando a Amber, mirando de reojo su vientre.

—¡Estás embarazada! —gritaron al unísono.

Capítulo Veinte

Amber

Tal vez fue un error contarle a Stella lo que pasó anoche en casa de los padres de Scotty cuando estaba conduciendo, pero no quería compartir los detalles mientras me probaba vestidos de novia.

—¡No me puedo creer que mi mejor amiga sea una fumeta! —dijo Stella, quitando los ojos de la carretera otra vez, mientras conducía alegremente hacia la tienda de vestidos de novia—. ¡Cada día se aprende algo nuevo!

—Presta atención a la carretera. No quiero morir antes de tener la oportunidad de casarme con Scotty —Señalé el cruce—. ¡Semáforo en rojo!

Stella suspiró y pisó el freno:

—Tranquilízate. Mis reflejos están perfectamente, ya que yo no me he sumergido en el jardín de María, a diferencia de algunas personas que conozco.

—¿Cómo iba a saber que era bizcocho de marihuana de verdad después de ver el huerto de María que no era realmente un huerto de María aunque parte lo fuera? —pregunté.

Volvió a reírse.

—Fue todo un gran malentendido —dije—. Como cuando pensaron que estaba embarazada y empezaron a sugerir nombres de bebé.

Stella se secó las lágrimas de los ojos y dijo:

—Para. Me duelen los costados de tanto reírme.

—¿Quién le pondría a una niña Ryanna, de todas formas? —pregunté—. Vale, es la versión femenina de Ryan, pero me recuerda demasiado a Rihanna, lo que me hace pensar en su canción 'Umbrella'. Una mujer no debería tener que ofrecer su paraguas a un hombre. ¿Dónde está el paraguas del hombre? Esa es la cuestión. Y por cierto, tengo hambre.

—Vaya, tus pensamientos están por todas partes ahora mismo —dijo Stella.

La miré un poco aturdida y dije:

—Como si alguien los hubiera disparado desde un cañón de confeti.

Afortunadamente, llegamos ilesas a El Paseo de las Novias, un centro comercial temático de bodas con tiendas para novias, para novios, floristerías, agencias de viajes y pastelerías, todas a poca distancia entre sí. Era casi como una feria para parejas de novios, lo que me facilitaba mucho la planificación de la boda ya que estaba trabajando contra reloj.

Stella entró en el aparcamiento y encontró un sitio cerca de la puerta principal de la primera tienda para novias que íbamos a visitar, Dress Express.

Me desabroché el cinturón y dije:

—Me alegro de poder ser una fuente de entretenimiento para ti.

El timbre sobre la puerta anunció nuestra llegada a la tienda. Una dependienta se nos acercó

inmediatamente después de entrar, mirándonos a ambas de arriba a abajo de forma extraña.

—Bienvenidas a Dress Express —dijo—. Me llamo Cricket. Yo os atenderé esta mañana. ¿Cuál de vosotras es la afortunada? —Sonaba como un robot repitiendo el mismo guión preprogramado cada vez que entraba alguien.

Stella sonrió radiante y dijo:

—Las dos lo somos.

La mirada de Cricket saltaba de una a otra y respondió:

—No lo entiendo.

Me aclaré la garganta y dije:

—Yo soy Amber, la futura novia. Esta es Stella. Tiene suerte de seguir siendo mi dama de honor, teniendo en cuenta que casi me mata de camino aquí.

—Vale... —Cricket consultó su tableta—. Acabo de apuntarte —Todavía no había sonreído —. Tenemos sesenta minutos exactos para encontrarte el vestido perfecto.

—¡Que empiece la cuenta atrás! —bromeé.

Reaccionó sin inmutarse:

—Ya lo he hecho.

Vaya manera de hacer que una novia se sienta especial. Parecía que me había tocado una verdadera joya de dependienta, alguien con la personalidad de una pared vacía.

Cricket me llevó a un lado y me midió con el entusiasmo de alguien que espera la silla eléctrica:

—Seguidme —Nos llevó por la sección de vestidos de dama de honor, hasta el otro extremo de la tienda donde estaban todos los vestidos de novia—. Todo lo que vendemos aquí es de exposición, único, listo para llevar. No hacemos arreglos, pero hay una tienda justo al lado que puede ayudarte con eso, si es necesario. No tenemos más tallas o colores en la trastienda. No tenemos catálogo. Todo lo que tenemos está en la sala de exposición. Recuerda nuestro eslogan, nada en la trastienda, todo en el perchero. ¿Buscas algún estilo en particular?

Dudé, aún tratando de digerir el chorro de información que me había metido por las orejas de mala gana:

—Sencillo. Elegante. Cómodo.

—Sexy —añadió Stella.

Extendí la mano y dije:

—Para, Stella.

—Puedes tenerlo todo —dijo Cricket sin emoción alguna—. Sencillo. Elegante. Cómodo y sexy. Tengo el vestido perfecto —En lugar de revisar la larga fila de vestidos, fue directamente a uno en particular en un perchero solitario junto a uno de los probadores. Quitó una etiqueta de la percha, la arrugó, la tiró a la basura y luego sostuvo el vestido frente a su cuerpo—. Este es.

Era un vestido de gasa marfil con cintura ajustada y falda acampanada. Había algo en él que parecía caprichoso, pero aun así muy tradicional.

—Vaya. Me encanta —dije.

Cricket por fin sonrió, pero parecía ser más para sí misma:

—Por supuesto que sí. Sígueme —Sin más, se puso en marcha de nuevo, hablando mientras la seguíamos—. Tienes tu propio probador exclusivo. Mi asistenta, Mary, y yo te ayudaremos a ponerte el vestido.

—Oh, no —Me detuve en seco mientras Cricket seguía moviéndose hacia el probador.

—¿Qué? —preguntó Stella al chocar contra mi espalda.

—No estaba pensando con claridad cuando me vestí esta mañana después de la ducha.

Cricket y Mary van a verme en ropa interior, si sabes a lo que me refiero.

—¿Y? —preguntó.

Me incliné más cerca y arrugué la nariz:

—Llevo mis bragas de unicornios.

Stella chilló entusiasmada y dijo:

—Te lo juro, me produces tantas endorfinas que tengo que ser la persona más sana del planeta —Me cogió la mano y me arrastró hacia Cricket y el probador—. Al menos no vas sin ropa interior. Imagínate eso. Mucho más incómodo.

Cricket corrió la cortina a un lado y colgó el vestido de novia en el gancho dentro del probador.

El vestido era absolutamente precioso.

Tenía la sensación de que este iba a ser el único que me iba a probar.

Stella tomó asiento en un sillón fuera del probador mientras yo me desvestía delante de Cricket y Mary. Afortunadamente, ninguna de ellas mencionó los unicornios, aunque el labio inferior de Mary se curvó como si estuviera conteniendo la risa. Después de ajustarme el vestido para asegurarse de que me lo habían puesto correctamente, Cricket corrió la cortina.

Me subí a la plataforma y me miré en el espejo:

—Bueno, ¿qué os parece?

—Es precioso —Stella me estudió de pies a cabeza—. Pero no es tan sexy como me gustaría.

—Este es mi vestido de novia, no el tuyo. Me encanta, pero la gran pregunta es, ¿crees que le gustará a Scotty?

Sonrió y dijo:

—¿Honestamente? Scotty te va a comer con los ojos.

Solté una risita y dije:

—Esperaba que dijeras eso. Es cómodo y...

—¡Un momento! ¡Por favor! —gritó una joven, abriéndose paso frenéticamente entre la exhibición de vestidos como si fuera una carrera de obstáculos—. ¡Ese es mi vestido! —dijo, con la voz entrecortada.

Miré hacia abajo al vestido que llevaba puesto:

—¿Estás segura? —Hice un gesto a Cricket—. Ella lo sacó del perchero para mí.

La mujer casi hiperventilaba. El pánico de sus ojos y el subir y bajar de su pecho por su respiración acelerada denotaban un gran distrés. Se dirigió a Cricket con una mirada suplicante:

—Mi padre tenía que transferir dinero a mi cuenta para poder pagarlo. Dijiste que me lo ibas a guardar hasta las diez. No me puedes hacer esto.

Sin compasión, Cricket dio un toquecito a su reloj:

—Son las diez y diez.

—Por favor... dime que tienes otro —Apenas pudo pronunciar las palabras, con el rostro abatido y las lágrimas asomando a sus ojos.

Mary intervino, frunciendo el ceño como si odiara tener que decirlo:

—Nada en la trastienda, todo en el perchero.

—Por favor, no me hagas esto —suplicó la mujer—. Es el único vestido que me queda como un guante. Necesito ese vestido. Mi boda es el sábado que viene. ¡Por favor!

—Hay muchos otros vestidos disponibles —dijo Cricket sin ofrecer ninguna ayuda.

La boca de la mujer se abrió de par en par mientras una lágrima le corría por la mejilla:

—Pero ese era el vestido de mis sueños —Le echó un último vistazo, bajó los hombros y se dio la vuelta para marcharse, con el paso de una tortuga con el corazón roto.

—Espera —dije, con una sensación en el estómago que me decía que no estaba bien dejarla ir.

De ninguna manera podía permitirme interponerme entre esta joven y el vestido de novia de sus sueños. Sí, me encantaba, pero podría encontrar fácilmente otro, estaba segura de ello.

La mujer se dio la vuelta, con esperanza en los ojos y dijo:

—¿Sí?

—Puedes quedarte con el vestido —dije—. Solo dame un momento para cambiarme y quitármelo.

—¿De verdad? —Sorbió y se secó los ojos, con una sonrisa formándose lentamente en su cara—. ¿Hablas en serio?

Cricket negó con la cabeza:

—No permitimos eso aquí.

Me volví hacia ella, prácticamente en estado de shock:

—¿No permiten qué? ¿La amabilidad?

—Ese vestido es tuyo, ella puede encontrar otro —dijo Cricket—. Tenemos reglas.

Me quedé mirándola fijamente:

—Y yo tengo corazón. El vestido es suyo y es definitivo. No lo quiero. —Caminé hacia el probador, luego me detuve cuando sentí que Cricket y Mary me seguían justo detrás—. No necesito vuestra ayuda para cambiarme.

Se quedaron allí en shock mientras les cerraba la cortina en la cara. Después de quitarme el vestido y volver a ponerme mi ropa de calle, salí del probador y señalé el vestido que había dejado en el gancho.

—Sé que vas a estar absolutamente preciosa con ese vestido —le dije a la mujer alegremente —. Espero que tengas un día de boda maravilloso.

Se abalanzó hacia mí y me estrujó con su abrazo:

—Muchas gracias. No sabes cuánto significa esto para mí.

Solté una risita y dije:

—En realidad, creo que sí lo sé.

La mujer cogió el vestido y corrió hacia la caja.

Cricket dio golpecitos con el pie en el suelo, pareciendo bastante contrariada:

—Bueno, tendremos que empezar de nuevo. Maravilloso. Sígueme.

Negué con la cabeza y dije:

—No, gracias. Me voy a otra tienda.

Sin decir una palabra más, me dirigí hacia la puerta principal, con Stella justo detrás de mí. Una vez fuera, inhalé el aire fresco de la calle, sabiendo que había hecho lo correcto.

—Ha sido increíble lo que has hecho ahí dentro. Te encantaba ese vestido —Stella me detuvo y me rodeó con sus brazos—. Estoy tan orgullosa de llamarte amiga —Me apretó aún más fuerte —. En serio, el mundo necesita más gente como tú, Amber.

—Tú habrías hecho lo mismo si hubieras estado en mi lugar —dije.

Me miró dudando y dijo:

—No estoy tan segura de eso.

—Una de las cosas más fáciles del mundo es ser amable —Abrí la puerta de la tienda de vestidos de novia de al lado e hice pasar a Stella.

Una mujer se nos acercó inmediatamente con una cálida sonrisa:

—Bienvenidas, soy Violet. Hace un día precioso y habéis elegido la tienda perfecta. ¿Qué tal?

—Genial, gracias por preguntar —dije.

—Maravilloso. Bueno, sentíos libres de echar un vistazo por nuestra sala de exposición. Si no veis vuestra talla, tenemos un almacén en la parte de atrás con muchos más vestidos y tallas, especialmente de nuestros modelos más populares que están expuestos en los maniquíes. Tomaos vuestro tiempo y hacedme saber si necesitáis ayuda con cualquier cosa.

—Gracias —dije, sintiéndome más relajada después de conocer a una empleada que parecía ser genuina y considerada. Señalé el maniquí con el vestido de novia de encaje floral con tirantes finos—. Ese es precioso.

Violet salió de detrás del mostrador y dijo:

—Puedes probártelo si te gusta. Vamos a prepararte un probador y poner allí todos los vestidos que elijas. ¿Puedo traeros algo de beber?

—Agua sería perfecto, gracias —respondí.

—A mí también. Gracias —dijo Stella.

—Ahora mismo vuelvo —dijo Violet.

Pasé los dedos por el material del vestido y luego encontré mi talla en el perchero de al lado:

—Sí, definitivamente necesito probarme este.

Stella prácticamente saltó en el aire hacia otro vestido que le llamó la atención, sacándolo del perchero:

—Pruébate este también —dijo.

Negué con la cabeza y dije:

—Ni de coña.

Era un vestido precioso, pero era uno de esos de sirena, ajustado que se ataba por la espalda. Lo había visto en su página web cuando estaba mirando estilos. Recomendaban un corsé para mantenerlo todo en su sitio.

No, gracias.

—Hazme el favor —dijo Stella.

Suspiré y dije:

—Vale, pero si me asfixio hasta morir en esa cosa, te vas a sentir muy culpable en mi funeral —Señalé un vestido de chifón estilo Belle del Sur que me llamó la atención—. Oh, ese también me gusta.

Violet volvió con dos botellas de agua. Cogió los vestidos y los colgó en el probador. Aún sedienta por la noche anterior, me bebí la botella entera en segundos. Me probé primero el vestido estilo Belle del Sur, salí del probador y di vueltas.

—Este es cómodo —dije, moviendo las caderas de izquierda a derecha, riéndome al ver el material del vestido ondeando y balanceándose de un lado a otro—. Me siento como la Campana de la Libertad.

Stella negó con la cabeza y dijo:

—No está mal, pero no me convence. Pruébate el vestido de sirena.

—Que empiece la tortura —dije.

Violet tuvo que ayudarme con el corsé y a atar la espalda del vestido de sirena. Apenas podía moverme, y respirar no era mucho más fácil. No había manera de que fuera a comprar el vestido, pero haría feliz a Stella probándomelo y enseñándole cómo me quedaba, luego me lo quitaría antes de desmayarme por falta de aire.

Después de colocar todo en su sitio, salí del probador dando pasitos de bebé, sintiéndome como un pingüino. Me miré en el espejo, sorprendida de lo mucho que me realzaba el pecho y me afinaba la cintura.

—Así que esto es lo que se siente al llevar una camisa de fuerza —murmuré para mí misma.

—Joder, estás que ardes —dijo Stella—. A Scotty se le van a salir los ojos de las órbitas cuando te vea con ese vestido. Mucho más sexy que el de la otra tienda.

Hice una mueca por lo apretada que me sentía y dije:

—Siento como si este vestido intentara hacerme una mamografía.

Stella soltó una risita y respondió:

—Siempre te has quejado del tamaño de tus pechos. Se ven increíbles en ese vestido.

—Tengo las costillas constreñidas y mis pulmones no pueden contener mucho aire —Me di la vuelta inmediatamente hacia el probador—. Necesito quitarme esta cosa antes de que me aplaste los órganos internos. Además, tengo que hacer pis, y la vejiga me duele aún más que el torso.

Stella bromeó:

—He oído que la marihuana medicinal hace maravillas para el dolor de vejiga. Quizás deberías llamar a tu camello para otro suministro de bizcocho de María.

No pude evitar reírme con ella, lo que me causó más dolor:

—Para ya, antes de que me haga pis encima.

Con mucho cuidado, Violet me ayudó a extraer el vestido de mi cuerpo y corrí al baño inmediatamente. Mucho más tranquila, volví para probarme el último vestido con el encaje floral y los tirantes finos.

Me miré en el espejo y suspiré de satisfacción, lo cual era una buena señal. Dicen que sabes cuando has encontrado el vestido adecuado cuando te invade una sensación cálida. Mi cuerpo me estaba enviando esas señales bien alto y claro. Me había enamorado de este vestido, incluso más que del que le había cedido a la mujer en la otra tienda.

Ahora tenía curiosidad por saber qué pensaba Stella.

Me di la vuelta para mirarla, esperando su reacción.

Cuando los ojos de Stella se abrieron de par en par, supe que era el elegido.

Mi vestido de novia.

—Madre mía, señorita Amber —dijo, levantándose para verlo más de cerca—. Este es el definitivo, sin duda alguna. Estás absolutamente deslumbrante. Scotty va a llorar de emoción, te lo aseguro. Y yo también —Stella se secó la esquina del ojo sorbiendo para que me quedara claro.

Me acerqué a Stella y le di un abrazo:

—Gracias —Miré hacia abajo al vestido y luego de nuevo al espejo—. Me queda perfecto. Ni siquiera estoy segura de que necesite arreglos.

Violet comprobó el largo, los tirantes, las caderas y luego me hizo girar:

—No ocurre muy a menudo, pero tienes razón. Es perfecto para ti.

—Estaba destinado a ser tuyo —dijo Stella.

Creo que no dejé de sonreír en ningún momento mientras pagaba el vestido, al salir e ir hacia el coche, donde coloqué el vestido cuidadosamente en el asiento trasero.

—Ya está —dije—. Vale, eso ha sido tan rápido que aún tenemos algo de tiempo antes de quedar con los chicos para la degustación de la tarta.

—¿Dónde está la tienda de trajes de novio? —preguntó Stella.

Me giré y señalé hacia una tienda justo que estaba al otro lado del parking:

—Justo ahí. Deben estar probándose trajes todavía porque empezaron después que nosotras.

Enganchó su brazo al mío y me llevó en esa dirección:

—Vamos a espiarles.

Solté una risita y dije:

—¿Cuántos años tenemos?

Stella sonrió orgullosa y respondió:

—Me siento más joven cada día. Eso es lo que el amor le hace a una persona.

—Espera un momento... ¿Me estás diciendo que ya estás enamorada de Dean?

—Vale, quizás aún no he llegado a ese punto, pero si estuviera más cerca de sentir amor, esto sería una boda doble.

—Nada me haría más feliz —dije—. Hablo del amor, no de la boda doble. Me volverías loca con tu boda.

Stella lo consideró por un momento y dijo:

—Probablemente tengas razón.

Cuando llegamos a la tienda de trajes de etiqueta, me puse la mano sobre los ojos para bloquear el resplandor del cristal desde fuera.

—Ahí están —dijo Stella—. Mira qué guapos están nuestros hombres con sus trajes de gala.

Dean se quedó quieto mientras el sastre comprobaba las aberturas en la espalda de su chaqueta.

Scotty se ajustó la pajarita y se giró de lado para mirarse en el espejo.

Se me cortó la respiración y dije:

—Ay, Dios mío... qué elegante.

—Y apetecible —añadió Stella—. Me imagino que vamos a tener algunas citas dobles muy divertidas en el futuro.

Miré al frente imaginandomelo:

—Sí.

Como si supiera que estábamos espiando, Scotty se giró y nos miró directamente.

Luego Dean hizo lo mismo.

—Nos han pillado —dije.

—Sí —dijo Stella—. Dean nos está haciendo señas para que entremos.

Entramos y saludamos al hombre en el mostrador de la entrada, luego continuamos hacia el área de espejos donde el sastre estaba tomando medidas para los arreglos.

—Parece que alguien nos estaba espiando —dijo Dean.

Stella extendió ambos brazos hacia adelante, con las palmas hacia arriba, guiñándole un ojo a Dean:

—Culpable. Esposadnos.

Yo levanté la mano y dije:

—También igualmente.

Scotty se acercó a mí y sonrió:

—Da mala suerte ver al novio con su esmoquin. La única forma de resolver esto es con un beso.

—No tengo ni idea de dónde sacas tú la información, pero no voy a discutir —Me puse de puntillas y le besé juguetonamente.

—Y tú no debías ver al padrino con su esmoquin —le dijo Dean a Stella—. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Digo esto... —Stella se abalanzó sobre Dean y presionó sus labios contra los suyos con ímpetu.

—¡Ah, y he encontrado mi vestido! —No pude contener mi emoción.

—Vaya —dijo Scotty—. Qué rápido.

El sastre se aclaró la garganta:

—Si no les importa, necesitamos terminar aquí. Tengo otro cliente en diez minutos.

—Lo siento —dije, preguntándome si sería pariente de Cricket—. Os dejaremos terminar.

—Nos vemos pronto en la pastelería para saborear algo dulce y delicioso —dijo Scotty—. Y hablo de ti, no de los pasteles.

Mi corazón se derritió un poco más con cada cumplido que me hacía, encendiéndome por dentro como si me hubiera tomado un chupito de tequila.

Stella sonrió con picardía:

—Oye, ¿por qué no os saltáis la tarta y le pedís a la madre de Scotty que haga un bizcocho para la boda?

—Y esa es nuestra señal para irnos —Agarré a Stella del brazo, negando con la cabeza, mientras la arrastraba fuera de la tienda antes de que me hiciera pasar más vergüenza.

Capítulo Veintiuno

Amber

Stella y yo estábamos disfrutando de nuestro té Earl Grey en la pastelería Lesta's Cakes mientras esperábamos a que Scotty y Dean terminaran en la tienda de trajes de etiqueta. La pastelería se había hecho famosa después de que la dueña, Lesta, hubiera arrasado con la competencia en un episodio del concurso de cocina de Netflix «Sugar Rush».

La pastelería estaba abarrotada, y me sorprendió que hubiéramos podido conseguir una mesa tan rápido. Había otras ocho parejas probando pasteles para sus bodas, así como otros clientes que no venían por ninguna boda y sólo estaban deleitándose en los famosos y premiados pastelitos y pasteles de Lesta.

—Ahí están —dijo Stella, señalando por la ventana a nuestros apuestos chicos que se acercaban a la pastelería con un paso animado.

El mero hecho de ver a Scotty hizo que mi corazón se agitara. Me sorprendió lo mucho que estaba llegando a sentir por él en tan poco tiempo. Podía decir con toda honestidad que era más que atracción o simple afecto, y definitivamente más fuerte que el deseo carnal.

Les saludé con la mano cuando entraron por la puerta principal.

—Este sitio es una locura, debe de ser bueno —Dean inhaló el aroma en el ambiente mientras se sentaba—. No hay nada como el olor a algo recién horneado.

—Estoy de acuerdo. Estoy deseando probar los pasteles —Scotty se inclinó para darme un beso y luego se sentó a mi lado—. Todo listo con el alquiler de los trajes, pero los ajustes tardarán una semana. Me pregunto cómo demonios encontraste un vestido de novia tan rápido.

—Supongo que estaba destinado a ser para mí —dije.

—Tuvimos un pequeño drama en la primera tienda —comentó Stella con una risita—. Hubo un malentendido entre una clienta y una dependienta grosera sobre un vestido.

—¡Oh, oh! ¿Hubo lucha de mujeres? —Los ojos de Dean se iluminaron al preguntar—. ¿Cómo una de esas trifulcas de las rebajas en la que dos novias pelean por el mismo vestido, y luego lo hacen trizas y al final nadie se lo queda?

—No exactamente —Stella resopló—. Nunca entenderé por qué a los hombres les parece divertido ver a dos mujeres pelearse. Vemos a hombres peleando todo el tiempo y no es entretenido para nada.

Scotty se encogió de hombros y dijo:

—Creo que a algunos tíos les hace gracia la idea de «lucha de mujeres», y no el acto en sí de pelear, pero dejemos a un lado la imaginación desbordada de Dean. ¿Qué pasó realmente?

—Amber encontró un vestido que le quedaba de ensueño. Estaba lista para comprarlo, pero apareció otra mujer y dijo que se suponía que era suyo porque lo había reservado. Resumiendo, Amber dejó que la mujer angustiada se quedara con el vestido y nos fuimos, irritadas por el

comportamiento de la dependienta y la falta de compasión y consideración que mostró hacia la otra novia. Luego estuvo el fiasco del vestido de sirena en la segunda tienda. Fue bastante gracioso.

De ninguna manera quería que los chicos oyeran la historia de cómo casi me hago pis en un vestido, así que le di una patada a Stella por debajo de la mesa, lo suficiente para llamar su atención.

Stella me miró con los ojos entrecerrados, frotándose la pierna bajo la mesa:

—En fin, luego encontró otro vestido que le gustó aún más y fin de la historia.

Scotty me cogió la mano y me la apretó:

—Has sido recompensada por tu bondad —Sonrió, se acercó más, pero dudó.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—Estaba a punto de besarte en la mejilla, pero luego recordé que estaba estrictamente prohibido en nuestra relación, así que me quedé congelado en tierra de nadie, porque estabas en un ángulo donde tus labios no eran fácilmente accesibles —Scotty se rió entre dientes.

—Esto no es mecánica cuántica —Giré el trasero en la silla para mirarle, luego le agarré del cuello y le acerqué hasta que nuestros labios se encontraron—. ¿Ves? Pan comido —Le guiñé un ojo seductoramente.

—Tantas reglas —dijo Stella, negando con la cabeza incrédula. Pestañeó con coquetería a Dean y le ofreció una sonrisa provocativa—. Tú puedes besarme donde quieras, cuando quieras y como quieras. ¿Entendido?

—¡Entendido! —dijo él, saludando como un militar—. ¿Tienen una trastienda en este sitio? Me encantaría aprovechar tu oferta al máximo, inmediatamente —Se inclinó para darle un beso apasionado para demostrar de lo que estaba hablando.

—Oye, ¿tu prima loca te ha dejado ya en paz? —preguntó Dean de la nada, aún sin aliento por el beso.

—Sí. Sorprendentemente, ha desaparecido por completo —dije—. No estoy segura de si estoy contenta o asustada.

—Tu pequeño plan de fingir que aún vas a casarte con Recto Ryan está funcionando de maravilla —dijo Stella.

El intercambio entre Dean y Scotty fue bastante cómico. Podía ver que ambos querían saber de qué estaba hablando Stella, pero tenían miedo de preguntar. Le lancé una mirada severa, ya que esos apodos se suponía que eran solo entre ella y yo. Con suerte, los chicos no le darían mucha importancia, pero sería una decisión sabia por mi parte hablar de otra cosa.

Me aclaré la garganta dije:

—Estoy segura de que las muestras de tarta son...

—Un momentito —dijo Dean, levantando un dedo y riéndose—. ¿Quién demonios es Recto Ryan? ¿Estás hablando de ese proctólogo gigante?

Intento fallido de cambiar de tema.

Scotty se inclinó más cerca, tratando de leer mi cara y dijo:

—¿Recto Ryan? ¿En serio?

Suspiré y dije:

—Vale, aquí va la historia... Stella les puso apodos a todos los Ryans, porque sería más fácil distinguirlos ya que todos tenían el mismo nombre. ¡Eso es todo! No hay nada más.

Scotty se rió y respondió:

—A menos que le llamaras así a la cara.

—No, claro que no —dije—. Nunca haría eso.

—Ilumínanos, ¿cuáles son los apodos para los otros Ryans? —preguntó Dean.

Hice un gesto a Stella:

—Puedes decírselo, ya que no sabes guardar un secreto.

Stella se inclinó hacia adelante en su silla, como si hubiera estado deseando contárselo a alguien más. Les explicó sobre cada apodo de los Ryans y terminó la historia con:

—Ahí lo tenéis, todos los Ryans con los que Amber ha salido.

—No todos —dijo Scotty—. ¿Qué hay de mí? ¿Cuál es mi apodo?

Miré al otro lado de la mesa a Stella y dije:

—Es verdad, nunca le pusimos uno.

—Eso es porque él es un Scotty, no un Ryan —dijo ella.

Scotty se encogió de hombros y respondió:

—No es justo que los otros tíos tengan un apodo y yo no. Dadme algo bueno. Quizás relacionado con el café.

Stella sonrió y dijo:

—Ryan Robusto. ¡Puede ser bueno!

Scotty resopló aire de frustración y dijo:

—No lo es, ya que no uso Ryan. Inténtalo de nuevo usando Scotty.

Tuve que pensarlo por un momento y después dije:

—Vale, creo que lo tengo. Eres Scotty el Macizo —Me reí, porque estaba buenorro, y era totalmente cierto.

—¡Muy bien! —dijo Stella.

Scotty negó con la cabeza, tratando de ocultar su diversión:

—Esto va de mal en peor.

Dean también se cruzó de brazos y dijo:

—¡Eh! ¿Y yo qué?

—Sois tan exigentes los hombres —dijo Stella, haciendo un gesto a la dueña Lesta, que acababa de llegar con una bandeja enorme cargada de trozos de tarta y cuatro platos—. Tendrás que esperar porque es hora de degustar la tarta de vuestra inminente boda.

—Muy bien, allá vamos —Lesta colocó las muestras de tarta en la mesa, los cuatro platos y tenedores—. El muestrario tiene ocho sabores que ofrecemos para bodas, cada uno claramente etiquetado para que sepáis lo que estáis probando. El de trufa de chocolate y frambuesa es el más popular, pero el de almendra tostada con crema pastelera le sigue muy de cerca. Mi favorito es el red velvet con relleno de queso crema, pero no dejéis que influya en vuestra decisión. ¿Alguno de vosotros tiene problemas con los frutos secos, el gluten o alguna otra cosa?

Dean fue el único que habló, levantando la mano:

—Frutos secos.

—Debes evitar la tarta de plátano y la de almendra tostada. Con el resto no hay problema —dijo Lesta, señalando hacia el mostrador—. Tengo que volver, pero hacedme saber si tenéis alguna pregunta. Disfrutad.

—Gracias —dije, mirando la enorme bandeja con grandes y gruesas porciones de cada sabor —. Vaya. Esto es mucho.

Stella puso cara de batalla y cogió un tenedor, lista para dar el primer bocado:

—Podemos con ello —insistió entre risas.

—¡Ay, Dios mío! —Una mujer cercana saltó de su asiento, con los ojos pegados a su teléfono—. Esto no puede estar pasando —Pasó por nuestra mesa, derramando su café en el suelo mientras salía corriendo por la puerta.

—Me pregunto de qué iba todo eso —dijo Scotty.

—Quizás alguien le robó su vestido de novia —dijo Dean.

—Lo dudo mucho —dijo Stella, mirando al suelo—. Pero eso necesita limpiarse antes de que alguien se resbale y se rompa el cuello.

—Iré a buscar a un empleado —Deslicé mi silla para levantarme, pero entonces vi a un hombre a punto de pisar el líquido—. ¡Cuidado!

Era demasiado tarde.

Como si lo estuviera viendo a cámara lenta, las largas y delgadas piernas del tipo volaron por debajo de él. Extendió la mano y se agarró a nuestra mesa para estabilizarse, pero acabó volcando la mesa completamente, nuestros tés y las muestras de tarta, todo, estrellándose contra el suelo junto con el hombre.

Toda la pastelería quedó en silencio.

Scotty se puso de pie de un salto, enderezando la mesa y comprobando cómo estaba el hombre.Dijo:

—¿Está usted bien?

—Estoy bien —dijo el hombre—. Mojado, pero bien. No hay huesos rotos.

Scotty pasó por encima del desastre y le tendió la mano, ayudando al hombre a ponerse de pie. El suelo era un completo desastre y nuestras muestras de pastel estaban destrozadas.

Lesta se acercó frenéticamente, con la preocupación plasmada en su rostro:

—¿Se ha hecho daño?

El hombre negó con la cabeza y miró hacia abajo con tarta cubriendo casi cada centímetro de su ropa, y se sacudió algo de glaseado con la mano:

—Estoy bien, solo un poco avergonzado.

—Bueno, no fue culpa suya —dijo Stella—. La mujer que acaba de salir derramó café por todas partes. Intentamos advertirle.

Él asintió y dijo:

—Os oí cuando lo estaba pisando, pero ya era demasiado tarde.

—Me alegro mucho de que no se haya lesionado —Lesta hizo un gesto a un empleado—. Vamos a limpiar esto inmediatamente y a trasladar a los cuatro a esa mesa que acaba de quedar libre. Señor, si quiere algo del menú, corre por cuenta de la casa.

El hombre negó con la cabeza y dijo:

—Gracias por la oferta, pero ya he tomado dos deliciosos pastelitos y me dirigía a la puerta para irme. No hay razón para preocuparse, estoy perfectamente bien. Voy a usar vuestro baño para limpiarme un poco. No quiero ensuciar mi coche.

Después de trasladarnos a la otra mesa, Dean se sentó y dijo:

—Eso ha sido un poco caótico.

—Sí —dije, contenta de que el hombre no se hubiera hecho daño—. Qué día más raro. Primero con el incidente del vestido, y ahora con esto. No es que no sea un buen día, pero es raro al mismo tiempo.

—Quizás vosotros dos tengáis una maldición —dijo Dean.

Scotty puso los ojos en blanco:

—Ya estamos otra vez.

Lesta volvió y colocó una bandeja gigante de pastelitos en nuestra mesa:

—Lo siento mucho, pero no nos quedan más muestras de tarta de boda que no estén congeladas o reservadas para otras parejas que vienen hoy. Puedo reservar otro día cuando os venga bien, pero por favor, disfrutad de estos pastelitos por cortesía de la casa. Les traeré más té

para todos.

Negué con la cabeza y dije:

—Muchas gracias por el gesto tan amable, aunque lo que pasó no fue culpa de la pastelería. Me alegro de que el hombre esté bien.

—Yo también —dijo Lesta—. La buena noticia es que estos pasteles son de los mismos sabores que las muestras de tarta que ibais a probar, así que os darán una buena idea de lo que podéis esperar la próxima vez, excepto por los mensajes que tienen. Son para distintas ocasiones. Siempre hacemos de más. Siento mucho el tiempo perdido de hoy.

—Por favor, no te preocupes —dijo Scotty, sonriendo—. Los comeremos encantados y no hay nada por lo que disculparse.

—Gracias —dijo Lesta, volviendo al mostrador.

Dean cogió el primer pastelito, miró la parte superior y lo volvió a mirar antes de leerlo:

—Descansa en paz, Jim —Frunció el ceño—. No tenía ni idea de que se sirvieran pastelitos en los funerales.

Stella negó con la cabeza y dijo:

—Lo más probable es que fuera para un memorial o una celebración de la vida, ya que suelen tener comida en esos eventos.

Satisfecho con su respuesta, Dean le dio un mordisco y dio un suspiro de satisfacción:

—Este red velvet está para morirse.

Stella leyó lo que estaba escrito encima del pastel de trufa de chocolate y frambuesa:

—¡Es una niña! —Le dio un mordisco, suspirando de gusto—. Quizás sea una señal. Tenéis que llamar Ryanna a vuestra primera hija —Le dio otro mordisco.

Scotty cogió un pastelito de especias:

—Parece que alguien ha estado hablando de nuestra cena de anoche —Le dio un mordisco—. Oh, este está buenísimo.

Me encogí de hombros y dije:

—No puedes culparme por querer presumir de una inolvidable velada con mi prometido.

—No puedo —Scotty sonrió y sostuvo su pastel frente a mi boca para que yo lo mordiera.

Era romántico y dulce. Y no solo eso, había tal delicadeza en la forma en que lo hacía. Ese simple gesto me llegó al alma, haciéndome sentir valorada.

Le di un mordisco, enamorándome al instante del sabor:

—Está delicioso —dije, y a continuación fui a por el de almendra tostada y lo giré para que todos lo leyeran.

—¡Feliz centésimo cumpleaños! —dijo Dean—. ¿Os imagináis eso?

—Me encantaría verte a los cien años —me dijo Scotty.

Levanté la palma en su dirección y dije:

—No tendrás un botón de avance rápido, ¿verdad? Porque si es así, voy a tener que confiscártelo.

Scotty sonrió entre dientes y dijo:

—Lo siento, pero solo tengo un botón de pausa.

—Perfecto. Porque me hace ilusión envejecer contigo, y no quiero que ocurra demasiado rápido —dije, sorprendiéndome a mí misma más de lo que pensaba, porque lo decía en serio. Estaba segura de que mis mejillas se habían sonrojado, ya que podría haber sido la primera vez que le decía algo tan romántico a Scotty.

—Lo mismo digo —dijo Scotty, besándome y luego dando un mordisco a mi pastel de almendra tostada cuando lo acerqué a su boca.

Un empleado trajo nuestros tés y más servilletas. Mientras devorábamos los pasteles uno a uno, no pude evitar regocijarme al darme cuenta de lo afortunada que era. El plan había sido casarme por dinero, pero esto se estaba convirtiendo rápidamente en amor. Amor del bueno.

Podía sentirlo en mis huesos.

De hecho, estaba ocurriendo tan rápido que daba un poco de miedo. Pero me resistía a creer que esto fuera demasiado bueno para ser verdad, o que algo estaba destinado a salir mal para estropearlo todo. No era una persona supersticiosa y nunca había creído en la Ley de Murphy.

Después de mi primera experiencia matrimonial, merecía ser feliz.

Scotty era un buen hombre, con una larga lista de cualidades que admiraba de él. Era genuino, divertido, inteligente, digno de confianza, leal y apasionado sobre todo lo que amaba y en lo que creía.

Era en lo único que necesitaba centrarme.

—Estos son los mejores pasteles que he probado en mi vida —dijo Dean—. Deberíamos ofrecer un par de estos sabores a nuestros clientes. Se los comerían con ganas. ¿Qué opinas?

Scotty inclinó la cabeza pensativo:

—No es mala idea en absoluto, y tenemos espacio en nuestra vitrina.

Dean se puso de pie de un salto y dijo:

—Hablaré con Lesta. Y creo que voy a coger unas cuantas muestras de pasteles. Para investigar, por supuesto.

—Me sentiría fatal si no te ayudara con esa investigación —dijo Stella.

Se alejaron de nosotros, partiéndose de risa por el camino.

—Hacen una pareja muy mona —dije, viendo cómo Dean rodeaba con el brazo los hombros de Stella mientras miraban los pasteles en la vitrina.

—Aunque no tan monos como nosotros —Scotty me cogió la mano—. ¿Estás nerviosa por casarte?

La pregunta me sorprendió. Entiendo por qué lo preguntó. Era igual de rápido para él que para mí. Realmente quería saber qué pasaba por su mente y decidí que no había mejor momento que el presente para averiguarlo.

—Sé que sientes la misma chispa que yo, lo cual es maravilloso —dije—. Hay algo bonito entre nosotros. Puedo sentirlo. Y también siento que tenemos una oportunidad enorme de tener un matrimonio con éxito porque ambos nos respetamos. Así que, para responder a tu pregunta, sí, estoy un poco nerviosa, pero porque es un gran paso, no porque me esté casando contigo y tenga dudas. ¿Cómo te sientes tú con todo esto?

Scotty no perdió ni un momento en mostrármelo. Me atrajo hacia sus brazos y me besó con toda la pasión que yo estaba sintiendo. Cuando el beso terminó, nos miramos a los ojos. Me alegré de haber hablado. Su simple reacción me dijo todo lo que necesitaba saber sobre el hombre con el que estaba a punto de casarme.

—Siento lo mismo —dijo Scotty—. Estoy más que sorprendido. Nunca planeé casarme de nuevo. Hasta que te conocí.

Lo había vuelto a hacer. Tenía una forma de decir justo lo que necesitaba oír.

—Considero el primer matrimonio más bien como una ronda de práctica, no como un fracaso. Aprendes de tus errores, y luego lo haces mucho mejor la próxima vez que lo intentas. El truco es no rendirse en el amor.

Sonreí y dije:

—Esa es una gran forma de verlo. ¿Crees que solo hay una persona en el mundo destinada a estar contigo? ¿Tu alma gemela?

—Creo en las almas gemelas —dijo Scotty—. Pero también creo que algunas personas tienen la suerte de tener dos en su vida. O incluso más.

—¿Al mismo tiempo? —bromeé—. Eso va contra la ley en muchos países.

Se rió y dijo:

—Hablo en serio. No hay reglas escritas que digan que sólo puedes tener un alma gemela. Mientras se esté abierto a la posibilidad de conocer a alguien nuevo, creo que el Universo hará que suceda. Mi primer matrimonio no fue lo que esperaba, pero siempre supe que conocería a alguien más con quien estaba destinado a estar, casándome o no. Esa eres tú. El destino nos unió.

—El testamento del tío Pío nos unió. Si fuera el destino, eso significaría que nos habríamos enamorado incluso sin su testamento.

—Y creo que lo habríamos hecho tarde o temprano —dijo Scotty.

Incliné la cabeza hacia un lado:

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque yo me habría asegurado de ello —Se inclinó y me besó.

Scotty se estaba volviendo cada vez más dulce y encantador. Al principio, pensé que estaba causando estragos en mis hormonas, que tal vez esto era simplemente una atracción entre dos personas que se gustan mucho. Me equivocaba. Lo que estaba pasando entre nosotros dos era mucho más que eso. Era algo tan profundo que venía directamente del corazón antes de sumergirse en lo más profundo de mi alma. Tragué saliva con dificultad, dándome cuenta de algo realmente poderoso y alucinante. No me estaba enamorando de Scotty.

Ya me había enamorado.

Profundamente.

Había otra cosa que sabía con certeza; iba a estallar si no expresaba mis sentimientos inmediatamente. Tenía que decírselo.

Me acerqué más a él y fijé mi mirada en la suya:

—Te quiero.

La boca de Scotty se abrió de par en par.

Se había quedado sin palabras.

Me quedé sin aliento, esperando que eso fuera bueno, no malo.

—Di algo —dije, sin tener la paciencia para esperar.

—Lo siento, me has pillado desprevenido con eso, pero de buena manera —Scotty me tomó la cara con ambas manos, acariciando mis mejillas con los pulgares, tragando saliva con dificultad—. Yo también te quiero, Amber. He querido decírtelo desde hace mucho tiempo, pero tenía miedo de hacerlo porque no sabía cómo te lo tomarías. Además no quería asustarte. Luego empezaste a salir con esos tíos raros, y no sabía qué hacer —Se pegó a mí—. Te quiero. Profundamente —Me besó, suavemente, con más sentimiento y pasión que nunca.

Mi corazón no podía soportar mucho más.

—¡Buenas noticias, Lesta dice que sí! —dijo Dean, interrumpiendo nuestro momento—. Le dije que charlaríamos durante la semana y concretaríamos los detalles —Levantó una caja blanca que sostenía en la mano—. Y tengo mi material de investigación listo para llevar.

Scotty sonrió y miró la caja:

—Espero que hayas comprado suficiente material de investigación para el resto de nosotros —Se puso de pie y me tendió la mano—. Probablemente deberíamos dejar que alguien más ocupe nuestra mesa. Me han encantado todos los pasteles, pero hasta ahora, mi voto es para el de trufa de chocolate y frambuesa.

Tomé la mano de Scotty y me levanté:

—El mío también.

—Red velvet —dijo Stella.

Dean se terminó su té, sonrió y dijo:

—Red velvet para mí también.

Negué con la cabeza y dije:

—¿Por qué no me sorprende? Es un empate. Bueno, tal vez uno de nosotros cambie de opinión cuando volvamos la próxima vez.

Reservamos hora para el día siguiente, y le dimos las gracias a Lesta por los pasteles y el té.

Fuera de la pastelería, Scotty me tomó de la mano:

—Una cosa más tachada de la lista. Ahora, necesitamos concretar realmente el lugar de la ceremonia y el del banquete.

—¿Qué te parece celebrar nuestra ceremonia de boda en el acantilado frente al océano en el parque Cuvier? —pregunté—. Vi una ceremonia allí la semana pasada, y fue preciosa. Miré su calendario en Internet y hay algunas fechas disponibles.

La mirada de Scotty se detuvo en mí, lo que hizo que mi estómago diera un vuelco:

—Me encantaría.

—Eso es perfecto —dijo Stella—. ¿Qué hay del banquete? Puede que no sea fácil encontrar algo a última hora. Solo faltan diez días para el gran día.

—Mi madre me envió un mensaje mientras estaba en la sastrería—dijo Scotty—. Dijo que hacen banquetes de boda en Bali Hai en Shelter Island. Siempre podemos hacer una boda entre semana si ya tienen los fines de semana reservados. ¿Qué os parece un banquete de boda con temática polinesia? La vista no podría ser mejor, justo al lado del agua.

—Perfecto, siempre y cuando pueda cambiarme a un vestido con estampado tropical para el baile —dije.

Scotty sonrió y dijo:

—Eso suena genial, aunque no te sorprendas si intento convencerte de que lo cambies por una falda de hula.

Nos reímos juntos y nos dirigiamos al parking, cuando fuimos interrumpidos por la última persona del mundo que quería ver.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Mercedes la Miserable, sentada en el capó de su Mazda Miata naranja descolorido de los noventa, con una matrícula que decía «Dámelo».

Llevaba una blusa negra con una falda a juego y gafas de sol enormes, pero su sonrisa era aún más oscura. Maliciosa, de hecho. Con una pierna cruzada sobre la otra y la cabeza echada hacia atrás, casi parecía que estuviera posando para algún calendario de coches.

«Bruja del Mes», supuse.

—Si no es otra que la pareja que finge ser feliz —dijo Mercedes.

La miré con desdén y dije:

—¿No te cansas de no tener vida propia?

—Qué gracioso que lo preguntes, porque sí —respondió—. Pero todo eso va a cambiar pronto, y tengo cinco millones de razones para ello.

La fulminé con la mirada:

—Ahórratelo. Pudiste asustar a los otros tíos, pero esta vez te vas a quedar con las ganas. Esto es real. Estamos enamorados, y nada de lo que puedas hacer o decir va a convencerle de que no se case conmigo.

—Tiene razón —dijo Scotty—. Estás perdiendo el tiempo. No voy a cambiar de opinión por nada del mundo.

Mercedes la Miserable se deslizó del capó y dio un paso hacia nosotros, lista para entrometerse en nuestras vidas:

—Oh, no voy a intentar convencerte de que no te cases con ella.

Parpadeé con sorpresa, sin esperar eso de ella.

¿Qué se traía entre manos ahora?

Mercedes negó con la cabeza despacio y con vehemencia:

—No, no, no, tengo algo mucho más grande preparado, y tendréis que esperar para ver qué es. ¡Mi próximo movimiento va a ser de órdago!

¿De qué estaba hablando?

La mujer se había vuelto completamente loca.

Dando fe de ello, Mercedes la Miserable lanzó un chillido histérico y se pavoneó de camino a su Miata, entrando y cerrando la puerta de un portazo. Después de arrancar, aceleró el motor, cada vez más fuerte, con los ojos clavados en los míos.

—No me digas que va a intentar salir derrapando con esa cosa —dijo Dean.

—Ciertamente lo parece —respondió Stella.

El motor sonaba como si estuviera gritando ayuda.

Mercedes la Miserable se asomó por la ventanilla y dijo:

—¡Hasta luego, perdedores! —Aceleró el motor varias veces más, y luego soltó el embrague.

El estruendoso estallido fue tan fuerte que todos dimos un respingo hacia atrás.

El humo comenzó a salir de debajo del capó del coche.

Golpeó el volante, soltó un grito asesino, luego salió y cerró la puerta del coche pillando su falda. Fue una pena que lo que pasó a continuación no quedara grabado en vídeo.

Intentando apartar el humo que se arremolinaba frente a su cara, perdió el equilibrio, y su impulso hacia adelante le rajó la falda por la mitad, dejando al descubierto unas bragas de abuela muy generosas con lunares negros.

—Mis pobres ojos —dijo Dean—. Voy a tener pesadillas.

Mercedes hizo lo que pudo para cubrirse, luego volvió a entrar en el coche y se asomó de nuevo por la ventanilla, agitando el puño apuntándome:

—¡Esto no ha terminado! ¡Ya verás!

Scotty se volvió hacia mí:

—¿Cómo es posible que seáis familia?

Me encogí de hombros y dije:

—Me hago esa pregunta todos los días.

Capítulo Veintidós

Scotty

Una semana después...

Paré junto al acantilado frente al Océano Pacífico en Cuvier Park y contemplé las olas rompiendo contra las rocas. Inhalé profundamente el aire fresco, sintiéndome el hombre más afortunado del planeta.

—Qué día tan espléndido —Dean me dio una palmada en la espalda y luego me apretó el hombro—. No puedo creer que seamos los primeros en llegar. Eso es demasiada presión para un hombre. ¿Deberíamos irnos y volver?

Me reí entre dientes y me di la vuelta, mirando a mi alrededor:

—Creo que me siento algo nervioso pero a su vez muy ilusionado por el ensayo.

—Decir algo nervioso es quedarse corto —dijo Dean—. Me sorprende que no hayas pasado la noche aquí.

La idea no parecía tan descabellada.

No veía la hora de que Amber fuera mi esposa.

Los últimos siete días habían pasado en un abrir y cerrar de ojos, inseparables, entre la planificación de la boda y el simple deseo de no querer pasar ni un minuto lejos del otro.

Con la ayuda de Dean y Stella, reservamos el restaurante polinesio, Bali Hai, para el banquete, así como el DJ, el fotógrafo y el videógrafo. Mi madre había insistido en encargarse de las flores. Volvimos a la pastelería de Lesta's Cakes, como acordamos, y sorprendentemente todos estuvimos de acuerdo en el pastel de trufa de chocolate y frambuesa. Afortunadamente, esta vez no hubo incidentes.

Las invitaciones se enviaron electrónicamente ya que no queríamos arriesgarnos a que el correo pudiera llegar tarde, aunque ya habíamos contactado por teléfono con todos los de la lista. Al no querer hacer una boda grande, puesto que este sería el segundo matrimonio para ambos, decidimos hacer algo más íntimo de treinta y cinco invitados, incluyendo el cortejo nupcial, el abogado y la oficiante, que era un amiga de la familia. Incluso reservamos nuestra luna de miel a Italia.

Todo estaba listo.

Bueno, todo excepto el decreto de divorcio que aún estaba esperando.

Honestamente, no sé cómo no tenía ya una úlcera. A estas alturas mi estómago estaba más que revuelto. Tenía la boca seca. ¿Eran estos los nervios pre-boda o era mi cuerpo reaccionando al hecho de que técnicamente aún no podía casarme con Amber?

—¿Alguna novedad en el tema del divorcio? —preguntó Dean, leyéndome el pensamiento.

Negué con la cabeza y dije:

—Nada aún. Comprobé el estatus por Internet y también llamé a Iggy y al juzgado antes de que llegaras, pero la sentencia sigue pendiente. Va a suceder en cualquier momento. Tengo que seguir mirando.

Desde que Iggy me dijo que podía comprobar el estado de mi divorcio en Internet, me había obsesionado con ello, mirándolo diez o doce veces al día, quizás más.

—Supongo que probablemente no sea buena idea pensar en eso ahora —dije.

—Completamente de acuerdo —dijo Dean—. Todos deben estar al llegar de un momento a otro.

Estábamos esperando a Amber y Stella, a mis padres y a la oficiante, para hacer un ensayo rápido de la ceremonia. El plan era que todos cenáramos juntos después.

Desafortunadamente, los padres de Amber no podrían asistir, lo cual me entristecía. Su razón para no venir desde Alaska era que tenían compromisos previos de los que no podían librarse. Amber y yo no pudimos evitar preguntarnos si era una excusa y que tal vez, en realidad, no querían venir porque creían que nos casábamos por dinero, no por amor.

De cualquier manera, ella me dijo que no me preocupara por eso, y que sus padres pronto se darían cuenta de que lo nuestro era amor cien por cien auténtico.

—Las chicas están aquí —dijo Dean, señalando hacia la calle donde estaba aparcando el coche de Stella.

—Y mis padres —dije, viéndolos aparcar dos coches detrás del de Stella.

Supuse que el tercer coche detrás de mis padres era el de la oficiante, Faye.

Todo iba según lo previsto.

Amber me regaló su sonrisa más amplia mientras se acercaba, luego me besó y me rodeó con sus brazos:

—Está ocurriendo de verdad. Voy a casarme con alguien a quien realmente amo.

—Es auténtico —Sonreí—. Nada nos va a detener ahora.

Mis padres se quitaron los zapatos y se acercaron descalzos sobre la hierba fresca. Llevaban conjuntos a juego completamente blancos, vestidos como si fueran a una boda en una playa de Hawái. Mi madre tenía flores rojas en el pelo, y mi padre un ramillete del mismo color en el bolsillo de su camisa de seda.

—Os dais cuenta de que esto es el ensayo, ¿verdad? —les dije, riéndome entre dientes.

—Solo estamos practicando —dijo mi padre, dándome un abrazo.

Mi madre alargó la mano y me pellizcó la mejilla entre el índice y el pulgar, luego apretó más fuerte moviéndola como me hacía mi abuelo de pequeño:

—¿Estás seguro de que comes lo suficiente? —Me miró de arriba a abajo.

—Me he comido como diez kilos de tarta esta semana —dije—. ¿Tú qué crees?

—¡No es suficiente! —Me besó en la mejilla, atrayéndome hacia ella para darme mi abrazo favorito—. Y aquí está mi querida y dulce futura nuera —Le dio un gran abrazo a Amber también—. Vas a tener el ramo de novia más bonito que una novia pueda desear.

—Gracias, Eileen —dijo Amber sonriendo—. Realmente aprecio que te encargues de las flores.

Intercambiamos mil abrazos, besos y sonrisas con todos los asistentes.

Después de presentarle Stella a mis padres, ella se acercó a mi madre y susurró:

—Amber dice que haces el mejor bizcocho con un ingrediente muy especial.

Amber se cubrió la cara y dijo:

—Esa historia me va a perseguir el resto de mi vida.

—Fue un error inocente —dijo mi madre—. Ahora me pregunto cómo no se me ha ocurrido traer algunos de esos bizcochos conmigo.

—Eso mismo —dijo Stella, moviendo las cejas.

Amber se acercó y me susurró:

—Muy pronto, seré Amber Scott. Suena muy bien.

Le cogí la mano y se la apreté:

—Mejor que bien.

Faye, la oficiante, llamó la atención de todos, lista para ponerse manos a la obra:

—Bien, podemos empezar ahora —Dio instrucciones sobre el punto de entrada para el cortejo y lo que seguía a todos los miembros de la ceremonia—. Luego, después de que os beséis...

Dean interrumpió, sonriendo:

—Tal vez deberían practicar el beso.

—No es mala idea —dijo Faye.

—No tengo ningún problema con eso —Atraje a Amber hacia mí y la incliné, antes de darle un beso con todo lo que sentía por dentro.

Ella se incorporó, un poco desorientada:

—Vaya.

—¡Bravo! ¡Qué beso tan profundo para dos personas que están fingiendo su relación! —dijo Mercedes la Miserable, aplaudiendo mientras se acercaba—. Es una verdadera lástima que nunca os vayáis a casar.

—¿Quién es esta? —preguntó mi padre.

—La prima de Amber —dije—. Está loca. Larga historia, pero parece que Amber va a encargarse de ella ahora mismo.

Amber se separó de mí y se dirigió furiosa hacia su prima. Había una ferocidad en sus ojos que nunca había visto antes. Si Mercedes no hubiera sido como un grano en el trasero, casi sentiría lástima por ella, pero no estaba de humor para sentir compasión, hoy no. Con esa boca que tiene esa mujer, no se sabía lo que podría estar a punto de soltar.

—Vete o voy a llamar a la policía —dijo Amber—. Ahora.

Estaban prácticamente nariz con nariz.

Mercedes la Miserable se rió y dijo:

—Vale, vale, no te alteres. Me iré de aquí pronto. Tienes que admitir que mi tasa de éxito en rastrear a tus varios Ryan Scott y deshacerme de ellos es bastante impresionante. ¿Nos deshacemos de otro? —Sonrió—. ¡Creo que sí! Tengo algunas noticias de última hora que definitivamente te interesarán.

—Nada de lo que puedas decir va a cambiar el hecho de que me voy a casar —dijo Amber—. Ya te he dicho que estás perdiendo el tiempo.

—Bueno, voy a tener que discrepar contigo ahí, ingenua prima mía —dijo Mercedes, mirándose las uñas despreocupadamente—. Porque el hombre con el que planeas casarte, Scotty, también conocido como el señor Ryan Scott tercero, aún no se ha divorciado de Tiffany Scott, su mujer legítima. ¿Puedes creerlo? Vas a casarte con un bígamo. Algo me dice que no irás a visitarlo mientras esté en la cárcel —Se llevó dos dedos a los labios, soltando una risita—. Ups.

Mi peor pesadilla se estaba cumpliendo ante mis propios ojos.

Tragué saliva con dificultad mientras mis músculos se tensaban.

Mis párpados estaban temblando.

Un repentino mareo me invadió de arriba abajo.

Me dolía el pecho, siéndome difícil respirar.

—¿De verdad esperas que me crea esa historia ridícula? —preguntó Amber—. En serio, ¿crees que soy tan tonta?

Mercedes la Miserable pareció considerarlo y dijo:

—Honestamente, pienso que eres más estúpida de lo que creía, si no me crees. Tengo mi propio investigador privado. Estoy segura de que eso ya lo sabías. Puede que sea legal tener dos esposas en algunos países, pero está mal visto y es ilegal en los Estados Unidos. Y si aún piensas que miento, pregúntale a tu no-futuro marido.

Fue entonces cuando Amber me miró. Después de hacer contacto visual, vi cómo el color desaparecía de su rostro.

Mercedes la Miserable se empezó a reír a carcajadas, lo que hizo que el pulso en mi cuello se acelerara:

—Adelante. Pregúntale. Prometo irme después de que tengas tu respuesta.

Amber continuó mirándome fijamente. Su boca se abrió, pero pude ver la vacilación. Se volvió hacia Stella, luego de nuevo hacia mí, estudiándome. Probablemente preguntándose por qué yo no lo negaba.

En realidad, todos los ojos estaban puestos en mí. Me sentía como un ser humano horrible, aunque nunca pretendí hacer daño a nadie, y menos a Amber.

«Di algo. Ella lo entenderá».

—Amber... puedo explicarlo... —No tenía ni idea de qué decir o cómo iba a salir de esta.

—No —dijo, llevándose la mano al pecho como si se le estuviera rompiendo el corazón—. Esto no puede estar pasando.

Nunca olvidaré esa expresión en su rostro. Era una rara mezcla de horror, decepción y dolor.

Mercedes hizo burlonamente un gesto de aprobación con los pulgares, mostrando una sonrisa de suficiencia y satisfacción:

—Buena suerte encontrando a otro Ryan Scott antes de la fecha límite del tío Pío. Y aunque encuentres a otro, estaré encima de él como una lapa —Sonrió de nuevo—. ¡Gracias! ¡Ha sido un placer estar aquí! —Se carcajeó otra vez y se alejó, como si su misión hubiera terminado.

Tragué saliva de nuevo, tratando de encontrar las palabras adecuadas para suavizar esto:

—No es lo que piensas, Amber. No he visto a Tiffany en dos años. He estado esperando que el decreto de divorcio sea firmado por un juez y procesado por el tribunal. Ya debería tenerlo a estas alturas. Está al caer, de verdad.

—Para ya —Amber levantó la mano—. ¿Cómo se supone que voy a creer algo de lo que dices? Al mentirme, te has cargado mi confianza por completo. Dejé mi trabajo porque creía en ti. Creía en nuestro amor, me dio el valor para finalmente irme, porque Stella y yo abriríamos nuestro nuevo negocio. Había un propósito en lo que estábamos haciendo, no solo un sueño imposible después de años de aguantar abusos de un jefe idiota y explotador.

La cara de Amber pasó de perder el color a un rojo brillante y sus manos le temblaban. El dolor que estaba sintiendo se hacía más prominente cuanto más hablaba. No parecía que estuviera cerca de terminar.

—Y no solo eso... cuando me di cuenta de que realmente estaba enamorada de ti, volví a creer en el matrimonio —Amber negó con la cabeza decepcionada, mirando al cielo por un momento—. Nunca pensé que eso iba a ser posible después de lo que pasé con mi ex. Pero has roto mi confianza, igual que él.

Sus palabras me desgarraron. Todo lo que dijo era cierto. Incluso yo estaba conmocionado por la dimensión de lo que mi secreto había acarreado.

—Por favor, créeme —supliqué—. No estaba intentando engañarte.

—Para no intentarlo siquiera, ciertamente hiciste un trabajo de primera —dijo Amber, apenas pudiendo pronunciar sus palabras—. No sé quién eres —Entonces hizo algo que casi me dejó sin aliento. Se quitó el anillo de compromiso y se lo entregó a Dean—. Dale esto a tu amigo.

—Amber, por favor —dije.

Ella retrocedió tambaleándose unos pasos y parpadeó varias veces antes de decir:

—Stella, sácame de aquí. Me siento mal.

Justo cuando pensaba que no podía ponerse peor, ocurrió lo inimaginable.

Amber se desmayó.

Capítulo Veintitrés

Amber

Una semana después...

Lo peor de estar sola y en paro era que tenía demasiado tiempo libre para pensar en lo sola que me sentía. Era como un hámster, atrapada en una rueda, dando vueltas y más vueltas en un bucle interminable de pesimismo y desgracia. Si añadimos a eso mi tristeza, rabia, dolor y confusión, debía ser una auténtica delicia estar a mi lado.

Como un cliché andante, me había estado atiborrando de más helado de lo que debería estar legalmente permitido, preguntándome cuántas veces más iba a reorganizar mi armario o limpiar todos los cristales de la casa. Y cuando lograba reunir la motivación suficiente para salir, tenía que evitar pasar con el coche por la cafetería de Scotty, porque sabía que me haría llorar a moco tendido.

Había dejado mi trabajo. Mi prometido ya no estaba en mi vida. Y había dejado escapar cinco millones de euros entre los dedos. Y para colmo todo había ocurrido en la misma semana. Tenía un agujero en el corazón del tamaño del cráter del mayor volcán imaginable. Stella no paraba de mandarme mensajes y llamarme, pero yo solo quería estar sola y hundirme en la miseria.

Como un reloj, mi móvil sonó con otro mensaje.

Stella: Estás muy callada. ¿Te has desmayado otra vez?

Típico de ella pensar que eso podía tener gracia.

Apreciaba su esfuerzo, pero ¿es que no veía que no tenía motivos para sonreír? Solo quería regodearme en mi propia fiesta privada de autocompasión.

Stella: Tienes que salir de ese bajón y pensar en tu futuro.

¿Qué futuro? ¿Cómo podía olvidar que había sido testigo de la peor humillación de toda mi vida? Y menos mal que mis padres no vinieron desde Alaska para presenciarlo. Estaba demasiado ocupada reviviendo el pasado como para pensar en mi futuro. Sí, el plazo del tío Pío para que me casara era mañana a medianoche, pero eso no significaba que pudiera hacer algo al respecto. Cinco millones de dólares era mucho dinero para tirar por el desagüe, pero ya daba igual. No iba a salir corriendo a buscar otro Ryan Scott. Se me había acabado el tiempo. Había perdido en todos los aspectos imaginables.

Lo único que tenía en mente en ese momento era organizar de nuevo el cajón de los calcetines. Me dirigí hacia el dormitorio, pero me detuve cuando alguien llamó a la puerta.

Desde luego no esperaba ver a nadie. Miré por la mirilla, pensando que quizás sería Stella, que venía para sacarme de mi infierno personal. Cuando volví a mirar, estaba segura de que mis

ojos me engañaban.

No lo hacían.

—¿Qué demonios? —murmuré para mí misma.

Era la última persona en el mundo a la que esperaba ver.

Abrí la puerta y parpadeé:

—Ryan.

El Ryan Scott original, mi amor del instituto, con quien el tío Pío quería que me casara para conseguir la herencia.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, ya que no tenía ni idea.

Decir que estaba atónita sería quedarme corta.

—¿Podemos hablar? —preguntó él.

Dudé un momento, pero le invité a entrar. No tenía que preocuparme por el estado de mi salón, ya que lo había limpiado tres veces en los últimos dos días.

Se sentó en el sofá, jugueteando con las manos. Parecía bastante nervioso.

Señalé hacia la cocina y pregunté:

—¿Quieres tomar algo?

Ryan negó con la cabeza y respondió:

—No, gracias. Siento mucho presentarme así, sin avisar, pero hay algunas cosas que necesitas saber.

—Vale... —Me senté en el sillón a la derecha del sofá, con curiosidad por lo que le había traído a mi casa y sorprendida de que apareciera de la nada, considerando que no le había visto en persona en años.

Sí, había hablado con él por teléfono cuando comenzó todo este lío del tío Pío, pero no había sido la conversación más agradable del mundo. De hecho, consideré bastante maleducado el comportamiento de Ryan por lo cortante que había sido durante mi llamada, diciéndome que estaba casado y luego un simple "Cuídate". Como si le hubiera llamado para invitarle a una reunión de antiguos alumnos que no le interesaba.

Por eso me sorprendía aún más que estuviera aquí.

Algo me decía que no íbamos a hacer un recorrido por el baúl de los recuerdos.

—¿Qué tal? —pregunté.

Al menos mi curiosidad me distraería de mi miseria.

Ryan se pasó los dedos por el pelo y dejó escapar un suspiro:

—Bueno, eh, tu prima Mercedes vino a verme a la clínica.

Definitivamente era lo último que esperaba que dijera.

—Fue el día antes de que me llamaras para invitarme a tomar un café —añadió—. No te dije nada por teléfono, bueno, porque no creí que importara realmente.

—¿Qué quería? —pregunté, aunque estaba bastante segura de que lo sabía.

—Mercedes me dijo que estabas buscando marido. También me dijo que ibas a contactarme e intentar que me casara contigo por dinero, porque recibirías cinco millones de euros del testamento de tu tío Pío. Por cierto, siento tu pérdida.

Asentí y dije:

—Gracias. ¿Qué más dijo? —Supongo que estaba de humor para castigarme aún más.

—Que te tiene vigilada la policía y que estaban a punto de pasar cosas malas. Además, que tenía que mantenerme alejado de ti porque arruinarías mi vida y llevarías mi clínica a la bancarrota.

De hecho, solté una carcajada y dije:

—¿Te dijo por qué me vigilaba la poli? —No había límites para la maldad de mi prima.

Justo cuando pensaba que no podía ser peor...

—Que estás bajo vigilancia por espionaje —dijo Ryan.

—Por supuesto —dije—. Porque cuando no estoy creando material publicitario para mis clientes, me encanta hackear sus redes informáticas para robar información —Negué con la cabeza asqueada, aunque no debería haber esperado nada menos de Mercedes la Miserable.

Eso explicaría su extraño comportamiento por teléfono y cómo me había despachado.

—Claro que no la creí —dijo Ryan.

—Me alegra saberlo, pero ¿por qué me lo cuentas ahora? —pregunté.

—Bueno, estoy aquí para decirte que mi matrimonio fue anulado hace meses —dijo Ryan—. Vuelvo a estar soltero, pero no quise decírtelo por teléfono.

—Vaya —Eché la cabeza hacia atrás, como si hubiese sido golpeada por la gran sorpresa—. ¿Por qué anulaste tu matrimonio?

Hizo una mueca y dijo:

—Me engañó para que me casara con ella diciéndome que esperaba un hijo nuestro. Descubrí que había mentido. No estaba embarazada ni lo había estado.

—Lo siento mucho —dije, sintiéndome sinceramente fatal por él. Si alguien podía entender cómo me sentía, tal vez fuera Ryan.

—No lo sientas —dijo—. No quería casarme con ella, pero sentía que era lo correcto. Pero ahora que es parte del pasado, es hora de pasar a algo más positivo. Siempre sentí que eras la chica que se me escapó, Amber. Y hay algo que quiero preguntarte.

«Por favor, Dios, no».

No tenía un buen presentimiento sobre este momento.

Tenía todas las señales de un completo y absoluto desastre.

Ryan sacó un anillo y se arrodilló:

—Amber, ¿quieres casarte conmigo?

Le miré fijamente, sin saber si quería reír o llorar. Me inclinaba más por reír. En serio, mi vida era un circo. No, peor. Era como si estuviera en algún programa de telerrealidad que se volvía más absurdo por momentos. Era increíble cómo todo había dado un giro completo. Todo había empezado conmigo contactando con él para proponerle matrimonio, pero ahora él me lo pedía a mí. O eso, o el Ryan Scott que yo conocía se había convertido en un auténtico oportunista.

Quizás habría sido tentador aceptar esta extraña e impulsiva proposición, si no fuera por el hecho de que mi corazón ahora pertenecía firmemente a Scotty.

Echaba de menos la forma en que Scotty me miraba. Echaba de menos su alegría, su calidez y sus besos. Echaba de menos cada maldita cosa de ese hombre, excepto el hecho de que era un auténtico mentiroso.

—¿Amber? —dijo Ryan, aún de rodillas, devolviéndome a la locura del momento.

Estaba a punto de abrir la boca cuando el golpe en la puerta me hizo dar un respingo.

—¡Abre la puerta! —gritó Stella desde el porche.

Suspiré y levanté un dedo en forma de espera hacia Ryan:

—Un momento.

Giré el pomo y abrí la puerta de golpe mientras Stella irrumpía dentro.

—Ya está bien —dijo—. Tenemos que hablar —Se quedó paralizada, mirando a Ryan, que seguía de rodillas—. Dios. Santo —Negó con la cabeza—. Ni de coña —Se acercó y agarró a Ryan de la mano, le ayudó a levantarse y le arrastró directamente hacia la puerta—. Me alegro

mucho de verte, Ryan. Ha pasado mucho tiempo. Tu pelo está fantástico. Espero que todo vaya bien, pero este no es un buen momento. Ya nos pondremos en contacto.

Antes de que pudiera decir una sola palabra, le empujó fuera y cerró la puerta de un portazo.

Levanté las palmas y dije:

—¿Qué haces? ¿Estás loca?

—Tú eres la que está loca si estás pensando en casarte con ese tío —dijo Stella.

—¡Ni siquiera tuve oportunidad de darle una respuesta porque al parecer mi mejor amiga ahora es una portera de discoteca! —dije.

Stella me arrastró hasta el sofá, me empujó hacia él y luego se sentó a mi lado:

—Te dije que pensaras en tu futuro, no en tu herencia. Ese dinero no te traerá la felicidad. Claro, te ayudará a empezar tu propia agencia, pero seguirá habiendo un gran vacío en tu vida y lo sabes.

Tenía razón, pero aún había algo que dolía muchísimo:

—Scotty me mintió —dije.

—Lo sé —dijo Stella—. Pero Dean me dijo que lo hizo con las mejores intenciones. ¿Habrías salido con él si hubieras sabido que aún no estaba divorciado?

Lo pensé y dije:

—Probablemente no, pero no tuve la oportunidad de tomar esa decisión.

—¿Lo ves? —dijo Stella—. Por eso Scotty no quería decírtelo. No quería perderte. Además, fue Dean el que le aconsejó que esperase. Ese decreto de divorcio es inminente. Scotty pensaba que lo tendría a tiempo para casarse contigo. Dean me dijo que Scotty estaba obsesionado con el estado de su divorcio. Aparte de ti, era lo único que tenía en mente las veinticuatro horas del día, para poder seguir adelante con su vida y casarse contigo. Ese hombre te quiere con locura. Está hecho polvo sin ti. Creo que está aún peor que tú.

Yo estaba hecha polvo sin él.

Siempre me hacía sentir tan especial.

Echaba de menos cómo me miraba.

—Lo entiendo, pero hay mucho más en juego que eso —dije—. Quiero decir, vamos, que tú estás en paro por mi culpa.

—Dejé el trabajo por mi cuenta —dijo Stella—. Nadie me torció un brazo para hacerlo.

—Contabas conmigo y con mi herencia para así poder empezar nuestra propia agencia. Te he fallado y lo siento muchísimo.

El peso de mis propias palabras me golpeó con la fuerza bruta de un camión aplastando una caja de dónuts. Empecé a llorar. Una vez que las lágrimas arrancaron, no pude pararlas. Me quedé allí llorando a moco tendido por todo lo que había perdido, no solo yo, sino también Stella.

—Por favor, ¿puedes centrarte? —dijo Stella—. Tú y yo encontraremos un trabajo. No me preocupa lo más mínimo eso. La única persona en la que estoy pensando ahora mismo es en ti. Quiero que seas feliz. Has encontrado el amor, puro y simple, y me da miedo que dejes escapar a tu alma gemela.

—Tengo las manos atadas —dije—. La realidad es que Scotty no está divorciado y el plazo para que me case es mañana. ¿Qué se supone que debo hacer?

—Escúchame bien —Stella me cogió las manos con fuerza—. A la mierda el dinero y el plazo y tu odiosa prima. Amber, espera hasta que el divorcio de Scotty sea definitivo y entonces cásate con ese hombre. Si no, te vas a arrepentir el resto de tu vida.

Capítulo Veinticuatro

Scotty

—Me voy al Tíbet a hacerme monje —le dije a Dean, mientras preparaba la última bebida de la tarde—. Tendrás que encargarte del negocio mientras estoy fuera.

Quizás un cambio drástico era la mejor manera de lidiar con mis meteduras de pata. No había vuelta atrás después del error número uno de todos los errores cometidos en mi vida. Desde ese error que me hizo perder a Amber para siempre, me había llamado de todo a mí mismo y hasta había creado algunos términos nuevos. Había arruinado la vida de mucha gente y jamás podría perdonarme el daño que le había causado a Amber. Me merecía todo lo que me pasara, pero ella no se merecía nada de esto. Su expresión cuando no pude negar la acusación de Mercedes la Miserable quedaría grabada en mi cerebro para siempre.

—Yo también me haría monje, pero me falta el hábito —dijo Dean, sonriendo.

Brayden, mi empleado a tiempo parcial de la tarde, se rió:

—Ese ha sido bueno.

Puse los ojos en blanco y me pregunté cuántas tonterías más tendría que aguantar de mi mejor amigo esta semana. Dean había estado intentando animarme, pero yo era un caso perdido.

El amor de mi vida se había ido por mi culpa.

Amber solía ser mi rayo de sol en un día gris, pero ninguno de los dos teníamos realmente posibilidades contra alguien como el Huracán Mercedes. Era una tormenta de categoría cinco en forma humana, cuya única misión era destruir todo a su paso, todo en nombre de la avaricia y la envidia.

Y por si eliminarme a mí de su vida no fuera suficiente, Amber también había renunciado a su café, lo que aumentaba mi dolor ya que me había dicho que era uno de sus mayores placeres en la vida. De hecho, estaba pensando en quitar el Café Cuántico del menú porque cada vez que alguien me pedía uno, pensaba en ella y temía echarme a llorar allí mismo.

Era demasiado para mi corazón , y la verdad es que lo vi venir mil veces. ¿Cómo había podido llegar a sabotear mi vida de tal manera? Porque desde luego lo había hecho a lo grande.

No solo me había salido el tiro por la culata, sino que también me había arrancado mi propio corazón y lo había pisoteado con zapatos de suela de clavos. Me lo merecía, no había duda de ello. Había herido a esa maravillosa mujer por no ser sincero con ella, y pagaría el precio el resto de mi vida.

—¿Qué estás haciendo? —Dean me observó con curiosidad mientras preparaba una bebida.

—¿Qué te parece que estoy haciendo? —pregunté—. Se llama Moca Princesa Leia, ¿no lo ves?

—Claro que lo estoy viendo. ¿Con leche de soja? —Señaló el monitor de pedidos—. ¿Dónde dice soja?

Me detuve y miré el monitor.

—Mierda —dije y la vacié en el fregadero para empezar la bebida de nuevo, esta vez con leche de almendras—. Lo siento, tengo la cabeza en las nubes.

—Hablando de eso —dijo Dean—, ¿qué lleva una nube debajo del chubasquero?

Iba a decírmelo quisiera o no oír la respuesta.

—Un trueno-slip —Se rió entre dientes y me dio una palmada en la espalda—. ¿Lo pillas?

Suspiré y dije:

—Lo único que estoy pillando en este preciso momento es un dolor de cabeza por tus chistes malos —Terminé de preparar la bebida y la puse en el mostrador frente a Dakota—. Aquí tienes tu Moca Princesa Leia grande. Disfrútalo.

—Gracias, Scotty.

Hice lo posible por dedicarle una sonrisa, lo cual era tan difícil como expulsar un cálculo renal:

—Un placer, gracias por venir.

Dean acompañó a Dakota hasta la puerta principal y la cerró con llave después de irse, ya que no quedaban más clientes.

Raramente trabajaba un día tan largo, pero era mejor que quedarme en casa lamentándome por mi estupidez. Prefería hacerlo en el trabajo, donde al menos sentía que estaba siendo más productivo.

Bueno, eso cuando no estaba distraído y equivocándome con los pedidos de los clientes, claro.

Mientras Brayden terminaba de limpiar, fui a la oficina en la parte de atrás y me senté en mi escritorio, abriendo el portátil para comprobar el estado de mi divorcio. No es que importara mucho a estas alturas, pero se había vuelto una costumbre.

Antes de que pudiera iniciar sesión en la web, Dean entró en la oficina y se dejó caer en la silla frente a mí:

—Oye, vamos a comer algo en el nuevo tailandés.

—Gracias, pero no tengo hambre —dije—. Ya me dirás qué tal está.

Dean negó con la cabeza y dijo:

—¿Por qué intentas deshacerte de mí? No me importa hacerte compañía, ¿sabes? Es mejor que no estés solo.

Le miré desafiante y respondí:

—La persona más fuerte es la que no tiene miedo a estar sola.

—Vaya, es peor de lo que pensaba —dijo Dean—. Ahora estás citando «Gambito de Dama» —Me estudió un momento—. ¿Así que ya está? ¿De verdad te has rendido?

—Sí —dije, sin mirarle a los ojos, aunque podía sentir su mirada fija.

—Sé que es improbable, pero ¿Te has golpeado la cabeza contra una pared de hormigón recientemente o algo? —preguntó Dean—. Porque estás cometiendo un error enorme al no hacer nada.

Realmente no quería tener esta conversación con él. No necesitaba su ayuda para sentirme horriblemente mal. Me las apañaba yo solito.

—Vete a buscarla —añadió Dean—. Lucha por ella. Pídele perdón mil veces hasta que no tenga más opción que perdonarte. Háblale con el corazón y seguro que te va a entender.

No es que no hubiera pensado en ir a ver a Amber, pero cada vez que recordaba esa mirada en su cara, me daba cuenta de que no había nada que pudiera decir o hacer para reparar el daño.

—Amber está hecha polvo sin ti —dijo Dean.

Parpadeé, inclinándome hacia delante en mi silla y después pregunté:

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho ella?

—Si. Bueno, se lo dijo a Stella, y Stella me lo dijo a mí. Así que si quieres creer que todo se ha acabado entre vosotros, que sepas que está solo en tu cabeza, no basado en la realidad. Deja que eso se cueza en tu cerebro un minuto mientras voy al baño. Y cuando vuelva, espero que te pongas los pantalones de adulto y vayas a por Amber antes de que sea demasiado tarde. Si no, no me quedará más remedio que darte una patada en el culo.

Negué con la cabeza y dije:

—La violencia no tiene cabida aquí.

Dean me fulminó con la mirada y dijo:

—Tu falta de humor y comportamiento deprimente tampoco —Se dio la vuelta y salió, dejándome en mi oficina, sumido en mis pensamientos.

«Amber está hecha polvo sin ti».

Odiaba la idea de que estuviera sufriendo, pero al menos me daba un atisbo de esperanza. De poder enmendar algo.

Si tan solo tuviera ese decreto de divorcio.

Hablando de eso...

Inicié sesión en la web del Tribunal Superior de San Diego para comprobar el estado.

—Por favor, por favor, por favor —dije, cruzando los dedos, con esperanza, rezando, esperando, ya que el sistema era lento.

Cuando finalmente apareció, me quedé helado.

—No me digas —murmuré para mí mismo.

Tragué saliva con dificultad, leyéndolo de nuevo, asegurándome de que no me había equivocado o lo había leído mal.

Pero eso no era suficiente.

Imprimí la maldita página, necesitando sostener esas palabras en mis manos, con el pulso acelerándose a mil. ¿Era realmente posible? ¿Había llegado por fin el día? Fue entonces cuando estuve seguro de que mis ojos no me engañaban. No era un error. El decreto estaba firmado por un juez y había sido procesado por el tribunal. Lo tenía en la mano y era algo físico, no una ilusión óptica.

Por fin estaba oficialmente divorciado.

Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras me ponía en pie de un salto:

—¡Dean! ¡Mueve el trasero y ven aquí! ¡Dean! —Mi corazón golpeaba mis costillas, y mis pulmones no podían llenarse lo suficientemente rápido mientras leía el estado por enésima vez.

Era la mejor noticia del año.

Dean entró volando en la oficina unos segundos después, sin aliento, y preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Parpadeé rápidamente, tan emocionado que no podía hablar, incapaz de pronunciar las palabras. Todo lo que pude hacer fue señalar la página impresa en mi mano.

Dean miró la página que colgaba de mis dedos temblorosos.

Se le abrieron los ojos como platos y dijo:

—¿El divorcio es definitivo?

Tragué saliva de nuevo y respondí:

—Sí.

Dean dio la vuelta al escritorio de un salto y me dio un gran abrazo:

—Por fin —Me dio una palmada en la espalda y se separó, dejando sus manos en mis

hombros—. No esperes. Ve ahora. Ve a recuperar a Amber.

—Tranquilo. No tan rápido —dije.

Se le cayó la mandíbula y puso las palmas de las manos hacia arriba, levantándolas con un gesto de total incredulidad.

—¿Hablas en serio? —preguntó Dean—. ¿Por qué pensarías siquiera en esperar? ¡Es lo que has estado deseando! Ella necesita saberlo. Esto lo cambia todo. Aún hay tiempo.

—¡No cambia nada! —dije—. Créeme, entiendo tu punto de vista, pero aún tienes que recordar que la he herido profundamente. No es tan simple como presentarme y decir: "¡Eh, oficialmente estoy divorciado! ¡Retomemos donde lo dejamos! ¿Aún tienes el vestido de novia?". Ni de coña. Necesito ganarme su perdón. Necesito mostrarle lo mal que me siento por haber roto su confianza, y cuánto la quiero. No estoy seguro de que sea posible, pero voy a intentarlo con todas mis fuerzas.

—Vale, eso tiene sentido, pero el tiempo sigue corriendo —dijo Dean—. Aún puede conseguir su herencia, si te das prisa. Por favor, dime que tienes un plan.

—Aún no, pero tengo que pensar en algo bueno —Caminé de un lado a otro en mi oficina, sumido en mis pensamientos—. Tiene que ser algo grande.

—Enorme —dijo Dean, asintiendo.

Me senté frente a mi portátil y abrí una nueva ventana del navegador.

—Necesito comprobar un par de cosas —dije—. Creo recordar haber visto algo...

—Adelante —Dean volvió a sentarse frente a mí—. No voy a ir a ninguna parte —Sacó su móvil y empezó a hacer scroll.

Después de casi diez minutos de investigación, prácticamente grité:

—¡Lo tengo! Creo que tengo justo lo que necesito para mostrarle a Amber lo verdaderamente arrepentido que estoy, y a la vez tocarle el corazón profundamente. Pero tiene que ser una sorpresa total. ¿Cuánto confías en ser capaz llevarla al centro mañana por la noche sin que sepa que estoy allí?

—Tío... —Sonrió, señalándose a sí mismo—. ¿Con quién crees que estás hablando? Puedo hacerlo cien por cien. Con la ayuda de Stella, por supuesto.

—Bien —Mi nivel de energía se disparó de repente—. Tengo que ponerme a trabajar.

Esta era mi única oportunidad de lograrlo.

Caminaría sobre brasas ardientes mientras me batía en duelo con el mismo diablo, si eso significaba que podría recuperarla. Nunca había deseado nada tan intensamente en toda mi vida, y estaba decidido a compensar a Amber de la manera más grandiosa que se me ocurriera.

Se acabaron las tonterías.

Iba a recuperar a Amber.

Y nada iba a detenerme.

Capítulo Veinticinco

Amber

Ir con Stella y Dean a una fiesta de cócteles era lo último que pondría en mi lista de deseos, pero ¿cómo podía negarme cuando había alguien interesado en formar una nueva agencia de publicidad? Considerando que ambas estábamos en paro y yo ya había aceptado el hecho de que no iba a recibir mi herencia, seríamos tontas si dejáramos pasar la oportunidad de hablar con una persona que tuviera los fondos para financiar nuestro proyecto.

Mirando el lado positivo, por fin tenía una razón para ducharme y adecentarme.

Ya que Stella mencionó que era un evento de temática blanca y algo elegante, me puse un vestido de cóctel blanco de gasa sin mangas, con escote en V y con sandalias de tacón a juego. Stella y Dean estaban monísimos con sus conjuntos blancos. Ella llevaba un mono con escote de corazón y sin tirantes. Dean estaba muy elegante con sus pantalones de lino blanco y una camisa de seda Tommy Bahama con una piña estampada en el bolsillo. Todo me recordaba al trágico momento en el que Mercedes me arruinó la vida.

Verlos tan felices me hacía echar de menos a Scotty aún más. En un mundo perfecto, él habría sido mi acompañante esta noche. Qué velada tan maravillosa habría sido. Claro que en un mundo perfecto, esta reunión no hubiera sido necesaria, ya que tendría mi herencia.

«No vayas por ahí».

No podía dejarme caer de nuevo en la tristeza y la miseria en la que me había revolcado la semana pasada. Hoy se trataba de una nueva y emocionante oportunidad de negocio relacionada con algo que siempre he querido, tener mi propia agencia. Eso me mantendría ocupada y distraída de mi vida.

Entramos en el hotel Manchester Grand Hyatt en el centro de San Diego y nos dirigimos hacia los ascensores, pasando por el vestíbulo, el bar y las tiendas de regalos. Miré el reloj gigante en la pared y suspiré. Eran las ocho, lo que significaba que estaba a cuatro horas del plazo del tío Pío, a cuatro horas de perder cinco millones de dólares.

«Enhorabuena, Mercedes la Miserable. Has ganado».

Yo creía firmemente en que las cosas pasaban por alguna razón, pero simplemente había demasiadas cosas tristes e injustas pasando esta semana como para confiar en que todas resultaran en algo bueno y creer que fueran justas.

El hotel era enorme, así que aún no tenía ni idea de si íbamos a una de las cafeterías, a un salón de banquetes o al sky lounge en el piso cuarenta, que tenía unas vistas espectaculares del centro y de toda la bahía de San Diego y Coronado.

Entramos en el ascensor y Stella pulsó el botón para subir. Unos segundos después, el ascensor sonó y las puertas se abrieron de nuevo.

Dean me sonrió e hizo un gesto hacia fuera:

—Después de ti.

—Gracias —Salí a la azotea del nivel inferior, miré las estrellas en el cielo, inhalé el aire fresco y prácticamente me quedé clavada en el sitio.

Mi corazón se aceleró y se me cortó la respiración.

No podía creer lo que veían mis ojos.

«Scotty».

Verle por primera vez desde el nefasto ensayo de la boda no era ni de lejos la parte más impactante de este momento, ni mucho menos. Iba vestido de «Superman», con mallas, capa y calzado. No era uno de esos disfraces cutres de Halloween. Parecía el auténtico, como si lo hubiera sacado directamente de Hollywood.

Scotty dio un paso adelante y dijo:

—Estás preciosa.

—Gracias —respondí, intentando averiguar cómo podía devolverle el cumplido a alguien que llevaba un disfraz de «Superman», y con quien no estaba segura de estar lista para hablar.

Hice todo lo posible por ocultar mi estado de confusión, emoción y entusiasmo. Cuando mi labio inferior empezó a temblar, supe que estaba librando una batalla perdida.

—Esto demuestra que estoy loco por ti —dijo Scotty.

Y entonces pasó.

Una sonrisa se formó en mi cara sin mi permiso.

Era tan adorable que no pude evitarlo.

No podía creer que se hubiera vestido así por mí.

Scotty se encogió de hombros y dijo:

—En fin, pensé que si podía hacerte sonreír, lo cual he conseguido, entonces tal vez encontrarías en tu corazón la forma de perdonarme —Me entregó mi bebida favorita, un Café Cuántico—. No te imaginas lo que he echado de menos preparártelos.

—Gracias —dije, cogiéndolo, sin saber qué más decir.

Con curiosidad, quité la tapa y eché un vistazo dentro. Apenas pude distinguir los restos de un corazón en la espuma. Sin querer darle importancia, volví a poner la tapa y me di la vuelta para mirar a Stella y a Dean, pero se habían ido.

—¿Adónde han ido? —pregunté.

—No estoy seguro —dijo Scotty—. Se metieron de nuevo en el ascensor.

Quizás habían ido al bar a celebrar el cambiazo que me habían hecho, haciéndome creer que íbamos a reunirnos con alguien para hablar de nuestra nueva empresa.

No es que estuviera enfadada con ellos; me alegraba ver a Scotty.

El simple hecho de verle prácticamente me derretía el corazón, pero tenía que tener cuidado de no precipitarme. Necesitábamos hablar y aclarar las cosas.

Scotty extendió la palma de su mano hacia mí y dijo:

—Sé que deberíamos hablar, pero eso tendrá que esperar.

Dudosa, pero también llena de curiosidad y esperanza, puse mi mano sobre la suya.

Caminamos uno al lado del otro hasta el otro extremo de la azotea, donde me encontré con mi siguiente sorpresa: un cine al aire libre con una pantalla gigante. Me llevó hasta un sillón Adirondack doble que estaba en el centro y sacudió los cojines con la mano antes de sentarnos.

Le di otro sorbo a mi café y lo coloqué en el portavasos. Nada sabía tan dulce como ese café, excepto quizás los besos de Scotty, pero tal vez no era buena idea llevar mis pensamientos por ese camino. Aún estaba tratando de averiguar qué estaba pasando y por qué demonios Scotty me había traído aquí.

—Somos los únicos aquí —dije, mirando a nuestro alrededor.

—He alquilado el sitio —dijo Scotty.

Parpadeé y pregunté:

—¿La azotea entera?

—Normalmente debería estar cerrada hoy, pero llegué a un acuerdo con el encargado —Señaló a una mujer que se acercaba.

—Bienvenidos. Soy Kim y me encargaré de atenderles esta noche —Nos entregó un cubo de palomitas, auriculares inalámbricos con cancelación de ruido y una manta—. Puedo empezar la película cuando estén listos.

—¿De verdad vamos a ver una película? —pregunté.

Pero bueno, ¿qué narices estaba pasando? O sea, me encantaba ver pelis, pero ¿Scotty estaba posponiendo su disculpa por una película? A lo mejor prefería no hablar, o pensar mientras veía la peli.

Iba a disculparse, ¿verdad?

Kim sonrió y respondió:

—En cuanto estén listos, somos el Club de Pelis de Azotea. Es lo único que hacemos.

—Claro, estamos listos —dijo Scotty, sonriendo.

—Denme dos minutos y empezará la función —dijo ella—. Háganme saber si necesitan algo más. Que disfruten la película.

—Gracias —dijo él, poniéndose los auriculares.

Seguí su ejemplo y me puse los auriculares, preguntándome en qué universo alternativo estaba. Mi corazón se llenó de calidez cuando él, consideradamente, extendió la manta sobre nuestras piernas, dándome la mayor parte a mí, asegurándose de que estuviera cómoda al aire libre, ya que llevaba vestido.

Unos segundos después, la película comenzó.

«Superman».

Miré a Scotty y sonreí.

Él vocalizó sin hablar:

—Lo siento.

Asentí perdonándole y sonreí de nuevo, luego volví a mirar la pantalla.

Mientras veíamos la película, comía palomitas y le daba sorbos a mi Café Cuántico que tanto había echado de menos. Aunque no tanto como al hombre que lo había hecho, claro.

A mitad de la película, Scotty alargó la mano y cogió la mía, apretándola y besándola. Luego la bajó sin soltarla.

¿Cómo podía siquiera estar enfadada con él? Tenía que ser una de las veladas más románticas de mi vida, viendo una película bajo las estrellas con el hombre que amaba.

La conversación con Scotty y su argumento sobre «Superman» y el romance me vino a la cabeza, y tuve que esforzarme por contener la risa. ¿Por qué tenía la sensación de que iba a volver a sacar el tema?

Cuando terminaron los créditos, Scotty se quitó los auriculares, se levantó y me tendió la mano:

—¿Ves? Por eso cambié de opinión sobre lo del romance. No hay beso. Es ciencia ficción.

Cogí su mano, me levanté y le dije:

—¿Viste cómo la miraba? Solo podía ser un romance por cómo se sentía, nada más.

Compartimos una mirada y nos reímos, luego Scotty perdió la sonrisa y dijo:

—Siento muchísimo no haberte dicho la verdad por miedo a perder la oportunidad de estar

contigo. Fui un idiota, y te prometo que es la última vez y que nunca volverá a pasar. Y por si te lo preguntas, ya tengo el decreto de divorcio. Estoy oficialmente divorciado —Lo sacó del bolsillo y lo desdobló para enseñármelo—. Por favor, perdóname.

Ya lo había hecho.

Necesitábamos dejar atrás esta tontería.

Sería tonta si le dejara marchar.

—Claro que te perdono —dije, acercándome más—. Me equivoqué al sacar conclusiones precipitadas. En lugar de huir, debería haberme quedado a escuchar lo que tenías que decir y por qué hiciste lo que hiciste. Aun así me habría dolido, pero lo habría entendido mejor. Entonces podríamos haberlo solucionado juntos en vez de separados. Por favor, perdóname tú a mí.

—Por supuesto —Scotty me atrajo más cerca—. Te he echado tanto de menos.

—Yo también te he echado de menos —dije.

—¿Eso significa que estamos bien?

Miré sus labios y dije:

—Estamos más que bien. Estamos...

Antes de que pudiera terminar la frase, su boca estaba sobre la mía, otro beso profundo y apasionado que me dejó sin aliento e hizo que me temblaran las piernas.

—Te quiero —susurré contra su boca, sonriendo, sin aliento.

—Yo también te quiero —Acarició el lateral de mi cara—. Y tenemos que irnos.

—¿Qué? —dije, preguntándome por qué quería terminar nuestro momento tan rápido.

Scotty sonrió y dijo:

—Tengo otra sorpresa para ti.

Miré su traje de «Superman» y dije:

—Si vas a saltar desde el edificio e intentar volar, te aseguro que sería una mala idea.

—En serio, dame dos minutos —Scotty corrió al baño y cuando volvió, su disfraz de «Superman» había desaparecido. Ahora llevaba pantalones de lino blancos y una camisa de seda parecida a la de Dean, excepto que era azul marino y tenía una palmera en el bolsillo, en lugar de una piña.

Tomamos el ascensor hasta el piso 40. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, Scotty me guió entre la multitud de gente que comía y bebía, disfrutando de las vistas.

Nos detuvimos en la entrada de otra sala en la esquina del lounge.

Scotty puso su mano el pomo de la puerta, se volvió hacia mí y sonrió:

—Cierra los ojos.

Sonreí e hice lo que me dijo.

Me llevó de la mano al interior de la sala, cerrando la puerta tras nosotros.

—Vale, abre los ojos —dijo Scotty.

Los abrí lentamente y luego eché la cabeza hacia atrás:

—Ay, Dios mío —Me llevé la mano al pecho y los ojos se me llenaron de lágrimas al instante.

Había un precioso arco de madera blanca justo delante de nosotros, lleno de margaritas de arriba a abajo. Era obviamente obra de Eileen.

Los padres de Scotty estaban allí, además de Stella y Dean.

Era maravilloso ver también a mi prima Kathleen.

Estaba junto al fotógrafo.

Faye, la oficiante, estaba frente al arco.

A un lado estaba Burt Bicker, el abogado que tenía que verificar que realmente me casaba

con Ryan Scott para obtener la herencia.

Todo el mundo sonreía de oreja a oreja.

Entonces vi a mis padres y casi me derrumbé.

—Mamá. Papá —Corrí hacia ellos y les abracé, intentando no llorar como una cría—. No me puedo creer que estéis aquí. Esto es un milagro.

Papá se rió entre dientes y dijo:

—Supongo que eso hace a tu prometido un creador de milagros. Scotty consiguió nuestros números de teléfono por Stella y nos llamó a los dos para asegurarse de que supiéramos cuánto te quería, y que os casabais por amor, no por dinero. Luego dijo que nuestra presencia aquí hoy significaría el mundo para ti, y también para él. Incluso encontró vuelos de última hora y los compró por nosotros. Apenas tuvimos que hacer nada más que decir que sí y presentarnos.

No podía creer que Scotty hubiera hecho todo esto por mí.

—Hablando de eso... —Papá miró por encima de mi hombro.

Me di la vuelta justo cuando Scotty se arrodillaba.

—Seguiré haciendo esto una y otra vez si hace falta hasta que lo hagamos bien y seas mi esposa —dijo— Amber, mi momento favorito del día es cuando entras por la puerta por la mañana y pides tu Café Cuántico. Solo verte entrar me altera más que un expreso doble. El peor momento del día es cuando te vas. Quiero más. «Necesito» más. Nada me haría más feliz que pasar el resto de mi vida contigo. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí. Claro que sí —dije.

Scotty deslizó el precioso anillo de compromiso de nuevo en mi dedo y me besó mientras todos vitoreaban:

—¡Pues vamos! —Me cogió de la mano y me llevó hasta la oficiante.

Entonces un pensamiento me vino a la cabeza y me llenó de preocupación:

—Scotty, puede que sea lo menos romántico que se haya dicho nunca después de que te pidan matrimonio, pero ¿podemos hacer que sea una boda exprés?

Scotty se rió, lo cual era buena señal:

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Temo que Mercedes irrumpa por la puerta e intente detenernos. Y no es que crea que ninguno de los dos vaya a cambiar de opinión, pero no quiero que nuestro precioso día de boda quede manchado con el recuerdo de su locura. Te quiero, tú me quieres, y solo quiero estar casada contigo lo antes posible. ¿Te parece bien?

—No tengo ningún problema con eso —dijo Scotty sonriendo—. Tengo un guardia de seguridad vigilando fuera de esa puerta por si aparecen visitas indeseadas, así que a menos que lo mate, te garantizo que esa mujer no arruinará nuestro momento. Aun así, estoy de acuerdo, más vale prevenir que curar —Se volvió hacia Faye—. ¿Cuánto puedes acortar la boda?

Faye pareció sorprendida pero siguió el juego:

—Puedo decir honestamente que nadie me había pedido eso antes. Puedo hacerla tan corta como queráis.

Me aclaré la garganta y dije:

—¿Puedes hacerla en ocho minutos?

Scotty pareció encantado y arqueó una ceja:

—Siete.

—Seis —contraataqué.

La mirada de Faye iba de uno a otro:

—¿Oferta final? ¿Una ceremonia de seis minutos?

Scotty y yo dijimos al unísono:

—Trato hecho.

Nos reímos y dimos un paso adelante, listos para que empezara la ceremonia.

Cinco minutos y treinta y siete segundos después, Faye sonrió y dijo:

—Os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Scotty me tomó en sus brazos y me dio el beso más dulce de mi vida, incluso mejor que el del ensayo, inclinándome hacia atrás al final como había practicado.

Me incorporé, sacudiendo mi agitado cerebro:

—Vale. ¿Dónde estoy?

Eso provocó la risa de todos.

—¡Eso sí que es un beso! —gritó Dean—. ¡Enhorabuena!

Todos vitorearon y se acercaron para felicitarnos.

Burt Bicker se acercó y se rió entre dientes:

—Realmente os gusta apurar. Enhorabuena a los dos. Pasad mañana por mi oficina para recoger el cheque de la herencia.

—Perfecto —dije—. Muchísimas gracias.

—¡Estoy tan feliz por vosotros! —dijo Stella, abrazándome.

—Gracias —Le di una sonrisa cómplice—. Prepárate, porque vamos a estar muy ocupadas cuando Scotty y yo volvamos de la luna de miel, porque imagino que la habrá. Tenemos que poner en marcha nuestra nueva agencia de publicidad. Y aún quiero tener un banquete de boda para celebrarlo con todos los que no han podido estar aquí, así que tenemos que volver a planear una fiestecilla.

—¡Estoy impaciente! —dijo, y se volvió para abrazar a los padres de Scotty.

En ese momento oí algo que estaba bastante segura de que debía ser un secreto.

Dean abrazó a Scotty, le dio una palmada en la espalda y le dijo en voz baja:

—Enhorabuena. Me has inspirado. Voy a pedirle matrimonio a Stella este fin de semana.

Fingí no haber oído ese notición.

Kathleen se acercó y me dio un gran abrazo:

—Estoy muy feliz por ti.

—Gracias —dije—. ¿Qué tal has estado?

—Bien —dijo Kathleen—. Muy bien, ahora que no tengo que vivir con Ron —Sonrió con picardía—. Compré una casa y me apunté a la escuela de cocina esa misma semana —Irradiaba luz y positividad Parecía más feliz de lo que la había visto en años.

—Eso es maravilloso —dije—. Prométeme que seré tu primera clienta después de graduarte. Puedes encargarte del catering de nuestras fiestas de empresa.

Kathleen sonrió y dijo:

—Me encantaría.

Mientras mis padres se acercaban, me quedé allí maravillada, preguntándome cuándo fue la última vez que estuvieron juntos en la misma habitación sin discutir por algo. Ambos parecían tan felices por mí, como si supieran que había encontrado a mi verdadera alma gemela.

—Qué ceremonia tan bonita, no hay nada malo en que sea corta y dulce —dijo papá—. Lo que importa está en el corazón.

—Absolutamente —digo mamá—. Scotty, tus padres son encantadores. Insistieron en que nos unamos a ellos para cenar en su casa. Tu padre dijo que quería prepararnos una deliciosa pasta, y tu madre mencionó algo sobre un bizcocho especial suyo que a Amber le encantó.

Si hubiera tenido algo en la boca, lo habría escupido de golpe.

—Incluso dijeron que había una clase especial de yoga en la playa que teníamos que experimentar antes de volver a Alaska —dijo papá—. No escuchamos todos los detalles porque fue justo cuando entrasteis en la sala, pero suena interesante y original.

—¿Deberíamos decírselo? —me susurró Scotty.

Le susurré de vuelta:

—No estoy segura. Siempre me han dejado cometer mis propios errores, porque era la mejor manera de aprender sobre la vida. Quizás es justo que les extienda la misma cortesía.

Compartimos otra risa.

—Uy, uy... —Miré con los ojos muy abiertos al guardia de seguridad que había entrado en la sala y se dirigía hacia nosotros—. Ha pasado algo.

—Con suerte, serán buenas noticias, no malas —dijo Scotty.

—Siento interrumpir vuestro día especial —dijo el guardia de seguridad—. Solo quería haceros saber que no tendréis que preocuparos de que vuestra prima os moleste. Armó un buen escándalo en el vestíbulo antes y la arrestaron por darle una patada a un empleado. También he oído que descubrieron que tenía más de cien multas de aparcamiento sin pagar.

—Madre mía —dijo Scotty—. Gracias por avisarnos.

—Pero esperad, hay más —Se rió mientras nos enseñaba la pantalla de su teléfono—. Este vídeo se está haciendo viral.

Mercedes la Miserable estaba esposada y la estaban sacando del hotel dos policías:

—¡Quitadme las esposas ahora mismo y os daré diez mil dólares a cada uno!

—Eso añadió soborno a sus cargos —dijo el guardia de seguridad—. Tiene la inteligencia de un ladrillo.

Me incliné, acercándome al teléfono, y pregunté:

—¿Qué demonios es eso que arrastra en el zapato?

—Papel higiénico —dijo.

Seguíamos riéndonos después de que el guardia de seguridad hubiera dejado la sala.

Scotty se volvió hacia mí y dijo:

—¿Crees en el karma?

Sonreí y dije:

—Por supuesto que sí.

Él sonrió de oreja a oreja y dijo:

—Bueno, entonces es una suerte que te hayas casado conmigo o el Universo habría estado muy descontento contigo.

—Querrás decir que es una suerte que tú te hayas casado conmigo.

Ese descaro me valió un delicioso beso.

Qué noche tan increíble había sido.

Scotty me rodeó con sus brazos y dijo:

—Te quiero, Lois.

—Yo también te quiero, Clark —dije, atrayéndolo hacia mí—. Realmente creo que lo único que podría haber mejorado la ceremonia es si aún llevaras puesto el traje de «Superman».

Scotty negó con la cabeza y dijo:

—A veces realmente me subestimas, Lois —Se desabrochó la parte superior de la camisa, revelando la enorme S de su traje de «Superman» debajo—. ¿Qué tienes que decir a eso?

Le di un abrazo, le besé, y después dije:

—Mi héroe.

FIN

Agradecimientos

Queridos amantes de las comedias románticas,

Publicar un libro requiere la ayuda de muchas personas, por lo que quiero enviar un enorme GRACIAS a los que han ayudado y contribuido a hacer posible *Novio de repuesto.*

Primero, deseo expresar mi más profunda gratitud a mi extraordinaria esposa, mi ángel, mi andaluza, el amor de mi vida, Silvi Martín. Las palabras no alcanzan para agradecer cada detalle y gesto suyo. Es una persona excepcional en innumerables aspectos y sus valiosas observaciones y consejos siempre enriquecen mis libros. ¡MI AMOR POR TI ES INFINITO!

Muchísimas gracias a Óscar López y Ana Samper López por su colaboración en la revisión.

Si te ha gustado la historia de Amber y Scotty, sígueme en Instagram (instagram.com/guiri.rich) y Amazon para saber cuándo sale mi próximo libro en Español. Tengo 24 comedias románticas en inglés y estoy traduciéndolas al español poco a poco. Y, por favor, considera dejar una reseña o valoración del libro en Amazon. Lo agradecería mucho mucho ya que eso hará que nuevos lectores descubran mis libros y se lo pasen igual de bien que tú y que yo.

Hasta pronto y abrazos desde San Diego, California.

Rich

Acerca del autor



Rich Amooi es un aclamado autor de 24 comedias románticas y ganador del premio Taleflick Discovery y de tres Medallas de Oro del concurso anual Readers' Favorite.

Antes de sumergirse en el mundo literario y dedicar todo su tiempo a escribir en la espectacular ciudad de San Diego, Rich era locutor de radio profesional en Silicon Valley, creador de anuncios y actor. Pronto dejará California, donde nació y ha vivido toda su vida, para mudarse a España, país de origen de su esposa, el amor de su vida, una princesa andaluza que es su musa y mejor amiga. Rich es un entusiasta de disfrutar la vida a tope, aprovechando al máximo cada día, y viviendo en el presente. Cree en las posibilidades infinitas, los churros, el poder de la gratitud y de la risa.

Sigue a Rich en Instagram (instagram.com/guiri.rich) y Amazon para saber cuándo sale su próximo libro en español. ¡Promete risas y finales felices! También visítalo en www.richamooi.com/espanol o escríbele directamente a rich@richamooi.com.